

AMERICA



104

EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO - 1956

AMERICA



GRUPO AMERICA

Casilla Nº 75

Quito - Ecuador

UNA META

El Grupo América llegó a una meta. Cumplió veinticinco años de vida, satisfecho de haber realizado el programa que se propuso a raíz de su nacimiento. Hizo la promesa de servir a la cultura de la Patria y de estrechar los vínculos espirituales de la hermandad americana, y eso lo ha conseguido en justa de humanas posibilidades y bien dirigidos principios.

En el curso de cinco lustros, empleó la acción creadora, con pasos firmes, sin sectarismos ni comercio político. Marchó siempre adelante, movido únicamente por las fuerzas morales que perpetúan los valores de la cultura y que, a la vez, hacen legítima la armónica convivencia de los hombres y los pueblos.

Desde el comienzo pensó que debía ser leal a su nombre; pues, se ha mantenido en el convencimiento de que América representa el nuevo destino de las aspiraciones universales, como símbolo y agente de fraternidad internacional y como sustentadora de los derechos humanos. Por eso no cesó en afirmar la americanidad de auténtico contenido fraterno, estrechando a los hombres más representativos del Continente, realizando exposiciones del libro americano y recogiendo el pensamiento del Nuevo Mundo en su Biblioteca de Autores Americanos que, dicho de paso, está al servicio público.

Por medio del libro y de la revista, de la conferencia y del concurso literario o científico, de concurrencia interna-

cional, pasó los linderos del mundo de habla española, para intercambiar el saber de los hombres y los afectos claros que se traducen en comunidad de pensamiento, de sensibilidad y de acción constructiva.

El Grupo América llegó a la conciencia americana, antes que ningún otro organismo cultural del país. Tuvo la fortuna de ser entusiastamente aceptado por las repúblicas hermanas, hasta el caso de fundarse instituciones similares o filiales en otros países. Además, es suya la iniciativa que aún sigue en pie, en espera de la hora propicia: la de fundar en Quito y en todas las capitales americanas, la Casa de América, para que sea en cada parte el hogar de los escritores y artistas que corren el Nuevo Mundo en demanda de una Patria Continental, bajo el signo de una ejemplar democracia.

Bien vale decir que ahora el Grupo América está de fiesta, no tanto por la obra que ha podido realizar, en un ambiente de desinteresada colaboración de sus componentes, sino más porque ha llegado a una meta, a la que la historia premia con la corona del precioso metal blanco. Sus Bodas de Plata le llegaron con el aplauso de las mentes comprensivas y el mensaje que advierte el comienzo de otra jornada de mayores esfuerzos y más caras responsabilidades. Por eso tiene que afirmarse en la meta alcanzada, para proseguir su plan de trabajo que siempre tendrá por norma la colaboración espiritual en el seno de la Comunidad Americana.

25 AÑOS DEL GRUPO AMERICA

En agosto de 1925 aparece el primer número de la Revista América, fundada y dirigida por los poetas ambateños Alfredo Martínez y Antonio Montalvo. Algunos años antes, en la tierra de los capulíes y las reinas claudias, dieron vida a una publicación de breves páginas bautizada con mitológico nombre, Los Centauros, y en la fecha centenaria de la Batalla de Pichincha saludaron a sus amigos de Quito con un libro de versos por ellos mismos levantado como aprendices de cajistas, un **Alba de Ensueño** de fraterno concurso, en el cual amanecían las frescas imágenes de Montalvo, como tomadas del paisaje frutal de Tungurahua, y las estrofas de Martínez, matizadas de cierto don moralista y cuerdo. Después, formando trilogía directiva con Nicolás Rubio Vásquez, animaron un semanario, reviviendo el nombre del primer cuaderno periodístico de Montalvo "El Cosmopolita", si bien en un plano de benevolencia lírica, y aún cuando sus paseos de entonces no fueran los de medir los caminos del mundo, sino los de escapadas entre la fronda de La Liria o por la corta legua de Atocha, o entrándose por la rosaleda de los Miraflores, o ascendiendo para descansar en la misma piedra mística de Don Juan, hacia Ficoa, para buscarse nutricios jugos en los guaytambos de rosado hemisferio y menudo vello como de piel de infanta.

La Revista América que se imprime a merced de un modesto préstamo bancario, conforma un nuevo propósito en orden al viaje de nuestras letras a los países del Continente y la divulgación, en los medios lectores de la Patria, de las páginas de los más celebrados escritores hispanoamericanos. Quedan obras antecedentes, como la de la magnífica Revista Ecuatoriana, de J. Trajano Mera y Pallares Peñafiel; la de la Sociedad Fígaro, en torno de cuya mesa de adolescentes barbados levantan un post-romanticismo que ya no buscará fúnebres ramos porque gusta más bien de los dulces racimos; la de la doctoral y humanística Jurídico Literaria; la de Letras en donde Isaac J. Barrera abre sus columnas al mo-

cional, pasó los linderos del mundo de habla española, para intercambiar el saber de los hombres y los afectos claros que se traducen en comunidad de pensamiento, de sensibilidad y de acción constructiva.

El Grupo América llegó a la conciencia americana, antes que ningún otro organismo cultural del país. Tuvo la fortuna de ser entusiastamente aceptado por las repúblicas hermanas, hasta el caso de fundarse instituciones similares o filiales en otros países. Además, es suya la iniciativa que aún sigue en pie, en espera de la hora propicia: la de fundar en Quito y en todas las capitales americanas, la Casa de América, para que sea en cada parte el hogar de los escritores y artistas que corren el Nuevo Mundo en demanda de una Patria Continental, bajo el signo de una ejemplar democracia.

Bien vale decir que ahora el Grupo América está de fiesta, no tanto por la obra que ha podido realizar, en un ambiente de desinteresada colaboración de sus componentes, sino más porque ha llegado a una meta, a la que la historia premia con la corona del precioso metal blanco. Sus Bodas de Plata le llegaron con el aplauso de las mentes comprensivas y el mensaje que advierte el comienzo de otra jornada de mayores esfuerzos y más caras responsabilidades. Por eso tiene que afirmarse en la meta alcanzada, para proseguir su plan de trabajo que siempre tendrá por norma la colaboración espiritual en el seno de la Comunidad Americana.

25 AÑOS DEL GRUPO AMERICA

En agosto de 1925 aparece el primer número de la Revista América, fundada y dirigida por los poetas ambateños Alfredo Martínez y Antonio Montalvo. Algunos años antes, en la tierra de los capulíes y las reinas claudias, dieron vida a una publicación de breves páginas bautizada con mitológico nombre, Los Centauros, y en la fecha centenaria de la Batalla de Pichincha saludaron a sus amigos de Quito con un libro de versos por ellos mismos levantado como aprendices de cajistas, un **Alba de Ensueño** de fraterno concurso, en el cual amanecían las frescas imágenes de Montalvo, como tomadas del paisaje frutal de Tungurahua, y las estrofas de Martínez, matizadas de cierto don moralista y cuerdo. Después, formando trilogía directiva con Nicolás Rubio Vásquez, animaron un semanario, reviviendo el nombre del primer cuaderno periodístico de Montalvo "El Cosmopolita", si bien en un plano de benevolencia lírica, y aún cuando sus paseos de entonces no fueran los de medir los caminos del mundo, sino los de escapadas entre la fronda de La Liria o por la corta legua de Atocha, o entrándose por la rosaleta de los Miraflores, o ascendiendo para descansar en la misma piedra mística de Don Juan, hacia Ficoa, para buscarse nutricios jugos en los guaytambos de rosado hemisferio y menudo vello como de piel de infanta.

La Revista América que se imprime a merced de un modesto préstamo bancario, conforma un nuevo propósito en orden al viaje de nuestras letras a los países del Continente y la divulgación, en los medios lectores de la Patria, de las páginas de los más celebrados escritores hispanoamericanos. Quedan obras antecedentes, como la de la magnífica Revista Ecuatoriana, de J. Trajano Mera y Pallares Peñafiel; la de la Sociedad Fígaro, en torno de cuya mesa de adolescentes barbados levantan un post-romanticismo que ya no buscará fúnebres ramos porque gusta más bien de los dulces racimos; la de la doctoral y humanística Jurídico Literaria; la de Letras en donde Isaac J. Barrera abre sus columnas al mo-

dernismo... América llega con una ecuménica tendencia que quisiera superar a los ismos, pronunciándose por una convocatoria más amplia para todos los escritores ecuatorianos, al propio tiempo que se tienden mensajes de amistad para los de Hispano América. Fiel a su devoción montalvista, su número 6-7 entrégase a un grupo de fugaz existencia, la Sociedad Amigos de Montalvo, varios de cuyos elementos ingresarán al que más tarde se consolide con el propio nombre de la Revista. Y aquella cumple con el trabajo editorial de un libro en el cual se reseña la ceremonia de colocación de una lápida conmemorativa en la Casa N° 26 de la calle Cardinet de París en la que viviera y muriera el autor de los Siete Tratados homenaje rendido a iniciativa del mayor de nuestros estilistas, Gonzalo Zaldumbide, quien se rodeó para tal objeto, de universales valores como Jean Richepin, Miguel de Unamuno, Francis de Miomandre, Maurice de Walleffe, el Marqués de Peralta y Martinenche.

Queda memoria minuciosa de la vida y labor del Grupo América en el capítulo trazado en 1949 por el más próximo de sus animadores, Antonio Montalvo. En abril de 1931 acuden a fundarlo César Arroyo, Augusto Arias, Miguel Angel Albornoz, Luis Bossano, Isaac J. Barrera, Hipatia Cárdenas de Bustamante en cuya casa se celebra la sesión inicial, Gonzalo Escudero, Hugo Moncayo, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, Oscar Efrén Reyes, Manuel María Sánchez, José María Velasco Ibarra, Gonzalo Zaldumbide. Nómbrase colaboradores en Guayaquil a Adelaida Velasco Galdós y María de la Torre; en Buenos Aires a Guillermo Bustamante. En Caracas a Víctor Hugo Escala y en Roma a Hernán Pallares Zaldumbide.

La Revista ha llegado al sexto aniversario de su existencia y a su número 43, y animados sus fundadores por tan valiosos compañeros, van a extender, desde entonces, una labor que corresponda a treinta años de la literatura ecuatoriana, sin duda los más interesantes, porque en ellos han surgido la generación de los relatistas nuevos; la biografía que cumple con su labor resurrectora; la poesía entrañada de sentido ecuatorial; el ensayo con proyecciones americanas.

El Grupo América promueve concursos literarios, y con indispensables apoyos de prensas nacionales, edita un cincuentenar de libros. Distingue con premios a novelas de Fernando Chaves y Jorge Icaza, a ensayos de Juan Pablo Muñoz, César Carrera Andrade y Alfredo Llerena. Forma una Biblioteca de Autores Hispanoamericanos, por medio del llamamiento, que no deja de parecer iluso en su principio, a una primera Exposición del Libro

Hispanoamericano. Pero triunfan la voluntad y el nombre de la Revista viajera y en sus anaqueles se elevan el pensamiento y la sensibilidad de nuestra América, en la palabra de sus escritores y en la voz de sus poetas.

Dedica un número monográfico, tal vez sin par, a la ciudad de Quito en el IV Centenario de su Fundación y ediciones de fervoroso estudio en los centenarios natales de Montalvo y de Mera; enciende una lámpara joven frente al Fausto de Goethe o revive los adolescentes perfiles de la delicada María de Isaacs o revela en una primicia antológica el romancero de García Lorca. Exalta a los escritores ecuatorianos clásicos y modernos. Abre exposiciones del libro argentino, el colombiano y el venezolano, o reúne, en demostración de lo que esta ciudad atesora en su cultura y buen gusto, el libro cervantino guardado en bibliotecas públicas y privadas, en conventos y preciosos archivos.

Nacen grupos filiales o si se quiere fraternos en Cuba y México, Chile y Uruguay, Bolivia y Colombia, El Salvador, Venezuela, Guatemala y Nicaragua. Se pide su colaboración para el Jurado de concursos internacionales, su asesoría para historias de la literatura hispanoamericana. Solicita premios literarios. Piensa en la fundación de una Casa de América. Cubre sus paredes con exposiciones pictóricas. Va siempre, sin cansancio, sin esperanza de retribuciones, sin afanes de gloria, con la flor de la iniciativa y quizá hasta con la única alegría del camino que consista en no llegar . . .

Ocupan su Secretaría General escritores tan valiosos, espíritus tan dilectos como Hugo Moncayo, Gonzalo Escudero, Isaac J. Barrera, Gustavo Vásquez Hurtado, Gonzalo Zaldumbide, Pío Jaramillo Alvarado, Oscar Efrén Reyes, Carlos Manuel Larrea, Luis Bossano.

Si a este grupo han llegado notables escritores ecuatorianos, si su especial significación corresponde a la presencia, en sus filas, de nuestros clásicos y de nuestros modernos, justo es decir que la mayor vigilancia y el afán de modelar y conservar, de promover y de proseguir, estuvo siempre en los iniciadores, Antonio Montalvo y Alfredo Martínez. Es tanto el afecto que me unió a Montalvo que casi no puedo escribir el retrato que le debo, porque se me empañan los ojos cuando le entreevo, ya un poco distante en un tiempo sin regreso. A Martínez le dije en un día, no sé si con exageración amical, que me parecía un tanto García Monge nuestro, por ese dar a los demás la obra de los otros, corrigiendo las pruebas de imprenta con una aplicada pericia, y en sacrificio de los propios libros y de los días que para los hombres prácticos se cuentan en dinero y en comodidad. Pero noble sacrificio al fin que en-

ciende compensadoras luces que suelen mantener esa claridad sin quiebra de haber servido, de haber pensado, de haber soñado.

Abrid, amigos, ese folleto escrito por Antonio Montalvo para los fines de una propaganda internacional y para la memoria o el recuerdo de todo lo que hemos visto que ha hecho de fructífero el Grupo América. Volved al índice de los veinte y cinco años de la Revista, elaborado asimismo por el poeta ambateño que ahora duerme en Quito, cobijado por la lluvia de nuestro cielo que cuando sonríe es el más azul y limpio de todos cuantos se abrieron a nuestras andanzas.

Allí, ya en miga de historia, está todo lo que el Grupo América ha producido y promovido. Imposible dejar de considerarlo como al hogar en el cual se perfila la figura del escritor que en ninguno de los lugares de la tierra ha sido precisamente un afortunado. Porque el suyo es un oficio, si vale decir, irretribuido y a veces de una como ascensión calvarista. Escribe con una tinta, alguno dijo, que parece su propia sangre, azuleada de esperanza en ocasiones, o de verdoso tono, o roja, y entonces casi mimética. Tiene que buscar el pan como todos los hombres, pero carece de los medios más hábiles para conseguirlo, y muere también como todos, por el lado del corazón que es por donde el ser humano se desvive, pero le acompañan sus pequeños fantasmas, de anhelo creador o de figuras de erudición, y cuando ya se ha ido, puede regresar en una barca de papel, mirar desde una ventana de papel, amarillarse en sus recortes de papel, o rejuvenecer también en el nuevo libro que le consagre la posteridad, con sus versos exhumados o el volumen de sus obras completas.

INAUGURACION DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

Excelentísimos Señores Embajadores, Ministros Plenipotenciarios y Honorables Señores Encargados de Negocios de las Naciones amigas;
Señor Secretario General, Señores Consocios;
Señores Representantes de las Instituciones Culturales; Señoras y Señores:

Para celebrar de manera digna las Bodas de Plata de su fundación, no ha podido el Grupo América encontrar un acto más trascendental y significativo que éste de inaugurar solemnemente la BIBLIOTECA AMERICANA destinada al servicio del público.

Impulsar el desarrollo de la cultura nacional y difundirla dándola a conocer en los centros internacionales; fomentar las relaciones y la solidaridad entre los pueblos de América y establecer intercambio intelectual con cada una de las Naciones del Continente; he aquí las principales finalidades del Grupo América, de esta institución que acaba de cumplir 25 años de existencia laboriosa y fructífera.

¿Qué mejor manera de cumplir tan nobles y elevados fines que abrir las puertas de una ya rica biblioteca americana para satisfacer los anhelos de los codiciosos de saber, de los sedientos de ciencia o de los ansiosos por gustar del dulce panal de las bellas letras?

¿Y qué medio más eficaz para fomentar las amistosas relaciones de los pueblos que el contacto espiritual por el incomparable instrumento de los libros?

La primera condición para el amor es el conocimiento. No puede amarse lo que se ignora. Cuando el mundo todo vive presa del temor y la zozobra de que vuelvan a desatarse las ciegas y huracanadas tempestades de odio que amenazaron ahogar a la humani-

dad en un diluvio de sangre; cuando el peligro de una nueva catástrofe mundial se presenta más terrorífico que nunca por el espantoso perfeccionamiento de las armas destructoras, se impone como imperativo ineludible fomentar el espíritu de comprensión mutua entre los pueblos, vencer el aislamiento en que han vivido los de este hemisferio, llamado a ser el baluarte de la paz y la reserva de la civilización cristiana amenazada. Pero el acercamiento recíproco, la cordial amistad de las naciones, jamás podrá realizarse sin un mejor conocimiento del espíritu de cada pueblo, sin más íntimo contacto mental que permita apreciar ideas, sentimientos y aspiraciones de cada uno.

Ahora bien, nada permite penetrar más hondo en el alma nacional, conocer íntimamente a un pueblo como la producción intelectual de sus historiadores, de sus hombres de ciencia, de sus filósofos, ensayistas, noveladores e inspirados poetas.

Las bibliotecas son depósitos sagrados que guardan el pensamiento de los hombres de diversas épocas y diferentes países. Allí están, con una vida perenne dentro de lo perecedero de este mundo, viejos anhelos de la humanidad, mitos y fantasías de todos los tiempos, sistemas ideados por pensadores de todas las razas para encontrar la verdad, realizar el bien y hallar el secreto de la felicidad.

Sale apenas el hombre del estado de barbarie, y siente el deseo de comunicar a la posteridad sus pensamientos, los sucesos notables de su vida, sus trabajos, sus experiencias y sus aspiraciones. Por eso las bibliotecas son como un arsenal del espíritu humano y un relicario que conserva los frutos de la inteligencia, las lucubraciones de la mente del hombre, potencia ésta que le hace semejante a Dios.

Objeto sagrado considerábanse los libros primitivamente; y así se custodiaban con religioso respeto en los templos o en los palacios de los reyes. Los antiguos manuscritos en papiro o pergamino guardábanse en arca primorosas en los aposentos de los monarcas, entre las riquezas materiales más estimadas. Otras veces, para bibliotecas se erigían santuarios magníficos, como aquél de los antiguos egipcios que llevaba en su frontis grabada esta significativa inscripción: "Tesoro de Remedios del Alma".

Son, en realidad, los libros, tesoro inmenso de enseñanzas, espejo en que se retrata el alma de un pueblo, la luz que ilumina sus figuras relevantes, el cofre que encierra los más gloriosos hechos del pasado. Son la fuente que proporciona al espíritu sosiego bienhechor o despierta inquietudes y sirve de estímulo a la acción. Cuán exacto es en su elogio nuestro ilustre consocio Gustavo Adolfo

Otero cuando dice: "Hay algo que junta en una sola fuente múltiples y variados manantiales: el libro, que puede tener el sabor de todos los pecados y el gusto de todas las virtudes. El libro es la síntesis del mundo, en todo lo que tiene de vital, de noble, de fuerte, de inquietante. Es el misterio y el resplandor de la belleza que nos ciega con el luminoso golpe de la verdad". (1)

Las bibliotecas, en todas las civilizaciones, han constituido el índice que marca la cultura de los pueblos. Quito se gloria, con razón, de haber sido desde remotos tiempos coloniales un gran centro de cultura. En efecto, sus numerosos conventos, universidades y colegios poseían ricas bibliotecas, multitud de libros impresos y manuscritos que llamaban la atención de los sabios que nos visitaban: Caldas escribe al célebre naturalista Don José Celestino Mutis y a otros escritores granadinos: "He visto aquí exquisitos libros y en gran copia: no hay particular que no los tenga en mucha o en corta cantidad, y me parece que en ésto Quito hace ventajas a Santa Fe". Y en otra parte repite: "Yo no acabo de admirar cómo ha podido venir tanto libro bueno a esta ciudad: apenas hay particular que no los tenga, y libros que no pude ver en Santa Fe los he hallado aquí". (2) Las bibliotecas de los conventos, ricas en incunables, en obras raras y valiosas, eran también accesibles al público. Humboldt y La Condamine hablan igualmente con elogio de las bibliotecas quiteñas y éstas se enriquecieron con libros científicos traídos por estos ilustres sabios.

Ha sido, pues, algo muy arraigado y tradicional en nuestro pueblo el amor a los libros; y así se explica el elevado grado de cultura de esta ciudad oculta entre los riscos andinos, alejada del mar, sin vías de comunicación rápida con el resto del mundo. Se explica la ciencia de nuestros filósofos y teólogos del período hispánico, la sabiduría de Maldonado, el enciclopédico saber de Espejo, las luminosas ideas y la elocuencia de Mejía, el melifluido y ático encanto de nuestros poetas. Se explica, además, el carácter meditativo de los habitantes del altiplano montañoso en donde clima y paisaje invitan a lecturas recoletas; su profundo sentimiento religioso; su interés por las llamadas **conclusiones** sobre puntos de Filosofía y Teología, disputas en las que los argumentadores hacían alarde de erudición y de sutileza de ingenio; y se hace patente la sed de ilustrarse y el arraigado amor a la libertad de los

(1) Elogio del Libro, pág. 75.

(2) Cartas de Caldas, Bogotá, 1917: A Santiago Arroyo y Valencia, p. 99; a Antonio Arboleda, *ibid.* pág. 105.

quiteños, manifestado en muchas ocasiones y que andando el tiempo había de irradiar por todos los ámbitos de América.

Las bibliotecas, lujo de los grandes, joya la más preciada de las viejas abadías y monasterios, tesoro de las universidades medievales, fueron también modeladoras del alma popular. Sí; fue en los libros en donde nuestros antepasados bebieron conocimientos y doctrinas; pues los libros, como dice Ricardo Sáez Hayes, "siempre prestos al menor requerimiento, entregan sin vacilar lo mucho o lo poco, lo bueno o lo malo que sus páginas contienen. Son constantes y jamás se desalientan cuando los someten a prolongados olvidos. Saben aguardar como ningún hombre es capaz de hacerlo en la vida, sin rencor cuando se les desdeña y sin lastimado orgullo cuando no logran enriquecernos el espíritu en profundidad..." "Elemento de paz interior y lenitivo para las dolencias físicas, sirve el libro de armadura contra las preocupaciones menores o despreciables que la existencia cotidiana nos depara". (3)

El insigne autor de los Ensayos, Miguel de Montaigne anotaba acerca de sus libros: "... "es indecible cuánto me tranquilizo y apasiguo considerando que están junto a mí para proporcionarme placer cuando lo quiera y reconociendo cuán grande es el alivio que facilitan a mi vida". Y en otra parte dice: "Son los libros la mejor munición que haya yo encontrado en este humano viaje, y compadezco extremadamente a los hombres de entendimiento que no la echan de menos", y el bibliófilo español Castañeda y Alcóver exclama: "Los libros son el fruto de mayor espiritualidad que el humano puede producir, y por diferenciarse en todo de las obras materiales se engendran con dolor y nacen con alegría; constituyen el medio por el cual establecemos directa comunicación con los que nos precedieron y afianzamos perpetuo trato con los que más tarde habrán de seguirnos". (4)

Las vinculaciones políticas y comerciales de las naciones están sujetas a cambios y contrastes siguiendo el vaivén de sus materiales intereses; pero la vinculación espiritual, la que nace de la unidad de principios que rigen la existencia, de la identidad de idioma para expresar los pensamientos y la similitud de usos y costumbres que fundamentan la cultura, esa vinculación es persistente y casi indestructible.

(3) Sáez Hayes Montaigne, fol. 19.

(4) Ensayos, lib. III, cap. III.— Castañeda: "Por su amor a los libros", pág. 7.

El Grupo América desde su fundación persiguió con ahinco esta inteligencia y comprensión, el interconocimiento de los pueblos del Nuevo Mundo, sólida base de la paz, la armonía y la amistad entre las naciones. Para conseguir tan noble finalidad procuró desde el primer momento el intercambio intelectual y como medio positivo la formación de una biblioteca que fuese la síntesis del pensamiento de cada una de las repúblicas americanas.

Cuatro años después de fundado el Grupo América, en 1935, se verificó en esta Capital la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano. Fue este acto un glorioso triunfo para la institución organizadora del importante certamen de cultura que alcanzó resonancia continental. Terminado el ciclo de disertaciones, conferencias y concursos literarios efectuados durante el tiempo que estuvo abierta la Exposición, todo el acervo bibliográfico exhibido vino a juntarse con libros y revistas traídos al Grupo por los beneméritos fundadores de la Revista América, señores Alfredo Martínez y Antonio Montalvo para formar la nueva biblioteca de la Institución.

Más tarde, en 1942, el Dr. Francis James Colligan, Jefe de Cooperación Intelectual de la Embajada Norteamericana, donó un apreciable lote de obras con el cual se dió comienzo a la Sección de los Estados Unidos de la Biblioteca, que el conocido escritor Albert Franklin había iniciado y procuró acrecentar.

Un año después, en 1943, con motivo de la visita al Ecuador del Excelentísimo Señor Presidente de Venezuela, General Isaías Medina Angarita, el Grupo América organizó la notable Exposición del Libro Venezolano, cuyo esplendor se debió en gran parte a la valiosa colección donada por el ilustre visitante y a la participación del inspirado poeta Andrés Eloy Blanco y de varios notables literatos de la hermana República, entre los que se hallaba el actual Excelentísimo Embajador de la Patria de los Libertadores.

Acontecimientos memorables fueron también la Exposición del Libro Argentino, realizada en 1947 con la colaboración de la Embajada de ese país y del distinguido escritor Don Antonio Aita; y la Exposición Cervantina, realizada en 1948 para celebrar el IV Centenario del nacimiento del inmortal autor del Quijote. Con tal motivo la representación diplomática de España obsequió un valiosísimo lote de libros con lujosas encuadernaciones, verdaderas joyas que enriquecieron nuestra biblioteca, la que ha crecido con generosas donaciones de varios señores diplomáticos y de personas particulares.

He aquí, señores, la manera como se ha formado la Bibliote-

ca Americana que hoy tenemos la satisfacción de abrir al público solemnemente. El Grupo contribuye así del modo más eficaz a la obra de la paz en nuestro Continente, de la unión y solidaridad entre las naciones de América, mediante el mutuo conocimiento, la cohesión de los espíritus, la unificación de los ideales de justicia, de libertad y democracia que deben constituir el vínculo espiritual indestructible para estos pueblos, llamados a preservar a la civilización occidental de los peligros que la amagan.

Bajo el patrocinio de los ilustres representantes diplomáticos de todas las naciones de América y de España que persiguen estos mismos ideales se inaugura, pues, la Biblioteca Americana. Juntos están en los anaqueles de esta biblioteca impresos de todos los países de lengua hispana y de las demás que se hablan en el Continente. Sea este conjunto de libros el símbolo de la concordia, la fraternidad, la indisoluble unión de nuestras Patrias.

ANTONIO MONTALVO

El hombre es aliento creador del paisaje que le rodea. El lleva en su entraña el lustre del espacio, la fogata del sol, el beso de la brisa, el incendio multicolor de las flores, la sal de la tierra, el humus que por sus poros respira la vida que, al derramarse, es ritmo de bonanza, clangor de lucha, suspiro, alegría y sombra de senectud, sombra beatífica que, cuando se cuelga a la frente, es ramo de laurel.

Como el hombre es síntesis vital de paisaje, Antonio Montalvo fue la voz vibrante de un paisaje ubérrimo, de un paisaje donde el limo se amasa con júbilo y revienta, al contacto del horno de la acción, el pan nutricio, la fruta almibarada y la idea que es fragua de forja fecunda, energía perenne, cantinela de triunfo.

Antonio Montalvo, al arribar a esta ciudad preclara, en 1924, entrelazado su brazo con el mío, en eslabón indestructible, trajo en su sangre y en su espíritu, la virtud del paisaje tungurahuese, para ofrecer, por una causa noble, su energía, su talento, su canto y su pensamiento generoso.

El fragor de su juventud, que lo portaba como una antorcha, fue el fuego de sus ideales. Sus ideas, sus anhelos culturales que eran míos también, cayeron por ventura en surco fecundo.

Un día allá, en Ambato, compusimos los primeros poemas y los publicamos juntos en un pequeño volumen. Este acento de primicia fue el primer impulso para la obra que debíamos realizar aquí. No tardó en asomar, entonces, como asoman en campo abonado las franjas verdes del maíz, las hojas blancas de la revista AMERICA, en la cual dejamos la música de juveniles aspiraciones y el grano milagroso de la solidaridad americana, de la concordia que es ahora, en manos de los hombres, una bandera redentora, en cuyos pliegues se vislumbran auroras nuevas para que tenga un ropaje áureo el Continente Americano. Se organizó, luego, continuando un programa, la Exposición del Libro Hispanoame-

ricano, quizá la primera obra de esta naturaleza en las naciones de América. Y el tiempo, diestra que labra y crea, nos permitió organizar el Grupo América y la primera Biblioteca de Autores Americanos, para que ésta constituya un fanal de la ciudad de Quito, en el seno del mismo Grupo, Entidad que va dejando, paso a paso, sobre el lomo de los años, una carga de leños destinada a dar calor a sugerencias nuevas y a empresas nobles de la cultura.

Una obra planeada hace muchas décadas, no se ha cumplido todavía. Está en la mente, batallando por darse en nuevas formas. Si el mañana es mejor, si logramos eliminar escollos, se alzará como una torre de los Andes. Esa torre será la Casa de América, organismo que recogerá el pensamiento propicio de escritores, artistas y científicos que anhelan un Continente de amor, de saber, de hermandad.

En esta obra de juventud, de fe, de entusiasmo, no faltó el aporte munífico de amigos, de compañeros. Muchos de ellos continuaban ofreciendo la dádiva de sus talentos. Hay tantos nombres de los muchos que hicieron suya esta labor: doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, de espíritu diáfano, de vivo entusiasmo, que fue para nosotros un camino limpio, despejado de brumas. Augusto Arias, el poeta notable y prosista magnífico. Hugo Moncayo, poeta y escritor de privilegiado talento, que truncara su obra literaria para dar lustre a la diplomacia. Guillermo Bustamante, poeta que labra incansablemente la tierra, porque cree que del campo se extrae el mejor poema, el verso dorado de la mazorca de Ceres. Oscar Efrén Reyes, biógrafo e historiador de prestigio continental. Y otros nobilísimos amigos, que me privo de citarles temeroso de fatigar a esta selecta concurrencia.

La tarea no ha sido fácil, ni es fácil todavía, como no es factible levantar una pirámide cuando se carece de medios indispensables. Sin embargo, contando con el lastre de la juventud, vencimos, estamos venciendo. Digo que estamos venciendo, porque contamos con la palanca de la constancia, con el nervio ardiente de Secretarios Generales que han trabajado y trabajan con ahinco, con amor.

No tardaron en llegar nuevos compañeros que pusieron el bagaje de su entusiasmo al servicio de la Entidad. Su inteligencia, su optimismo sirvieron para abrir nuevos cauces y dar vida a muchos propósitos que hoy, en trayectoria de 25 años, es un hito en el vasto campo de la cultura nacional y americana.

Antonio Montalvo, el poeta de voz clara y suave, el biógrafo de Espejo, el crítico literario, dedicó sus mejores días a labores

que requerían el sostenimiento de la Revista y la ponderación del Grupo América.

Si un hombre tiene por mandato del destino y por fuerza del deber que ofrecer, que dejar alguna obra, después que se apaga el candil de la existencia, Antonio Montalvo dejó su obra plasmada en magnífica producción literaria y en las doce letras del Grupo América, Institución que se vigoriza y se enaltece con medio centenar de socios ilustres, los cuales forman en las lides de la cultura, la plana mayor de las letras nacionales.

Mis compañeros del Grupo me han dado el encargo de recordar en esta festividad aniversaria a nuestro querido Antonio Montalvo, fallecido en plena juventud. Grato encargo para mí, pero difícil para exaltar, en este homenaje sencillo de recordación, su espíritu que fue ayer una fragua creadora, y es hoy, en nuestra mente y en nuestro corazón, un grano de oro transparente. Su nombre ya lo recogió la historia de la cultura y se ha eternizado en el bronce del recuerdo, del recuerdo que tiene la virtud de elevar, como una estatua, el nombre expuesto a la luz del tiempo, que es también un pedestal para los que silenciosamente, sin quemar pedregales de vanidad, dejan en su obra pedazos de vida.

El nombre de Antonio Montalvo, a quien el Grupo América ofrece reverente el perfume de sus mejores recuerdos, el calor de afecto entrañable, es ahora, para nosotros, quijotes de la cultura, un símbolo luminoso, colocado en el asta de nuestros fervores.

ANTE LA TUMBA DE ANTONIO MONTALVO

Señor Secretario General y Miembros del Grupo América,
Señor Alcalde de Ambato,
Señora Directora de la Casa de Montalvo,
Queridos deudos del poeta Antonio Montalvo,
Señoras, señores:

Venimos en caravana cordial desde la Provincia donde nació Antonio Montalvo, trayéndole flores para su tumba.

¿Qué otra cosa habríamos de traer —más a tono con la esencia de esa tierra, Ambato— para un hombre hijo de ella que ha devuelto a otra tierra hermana su fósforo, su calcio y todo cuanto hubo en él de material para también tornarse esencia?

Estas flores hermanas de lo que fue su carne porque nacieron en la misma arcilla de donde Antonio Montalvo tomó el barro para su forma concreta de hombre de carne y hueso; estas flores que, desglosadas de su suelo, ya no valdrán como cosas vivas sino como símbolos tangibles de la esencia; estas flores del jardín ambateño le dirán, más que la palabra articulada y perecedera, el mensaje que le envía su rincón nativo... El Mensaje telúrico que él lo entenderá en toda su hondura porque su oído ya es hermano del oído del polvo, porque su corazón y sus nervios ya son partes de la entraña de la tierra **todoparidora**; y, porque su espíritu, ungido de eternidad, ya anega el espíritu eterno de las cosas...

Y venimos cuando el Calendario señala una fecha íntimamente ligada al recuerdo de personas y hechos que colindan con nuestra realidad de pueblo y nuestra tangibilidad de ambateños, con nuestras vísceras, con nuestros nervios, con nuestra humana apetencia de amar y crear y, sobre todo, con nuestra emoción de recordar: Antonio Montalvo... Don Juan Montalvo y su 13 de Abril **endomingado** (el menos **montalvino** de todos los días de Montalvo —valga la confesión personal entre paréntesis—, porque si se le hubiera comprendido en mejor forma a Montalvo no se

hubiera cubierto de tanto olvido ese día auténticamente suyo, el 17 de Enero en que se vistió de etiqueta —en plan mundano de Don Juan— para su cita con la Muerte... Que si el nacer es alegría, esa alegría nos la dan haciendo por entero; en tanto que el morir es obra propia que la hacemos con el esfuerzo de toda la existencia!...)

Pero, en fin, fue en torno al 13 de Abril de 1932 —Centenario del nacimiento de El Cosmopolita— que dos ambateños —Antonio Montalvo y Alfredo Martínez— aglutinaron a lo más valioso y calificado de la intelectualidad ecuatoriana para la conformación del GRUPO AMERICA. Doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, esa Matrona de la civilidad, había ofrecido los salones de su casa para que se realizara el acto constitutivo.

Oid cómo nos cuenta Antonio Montalvo en una crónica que data de 1935: "Se acercaba el nacimiento de Don Juan Montalvo, dice. Hecho que como ambateños y admiradores del gran estilista y por consecuencia natural a su culto, estábamos en la obligación de celebrar, uniendo nuestra voz al homenaje continental que se preparaba. Queríamos formar un grupo de intelectuales, simpatizadores del Maestro que afrontara con voluntad la realización del homenaje a su memoria. Y, de nuevo, a invitación suscrita por el autor de estas líneas (Antonio Montalvo) y de Alfredo Martínez, en los salones de doña Hipatia Cárdenas de Bustamante, gentilmente ofrecidos para el objeto, tuvo lugar una junta preparatoria en las que se sentaron las bases para la formación de dicho grupo, el mismo que debería llevar adelante el proyecto del homenaje a Montalvo, y, además, trabajar, por la resurrección de "América" (la revista).

"A poco —continúa— quedaba seriamente organizado el Grupo que llevaría el mismo nombre de la revista. La sesión tuvo lugar en los salones de la Sociedad Jurídico Literaria. Quedaba constituida así: DIGNATARIOS: Tesorera, doña Hipatia Cárdenas de Bustamante. Secretario, Hugo Moncayo. Bibliotecario, Alfredo Martínez. Directores de la revista: César Arroyo, Augusto Arias y Alfredo Martínez. Socios Activos: César Arroyo, Augusto Arias, Miguel Angel Albornoz, Luis Bossano, Isaac J. Barrera, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Gonzalo Escudero, Hugo Moncayo, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, Oscar Efrén Reyes, Manuel María Sánchez, José María Velasco, Gonzalo Zaldumbide. Socios colaboradores: en Guayaquil, señoritas Adelaida Velasco Galdós y María de la Torre. En Buenos Aires, Guillermo Bustamante. En Lima, Benjamín Carrión. En Caracas, Víctor Hugo Escala. En Ro-

ma, Hernán Pallares Zaldumbide". (Antonio Montalvo "Diez años de vida". Revista "América". N° 60-61, 1935).

Entonces ya comprenderéis el "por qué" de nuestra presencia entre vosotros. De esta presencia ambateña prestigiada por doña Blanca Martínez de Tinajero, hermana de "A la Costa" de Martínez y nieta de la Canción Patria de Mera. De esta presencia con su Alcalde-poeta, su Cabildo y sus delegaciones del Consejo Provincial y del Núcleo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

No somos foráneos a la alegría de vuestro Aniversario. Por eso venimos no en plan de mera cortesía, sino en una que fuera parodia cordial de retorno a la propia casa. Por eso traemos esas raciones exactas de alegría y angustia para la paradoja con la que el corazón se anticipa al reencuentro de rostros familiares tanto tiempo no vistos, de manos amigas lejanamente estrechadas y de abrazos fraternos que fueron la medida exacta de los nuestros...



Y hénos aquí, en primer, ante la tumba de Antonio Montalvo, vuestro compañero y nuestro paisano. Afanosos por cumplir el mandato del Decálogo humano: la obra de misericordia laica que manda ya no enterrar a los muertos, sino a recordarlos. Vale decir: a hacerlos vivir en nosotros. A almenarlos en nuestra presencia concreta, para seguirlos llevando —en el flanco del corazón— como anticipo de nuestra propia eternidad...



Hay en la geografía avérnica del Dante un valle tenebroso que está ubicado antes de los "círculos". Colinda hacia el lado del Infierno con las aguas encrespadas del Aqueronte; por el un costado, con el olvido de Dios; por el otro costado, con el olvido de los hombres; y, por el frente, hacia el lado de la Vida, con esa tremenda y escalofriante inscripción: "Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza".

Valle tenebroso cubierto por un cielo sin estrellas, lamido por vientos de angustia y torbellinos amarillos de arena salobre. Este aún no es el infierno y no obstante hay más angustia que en él. Este valle está reservado, según nos dice el propio Dante Allighieri por boca del poeta latino: "a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanzas ni vituperios; están confundidas con

el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí. El Cielo los lanzó de su seno para no ser menos hermoso; pero el profundo Infierno no quiere recibirlos por la gloria que con ello podrían reportar los demás culpables”.

Y continúa el mismo Virgilio: “Estos no esperan morir; y su ceguera es tanta, que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo; la misericordia y la justicia los desdeña...” (El Infierno, Canto III).

Es éste el peor de los Infiernos: el del Olvido. El pavoroso “no ser”, la nada absoluta que tanto hacía estremecer a Unamuno. Porque si el hombre muere, quedan por lo menos los muertos para hacer esa esencia sutil de patria; porque patria no sólo es la tierra donde hemos nacido, sino también la tierra donde tenemos nuestros muertos. Mas, si los **muertos mueren**, valga la paradoja, si los dejamos morir por nuestro olvido, ¿qué quedará en nuestro pobre haber de seres perentorios?...

Por eso hemos venido a recordar a Antonio Montalvo, el fundador del Grupo AMERICA, el hijo dilecto de Ambato, el poeta sustancial de lo transparente y de lo terso, el crítico infatigable y generoso que, asomado a ese “Mirador Bibliográfico” de su Revista entrañable hizo de “vigía impaciente” en el mundo del espíritu.

Antonio Montalvo no vivió para sí. Dió cuanto tuvo. Hasta parte de su pequeño sueldo —¿verdad, Alfredo Martínez?— hurtando del “**pansuyo**” de cada día para la publicación de su revista. Por eso no estará jamás en el valle dantesco del olvido. Por eso ios hombres le recordaremos mientras seamos. Porque **ser** sólo es capacidad de **recordar**...

Antonio Montalvo no fue un indiferente. Volcó su emoción de poeta en todos los actos de su vida. Y lo hizo con esa atildada pulcritud con que solía pulir su verso. Por eso hemos venido a recordarlo.

Amó y no odió. No tuvo enemigos. Mas, si los hubo gratuitos, bien los haya. Que según el padre Dante hasta el vituperio es necesario para salvarse del valle tenebroso del olvido...

Nació, vivió y murió como quiere el poeta árabe:

Nace un ser a la vida —tal es el pensamiento en síntesis—. Todos ríen junto a la cuna del recién nacido; y sólo el recién nacido llora.

Haz tu vida, dice, de tal manera que, en el momento de tu muerte, mientras todos lloren, tu sonrías...



Y ahora: hasta luego, Antonio Montalvo... Dueño ya de tu
verdad, sedlo también de estas flores que son de tu Ambato.
Nosotros, regresamos a la Vida a continuar muriendo...

San Diego. en Quito, a 14 de Abril de 1956.

J O R G E I S A A C R O V A Y O

DISCURSO DE GONZALO ZALDUMBIDE EN EL HOMENAJE QUE LE TRIBUTA LA CIUDAD DE AMBATO

Señores:

Vengo aquí como uno de vosotros, como uno de vosotros que acudís, una vez más, a reiterar el homenaje ya ritual, a vuestra gloria más preclara, gloria nuestra.

Estamos aquí tan sólo como oficiantes de un culto que, transmitido a nosotros por ya numerosas generaciones, no se extinguirá.

Tan consagrada y viva está la gloria de Montalvo, que no ha menester se la reanime.

Con o sin el concurso de nuestros débiles remos, la barca en que Montalvo, pagado el óbolo a Caronte, atravesó sin zozobrar el primer río estigio del olvido, bogará sola hacia la eternidad, insubmergible, sobre las ondas del idioma.

Su gloria durará lo que dure el idioma que le dió vida y al cual él devolvió vida radiante.

Al congregarnos en torno a su memoria, lo que hacemos no es por él, que ya de nadie necesita. Es por nosotros mismos, que necesitamos, a cada vuelta del camino, encender en su antorcha la esperanza que se nos apaga, la fe que vacila en su anhelo de porvenir para esta patria, hoy más que nunca en desconcierto y confusión.

Nos reúne aquí una gloria que, desde este apartado rincón de los Andes, trascendió, hace tiempo, al ámbito nacional, y del ámbito nacional al universal. Aquí, junto a su fuente primigenia, vemos su linfa clara seguir brotando a borbollones irisados y expandirse por el mundo: asistimos a su perennidad de inexhausta vertiente andina, como a uno de esos milagros de Natura, que de la roca insensible hace manar la recóndita vida del agua, siempre igual y nunca la misma, refrigerio de campos y ciudades. De aquí brotó esa vena inextinguible.

Brotó de la roca de la ignorancia y de la indiferencia, del confuso seno de la patria todavía en formación, formación que aún no se consolida ni termina.

Lo que fueron los tiempos montalvinos no nos parece ahora más oscuro ni más temeroso que el nuestro. Mas no estamos aquí para hablar de ello, ni soy yo quien para esclarecerlo.

No aspiramos, en este homenaje intemporal, a otra satisfacción que la del sentimiento, impersonal y unánime, de patria, por encima de las vicisitudes del momento.

Enemigos tuvo Montalvo; acaso los tiene aún. Enemigo de muchos fue Montalvo, y acaso lo sería ahora de otros tantos. Pero sus mismos enemigos, no otra figura asumen en la historia, que la de cariátides del monumento ideal de patria, que espiritualizamos en indemne majestad. De su altura ya serenada en la inmortalidad, la efígie de Montalvo parece contemplar el espacio donde amigos y enemigos se confunden en la vastedad del horizonte ya despejado de brumas por el olvido, por la muerte, por la vida renaciente, eliminando errores de unos y otros, excesos de odio y excesos de amor, no menos injustos éstos que aquéllos: perdón de injurias recíprocas que han perdido ya su veneno, combates anulados por sus victorias, savia vital que se nutre de despojos, transformados por la alquimia subterránea que todo lo filtra y acrisola.

Yo mismo —comprendédmelo bien al comprender por qué lo digo—, he tenido, para depurar en mi mente mi imagen de Montalvo, he tenido que borrar en mi memoria injurias y resentimientos que afectaron a progenitores de mi sangre y de mi espíritu.

Montalvo, acerbo polemista y hombre injusto, volvióse a menudo airado contra inofensivos benefactores suyos que ningún daño le hicieron al hacerle algún bien del mejor modo, ni infirieron herida alguna a su proceloso amor propio.

Felizmente, al ambiente familiar en que crecí, levantaba el respeto de las buenas letras por encima de las diferencias y contingencias de la vida. Y así en mi casa oí, de niño, nombrar al escritor, como tal, y al antiguo amigo de mi padre, sin mencionarse los motivos del distanciamiento que los separó.

Varias veces me he complacido en narrar los tiempos juveniles de esa amistad.

Esa época tenía su color, de seductora transparencia romántica. Mi padre acogió a Montalvo, forastero, en el seno de amistades escogidas; le iniciaba en el encanto de la lírica inglesa que era entonces la de su afición; leían juntos a Ossian y salían de paseo a oír los ecos de la tarde en las colinas. Iban, sin duda en si-

lencio comunicativo y unánime, a embriagarse de la ilimitada poesía crepuscular.

Pero tan blando y melancólico pasatiempo no les impedía concentrar su viril disgusto de la servidumbre en actitudes que luego hubieron de traducirse en protesta escrita y en acción.

El primero en hablar fue el poeta filósofo. "Llamáronle cobarde", escribió Montalvo, "por haber dado a luz ese escrito cuando García Moreno dejó al mando". "Pero sabe el mundo entero, —añade—, que reinando don Gabriel la prensa ha estado con bozal, enmudecida. García Moreno ha dejado el mando, es cierto; pero con el mando no se le acaba su carácter ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar su ira"?

Montalvo prosiguió solo, o casi solo la lucha. Y es de recordar ahora esos tiempos, cuando hablar era exponerse al destierro, a la cárcel, a la persecución. Mientras que ahora...

Pero volvamos al encanto de aquella amistad, que, aunque desvanecida pronto, no pasó sin dejar dulces memorias.

En bella y sentida carta expresó Montalvo su nostalgia de esa amistad, y acaso su arrepentimiento. Dice así la hermosa carta de pésame, que poseo en su original autógrafo:

"París, Setiembre 20 de 1887.

Señor don Manuel Zaldumbide.

Mi querido Manuel.

No vayas a pensar que la muerte de Julio es la que ha venido a reconciliarme con él: por mi parte nunca hubo enemistad ni aborrecimiento; no hubo sino rompimiento; así es que durante estos años de ausencia me he acordado de él como de mi amigo más querido, y la noticia de su muerte me hiere en lo vivo del corazón. Estos rayos interiores producen a las veces efectos saludables: ¡Cómo se me han despertado en el pecho la amistad, el cariño que tuve por tu hermano! ¡Cómo se ha levantado dentro de mí el mundo de recuerdos que dejan las relaciones de la juventud cuando son íntimas y sinceras! Conque ha muerto Julio: yo pensaba que él sería quien dijese: pobre Montalvo, al saber mi caída en la eternidad; y soy yo quien debe dar el pésame a sus hermanos. ¿Mas no piensas que tú debes también dármelo? No mires en mí el hombre de la política, la insana política, que tanto cuesta al corazón; no mires sino al amigo de la juventud, al compañero que no podía ni andar ni leer sino con el que acaba de irse dejando tras sí tantos dolores y lágrimas. Dicen que la fortuna es ciega; la muerte lo es también. Todo parecía prometer larga vida a nuestro pobre

Julio: su temperamento personal, su amable suerte, la profesión sosegada de la inteligencia: mujer querida, bellos niños, amor, riqueza, paz consigo mismo y con el mundo eran prendas de larga vida, y él es el que se va, y él es el que nos deja. A poco andar le alcanzaremos; pero mientras esto suceda, llórale tú como bueno y tierno hermano, que yo le lloraré como bueno y tierno amigo.

Juan Montalvo.



Rue Cardinet 26.

Rue Cardinet: ahí está todavía una casa en que, a su turno, murió Montalvo año y medio después.

En la fachada de esa casa, a los 35 años de su muerte, tuve el honor de colocar e inaugurar solemnemente la placa conmemorativa que, a mi ruego, Unamuno consagró.

La placa, la inscripción epigráfica, la ceremonia, que tuvo eco en París, (todo ello a iniciativa y expensas exclusivamente mías), eran lo de menos.

Otro pequeño homenaje, más parlante, más viviente —aunque poco importante por ser obra de mi mano, compuse luego a la memoria de Montalvo. Lo estrené en Washington, celebrando en la Unión Panamericana, el sesquicentenario del nacimiento del gran escritor. Fue en forma de folleto, ilustrado y nítido cual solían serlo las publicaciones especiales de esa acogedora casa u hogar de las Américas. Publiqué ahí, ligándolos, en primer cuerpo, discursos, conferencias, prólogos que había ido componiendo en torno a la obra de Montalvo, editada por mí donde Garnier. La edición, en libro aparte, de ese mi breve "Montalvo", la publicó también Garnier, años más tarde, para servir de memento a la edición en grande que, de las obras, casi todas agotadas o inhallables, de Montalvo, emprendí en esa casa francesa de antigua tradición editorial hispánica. Si no llegó a ser tan completo como lo intenté, culpa mía no fue. Aun así, faltó poco para que lo fuese; y es lo más copiosa hasta ahora. Hice en ella de asiduo corrector de pruebas; de esta lidia con tipógrafos franceses que silabeaban, letra por letra, el castellano, y las trastruecan, algo supo el mismo Montalvo y lo dijo renegando graciosamente. En esta labor, asistíame, pues, la sombra de Montalvo.

Para la celebración del contrato con el editor, acompañóme un deudo de Montalvo, que por uno de esos azares de la sangre, imprevisibles para el espíritu, apareció en París de único dere-

cho - habiente, por sí y por poderes, de los derechos de autor del muerto inmortal.

Cobró en caja derechos habidos y por haber; y no volví a saber de él, ni de la caja, con la cual nada tuve que ver nunca.

Conseguí de Unamuno, en su destierro, que pusiese el prólogo a las *Catilinarías* de aquel otro desterrado, haciendo suyos los dictérios de Montalvo contra Veintimilla, y señalando, con su índice corvo como garra, hacia su España, donde mandaba Primo de Rivera, exclamaba: "como el otro", "como el otro".

La escena en que el viejo vasco, —erguido como un roble, y sollozante a un viento de tragedia que la sacudía imaginariamente—, me entregó personalmente y me leyó en mi biblioteca de París, esas cuartillas que parecían escritas por él dentro de su misma España adolorida—, fue una escena impresionante. De este Unamuno, por lo menos conocéis la instantánea que de él fue tomada en la calle Cardinet mientras hablaba al desvelar la placa conmemorativa de la muerte de Montalvo: fotografía inolvidable por su expresión.

En aquel librito mío sobre Montalvo, síntesis montalvina, no quise hacer ante todo obra de oficio literario, sino principalmente obra de compatriota y de representante del país en el extranjero. Es un elogio por lo alto, por lo más alto de su figura, donde sólo esplende, a la luz de la verdad, lo más insigne de su genio, tan complejo.

Sin claroscuros ni sombras, repujé un medallón y lo incrusté en breve columna apologética.

Abstúveme de hacer en él obra de crítica que, sin dejar de ser todo lo elogiosa que naturalmente tenía que ser, me habría obligado a burilar los altibajos de su carácter y vida, bravíos y asaz contradictorios. Al seguirlo por los meandros de su existencia, habríame sido imposible por ejemplo, no hablar de sus ataques a gentes de mi sangre y apellidos materno y paterno, ataques, burlas, insultos, que sólo me habría sido dable rectificar replicando.

Bien es cierto que el mismo Montalvo dice, en la carta que acabamos de leer:

"No mires en mí al hombre de la política, la insana política, que tanto cuesta al corazón".

¿Refiérese acaso a sus invectivas contra el caballeroso don Manuel Gómez de la Torre?

En lo tocante a mi padre, no creo que hubiese sido la política, o tan sólo la política, lo que lo distanció de él a Montalvo o a mi padre de él. A lo que entiendo, y según lo poco que he oído en mi casa hablar de ello, el motivo fue de otro orden, baladí, insignifi-

cante, pasajero. Ni arremetió Montalvo, que yo sepa, por escrito ni verbalmente, contra mi padre. Entiendo que nunca dejó de estimarle y respetarle. Y lo declara él mismo donde escribió: "No vayas a pensar que la muerte de Julio es la que ha venido a reconciliarme con él: por mi parte nunca hubo enemistad ni aborrecimiento; no hubo sino rompimiento".

No es desmedido suponer que la medida, la corrección, acaso el desdén, vinieron del hombre medurado y desprendido que fue mi padre.

No así Montalvo en sus intempestivos, y reiterados, insultos a tíos míos, en varios de los frecuentes, habituales saltos de humor que dieron a Montalvo fama contemporánea de altanero, desagradecido e inconsecuente.

Polemista acerbo, bien estaba que combatiese a quienes lo combatían, o lo dañaban aunque no lo combatiesen; pero a quienes le favorecieron con su aprecio o su benevolencia, ¿a qué revolverse y ensañarse, cuando lo digno, aun en caso de algún enojo, tal vez justificable, era callar como callaban los aludidos?

Hombre huraño en sociedad, y soberbio a sus solas, su nativa tendencia al aislamiento hacía que le supiesen a rejalgarse como él diría, aun ciertos favores que la adversidad le contrañiría recibir, por discreto y fino que fuese el buen modo de quien se los hizo urbanamente y como cosa corriente entre paisanos. Su excusa, su alta congénita excusa, era que Montalvo sentíase gran señor que hubiera querido hacer favores siempre, nunca recibirlos.

Pero ¿a qué viene esta alusión, al parecer inoportuna, a la sombra de esta estatua transfiguradora y ya inmémora de miserias de la suerte? Pues viene en socorro de este vuestro servidor, quien, no teniendo para participar en este homenaje otro mérito que su antigua devoción por Montalvo, valiendo ella tan poca cosa, quiere y necesita hacerse ver que ella venció a tiempo, motivos que, humanamente, habrían desviado de su culto a cualquier otro menos ecuánime o algo vindicativo.

Nada tenía de extraño que yo hubiese oído, de labios de ancianas tías muy queridas, dolerse, fieles a su sangre, de las antiguas injurias irrogadas al nombre que llevaban.

Y ya que formamos aquí un género de familia espiritual, tan amplia que en ella caben todas las opiniones pero un solo respeto a las diferencias, lícito me era, y érame necesario, para realzar la escasez de mi poco mérito de servidor de la gloria de Montalvo, hacerlos ver que otros habrían tal vez esquivado el tributar pleitesía a quien no siempre respetó a personas que lo eran caras.

"La insana política" lo condujo a sembrar de zarzas el camino

de sus recuerdos o de sus olvidos. Yo he despejado el mío de aquella maleza que, por punzante, sigue gustando en Montalvo a muchos, a condición que ella pique a otros...

El mismo Montalvo tenía de esos retornos tardíos sobre sí mismo. Reconocía sus errores. No hay sino recordar lo que dijo, aun de García Moreno, al ver lo que había venido después: que de buena gana le devolviera la vida al gran tirano que mató su pluma.



Cuando uno ha sido invitado a recibir su pequeña parte en un homenaje tan espontáneo como éste, la modestia le obliga a declarar que no merece tanta generosidad.

Pero, no hay que extremar esa expresión de inmerecimiento, porque si fuese en verdad total la carencia de título alguno, ello implicaría que se están equivocando sus oferentes.

Mentirse a sí mismo, simular un inexistente reconocimiento, son simulacros que sólo pueden tener lugar en política; en política, arte subalterno en la práctica, subordinado a fines de propaganda que tergiversan la verdad en manifestaciones que a menudo, aparentando ser en favor de alguien, son más bien contra alguien, contra algo.

Esto no acontece, no puede acontecer en un ambiente desinteresado y superior como el de la Casa de Montalvo.

Habéis, pues, vosotros sabido o llegado a saber que algo, así sea poco, había hecho este vuestro servidor por servir la gloria común de Montalvo.

Aquel poco contrasta con lo mucho que vosotros habéis hecho; pero ello prueba tan sólo que vuestra bondad y generosidad son mayores aun que ese contraste.

De ahí que para merecer siquiera la mínima parte del significado que me dedicáis en el homenaje a Montalvo que a todos nos cubre, me ha sido preciso ponerlos a la vista, si bien casi confidencialmente en la intimidad que me habéis brindado, esos aspectos que ignorábais o que hubieran pasado inadvertidos por vosotros, y que me ayudan precisamente a no parecer del todo indigno de participar en la parte secundaria y accidental de este homenaje, cuya parte grandiosa y unánime se eleva tan sólo hacia Montalvo.

En mi ya larga vida, algo se me ha alcanzado de cuanto concierne a Montalvo; y, de lo que ha estado a mi alcance, he creído hacer el mejor uso al no hacer uso de mermas o reparo alguno. Si hubiese querido ejercer de crítico zahorí, bien puedo aquí con-

fesaros que hasta en su prosa, algunas porciones me parecían caedizas. No las toqué.

Eso habría sido, diréis vosotros, pretender rasguñar un mármol. Otros dirían: eso sería profanación. Pero el hecho es que, en crítica literaria propiamente dicha, no existen profanaciones, si se estudia de buena fe. Y el hecho es que, a trechos, aparecen en la obra má duradera, resquebrajaduras por donde penetra el desgaste del tiempo.

—Que las vean otros, me dije, si es que las ven; que, para mí, el placer sólo está en aprender las más altas razones de admirar, y no en hacer alarde de perspicacia inconducente a mi propósito, que únicamente es el muy justo de glorificar, a la luz de la verdad, o apartando sombras, aun éstas que de suyo dan realce humano a la misma verdad, en detalles que se fundan en la armonía y congruencia del conjunto.

La biografía de Montalvo, por Oscar Efrén Reyes; la biografía novelada por Vásconez Hurtado, son obras más completas que mi "Elogio" de Montalvo, y genuinas y muy valiosas. La de Reyes ha tenido el éxito que merecía; la de Vásconez lo merece más extenso.

Por lo demás, nadie ha hablado de Montalvo con el brío elegantísimo, la prosa perfecta y tono inimitable que son propios de Raúl Andrade, en quien palpita la pasión de Montalvo tradicional en su familia.— Vacas Gómez también, en sus Siluetas, lo ensalza comprendiéndolo y sintiéndolo. Y así Alfredo Pareja y algunos otros más. Pero de un tiempo a esta parte, montalvistas de ocasión son ya legión, se improvisan y proliferan como hongos. La mayoría de ellos exalta al "Libertario", como dicen con más énfasis que propiedad, quizás para atribuirse a sí mismo, con ingenuo júbilo y jactancia, ese epíteto que confunden con el de hombres libres, que no necesitan ser "libertarios" para no más de ser libres, que no se proclamen "libertarios" porque les basta con ser libres, es decir, no esclavos de los inocuos furros de aquellos.

Mi breve "Montalvo" no aspiraba a ejercer influencia alguna; mal podía alcanzarla, ni la hubiera merecido en el mejor de los casos. Y parece ser como que nadie, o poco, lo hubiesen leído. Circuló empero bastante, pues fueron enviados de París por el editor varios paquetes gratis, desde el año 1937.

Lo único curioso es que han ido apareciendo desde entonces, en escritos que nunca las citaron, ni mencionaron mi labor, apreciaciones y cosas sobre Montalvo que en mi modesto ensayo constaban por vez primera. Hablan de las primeras impresiones de viaje y juventud de Montalvo, que tanto trabajo me costó rastrearlas y recomponerlas, como si los hubiesen sido familiares. Todos

daban como cosa consabida, sabida desde siempre, conceptos que emití, juicios que formulé, datos que hallé tras larga búsqueda, atisbos y detalles que dí a luz sin vanagloria.

No los habían, ellos, enunciado antes... Y, al parafrasearlos, ni siquiera los mejoraban o completaban.

Salvo la generosa Epístola que publicó, en "Desvelo y Vaivén del Navegante", el joven escritor que ya venía destacándose, Galo René Pérez, —no cosechó semilla alguna bien fructificada, de entre las que eché, al voleo, en ese mi Elogio de Montalvo—. Declaraba esa Epístola, abierta, cordial y fresca en su entusiasmo de mocedad y descubrimiento, cómo, su ingénita admiración por Montalvo, habíase aclarado a la lectura de mis páginas, introducción al conocimiento de las bases incommovibles de la gloria montalvina, que el joven ensayista decía haber hallado en ellas, no ya en alabanzas vagas y genéricas, sino enclavadas con precisión en los cimientos.

Poco valen, de poco sirven, frente a la literatura montalvina, mis antiguas contribuciones a su difusión.

La resonancia como de cúpula, que les dais hoy en el templo que esta Casa de Montalvo, enaltecen mi aporte, no al nivel de la minúscula estatura de mis escritos, sino a la altura de vuestra generosidad.

¡Qué mayor recompensa! Tanto mayor cuanto más inesperada y menos buscada, por inmerecida.— Con ella me colmáis.

A ella se añade tan sólo otra satisfacción, que será también satisfacción vuestra. Mi propósito de divulgación se dirigía, no tanto a lectores de nuestro país, donde todos conocen y veneran al "Cosmopolita", cuanto al extranjero, donde muchos ignoraban la obra y renombre de Montalvo. Pues bien; cuatro ediciones se han hecho afuera, de mi ensayo. (Ninguna aquí, por innecesaria). De entre ellas, la más reveladora de interés, fue aquella con que me honró la Academia de Letras Argentina, al seleccionar ese mi Montalvo entre otros ensayos míos, y publicarlo en bella edición, bajo el título de "Cuatro Grandes Clásicos Americanos".

De esta edición, poco conocida y fuera de comercio, os traigo el último ejemplar de los que me enviaron, hace nueve años. Os lo dejo en recuerdo de esta visita.

Comprende también mis estudios de otras dos glorias nacionales, menos conocidas aun aquí, Fray Gaspar de Villarroel y el Padre Juan Bautista de Aguirre.— En España se reprodujo también, bajo el mismo título, esa edición argentina.

¿Qué más podría desear? Ahora vosotros añadís este coronamiento a mi desinteresada labor patriótica. Muchos suelen decir

aquí que nunca me he ocupado de lo nuestro.— No es exacto, y es simplemente tendencioso.

Casi no hay ya nombre y obra valiosos de nuestra literatura que no haya atraído mi atención, mi búsqueda, mi elogio. No es del caso enumerarlos.

No siempre se duele uno de lo injusto, ni es lo que más duele.

Volviéndome à vosotros, os agradezco en particular, y muy humildemente. Muy cordialmente, sobre todo.

Agradezco al señor Alcalde haberse dignado invitarme en persona a este homenaje.

Y bien adivino, en la fineza del tacto, la mano femenina que, discretamente, como poniéndose detrás del imponente aparato de esta manifestación montalvina, la he visto tenderse de lejos, movida por la tradición que en su casa perdura, de la amistad de los suyos con los míos.

Escritora sensible a la evocación del pasado familiar, doña Blanca Martínez de Tinajero, no ha olvidado que su abuelo, su padre, sus tíos estuvieron ligados de amistad con los de mi casa. En mi antigua casa materna gusté del trato de su padre, Luis Martínez; y más lejos, en mi infancia, ví cruzar sus corredores la alta y encorvada silueta barbada de Don Juan León, que solía venir a la hora del café y sentarse a la mesa familiar no todavía huérfana del todo.

En otra ocasión, dije, hace años, en la plaza de esta misma ciudad, mis recuerdos de entonces, en alocución que se publicó si mal no recuerdo, en una revista de la localidad.

Como debe de existir también, enterrada en el modesto mausoleo que era la Revista de la Sociedad Jurídica Literaria, no una nota mortuoria, sino una extensa salutación de bienvenida, a la novela de Luis Martínez, "A la Costa", que publiqué, tal vez, la primera en salir a luz, a raíz de su aparición, hacia 1904.

¡Qué viejo estoy! Pero este contacto con vuestra tierra, re-nueva memorias aun más viejas, no por eso menos caras a esta región privilegiada, pues se refieren a Don Juan León, y no a mí, sino a mi padre, amigo muy querido de Don Juan León.

Se trata de unas cartas sobre literatura autóctona, que tenían de singular el haber sido escritas por mi padre en el seno de la selva, entonces virgen, de Paramba y Malbucho; pues el poeta delicado, y hombre fino de complexión, que fue mi padre, fue como muchos de nuestros hombres antiguos, domador de tierras bravas, sembrador en talas de monte inmemorial, —no como los actuales demócratas aristocráticos que sólo quieren sentarse a mesa puesta. Entre esos dos poetas amantes de la naturaleza y de la soledad del

campo discurrió un diálogo a distancia—. Bellas en particular por aquella circunstancia, las cartas de mi padre a Don Juan León yacen sepultadas en las Memorias de la Academia de la Lengua, publicadas hace años; y hoy parecen cobrar vida en esas selvas, adonde ya no van poetas, a caballo y a pie por despeñaderos, sino funcionarios y mercaderes en autocarril, sobre rieles que ya desesperan de trenes, promesa de gobiernos a cual más falaz o a cual más inhábil, o más hábil en este escamoteo secular.

Saludemos aquí la aparición de ese "Trajano MERA", buscado, hallado por las luces, la bondad e inteligencia del joven escritor y excelente Alcalde, R. Pachano. Me he congratulado de volver así como si desde antes lo hubiera conocido aquí; y me dejó la impresión de solitario y nostálgico en su natural, cual siguió siéndolo a pesar de sus retozos de ironía agridulce, y cual bien lo muestra su entusiasta comentarista ambateño de buena cepa.



Meras, Montalvo, nombres que la vida divorció un día, para juntarlos en la historia. ¡Sea esta clase de pretérita y bienhecho-ra conjunción bajo el común denominador de la patria, ejemplo y estímulo a reconciliación entre vivos; y regocíjese Ambato de haber sido y seguir siendo cuna de ilustres servidores.

JUAN MONTALVO Y GONZALEZ SUAREZ

1800... Siglo fecundo para el Ecuador... Montalvo, Mera, González Suárez, figuras que se elevan sobre bases eternas. "Velaron su vida de tal suerte que viva quedó en la muerte". A pocos hombres de nuestro país cuadra con mayor acierto esta heráldica sentencia.

Montalvo, con su riqueza fraseológica, realizó la más perfecta unión entre la idea y la palabra escrita. Palabra la suya que es acicate y fuego, y otras musical y dulce.

Mera, de probidad mental incomparable. En su ancha vida florecieron las virtudes y las gracias, en sus escritos la verdad y la belleza. Su estilo suave y armonioso en sus versos, de colorido espléndido en Cumandá; como un torrente en sus polémicas o cuando tiene que defender su ideología sincera, pero siempre recto, siempre uniforme.

González Suárez otro símbolo de energía. Una de las más bellas y más completas manifestaciones de la verdad. Su vida no fue sino la conformidad del pensamiento con la realidad; concepto traducido en todos sus actos, fieles reflejos de su abundante luz interior, más intensa conforme pasa el tiempo.

Tres figuras admirables. Sin embargo os hablaré solamente de Montalvo y de González Suárez. Procuraré llamar vuestra atención benévola en breves párrafos en los que encontraréis únicamente mi buena voluntad para cumplir el encargo que me habéis hecho.

El navío que semanas antes había desatracado de tierras de América y surcado lentamente el Atlántico se detuvo en una de los puertos de Francia que dejaba oír su voz de sirena, atrayendo a la juventud ansiosa de beber de su ciencia, de su arte y de su belleza... Francia abrió su corazón y en él se asilaban incontables almas como antes, como hoy y como siempre.

Don Juan emprendió la gran aventura... Habíale llegado el urgente reclamo de la vieja patria de Hugo y de Lamartine...

Interrogante miró a sus Andes, a su cielo tinturado por arreboles de ensueño... El corazón quiso detenerlo. Mas, en breve, deshizo los lazos que lo familiar tiende a todos cuantos intentan separarse del rincón nativo. Agil y decidido partió con dirección a la ciudad de Babahoyo, comunmente Bodegas, de mucho prestigio por aquel entonces, en la que esperaba la alfombra del príncipe Amhet.

Partió, pues, alejándose de sus montañas y luego de la fértil llanura de la Costa... El Guayas rumoroso, con su verdegueante marco de ceibos y de palmeras, le acompañó hasta entregarlo al mar en cuyas ondas deben haberse posado más de una vez las negras pupilas brillantes del aventurero de Ficoa que gustaba dialogar consigo mismo, con el viento y los cielos estrellados.

Poco a poco las costas ecuatorianas desdibujadas le daban su adiós hasta que al fin, se encontró entre dos abismos: el infinito y el océano... Proyectos, sueños de grandeza, anhelos de encumbramiento se eslabonaban entusiasmado al viajero, y, en lo más hondo crecía la esperanza de que la desconocida amada bien podía estar esperándolo en cualquier lugar de Francia... Esa amada, para quien, indudablemente, reuniera en lo más recóndito sus más ricos dones... ¡Efímera ilusión!... En él debía ser una obsesión el amor, pero aquel amor que se alimenta de comprensión y delicadeza y que, en ocasiones llega a nuestra puerta para fugar de inmediato, sin que quizá nos hayamos dado cuenta...

Singular debió haber sido el viaje de don Juan... Contemplaba las decoraciones cambiantes de los atardeceres marinos, las gavillas de sombra, las franjas de fina espuma, levanticas o arrolladoras, mansas o apresuradas que saltaban a gran altura par luego dar paso a insondables abismos. Montalvo debió entonces meditar largamente, encontrando similitud entre las olas del mar con su pensamiento que mil veces había de golpear a los que no podían o no querían comprender sus afanes extraordinarios, sus ansias de libertad, sus sueños de juventud, sus fervores de patriota y sus enseñanzas de maestro...

Arrimado a la borda, recordaría alguna escena del tiempo en que las calles de su lejana Ambato lo vieron pasar erguido, con sus negros cabellos rizados, sus ojos iluminados por extraño fuego y los labios listos a sonreír irónicamente, sin que le importasen el qué dirán y los escrúpulos de la sociedad pacata y cándida de aquel entonces, que dejaba pasar el tiempo sin más distracciones que las festividades de Corpus y de Viernes Santo y las no menos atractivas corridas de toros, los paseos a los huertos sin que faltasen el arpista y otros músicos conocedores de las pintorescas melodías que desgranaban las voces y las guitarras... Epoca de quie-

tudes hogareñas, de romances tímidos, de galanes que paseaban su garbo en corceles santarroseños, de crines flotantes y airoso galopar.

La crítica de don Juan fustigaba a todos: galantemente al sexo débil, pese a las gracias de sus coterráneas que encendían su pasión y su entusiasmo, fáciles de notar en su "Geometría Moral", espejo del sin par caballero de las ventas y caminos ecuatorianos...

Su mordacidad, el ningún respeto a ciertos convencionalismos, sus afanes de cultura y superación, aumentaron la falange de sus detractores que usando pesadamente el castellano formulaban insultos y quejas... Lo llamaban mal esposo y mal padre, amigo desleal, descreído y antipatriota, calumniador y condenado en vida... ¡Al hombre sinceramente cristiano!... Pero todos estos epítetos relievieron su personalidad, tallada entre la persecución y el destierro, entre la ingratitud y la desconfianza, entre el hambre y la pobreza. Sin embargo no le faltaron ternuras y afectos de mujer...

Don Juan, con su juventud en sazón, guardaba interesantes recuerdos familiares. En sus huertos interiores crecían flores apreciadas, y la voz de la querencia dejaba oír su reclamo.

Mientras las olas continuaban con su extraña danza y el viento salino removía blandamente las garcias, seguían desarrollándose el claro tapiz de su memoria... Acudían paisajes y episodios, lecturas realizadas en libros y revistas que, con frecuencia, solicitara al autor de Cumandá en lacónica pero impositiva esquela, o en aquellas visitas que de tarde en tarde, y antes de que los separasen divergencias ideológicas, le placía hacer al tranquilo hogar de aquél, pues, aseguran que le agradaba saborear el café que preparaban las diligentes y delicadas manos de doña Rosario Iturralde de Mera...

Sonreiría al evocar aquella mañana tungurahuese, cuando encontrara en el camino atochano al autor del Himno, al varón de recio temple cristiano que gustaba visitar diariamente a su madre y a su abuela, sus maestras y confidentes... Y volver a mirar a su río y sus huertos, al viejo guabo, al molino bullicioso... El estoque de don Juan midióse con el sólido bastón de caña braba de Mera, sin más testigos que humildes campesinos... Encuentro significativo que realza la personalidad de estos dos hombres, idealistas fervorosos, honrados ya por la Historia...

Entre el desfile evocador de Montalvo, cobrarían relieve, nuevos y sugestivos lugares, vecinos al Pichincha y al Panecillo, decoración adecuada para los templos y calles venerables. Las plazas

con sus fuentes de piedra labrada con maestría... Los atrios y escalinatas acunadas por los sonos pausados o alegres de las campanas, dorándose con el sol mañanero, extendido sobre las praderas de Ñaquito y Turubamba, adentrándose poco a poco en las quebradas y remansándose en el Antisana y el Cayambe, niveas columnas para sostener el cielo azul claro salpicado de copos fugaces.

Escenario adecuado para inspirar a todas aquellas personas que frecuentaban la noble casa de don Julio Zaldumbide, espíritu superior a quien satisfacía fomentar los afanes literarios de sus compatriotas. Acudían Mera, confidente inapreciable con quien había de mantener copiosa correspondencia epistolar... Cevallos interesado por ampliar sus conocimientos... Modesto Espinosa... La grata y sapiente discusión, sin que propasase los lindes de la urbanidad; el consejo y la advertencia sagaz y estimuladora para los escarceos literarios de universitarios o poetas, entusiastas admiradores de Campoamor y Chateaubriand... Escucharíanse gravemente los atinados comentarios sobre tal o cual libro llegado en el último correo... Y en ese hogar, generoso y abierto, lucirían las gracias y el sutil ingenio de la esposa de don Julio, el poeta filósofo que gustaba dialogar con nuestro Cosmopolita en recorridos crepusculares por los frescos y tranquilos alrededores de San Francisco de Quito...

Montalvo llegó al fin a Francia... Tierra donde una Providencia tutelar levantó las cadenas pintorescas de los Alpes, trazó el curso de los ríos... Aquella Providencia pródiga que, con tanta largueza embelleciera sus campiñas, lagos y bosques, esmeróse en dotar a sus hijos de un extraordinario espíritu propicio para las ciencias y las artes.

Francia, la de las grandes conquistas libertarias, la de los talentos y bellezas, acogió a Montalvo con esa su gracia inimitable... Sin embargo, el hechizo de aquella tierra, a la que había ansiado conocer desde su inquieta adolescencia, no pudo substraerlo a la melancolía añoranza por una vida que satisficiera sus íntimos anhelos. Añoranza traducido en el siguiente párrafo:

"Yo no estoy aquí, por mi gusto... Cuándo les he dicho que vivo contento? Si alguna envidia tengo en este mundo, es la del hombre modesto y tranquilo que vive rodeado de personas queridas, goza de la infancia de sus hijos, los ve crecer y ve romper en ellos la aurora de la inteligencia... que se calienta al sol de la patria y se refresca a la sombra del techo propio...; que se despierta al son de las campanas de su iglesia, campanas que ha estado oyendo desde niño; que se levanta y vuelve cada día a las ocupaciones que no fatigan y las distracciones que no cansan; amado

de su mujer, querido de sus parientes, servido y respetado por sus criados. La hacienda, el caballo, el perro, la vaca, la leche caliente y pura ¿dónde están?... Si yo pudiera dar los ocho años de Europa de mis tres viajes, aun cuando no han sido del todo inútiles; si los pudiera dar por cuatro días de felicidad doméstica ascendrada, no vacilaría un punto"...

—“Si los pudiera dar por cuatro días de felicidad doméstica ascendrada, no vacilaría un punto”...

Clamor dolorido. Ansias de su corazón vacío de afectos verdaderos. Nostalgia del hogar entrevisto en sus horas de sequedad interior... En aquellas horas oscuras y silenciosas en que debe haberse preguntado, encarándose con su destino: ¿por qué no hallo la mano que refrescaría mi frente, la boca de consolaciones y de esperanzas?... ¿Dónde, dónde puede estar la Samaritana?...

No pasó mucho tiempo sin que se cumpliera su más caro deseo. Visitar a Lamartine, en cuyo corazón cabían los afectos más tiernos, las emociones más nobles y sobre todo un extraño y nada común sentido psicológico que le permitía llegar a lo más recóndito de los corazones femeninos, cautivándoles con su gallarda presencia y su refinada cultura. Sin embargo, nada ni nadie pudo apartar de su espíritu ese como sedimento de melancolía que rebasaba en sus poemas y entrañables novelas, reflejos de su vida. Fácil es notarlo al levantar el velo de sus palabras y al seguirlo en las descripciones que nos hace de sus protagonistas.

Montalvo, pues, ilusionado emprendió un buen día el camino que conducía a Milly... Le acompañaban los Girondinos... Graciela, Rafael... Lecturas que deleitaban a nuestros antepasados haciéndoles entrever mundos de maravilla. Y más de un escritor de aquel entonces, acogió calurosamente las nuevas expresiones literarias que insensiblemente habíanse apartado de las severidades clásicas para describir insospechados matices del espíritu... Forma nueva y sugestiva de guiar al pensamiento en busca de la suprema belleza... Epoca de oro la del romanticismo. Suavizó durezas, iluminó sendas y elevó al amor divinizándolo.

Quizá la causa primordial para que la Humanidad actual se manifieste dura y esté aherrojada por la técnica y el maquinismo, se deba en su mayor parte, a ese alejamiento del sentido romántico de la vida... Es indispensable cultivarlo a fin de sentir su influjo en esta etapa en la que está en juego la herencia cultural que los siglos nos han legado...

Nuestros abuelos acogieron con ingenua sencillez y cierta novelaría los libros del bardo de Milly que aseguraba que su voca-

ción se la debía en gran parte a su madre, cuya voz entonaba tiernas canciones de cuna.

No es pues, de extrañar que aquella gloria francesa haya hecho vibrar las fibras emocionales de nuestro don Juan.

Lamartine recibió complacido la visita de ese hombre moreno y de mirada penetrante que, pese haber vivido en un casi perdido rincón de los Andes, fue a llamar a su puerta. La caballerosidad de Montalvo, indudablemente debe haber producido grata impresión al poeta que "le invitó a cazar en sus tierras".

El ambateño correspondió a la gentil invitación de Lamartine con las más bellas páginas que ecuatoriano pudo haber escrito. Rememoremos aquella hora cuando la mano ágil y nerviosa del Cosmopolita iba imprimiendo segura y sin desmayos su sentimiento sedosamente engalanado con la lengua materna.

Imaginemos ver las negras líneas que la tinta iba imprimiendo en la albura del pliego y las repitamos luego con unción, con la misma que se usa al rezar, porque bien se merece el pensamiento jugoso y abundante del autor de los "Siete Tratados", de "La Mercurial Eclesiástica", de "Las Catilinarias" y en especial de los "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", páginas inmortales que la Fama conserva como sus más preciados aderezos...

Que vuestros oídos sigan el camino de mis labios, marcos deslayados para tan bello desfile de ideas y de sentimientos:

"Qué feliz sería llevándolo conmigo. Allí vería tantas cosas dignas de él. O le haría realizar una navegación mitológica sobre el Daule: los altos tamarindos y las ananas se inclinarían a su paso. Subiríamos al Chimborazo, desde la cima de los Andes arrojaría él una mirada inmensa sobre la América inmensa. Descenderíamos por el otro lado y luego nos encontraríamos en medio de esas llanuras en donde tiembla la verde espiga. Veis a esos ancianos sauces que inclinan sus viejas cabezas, ya de un lado, ya de otro? Yo tengo ahí flores y laureles para ofrecer a mi gran huésped; yo le llevaría a casa de mi padre, nos internaríamos juntos en el bosque de Ficoa y avanzando nuestro camino se sentiría inspirado del fuego divino al poner sus ojos sobre los poéticos lagos de Imbabura... Iríamos de valle en valle. Los jóvenes agitarían al aire sus banderas; las jóvenes cantarían sus canciones más queridas; los viejos de cabellos canos saldrían de sus cabañas preguntándose: dónde está él?... Cuál es él?..."

La mano de Montalvo que manejaba la saeta implacable y certera, se tornó blanda y sugerente al recordar sus campos nativos, sus montañas bien amadas, sus sauces de viejas cabezas inclinadas. La nostalgia acariciando su espíritu le impulsó a ofrecer la

paz de su campo, las frondas de Ficoa y del Sueño, acunadas por el río y el viento, al noble señor de Francia que desgranaba las cuentas de su otoñal vida interior.

Lamartine agradeció a Montalvo estas efusiones con expresiva carta: "He leído estas líneas y he amado la mano extranjera que las ha escrito. Si en mi Patria se alimentaran sentimientos semejantes no me vería obligado a repartir la sombra de mis árboles entre mis acreedores y mis deudos. La Francia interrogada ha respondido que yo muera. Pues bien, así será, moriré lejos de ella, a fin de que no tenga ni mis huesos".

A Montalvo, sus enemigos le han juzgado cruel, de sentimientos incapaces de doblegarse ante la delicadeza y el dolor, juicios que se destruyen ante la emoción que palpita en cada una de las frases que dirigiera al genial romántico, uno de cuyos trozos ha resonado en este lugar de evocaciones... Es por esta razón que estas páginas inmortales asoman diáfanas, cinceladas en el más rico y puro de los idiomas, ése que con tanta abundancia concediera Dios a este hombre símbolo, considerado como uno de nuestros maestros insignes que supo enfrentarse no sólo con la vida sino también recibir serenamente a la Amada Eterna que lo condujo material y piadosamente desde la humilde habitación de la calle Cardinet, al eternal goce de aquel Olimpo que don Juan entreviera en sus horas de gran iluminado. No le "faltaron ni Dios ni los Hombres" en aquellas horas solemnes, pese a la blanca túnica invernal, al cierzo helado que se deslizaba sobre París y el Sena... Unas pocas flores, en muda y elocuente oración fúnebre le rindieron su homenaje, el mejor, indudablemente, porque brotaba de la Naturaleza que él amara tanto...



Corramos el velo sobre la figura de nuestro ambateño y trasladémonos a otra senda para seguir los pasos del ilustre prelado y admirable historiador: González Suárez...

Es en los albores de su tiempo donde vamos a buscarlo de preferencia: a rastrear sus huellas infantiles, iguales a las de todo niño, pero a la vez distintas, porque fueron precisas y definidas en aquel espíritu selecto.

Sí, es en aquel tiempo donde la intuición va a reconstruir escenas y circunstancias, en medio de las cuales brotaron los primeros balbuceos del que más tarde hablaría con la voz de la verdad, sin que nada ni nadie pudiese debilitar su fortaleza ni la hiciese cambiar de rumbo...

Hace más de un siglo, una madre esperaba el advenimiento de su primer hijo. Reclinada en ancho estrado sus manos suaves y diligentes confeccionaban una diminuta camisa. Y entre el pasar igual y lento de la aguja, pensaba en aquel hijo desconocido que, sin embargo silenciosamente se hacía ya sentir. Esta idea maternal se mezclaba, en mujer tan piadosa, con la de Divinidad, a quien entregaba confiada y cándida ese fruto de su amor. Su plegaria, nacida de lo más íntimo, la poseía completamente hasta alejarla de la tierra. Todo se borraba ante sus ojos materiales y sólo cobraba fuerza y relieve la confianza en Aquel que, con tanta largueza había dotado ya al que más tarde sería uno de los más claros destellos de la luz increada que ha brillado en criatura humana.

El sol aclaraba la habitación sencilla, de paredes enjalbejadas, con su piso de estera fallosa y deslustrada. Al fondo una ventana rompía el ancho muro, una ventana por la cual divisaba acaso las vertientes caprichosas del Pichincha en las que se destacaba la nota diáfana de la cascada, alimentadora del amplio y noble surtidor de piedra de la plaza de San Francisco de Quito.

Los sonos de las campanas alegraban mañana y tarde la ciudad muellemente recostada al pie del monte, del viejo e histórico monte que tentara a Mariana de Jesús, ansiosa de elevar sus plegarias y vivir su vida de extraordinaria penitencia: en cualquiera de sus cavernas, en íntimo contacto con la naturaleza.

Quito había de ser propicio para que se desarrollase en él una de las más notables inteligencias americanas.

En aquel ambiente, en aquella casa misérrima y pobre iban a abrirse por primera vez los ojos del que rendiría culto a Dios, a la Patria y a la Verdad.

Las facultades humanas se desarrollan bajo el influjo del medio ambiente, decisivo para la vida psíquica. El medio y el hombre se unen. Aquel como base para el desarrollo físico, moral e intelectual y éste como simiente. Y de esta unión nace en ocasiones la inmortalidad. El espíritu no podría elevarse sin la tierra, sustentadora y maestra.

En ese retirado y agreste rincón de los Andes, alumbrado por la luz de su cielo incomparable, el 13 de Abril de 1844, se oyeron los primeros vaguidos de un niño que luego reposó en inconsciencia feliz junto al seno henchido. Cubría su cuerpecito suave y tibio los pobres pañales que la madre cosiera en no lejana tarde, cuando el corazón de ella iba a buscar el corazón de Dios para pedirle que amase y protegiese a su hijo.

Los párpados del recién nacido se cerraron. Dormía también su espíritu hasta que los primeros destellos de la razón lo desper-

tasen y sintiera los llamamientos del amor, junto al inefable conjunto de la palabra madre. Es con esta palabra, con la que se abren para el hombre las puertas de la vida. Es en este momento en que la madre comienza a modelar el alma del niño.

En aquel instante, cuando nacía la idea de madre en aquella mente virginal, se prendió la llama que fue después lumbrera de ciencia. Entonces debe haberse unido el amor incomparable de la madre con el amor indeclinable del hijo.

González Suárez debe haber tenido de todo esto las primeras indecisas nociones y los primeros débiles impulsos, mientras aún sus manecitas acariciaban el materno seno o se apretaban contra él sus mejillas sonrosadas.

Tiene un año de vida. ¿Balbucea ya y ha dado los primeros pasos vacilantes? No lo sabemos: lo que consta es la admirable precocidad de su memoria. Un año apenas y ha de recordar con sorprendente lujo de detalles la última vez que vió a su padre, cuando, empuñando el bastón de peregrino, muerto en vida, dejando a su compañera y a su hijo, emprendió el viaje sin retorno, impuesto ¡quién lo creyera! por el mismo amor a la esposa y al hijo pequeñuelo...

¡Infancia! Tiempo feliz en el que ni se vislumbra aún por que en la vida está la muerte y en el mismo amor hay amargura y pesadumbre.

Pasan los días: el ambiente es otro; con la ausencia del padre se ha esfumado la efímera dicha del hogar, sombras de tristeza lo envuelven. Se ha trasladado el escenario al borde de una de las quebradas que atraviesan a Quito, la de "Jerusalén". Allí, en su casita silenciosa y triste, única propiedad que tuvo en su vida, en extrema pobreza desarrolla y crece este niño extraordinario, y como todo niño a veces, hacía del pequeño patio el teatro de sus travesuras; rara vez compañeros de su edad, juguetes tal vez nunca. Lo tentarían a veces el Panecillo al frente o el Ichimbía a la derecha. Tan pronto misteriosamente cubiertos por la niebla, como iluminados por el sol, en las incomparables mañanas serraniegas, cuando la naturaleza parece recién creada. Y así su inteligencia precoz iría aprendiendo a captar la belleza dispersa, a distinguir las formas y a diferenciar sonidos y colores.

Todo, pues, iba presentándose ante el curioso espíritu del niño diáfana y sencillamente. Poco a poco las ideas precisas, aún cuando débiles, se grababan en su asombrosa memoria.

Era la infancia de la verdad, la que lo poseía íntegro, sin vacilaciones, como una línea recta, la que venida desde lo infinito,

atravesase el tiempo, en el cual González Suárez debía vivir su vida mortal.

Esta medida que se la podría llamar la extensión de la geometría moral, es rarísima: muy pocos son los privilegiados que poseen y se valen de ella para indagar el insondable mundo de lo abstracto. Medida que al usar da por resultado la genialidad, sea en las ciencias, en la filosofía o en las artes.

González Suárez la tuvo y la usó con certeza inimitable, aquella que luego floreció por diferentes ramas.

Iba cuajando la miel que alimentaría la "Hermosura de la Naturaleza", obra en la que vertió toda, porque solamente así se comprende como pudo sentir y describir la del agua nacida entre el pajonal y la de la mosca bulliciosa...

Allí, en esa habitación, la madre referiríale historias de santos y de mártires. El niño se trasladaría a ese ingenuo mundo, en lo que lo pintoresco se confundía con la leyenda... La vida de Jesús y de su madre le interesaría más que ninguna... ¿Encontraba acaso entre el ambiente de Nazaret y el suyo propio cierta similitud, algo de ese doble y sin igual cariño?

Las primeras enseñanzas de doña Mercedes, su santa madre y su primera maestra dejaron huellas imborrables en aquella alma privilegiada.

La frescura de su inteligencia se demostró desde sus primeros años escolares, en aquel tiempo de agudizamiento de la pobreza, cuando sentía casi en carne viva el cierzo helado y penetrante de las invernales mañanas quiteñas.

Pobre y escasa era su ropa y sus pies supieron de la desigualdad áspera y charcosa de las calles... Y cuántas noches los débiles farolillos lo verían repasando sus lecciones copiadas entre renglón y renglón de los cuadernos ya usados de sus compañeros.

La plaza de San Francisco debe haber atraído al muchacho cuya imaginación forjaría, indudablemente, la escena de la primera siembra de trigo y creería escuchar el golpe de los cinceles en las piedras bajo la dirección de los franciscanos cuya labor culturalizadora fue decisiva para cimentar nuestra nacionalidad.

Abstraído, quizá acodado en la pétrea balaustrada del pretil recordaría a Fray Jodoko Riky y gozaría al contemplar el agua conducida desde las breñas del Pichincha para luego repartirse borboteante por las calles, enmarcadas por clásicas construcciones de anchos aleros y amplios patios... En más de una mañana levanta sus ojos para mirar las nubes, buscando la figura etérea de la Virgen.

Años después, el joven de aspecto severamente grave, gustaba

pensar e introducirse en la senda retrospectiva para con su ya extraordinaria intuición bucear en el mar inmenso del pasado, en el que emergía nuestra historia... Desfilaban las poblaciones aborígenes y su incipiente cultura... Huaina Cápac, ese Inca, cuyo perfil se delineaba con extraña precisión... Luego la Conquista fieramente Homérica... La Colonia con sus hechos pintorescos o de relajación increíble.

Desfile de figuras y de escenas, manifestaciones espirituales que dieron abundante material para que la razón amplia y segura de nuestro Historiador, fuese examinando con acierto paciente y preciso, hasta llegar a justificar o a condenar con sin igual rectitud.

En sus largas horas indagatorias, cuánto debió haber gozado y acaso más de una vez sufrido. El gozo tiene en ocasiones como origen el dolor. Y gozo hay cuando el investigador, guiado por la lógica, llega a descubrir horizontes espirituales y en ocasiones insospechados.

Luego el gozo aumenta al descifrar todas aquellas partes que si bien son componentes del todo, tiene cada una su virtud propia.

Nicolás Jiménez, notable escritor y crítico, asegura que una de las mejores cualidades de González Suárez era la de "que cuando estaba convencido de la verdad y de la justicia de una causa, no cedía un ápice en sus resoluciones. Y mientras más y mayores eran los obstáculos que encontraba, más enérgico e irreductible se mostraba"...

Para resolver a escribir algo meditaba largamente buscando las ideas precisas, completas, elevadas y puras, imponiendo de este modo su amplio criterio, manifestado en sus obras y en su oratoria.

Patriota inigualable, sacerdote que realizó en todo momento su noble apostolado, amigo leal, al que no faltaban la ocurrencia y el gracejo, viajero sin más objeto que estudiar documentos para su Historia General del Ecuador...

Su absoluta sinceridad, la nobleza de sus pensamientos, la belleza mesurada y transparente de su frase, su ejemplar vida, le tornan en uno de los más completos sabios del mundo hispano americano.

Su espíritu admirable resplandecerá siempre, irradiando en haz magnífico sus cualidades y virtudes.

En las sombras densas de esta época desorbitada, entre las que se debaten las almas, González Suárez, en el significativo silencio de su eternidad gloriosa, llama a los hombres para recordarles que la única senda para encontrar la paz es la verdad.

Ambato, Atocha, a 13 de Abril de 1956.

BLANCA MARTINEZ DE TINAJERO

MARTÍ, SU AMERICANISMO Y EL ECUADOR

Es para mí sumamente placentero el que el conjunto de amigos y compañeros que se reúnen en el "Grupo América", de tan prístina representación en el arte y la literatura ecuatorianos, me haya designado para tratar en esta fecha de un gran americano: José Martí.

Mi opinión es la de que Martí no es tan conocido en el Ecuador como debiera ser. Es verdad que su figura corresponde a la época presente y el tiempo no ha dictaminado acerca de él en la forma en que algún momento lo hará.

Martí, que está en la historia entre los indiscutidos y reverenciados, sigue todavía sujeto al microscopio político y social. Aún existen opiniones que discrepan en cuanto a la magnitud de su grandeza, que en un día será reverenciada, mundialmente, como lo es la grandeza de los libertadores.

Ocurre una coincidencia que es digna de conmemorarse en esta ocasión. Estamos congregados en un 28 de Enero, fecha de tantos recuerdos para el Ecuador, de los cuales cabe mencionar, siquiera someramente, dos de los más destacados.

El primero y trascendental es la suscripción del Protocolo de Río de Janeiro, hecha entre la noche del 28 y la madrugada del 29 de Enero de 1942.

El año de 1942, después de la más grotesca agresión que registran los anales panamericanos, con el apoyo inmoral de la victoria, con territorios invadidos y hospitales de sangre en la América Latina, ante una reunión panamericana que se congrega para protestar de la agresión japonesa contra los Estados Unidos, en irrita antítesis y después del silencio más completo en la mentada conferencia acerca de la agresión peruana contra el Ecuador, en aras de la solidaridad continental, se ejerce la presión moral suficiente para llevar al Ecuador a firmar el Tratado que su propio suscriptor y en el momento de firmarlo, lo califica de "Tratado del Sacrificio".

Efemérides memorable no sólo para el Ecuador, sino para toda América, pues como diría Martí, el 28 de Enero, por este motivo, es un día en que el panamericanismo debiera cubrirse de "laureles enlutados".

No puede causar sorpresa el que los ecuatorianos, cada vez que mencionamos el protocolo de Río, suframos un estremecimiento.

Baste repetir, en un caso como éste, el célebre razonamiento de Martí, emitido con referencia a una posibilidad análoga: "quien ama a su Patria con aquel cariño que sólo tiene comparación, por lo que sujetan cuando prenden y por lo que desgarran cuando se arrancan, a las raíces de los árboles, ese no piensa con complacencia, sino como duelo mortal, en que la anexión pudiera llegar a realizarse, y en que tal vez sea nuestra suerte que un vecino libre nos deje desangrar en sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas".

El otro hecho de trágica recordación para el Ecuador en esta fecha, es el martirio del General Eloy Alfaro y sus compañeros.

Portaestandarte del liberalismo y espíritu ejecutivo de su establecimiento en el Ecuador, Alfaro es en nuestro país libertador de conciencias y promotor de democracia, es decir, civilizador, porque como lo dijo el gran polaco Paderewski "la civilización, propiamente dicha, el sentimiento íntimo de libertad y por consiguiente de democracia, se encuentra solamente si hay hombres, primero para crearla y luego para modelarla".

Alfaro con sus realizaciones democráticas fue modelador de principios liberales en la tierra ecuatoriana y para que su sacrificio tuviera aureolas de grandeza, al llegar a la meta, había de ser el martirio la pirámide de su consagración.

Es provechoso, en estas circunstancias, transcribir fragmentos de la "Vida de Alfaro" escrita por el prestigiado historiador cubano Emeterio Santovenia. Santovenia dice: "Grande estimación siente Martí por Alfaro. El gran cubano describe al libertador ecuatoriano en unas cuantas palabras, que constiuyen el más justo y cabal de los elogios. Martí, creador por excelencia, que sabe lo que es crear, dice de Alfaro que es uno de los pocos americanos de creación".

Conceptos que tienen en esta fecha y dentro de nuestra tesis una singular importancia, mayor aún si pensamos en que, después de la muerte de Martí y durante la guerra de Cuba, como lo narra el propio Santovenia, Alfaro, en su calidad de Jefe Supremo del Ecuador, se dirige a la Reina Regente de España. "No

menos gravedad reviste el objetivo de tan inusitadas letras: la expresión de que España debe allanarse a la demanda revolucionaria mediante el reconocimiento de la independencia de la Isla... El Jefe Supremo se dirige a la Reina Regente —así escribe aquél— como lo haría el hijo emancipado a la madre cariñosa. El hijo emancipado se siente conmovido en presencia de la cruenta y aniquiladora lucha que sostiene el hermano antillano”.

Pero, por mucho que los dos crueles hechos rememorados y acaecidos en esta fecha, hayan dejado en la conciencia ecuatoriana un enorme cimientó de rectificaciones y purificación mental, la tragedia que en sí mismo envuelven no puede ser recordada sino con voces plañideras, con voces que levanten lo más íntimo de nuestro Ecuador hacia el enderezamiento de rumbos, hacia la meditación en que los grandes errores deben ser el germen de vida nueva, pensando también en que si la crítica constructiva no colabora con elementos de regeneración y si la limpidez de los ideales no enderezan nuestras miradas hacia lo alto, no es posible rehacer la vía e ir por el camino de la grandeza hacia el legítimo fin que los estados democráticos se proponen: la felicidad de los pueblos, debida al mínimo esfuerzo tanto individual como colectivo y al mayor rendimiento aprovechable.

Felizmente, los que tenemos en el Ecuador un franco optimismo en cuanto a su futuro, al lamentar los errores del ayer erguimos la cabeza y sin humillarnos ni amilanarnos, por las equivocaciones que ocurrieron, ni aún por el poco fruto que hasta el momento de tales errores hemos obtenido, abrigamos confianza en que el futuro nos depare algo muy superior a todas las realidades actuales.

Ocurre, pues, en este 28 de Enero de 1953 una antítesis digna de meditación, una antítesis que para el americanismo debe tener un gran sentido de realismo y un gran poderío conciencial. Mientras en el Ecuador se debiera enlutar la bandera patria en el 41 Aniversario del martirio de Alfaro, figura no sólo ecuatoriana sino americana; mientras en el Ecuador debiera estar la bandera a media asta en el 11 Aniversario de la suscripción del Protocolo de Río de Janeiro, error genuinamente americano, en el que tuvo un tan crudo desliz todo el conjunto de declaraciones americanas contra la agresión; mientras estos dos hechos que ensombrecen el horizonte americano debieran consternarnos y estimularnos para la era regenerativa, se dijera que, para confirmar la tesis de que los grandes males van como cimientó de las grandes exaltaciones, en la misma fecha, la América jubilosa celebra el primer centenario del nacimiento de José Martí, el libertador antillano,

el hombre multifásico, el periodista, el poeta, el orador, el estadista a cuya memoria dedica el "Grupo América" esta grata reunión.

Para remozar el optimismo americano, para ratificar el concepto de que los reveces no dejan huella imborrable, para tener el convencimiento de que, no obstante el que podríamos repetir con Martí que "las amarguras de mi tierra se me entran por el alma y me la tienen loca", en el estudio de la vida y de la obra de ese hombre ilustre, repitiendo en esta ocasión su histórico brindis: "Por los pueblos libres y por los pueblos tristes", trataremos de encontrar en el análisis de su obra, una fuente de aliento y un semillero de esperanza.

Es tesis martiana la de que "el hombre necesita sufrir". Cuando no tiene dolores reales, los crea. "Purifican y preparan los dolores". Esta tesis sirve de premisa a nuestros anhelos.

Convencidos de esa verdad, de que Martí reprodujo en sus palabras una realidad tangible, una parte integral de la naturaleza humana, sigamos sus pasos a través de las adversidades, rememoremos su peregrinación y su calvario, y cuántas enseñanzas obtendremos para un americanismo decente y sólido. Su apostólico ejemplo servirá de estímulo para los que llevamos en el alma el optimismo patrio, el optimismo americano, para los que pretendemos encontrar en la historia una especie de horóscopo o del destino futuro de la humanidad.

El estudio de los hombres guías que la humanidad ha tenido, es de gran importancia y de reproductividad suprema, cuando se trazan lineamientos para un futuro prometedor.

Muchos de esos hombres, opacados por la cortina de humo de su propia modestia, que tanto hace resaltar su indiscutible valía, han desfilado en la gran marcha del linaje humano, ofreciéndose para sus prójimos como una especie de brújulas sociales en las cuales debemos fijar los ojos en los momentos difíciles de la Patria grande y de la hogareña.

Entre esos hombres, dotados de cualidades excepcionales, que, se dijera, sobrepasan el nivel moral de las bondades humanas, indiscutiblemente descuella José Martí.

El 28 de Enero de 1853, a la pareja de doña Leonor Pérez, legítimamente casada con el Sargento español don Mariano Martí, en la calle de Paula de La Habana, le nace un hijo al que le da el nombre de José Julián.

El chico crece dentro de las vicisitudes que ofrece la situación singular de Cuba en esa época. El severo padre, por motivos de honradez, pierde su colocación en el Ejército, y luego en la Po-

licía española, radicados en Cuba, y se traslada a Honduras Británica llevando a Pepe con él. Esta situación dura corto tiempo, retorna el Sargento a Cuba y en 1868 vemos a Pepe Martí cursar el segundo año de Bachillerato en el Colegio particular que don Rafael María Mendive ha fundado en su propia casa de la calle de Prado. Mendive había querido hacer de su Colegio un seminario laico en el que los alumnos tuvieran una acogida de segundo hogar. A poco tiempo Mendive tiene que dejar Cuba y salir para España a cumplir una condena de destierro y su discípulo Pepe pronto va al presidio departamental, por sus ideas revolucionarias, condenado a 6 años de presidio. Su número es el 113 de la primera galera de blancos y allí fue sometido a trabajos forzados.

Seis meses permanece en el presidio departamental; tiene 17 años cuando sale medio ciego debido a una lesión producida por un golpe de cadena; tres meses después escribe a su Profesor Mendive, diciéndole: "mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir".

Expresión tan rotunda para un joven de 17 años de edad, es clara revelación de un alma forjada a temple de acero. Las atrocidades con que se maltrata a los presos en las cárceles de La Habana si bien han debilitado el aspecto físico de Pepe Martí y lo han dejado más delgado, más pálido y con una lesión inguinal, contribuyen también para dar temple a su alma, ese temple espiritual que se obtiene en la fragua del dolor y el abatimiento de los pesares, ese temple que ennoblece y engrandece el alma y purifica el espíritu en las luchas por la vida.

Como consecuencia de su estado de salud y de su condena viene el primer viaje a España, a la España de ese momento intensamente preocupada por las faenas de Frascuelo y Lagartijo, que se han convertido en obsesión nacional, y en la que el parasitismo, la inercia y la retórica han invadido las capas sociales. En España continúa Pepe su educación y allí recibe, ya no informes verbales, ya por cartas, el cuadro de su Cuba en los últimos lustros del coloniaje. Cuadro que va modelando el carácter impulsivo de Martí y estimulando sus grandes ansias libertarias.

En España pasa por varias operaciones para restablecer su salud quebrantada a consecuencia de los hombres y a consecuencia del presidio.

En 1872, a los diez y nueve años, es ya capaz de presentarse ante un auditorio cubano-español y según el vívido narrar del académico cubano Jorge Mañach en su libro "Martí el Apóstol", el orador "pinta la amargura de las vidas frustradas, el vacío de las amistades trucas, el dolor sin medida de las madres despo-

jadas... Y como ese dolor materno más grande que él, era el dolor de la gran madre de todos, la patria. Cuba llora hermanos". Su elocuencia sirve para formar un núcleo de almas rebeldes y corazones amantes de la libertad.

Decurren los años y el estudiante cubano continúa sus cursos de Derecho en Madrid. Hay ocasión en la cual ante los cubanos residentes en Madrid reunidos en la Academia de Jurisprudencia, Martí sostiene siete horas de discusión, a los 20 años de edad y, en frase impertérrita, defiende el que los residentes en Madrid no pueden comprometer de modo alguno la libre determinación de la voluntad cubana.

A raíz de la histórica reunión escribe Martí al Secretario de la Junta Revolucionaria de New York, don Néstor Ponce de León: "nuestra completa independencia, es la única solución a la que, sin temor y sin descanso, he de prestar toda la pobreza de mis esfuerzos y toda la energía de mi voluntad, triste por no tener esfera real en que moverse". Gráficas expresiones de águila encadenada, rebelde ante la incapacidad de las circunstancias, pero comprensiva de la fuerza y poderío de sus alas, que en ese momento no tienen campo en el cual extenderse ni aire sobre el cual levantar el vuelo.

Empieza también a desarrollarse en el joven orador un sentimiento romántico que se manifiesta impetuoso en su recorrido por Europa, en el cual visita Francia e Inglaterra. Ese aspecto tan humano entre las facetas múltiples del abogado cubano que, al decir del historiador Mañach, en el libro citado, regresa a la América con "rumbos al pasado viejo y al porvenir desconocido, con sus tres diplomas y su sabiduría del mundo grande", viajando solo y taciturno en la 3ª clase de su trasatlántico.

Así llega a Veracruz para iniciar la temporada de México en la que pronto tiene amistad cercana con los hombres que en el momento brillan en la intelectualidad mexicana: Manuel María Flores, Juan de Dios Pesa, Juan José Baz, se convierten en compañeros de tertulia y de reunión.

Más aún, en México existe en ese tiempo un cenáculo de libertad que lo ha formado una dama que acaba de conmover el mundo mexicano: Rosario de la Peña, la Rosario de Acuña, a la que el gran poeta viene de inmortalizar con su suicidio y con su "Nocturno".

Pronto Pepe Martí está en primera fila entre los admiradores y visitantes de Rosario, la de Acuña, y pronto en su álbum se leen versos de Martí compitiendo con los ya inmortales que constan de él.

La situación social en el México en ese entonces pasa por un momento de interesante transición. La Iglesia Católica que ha dado a la Independencia sus dos hombres cumbres: Hidalgo y Morelos, quiere obtener los rendimientos de su inversión y está en pos de su botín, al centro de las discordias civiles. El indio Juárez con su excepcional talento ha logrado dominar la situación con las leyes de la reforma. Lerdo quiere coronar la obra con la expulsión de monjas y jesuitas.

Pronto un ávido talento como el de Martí, que viene de España impregnado del idealismo Krausiano, ante el contraste de esta realidad americana, tan ajena a la armonía universal, —anhe-lo del cubano benemérito—, tiene un penetrante sacudimiento y se llega a producir una combinación de idealismo y realismo, una estupefacción espiritual, una conmoción sentimental y desconcertante, que se revelan claras a través de una carta a Rosario, en la que Martí sin ambages le dice:

“Rosario, despiérteme usted... Porque vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo; vivo porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor...”

Esfuércese usted; vénzame. Yo necesito encontrar en mi alma una explicación, un deseo, un motivo justo, una disculpa noble de mi vida”.

Comentario a estas frases de Martí sólo puede hacerse con el colorario que de ellas surge: la narración de su vida. La disculpa noble ha de presentarse tarde o temprano, en forma tan evidente que nadie pueda vacilar, en forma tan límpida y clara, que generaciones presentes y futuras han de aprender de ella. Sigamos al gran hombre en su peregrinación por el mundo y llegaremos a encontrar la disculpa noble en la más noble de las causas.

Dice el historiador Mañach que estando en México encargado por “La Revista” de escribir boletines editoriales, adopta Martí el pseudónimo de “Orestes” que le permite opinar libremente sobre aquella parte de la gestación de una nueva América que a México le toca... “La noción superior de una responsabilidad continental surca por primera vez su espíritu codicioso de amor y de deber”.

Y continúa en México un tanto alejado ya de Rosario, pues, la actriz mexicana Concha Padilla, al ensayar la pieza teatral de Martí: “Amor, con amor se paga”, parece convencerse de la necesidad de hacer reales las estrofas de la composición literaria.

Allí mismo en México conoce a su compatriota cubana Carmen Zayas Bazan, la que posteriormente llega a ser no sólo su preferida, sino su esposa y la madre de su hijo. Contrae con ella matrimonio, que es comentado por la prensa mexicana, y acerca del cual don Nicolás Azcárate desea que, "a la brillante pareja, de la cual nuestra Cuba está orgullosa, nunca lleguen a opacar las amargas lágrimas que cuesta el contemplar en ruinas los altares de su templo".

Mientras la vida hogareña de Martí se desenvuelve en esa forma, en su vida pública pasa también un momento difícil: el 24 de Noviembre de 1876 el General Porfirio Díaz entra a la Capital mexicana, mientras el Presidente Lerdo ha escapado secretamente la víspera. Como Martí es uno de los redactores de la "Revista Universal", que ha lanzado la candidatura a la reelección de Lerdo, Martí tiene que ocultarse en casa de un amigo para evadir los rencores del poder.

La situación le obliga a salir para Guatemala, en donde, después de la experiencia mexicana y solicitado por el Ministerio de Relaciones Exteriores Guatemalteco, para que escriba algo sobre el nuevo Código Civil de su país, traza estas frases magistrales que deben tener asidero y repercusión de doctrina en la América toda: "nunca turbaré con actos, ni palabras, ni escritos míos, la paz del pueblo que me acoja. Vengo a comunicar lo poco que sé y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi Patria, en los consuelos de un trabajo honrado y en las preparaciones de un combate vigoroso... Hay una gran política universal, y esa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas".

Apenas puede trazarse un campo americanista tan rectilíneo para la actitud de los americanos dentro de la América y lejos de la Patria chica. Las nuevas doctrinas, las doctrinas que proclaman antítesis como la que uno de nuestros ilustres escritores, el diplomático y poeta doctor Gonzalo Escudero, acaba de sintetizar en una frase: Los Estados Unidos y los Estados Desunidos de América; doctrinas que traten de los males comunes y de los remedios para aplicar a la colectividad, con orgullo pueden y deben defenderse en cualquier campo americano. Por eso es indudable que este derecho conjuntivo no debe invadir el derecho exclusivo e interno de orden: la paz de la casa, dentro de la patria chica. Mientras las ideas americanistas no lleguen a un campo federal, en el que la organización misma de los Estados corresponda a todos los americanos, ese respeto inspirador de Martí a la paz del pueblo acogedor, no debe ser vulnerado ni desatendido. Nobleza obliga

y tanto más grande la obligación al existir una acogida hospitalaria.

Gonzalo Escudero comenta en esta forma su enunciado acerca de la situación de las Américas: "Las colonias inglesas de la zona septentrional de América se emanciparon de su metrópoli y obedeciendo a una ley sociológica de integración, adoptaron el modelo federativo para su independencia y, cediendo a una ley sociológica de desintegración, la zona meridional se pulverizó en 20 estados diversos. Así el espíritu inglés de unidad alcanzó en el Norte lo que el particularismo ibérico destruyó en el Sur".

El americanismo se ha formado con retazos aportados por sus ilustres colaboradores. Desde Bolívar hasta nuestros días cada uno de los grandes americanos ha brindado un girón de su espiritualidad para formar ese gran bloque de Repúblicas Americanas, tan avanzado en su campaña idealista y, por desgracia, tan primitivo en sus realizaciones y obras. Sobre todo en este tiempo, en el que las necesidades económicas de los países dan a la política una función económica especial y trascendente, no podemos desconocer el hecho de la terrible y desgarradora división americana entre un gran país industrializado, unos pocos que empiezan a industrializarse y una gran mayoría de países de economía colonial.

La vida de Martí en Guatemala es sumamente intensa: nombrado profesor de Historia de la Filosofía, de Primeros Principios, de Literatura, etc. Martí descuella en Guatemala, como dice Mañach "inundando los espíritus jóvenes de un espíritu casi místico de la gran tarea humana, de una pasión por el Deber, la Belleza y América".

Sin embargo y a despecho de sus principios americanistas, predicados en los países en que vive, en el fondo de sus palabras y sus obras se nota el abatimiento del proscrito. Su Cuba es una obsesión que trata de disiparla en alguna forma y la sentimental es la que da mayor asidero a su corazón perennemente preocupado de lo eterno femenino.

En su primer viaje a Guatemala y en los primeros días de Guatemala, conoce a María, la hija del General García Granados, cuyo hogar dió gran acogida al catedrático cubano. De Guatemala regresa a México para su matrimonio y, cuando vuelve casado, asiste al traslado del cadáver de María, quien según la prensa guatemalteca, a consecuencia de un intenso frío, muere de congestión pulmonar. Martí que acompaña tantos de los actos de su vida con versos, Martí que se siente y es un verdadero poeta, cuya obra poético-literaria, existe para estudio de generaciones futuras, escribe el poema que perpetúa la ternura de María Díaz Granados,

poema bien conocido en la América, en el cual el poeta cubano se dijera que impugna a la ciencia médica por el error de su diagnóstico:

“Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador...
Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío;
yo sé que murió de amor”.

El bardo bayamés José Joaquín Palma, se encuentra a la sazón en Guatemala, muy amigo de Martí y de María, glosa la tragedia en estas estrofas:

“Si hoy no se viste el arpa de tristeza
Y si se viste de festivas palmas,
Es porque sé que en el sepulcro empieza
La vida de las almas.

Las lágrimas que en ayes se deshacen
O que al rodar nuestras mejillas hieren,
Se deben derramar por los que nacen,
Jamás por los que mueren.

¿Qué es la existencia...? perdurable guerra...
Hiciste bien en emprender tu vuelo;
La patria de una virgen no es la tierra;
Su patria está en el cielo...”

Los versos de Martí y los de Palma se conocen por el público guatemalteco al mismo tiempo que llega un folleto de Martí en elogio del país, en el cual la República guatemalteca es ampulosamente enaltecida; cree Martí cumplir con un deber que robustece sus principios de americanidad.

Guatemala no es indiferente a la generosidad de Martí, en efecto en el Periódico Oficial guatemalteco de 6 de Abril de 1875, aparece un Decreto con múltiples Considerandos del que entresacamos lo siguiente:

“C o n s i d e r a n d o :

Que desde el 10 de Octubre de 1868, el pueblo de Cuba declaró su Independencia de la Metrópoli Española y se constituyó en República Soberana;

Que desde esa fecha hasta la presente, ha demostrado tener sobrados elementos para luchar contra el poder español que en vano se empeña en sojuzgarlo;

Que la causa de la Independencia de Cuba es evidentemente justa, porque todo pueblo tiene el derecho de constituirse en una nacionalidad, siempre que posea los medios de mantener su autonomía;

Que en esa virtud el pueblo Cubano ejercita los mismos derechos que las Colonias de América cuando se declararon independientes, lo que hace que la noble causa de aquel pueblo sea vista por las Repúblicas del Nuevo Mundo como propia y de un carácter eminentemente americano; y,

Que el Gobierno de Guatemala desea dar una prueba de la simpatía que abriga por Cuba, y de que reconoce la justicia y el derecho que asisten a ese pueblo heroico que tiene su mismo origen y cuyo Gobierno, legítimamente constituido, le ha abierto sus amistosas relaciones;

D e c r e t a :

Art. 1º—La República de Guatemala reconoce a la República Cubana como nación libre, soberana e independiente.

Art. 2º—En consecuencia, el Gobierno de Guatemala abrirá y cultivará con el de Cuba relaciones oficiales”.

El efecto de la noticia en el Capitán General de la Isla y en el Gobierno de Madrid fueron de sacudimiento que se desbordó impetuoso en protestas y notas de recriminación, pero nada podía borrar el precedente sentado por la valerosa República Centroamericana.

En Julio de 1878 empiezan las despedidas de la pareja cubana.

Poco tiempo después en el bufete de la calle de San Ignacio de La Habana, dos abogados cubanos, don Nicolás Azcarate y don José Martí discuten problemas jurídicos y políticos al calor de las brisas antillanas.

Al decir de Mañach: “Como en México y en Guatemala, siente ahora en Cuba la tragedia de la inteligencia, común a los rudimentarios países de América, donde la educación, demasiado retórica, anda divorciada de las necesidades y posibilidades reales”.

Esto ocurre al gran hombre después de 8 años de alejamiento de su país, del que sale joven y soltero, al que regresa con su esposa y con su hijo. El hogar le impone sus premiantes necesidades, y junto a éstas, aparentemente aún en contraposición con ellas, los llamados de la patria vibran en el fondo de su alma y pro-

ducen en su conciencia continuos estremecimientos, ya que su entereza y grandeza moral "contrastan con el endeble manojito de nervios románticos" que forman su contextura física.

Tiene la convicción y ha dicho Martí que "el deber debe cumplirse sencilla y naturalmente". En cumplimiento de tal precepto, pronto regresa a los Estados Unidos para iniciar esa gran obra de amalgamamiento y comprensión de las fuerzas que anhelan la independencia, las que, después del grito de Yara, o sea después del 10 de Octubre de 1869, se han disgregado. Han surgido oposiciones y celos, y lo que significa un Estado Mayor Revolucionario se encuentra disperso y desconectado.

Antes del grito de Yara, después de que el venezolano Narciso López en 1851 encontró infamante muerte por sus propósitos de libertar Cuba, el principio revolucionario se ha sembrado.

Pero, de nada sirve el que en 1868 se invoquen los mismos ideales de López y aún el que Carlos Manuel de Céspedes proponga a los insurgentes como Bandera, la que hoy representa a Cuba, formada por una combinación y distribución de los colores que López ha ideado en su filantrópica acometida.

De los ideales queda la cimiento, de las realidades brota una gran decepción. Y Martí, que aspiraba a una "revolución hecha de cordura, razón y hambre, honor y reflexión", Martí que viene de proclamar "que no es lo mismo abrir la tierra con la punta de la lanza que con la punta del arado", Martí que con su elocuencia viene de deslumbrar a Cuba, es solicitado y ordenado, que regrese a New York a continuar en su labor de obtención de fondos y unión de voluntades.

Su palabra es grandilocuente; comentando uno de sus discursos en Cuba, Mañach dice que los isleños, "los hombres del machete, comprendieron por qué en el principio fue el Verbo".

Pero no solamente el Verbo debe estar a la cabeza de la organización que se planea, a más del Verbo se requiere un gran espíritu de organización y comprensión, la gran resignación y el gran empuje de un alma noble como la de Martí.

Regresa a New York después de una especie de rompimiento en su hogar. "Carmen no admite en su pensamiento sino su casa". Y Martí sueña con una casa más grande, nos dice el historiador cubano.

Llega a New York, después de todas las contrariedades que tanto la isla como el Continente vienen de proporcionar para sus inquebrantables devaneos y escribe al Director de la Opinión Nacional, diciéndole en carta que luego se hace pública: "Perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra. A servir

modestamente a los hombres me preparo; a andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; a auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito, y a morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente”.

Comienza la pluma de Martí a hablar de ese presentimiento e interconexión de la libertad de Cuba y su muerte, que pronto nos detendremos a analizar en forma más concreta.

Después de desplegar actividades en Nueva York, juzga que Venezuela es un campo propicio para el momento que decurre y emprende viaje al gran país, donde su primera visita es a la tumba de Bolívar.

Martí escribe de Bolívar: “Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego... Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde... Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer. ¿No es el sello de la divinidad? ¿Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza?... Habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana... Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abraza... Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria y de ser útil que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro aclaman la idea o desinterés por donde vislumbrar su rescate. Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado, aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!”

En Venezuela encuentra la resistencia del Poder que no tolera sus ideas y pronto se le amonesta para que, en su periodismo, tan leído en Caracas, cambie de tono o abandone el país.

Martí había dicho ya en Venezuela: “De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América a cuya revelación, sacudimiento

y fundación urgente me consagro, esta es la causa; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirle: ella tiene en mí un hijo". No obstante el fervor que emana de sus rotundas declaraciones, después de un año y medio de estancia en Venezuela, donde se ha granjeado la simpatía de todo lo que en ese gran país significa elemento intelectual, abandona la tierra de Bolívar por dificultades que le presentan los encargados del Poder.

Germán Arciniegas en su artículo "El último de los Libertadores" dice: "Hay una cosa singular en los libertadores de nuestra América: que ninguno piensa en términos de su solo país. Ninguno de ellos es, como ocurre con el resto del mundo, un héroe nacional. De Martí, como de Bolívar o de San Martín, se ha de hablar con afecto filial mucho más allá del país en que nació".

Martí, con las expresiones transcritas, y con el análisis de su estadía en Venezuela justifica en forma completa el aserto del justipreciador colombiano.

Regresa a los Estados Unidos, país del cual tiene un concepto peculiar e interesante; de los Estados Unidos ha dicho Martí: "La nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas, vivamos de ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir".

Martí ha hecho conexiones periodísticas en Venezuela, que las continúa hasta 1882, suspendiendo en ese año las crónicas que iban a Caracas.

Pronto su prestigio periodístico se convierte en tan ampliamente americano que la prensa de Buenos Aires le pide su colaboración y continúa la "El Partido Liberal" de México.

La pluma de Martí se extiende en la América Latina, singularmente apreciada y extensamente leída. No en vano el ilustre escritor, en su tarea tiene por normas, las que él mismo se fija, entre las cuales descuellan las de que "la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio... No hay tormento mayor que escribir contra el alma o sin ella".

Periodista guiado por tales normas va extendiendo su fama merecida por la América toda.

En su alma, sin embargo, se arraiga más y más sólo una idea: la catequización del pueblo cuya urgencia de libertad debe saber expresarla y asirse a ella; y las condiciones en las que a un pueblo anheloso de libertad se le puede ayudar o dirigir en su gran empresa.

Sus artículos en los diarios de Buenos Aires y México, conti-

núan haciendo obvia su americanidad y en su laboratorio sociológico, la idea se agranda más y más. Su empeño de avanzar le lleva a desesperaciones momentáneas que se traslucen bien en expresiones como las que luego se transcriben, tomadas de una carta a su amigo Heraclio de la Guardia, después de que el General Máximo Gómez ha expuesto sus desconfianzas de la obra martiana que califica como obra de expresiones y de ideales menuda de realidad y de raigambres en la tierra y en las masas. Entonces escribe a De la Guardia: "me ha entrado el horror de la palabra como forma de la vergüenza en que me tiene la infecundidad de mi existencia. La mano ganosa de armas más eficaces o de tareas más viriles y difíciles, rechaza, como una acusación, la pluma". Al mismo tiempo, en que así se expresa, empieza a desarrollarse furtivamente en su espíritu la idea obsesionante de la muerte. Es en estos momentos, cuando Martí comenta el fallecimiento de Emerson, afirmando que: "Cuando se ha vivido bien, la muerte es una victoria".

Su discrepancia con el General Máximo Gómez, y el sigilo de este secreto le hacen afirmar que "es mejor dejarse morir de las heridas que permitir que las vea el enemigo". Fue esos momentos de angustia, se dijera que aún ha renegado de sus propósitos cuando llega a afirmar que está "determinado a llevar su vida por donde a él le parece que va bien, que es por donde se va solo y duele andar".

Mientras las decepciones le marchitan el alma su labor periodística continúa en apogeo. Las crónicas de Martí se reproducen en la América toda, mereciendo el comentario de hombres como Rubén Darío que elogian las "inundaciones de tinta" de ese formidable talento.

En medio de los triunfos periodísticos su obsesión por "Cuba Libre" es tal, que domina sus pensamientos y es la brújula de sus acciones. A ella va encaminada su vida como los ríos van al mar, sin posible retroceso ni estorbo que no se arrastre. Dentro de ese sentido de moral patriótica, se revela nítido el concepto de Martí, en esta frase: "La Patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella".

Qué sorprendente y efectiva sería la política en los países latinoamericanos si sus gobernantes se empeñaran de la veracidad e hicieran efectiva y fecunda la grandiosa máxima de Martí.

Con estas luchas espirituales, le sorprende en febrero de 1887 la muerte de su padre don Mariano Martí, el Sargento Español, que al andar de los años, y con mejor comprensión y entendimiento de sus rectitudes e intransigencias, se ha granjeado un

enorme cariño filial de Pepe. El dolor que emana del hogar se mezcla con los dolores que la ambición y el personalismo colocan a cada minuto en su camino. La amalgama de éstos últimos llega a hacer que Martí en carta a Emilio Núñez le diga: "las estrellas no están más altas que la ambición y locura de los hombres".

Sin embargo convencido de que "los caminos del espíritu, si más largos, suelen ser los más seguros", continúa en su obra de apostolado y de convicción, empeñado en que su pueblo se enaltezca libertariamente por sí mismo. Que todo cubano reclame "el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y a hablar sin hipocrecías".

Por ello le duele palpar que el mal y los malvados irrumpen los caminos por los que debe desfilarse el bien. Sin embargo medita en que, como él mismo lo afirma, "cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres" y otorga una vez más, a los creyentes en la pureza de los principios, ese optimismo, lejano pero ineludible, que surge de los errores y los pesares que se generan al desarrollarse las grandes causas.

Decurren los años 1889 y 1890, en los que el Secretario de Estado de los Estados Unidos, quien con anterioridad ha tenido ya el mismo empeño, logra congregarse en Washington la primera Conferencia Panamericana.

De otro lado, acaba de establecerse en Sudamérica la República del Brasil extinguiendo los últimos retazos de la monarquía en América.

A la sazón Martí es Cónsul del Uruguay en Nueva York y se le han encargado también los Consulados de la Argentina y el Paraguay, de modo que, al reunirse la Conferencia tiene una posesión de prestancia en la colonia hispano-americana en el gran puerto.

Entres los discursos pronunciados en los diversos agasajos que se ofrecen en Nueva York a los Delegados de la Conferencia primogénita descuella uno de Martí, el Cónsul del Uruguay, en el que discurre acerca de esta admirable tesis: "sólo perdura y es para bien la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos". Tema de esta envergadura, desarrollado por el "Maestro" como lo llaman a la sazón todos los Miembros de la Liga Patriótica establecida en Nueva York para la liberación cubana, atrae copiosos aplausos y comentarios.

Su campaña se extiende por todos lados dado su afán de imbuir en el elemento individual y en el colectivo, tanto la solicitud

premiosa de libertad, como el espíritu de confianza mutua entre los factores que se empeñan en la tarea.

Desde la Cátedra, contestando a un discípulo, da la pauta de su benignidad cuando afirma que "en las cosas del alma, soy como los médicos, que siguen curando al enfermo que les muerde la mano. Pues aún cuando muerda la mano ¿no es por enfermedad? La desconfianza ¿no es una enfermedad además de ser un deber? Y dudar yo de usted que es cien veces más generoso que yo, me sería más difícil que dudar de mí mismo? Admirable lección, digna de dictarse desde la cátedra más alta.

Pronto la Sociedad Literaria Hispano Americana le hace su Presidente. Allí, evoca en las fechas clásicas de los diferentes países, las grandezas de nuestra América y continúa ampliando su prestigio y robusteciendo la causa que es su meta.

Pronto ve la necesidad de visitar el Estado de Florida, ya que en sus ciudades del Sur se encuentra gran parte de la colonia cubana residente en los Estados Unidos.

Así lo hace y en la navidad de 1891, después de haber permanecido por varios días en Cayo Hueso y Tampa, se inicia la formación del Partido Revolucionario Cubano que es la célula matriz de lo que el futuro prepara para la independencia de Cuba.

Entre las múltiples dificultades que se le presentan para su campaña de unificación está el distanciamiento que el General Máximo Gómez, por motivos humanos, ha establecido con Martí. Máximo Gómez se encuentra a la sazón en la República Dominicana.

En análoga situación se encuentra con el General Antonio Maceo que reside en Costa Rica. El apóstol, convencido, como él lo dijo de que "sino fuera generoso no sería útil" y teniendo en cuenta, como lo afirma el historiador cubano que, "el árbol alto invita a las pedradas", resuelve una cruzada de desprendimiento que conceptúa indispensable para cumplir sus fines.

Al amparo de sus célebres frases: "todo debe sacrificarlo por Cuba un patriota sincero, hasta la gloria de caer defendiéndola ante el enemigo", resuelve salir de los Estados Unidos. En 1892, el 11 de Setiembre, se embarca para Santo Domingo a fin de entrevistarse con el General Máximo Gómez.

En Santo Domingo va a Montecristi, donde mano a mano con el General Gómez llega al acuerdo de Montecristi en el que quedan deslindadas las actividades de los dos hombres para la obra redentora.

La dirección civil de la campaña queda en manos de Martí con toda la labor previa de coordinación y aprovechamiento y la

dirección militar a cargo de Gómez, para cuando llegue la hora en la que las armas resuelvan de la suerte de Cuba.

Como un paréntesis en la trayectoria martiana, permítasenos aquí llamar la atención de otra curiosa coincidencia; el 25 de Junio de 1842, nace en una pequeña ciudad de la Provincia de Manabí, Eloy Alfaro, esa ciudad se llama Montecristi.

En las postrimerías del año 1892, en las afueras de la ciudad de Montecristi, en la República Dominicana se hace el pacto para la liberación cubana y el nombre de dos ciudades vincula, en un aspecto más, la revolución ecuatoriana y el influjo liberal martiano en la independencia de Cuba.

En las vidas de Martí y de Alfaro, hay tantas coincidencias que no pueden menos que llamar la atención del que atentamente la estudia.

En esa ciudad de Montecristi, en Manabí, el padre de Eloy Alfaro, tan austero como don Mariona Martí, a los 5 años de edad de su hijo le impone un severo castigo. Al imponérselo dice: "debe aprender a sufrir. Este muchacho tiene trazas de vivir vida alborotada". Desde esa temprana edad nuestro Presidente mártir irradiaba ya destellos de lo que en su futuro se esconde.

De Santo Domingo pasa Martí a Jamaica donde entrevista a la madre y a la esposa de Antonio Maceo; va en camino a Costa Rica donde el ilustre General mulato explota una colonia agrícola.

Los resquemores y desavenencias internos le han obligado un año antes a renunciar los Consulados que ejercía en Nueva York; ahora Martí es todo cubano y todo para Cuba.

Antes de visitar Costa Rica para enderezar ese entuerto proveniente de la campaña de 1884, debido al cual las relaciones entre Máximo Gómez y Antonio Maceo se debilitaron, Martí va por Nueva York en donde, al decir del historiador cubano, en un banquete que se le ofrece, "José María Vargas Vila, un joven colombiano que anda por Nueva York, rompiendo lanzas contra los tiranuelos de América, vuelve en honor del cubano en cornucopia de metáfora". En esta ocasión también se entrevista con Rubén Darío, quien comentando esa época, escribe posteriormente "nunca he encontrado, ni en Castelar, un conversador tan admirable. Es armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables".

Ocurre en España un nuevo desplazamiento de Cánovas por Sagasta y el Ministerio de Ultramar se confía a un nuevo liberal de prestigio, quien posteriormente llena los ámbitos de España,

don Antonio Maura, de quien se sabe que quiere dar a Cuba un nuevo trato.

La posibilidad de que esto motive un apaciguamiento en el ánimo exaltado de los cubanos, induce a Martí a precipitar su viaje a Costa Rica. Al paso por Santo Domingo vuelve a visitar a Gómez y en Costa Rica se le brinda una generosa acogida y le es posible convencer a Antonio Maceo, quien seguido por sus hermanos José y Tomás, Flor Crombet y otros es uno de los caudillos más efectivos en la Isla antillana.

Al cabo de pocos días regresa a Nueva York, cumplida ya su obra de encadenamiento y encauzamiento de las voluntades y en el camino escribe su notable carta a Poyo, en la que afirma que "hacer es siempre sufrir".

En Nueva York continúan las murmuraciones y las insidias porque nada tangible se ve de la obra del Maestro; las circunstancias le hacen escribir esas célebres frases: "Qué importa que, como el albañil, nos caigan encima de la ropa de trabajo unas cuantas manchas de cal o de lodo! Nosotros como el albañil, al quitarnos la ropa de trabajo, podremos decir: Hemos construido!"

En 1894 se inicia con grandes tropiezos para la cooperación económica, dadas las dificultades en la venta del tabaco, huelgas de trabajadores, nuevos celos, nuevas promesas de Maura que Martí comentaba en "Patria", llamándolas "las promesas del miedo". El año decurre como un verdadero aluvión para las ambiciones del Apóstol. Sin embargo afirma que "la pena inmerecida es dulce. Aprieta un poco la garganta, pero da luz por dentro. Atúrdete haciendo bien, que es ya, para nosotros, el único modo de vivir: sirve, vigila y perdona".

Las evangélicas frases se conocen y se aprenden entre los cubanos residentes en el gran país norteno. Junto a las máximas, se acentúan en él recónditos pensamientos de sacrificio y de muerte que vienen desarrollándose desde hace algún tiempo.

Sus cartas están llenas de referencias en ese estado anímico; de ellas reproducimos: "yo voy a morir, si es que en mí queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldades".

"Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él para alumbrar al rededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección... pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí, como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos... La muerte o el aislamiento serán mi único premio".

En este estado de alma visita Panamá, Costa Rica y Jamaica y luego cree que México es el lugar en que puede desenvolverse mejor sus planes y acrecentar las arcas ya que la contienda incesantemente lo requiere.

Va a México y allí la prensa y los amigos le aclaman a su llegada, allí están Justo Sierra, Manuel Mercado, Gutiérrez Nájera y Luis G. Urvina reiterándole sus ditirambos. Refiriéndose a esta época Luis G. Urvina escribe posteriormente: "Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable. A cada momento brincaba el tropo, culebreaba el símil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar, sobrecargado de color y de luz. Tenía salidas inesperadas; imprevistas torceduras del concepto, bruscos arrebatos de la dicción, sorprendentes hallazgos del neologismo. Su verbosidad era desconcertante y fascinadora. Artista supremo, pensador eminente, todo su arte y toda su ciencia, todo su talento y todo su sentimiento y todas sus voliciones, estaban al servicio de la causa de la libertad. A ella se refería sin desfallecer. Todo su espíritu transitaba por un solo camino. Se le humedecían los ojos cuando pensaba en su único sueño. Yo le sorprendí, a veces, una silueta de Cristo. Sus paliques, me sonaban a sermón de la Montaña".

Viene el año 1895. El 29 de Enero y ante las circunstancias, en reunión de elementos cubanos de prestancia, se resuelve autorizar el levantamiento en Cuba para no antes de la segunda quincena de Febrero.

Martí consigue en Tampa y Cayo Hueso fondos adicionales; se le avisa de Cuba la conformidad con estos planes y empieza él en sus vehementes ilusiones de ir a Cuba con el General Gómez.

"Que se vea en nosotros a americanos edificadores, no a rencorosos vanos. Esa es nuestra guerra; esa es la República que reanudamos", dicen Martí y Gómez el 25 de Marzo de 1895 en el manifiesto de Montecristi.

Reunido con Gómez en la República Dominicana, escribe a Federico Enríquez: "yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí ya es hora". Luego, reunidos en Santo Domingo, seis cubanos se resuelven a ir en una goleta a iniciar la invasión de Cuba.

En carta de 16 de Abril, a Carmen y María Mantilla, el propio Martí describe en esta forma su desembarque: "En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas. Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que nos trajo. Eramos 6, llegamos a una playa de piedras y espinas, y estamos

salvos, en un campamento entre palmas y plátanos, con las gentes por tierra; y el rifle a su lado”.

Después de desembarcados, a pedido del viejo Gómez, se acuerda conferir a Martí el grado de Mayor General del Ejército Libertador.

Allí recibe la noticia de la muerte de Flor Crombet que ha caído atravesado el pecho por una bala, Martí siente un doloroso estremecimiento.

Se unen los expedicionarios a las fuerzas de José Maceo, hermano del General Antonio Maceo, quien viene de tener un ligero triunfo sobre una parte del Ejército Español.

El 5 de Mayo de 1895 acampan todas las fuerzas unidas a las puertas de Santiago de Cuba, y tienen noticias de que las fuerzas de Masó están próximas a Manzanillo y quieren unirse a ellas.

El 12 de Mayo acampan en Dos Ríos; el 17 tienen noticia de que una columna enemiga va a abastecer al destacamento español y se acerca en esa dirección.

Traen aviso al General Gómez de que empieza el tiroteo por Dos Ríos y resuelve éste adelantarse a la columna española y esperada en el potrero de Dos Ríos.

Gómez ordena a Martí que se mantenga con Masó a la retaguardia mientras él avanza a derecha e izquierda para cercar al enemigo.

Fraccionada ya la tropa se inicia el combate. La caballería de Gómez no puede maniobrar y es quebrantada por la resistencia española.

Llegan a Martí desconsoladoras noticias a su sitio de retaguardia y se le hace saber que va a organizarse una nueva carga, sin que su espíritu rebelde le permita esperar más.

Se lanza entonces solo en la dirección que se le señala como el lado de la izquierda y del combate, pide una pistola y un compañero, mira al horizonte y se va de frente.

A pocos minutos una descarga le detiene. Es el 19 de Mayo de 1895. Su compañero le ve caer y se acerca para prestarle auxilio. Todo es vano. El ataque continúa y pronto los españoles se hacen dueños de ese sitio.

En el campamento cubano hay una desolación cruel. Ha desaparecido el inspirador y el guía; se hacen desesperados esfuerzos por encontrarle y buscan siquiera su cadáver. Es el 19 de Mayo y ha caído para siempre el inspirador antillano. Su sombra mágica será la única que pueda seguir guiando las tropas cubanas que esa noche y en el campamento mambi, rezan por él y le encomiendan a la posteridad dándole el título de “El Apóstol”.

Así termina a los 42 años de edad la vida del héroe que si no tuvo el placer de ver en este mundo su Cuba libre, es y será el espíritu tutelar de la gran Isla Antillana, de ese pedazo de suelo que parece incrustación hecha por mano divina en aguas de las Antillas, ese girón que tiene todo cuanto el anhelo humano puede ambicionar:

Rica con riqueza desbordante, hermosa con hermosura singular, tropical con verdor infinito, allí está la Patria de Martí conmemorando en este día las grandezas de su Apóstol.

En el Continente estamos todos los americanos, en todas las Repúblicas, ensalzando su memoria y pregonando su Credo. Y aquí, en el Ecuador, nos reunimos en este Salón Máximo de la ciudad de Quito, para cantarle su himno y elevar hacia él nuestras espirales de incienso.

Tengo seguridad de que a España habrá también llegado el fervor del centenario que conmemoramos, a esa España que, en primer término, es la madre común de todos los hijos emancipados, a esa España que, aún entonces por boca de uno de sus militares supo decir en Santiago de Cuba el 27 de Mayo de 1895 al enterrar el ejército español el cadáver de Martí: "cuando pelean hombres de hidalga condición como nosotros, desaparecen odios y rencores. Nadie que sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo. Los militares españoles luchan hasta morir; pero tienen consideración para el vencido y honores para los muertos".

La España contemporánea no tiene menos que acoger con júbilo la grandeza del hijo del Sargento Español que nació en tierras de isla cubana, aún no emancipada, el 28 de Enero de 1853, porque, como lo dice bien Andrés Bduarte: "En España vivió Martí el largo destierro de su adolescencia, en las aulas de Madrid, se confirmó su liberalismo, y añadió el religioso matiz de los buenos Krausistas, en sus calles se contagió de la alegría y la rebeldía del pueblo madrileño. En Saragoza vivió angustiado y junto a corazones aragoneses la caída de la primera República y más tarde, en pleno fragor de la guerra no confundió nunca pueblo español con mal Gobierno..."

La ilustre poetisa chilena Gabriela Mistral sintetiza el triunfo de España en sus hijos emancipados, en las siguientes frases referentes a nuestros héroes: "Martí guardó a España la verdadera lealtad que le debemos, la de la lengua, y ahora que los ojos peninsulares españoles pueden mirar a un antillano sin tener atravesada la pajueta de la independencia, desde Madrid le dirán leal a este insurrecto".

Así terminó el héroe de Dos Ríos convirtiendo en realidad su presentimiento, en martirio su idealismo, en gloria su humanidad, en triunfo su derrota, en inmortalidad su muerte.

No en vano un tiempo antes asevera que "el genio no pueda salvarse en la tierra, si no asciende a la dicha de la humildad".

Fructifica ha sido la asceta que proclama máximas como las siguientes: "sólo en el cumplimiento triste y áspero del deber está la verdadera gloria. Y aún ha de ser el deber cumplido en beneficio ajeno, porque si va con él alguna esperanza al bien propio, por legítima que parezca, o sea, ya se empeña y pierde su fuerza moral".

"El deber del hombre virtuoso no está sólo en el egoísmo de cultivar la virtud en sí, sino que falta a su deber el que descansa hasta que la verdad no haya triunfado entre los hombres".

"En la formación de los pueblos se empieza por la guerra, se continúa con la tiranía, se siembra con la revolución, se afianza con la paz. Esta nunca es perfecta, pero se va perfeccionando".

"Con ser hombres traemos a la vida el principio de la libertad, y con ser inteligentes tenemos el deber de realizarla. Se es liberal por ser hombres; pero se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación para ser liberal americano".

"Ilusiones se han los que niegan a los hombres el hermoso derecho de conmovirse y admirar. Tengo fe en que el martirio se impone, y en que el heroico vence. Ni esperamos un reconocimiento, ni lo necesitamos para vencer".

"La libertad no muere jamás de las heridas que recibe. El puñal que la hiere lleva en sus venas nueva sangre..."

"No se arrastra un pueblo a la libertad; se espera que madure el anhelo de ella. De la espera viene fuerza. De la demora viene empuje".

"El esperar, que es en política, cuando no se le debilita por la exageración, el mayor de los talentos".

Conceptos de esta importancia no se comentan, se hace de ellos carne de nuestra carne y espíritu de nuestras convicciones.

Sus palabras son de verdadero apóstol, palabras que le consagran, palabras que ponen de relieve su genio y su grandeza, ya que, como lo dice bien Mariano Sánchez Roca: "Martí que no es nunca uno más en ninguna cosa, porque el genio se singulariza en todas, tampoco es un moralista más, por eso revalora las categorías morales e infunde nueva esencia a los vocablos, alcanzando aquella virtud limpia de la materia que Platón llamaba "gracia divina de ciertas almas".

He aquí la vida, pasión y muerte del gran cubano cuyo primer centenario del nacimiento nos hemos congregado a conmemorar, aprovechando esta oportunidad para sentar la tesis de que los grandes reveses históricos no deben causar desfallecimiento, de que en ellos germina la redención y la esperanza, como germinó en Cuba la independencia isleña de las adversidades, los contratiempos y penurias por las que tuvo que pasar el Apóstol José Martí.

Del análisis de su vida podemos deducir en forma clara que el pesimismo nada engendra. Que las adversidades son el mejor cimiento de los grandes edificios sociales. Que mientras más abatidos estemos y parezca más próximo el desenlace desafortunado, mejores fuerzas debemos extraer del dolor, más optimistas debemos ser para el momento supremo.

Del pensamiento de Martí de una muerte cercana, de esa muerte que la previó y hasta quizás la buscó, de la humildad incontrastable, de su manera de perdonar agravios, surge a raudales ese gran optimismo por la Patria Cubana, para su libertad, para su engrandecimiento; de allí nace "Cuba Libre", la suprema ambición martiana.

Es digno de observarse, com un hecho consolador para todos aquellos que creemos en las doctrinas liberales, que son las encargadas de llevar la paz, prosperidad, libertad y trabajo a los pueblos, la arraigada convicción liberal del gran pensador cubano. A través de todos sus escritos, en cualquier momento en que se hace referencia a los principios directrices de un estado, revela Martí el convencimiento íntimo de su liberalismo doctrinario.

De ese liberalismo cimentado en los Derechos del Hombre, que es espíritu y es reconocimiento del deber y del derecho del prójimo, de ese liberalismo que es respeto a la persona, ya natural, ya jurídica, espontáneamente fluye en Martí su convicción americana.

Los Estados Americanos, la igualdad de sus derechos y deberes, sus obligaciones similares a sus obligaciones individuales. El deber de que al que tiene le precise dar aquello y recibir aquello de lo que carece, fluyen como corolario de ley natural y van a formar los principios básicos americanos en las relaciones de unos Estados con los otros, en su inter-cooperación económica, en el intercambio de sus productos y más principios contemporáneos de la vida internacional.

Y así como en la vida de los individuos existe un Código Penal para condenar a los que traspasan el derecho ajeno, ya sea en forma física, ya en forma moral, así en el Derecho Americano

se enuncian sus avances en pos de postulados que hacen efectivas las tan proclamadas y tan violadas éticas que rigen hoy las relaciones internacionales.

El ejemplo de Martí, especialmente memorable en esta fecha en la República del Ecuador, debe ser causa de meditación, ejemplo de optimismo y modelo de perseverancia en nuestro eterno e infinito empeño de un Ecuador mejor.

Dentro de las limitaciones humanas, no es posible que aspiremos a la perfección; iríamos más allá de los umbrales de lo humano, anhelando tributos que sólo son dables a los seres sobrenaturales; por lo mismo mejoremos nuestras relatividades, enderecemos nuestros pasos desviados, orientémonos hacia el faro y la meta de la libertad y el bienestar humanos y cumpliremos en forma digna de nosotros mismos el destino adjudicado a la humanidad.

El ejemplo de Martí en su labor interna y en su labor internacional debe estimular nuestra altivez para ir adelante.

En el uno y en el otro campo, tarde o temprano, la razón prevalece, la justicia se impone. El derecho ni es ni ha sido jamás patrimonio de los potentados y de los fuertes sino dádiva divina para todos los que siguen su camino sin desvíos ni esguinces, sin atropellos ni agresiones.

Los reveses, que por ser nosotros humanos, no podemos hacer que desaparezcan en nuestras empresas, en definitiva no deben ser sino gacetas que den más brillantez a la obra completa, que multipliquen su brillo y su relieve, que la hagan más pulida y más cabal, que la hagan digna de presentarse mundialmente como el resultado de la lucha humana por una humanidad mejor.

Alentémonos, pues, alumbrados por los faros de los grandes hombres que ha tenido la humanidad, y en el paso ininterrumpido hacia un Ecuador mejor, hagamos que en lo nacional y en lo internacional nuestro país se presente como el resultado del esfuerzo humano forjado al rojo vivo de la luz de la inteligencia ecuatoriana, iluminada por tantos astros de rectitud y grandeza que felizmente descuellan en nuestra historia.

Vamos adelante, señores, en la ardua tarea de un Ecuador mejor y en este Primer Centenario del nacimiento del gran libertador cubano, evoquemos sus manes, tan liberales y tan americanistas, y pidámosles que protejan nuestro sendero y hagan que vayamos con paso firme hacia la meta.

E D U A R D O S A L A Z A R G O M E Z

LOS MANDAMIENTOS DE MATEO, EL SEMBRADOR

Había nacido Mateo en una bella ciudad de los Andes ecuatorianos, levantada al pie de un elevado monte cubierto con ropajes de armiño, y el cual, a semejanza de un viejo rey celoso, la vigilaba, adusto, en su larga vigilia de población laboriosa y en su profundo sueño de descanso reparador.

De la asidua contemplación, durante su adolescencia observadora, al gigantesco nevado, ejemplo de firmeza, de elevación y de blancura, había aprendido Mateo a tener seguridad en sus actitudes, altura en sus ideas y pureza en sus sentimientos. Perfectamente formado en lo físico y en lo moral, Mateo era un magnífico ejemplar humano, cuya sola presencia auguraba todos los triunfos. Si los treinta años son el cenit de la vida, él, frizando ya en los cuarenta, aparentaba ser un hombre que se hallase todavía en la ufana ascensión a esa gloriosa cumbre, tal era su admirable vitalidad. Su gallardía, su vigor, su inteligencia, le habían puesto en condiciones excepcionales para el ejercicio del amor, para las conquistas de la acción creadora, para las sublimes victorias del pensamiento. Ante todo, sentíase él un verdadero sembrador, y a la noble tarea de sembrar dedicaba, fervoroso, sus actos y sus palabras.

La mujer, la tierra, la conciencia, —pensaba Mateo— tienen el profundo significado de surcos propicios donde arrojar la eterna simiente: la que perpetúa al género humano, la que propaga la mies, la que hace brotar en el alma de los hombres las inefables flores del Bien y del Ideal.

Sembrar es crear. Y él entendía, claramente, que la supervivencia del Mundo no era otra cosa que el resultado maravilloso de esa divina actividad cotidianamente renovada.

Ilusionado viajero que dirige sus pasos por los hermosos campos del amor, por las fértiles llanuras de sembradío, por los espa-

ciosos jardines de la espiritualidad, en la amante mujer que correspondió, solícita, a su anhelo, tuvo Mateo diez bellos vástagos, radiantes como un sol; a todas las tierras en que posó su planta y ejerció dominio las cubrió de frondosos bosques; y en los numerosos espíritus que escucharon su voz aleccionadora, prendió la luz de una sabia enseñanza.

Sus mandamientos, como experimentados guías en un viaje lleno de asechanzas y peligros, indicaban la conveniente ruta que se debía seguir: Cumple la ley natural —ordenaba en ellos— y selecciona bien a la mujer de la que te nacerán los seres que te inmortalicen; cultiva la tierra, porque su entraña pródiga te dará el pan que ha menester tu vida; siembra paz entre los hombres, porque de entre los bienes del mundo, uno de los más codiciados, es la tranquilidad del alma.

CUMPLE LA LEY NATURAL...

De las palabras de Mateo, cargadas de razón, se desprendían estos sanos consejos: Ama a la mujer por sobre todo lo creado. Amala con el cuerpo y con el alma, pero no permitas que impere la vehemencia del instinto sobre la delicadeza del sentimiento. Jamás te entregues a ningún vicio, menos, aún, al del alcohol o al de la sensualidad. Abandonarse al vicio, es desgastar torpemente el organismo, es debilitar las facultades mentales, es empobrecer la energía generadora. Responde, sí, afanoso, —porque así es de que sea— al grito de la Especie; pero procura mantener el mismo ritmo ordenado, seguro de su poder, de la madre Naturaleza, para la que no hay acto infecundo ni esfuerzo desperdiciado. Convéncete de que tus caricias obedecen a un sagrado mandato y de que ellas van dirigidas a un fin preestablecido. Cumplir ese mandato y llegar a ese fin, en plenitud de funciones, debe constituir tu ley.

No tomes como objeto exclusivo de placer al cuerpo femenino. Si para muchos, el amor es sólo un acto voluptuoso y la satisfacción de una premiosa necesidad orgánica, para el hombre consciente de su destino ha de ser, en primer término, ansia dominante de prolongar su vida en otras vidas mejor dotadas que la suya; ha de ser reflexivo impulso de reproducirse en otras criaturas que vivan en constante superación de cualidades y que alcancen a realizar aquello que en sus progenitores no haya podido pasar de los límites de lo quimérico y deseable. Considera que el vientre de la mujer es un cálido surco fecundo, apto para la germina-

ción de la palpitante semilla humana; y piensa, por lo tanto, que si el labrador, con sabia previsión, destina la mejor tierra, la de más ricos jugos, para la reproducción de la simiente más cuidadosamente seleccionada y tenida en más estima, con cuánta mayor razón el hombre que aspira a sucederse en una descendencia que dé mejor lustre a su estirpe y que avance, cada día, un peldaño más en la infinita escala del perfeccionamiento, ha de elegir, para diosa de su hogar, para madre de sus hijos, a la mujer que en sí reúne todas las virtudes, todos los encantos, todas las seducciones.

Tanto depende de ti como de la mujer que elijas para compañera, el que tus hijos sean mañana complacencia y orgullo de tu vida y provecho y prestigio de la sociedad. Ellos, lo mismo que tú y al igual que tu esposa, integran el género humano, y cada niño que nace es un nuevo factor que lo eterniza.

Recuerda la historia y compara al salvaje de las cavernas con el ser civilizado que hoy puebla el mundo, y no podrás menos que asombrarte al rememorar los pasmosos adelantos de la humanidad, desde esa época remota hasta nuestros días. En cierto modo, la obra de la Creación no ha terminado. Parece que Dios ha dejado en manos de los hombres la continuación de su portentoso milagro. Día a día, nuevos inventos, audaces ideas, propósitos más atrevidos, abren horizontes insospechados al progreso de la humanidad. Y no por ignorada la meta a la cual ella se encamina, es menos gloriosa su ascensión, ni menos luminosa la estela que en el tiempo van dejando su pensamiento, sus obras y sus hazañas.

Por su espíritu, por su inteligencia, por su poder, la humanidad tiene algo de divino. ¡Llor a quienes la acrecientan, la defienden, la mejoran! Por eso, los gobiernos que tienen visión del porvenir, instituyen sendos premios para los padres que tienen numerosa prole; para aquellos que ofrecen en sus niños las mejores y más acusadas características de robustez y de belleza; y para los sabios que con sus conocimientos salvan la vida humana de los terribles males que la azotan.

Si quieres que la humanidad se perpetúe, —como es tu obligación— no le escatimes tu aporte: cumple la ley natural y reproducete.

CULTIVA LA TIERRA

En nada ponía Mateo tanto entusiasmo como cuando discurría acerca de los beneficios que rinde la tierra. Creía en ella lo mismo que en una divinidad. Y sólo de ella esperaba todo bien y todo socorro.

En una tarde, bajo un dorado cielo crepuscular, junto a un árbol de florecida copa mecida por el viento, que se erguía, único, en mitad de una tierna y verdeante sementera de trigo, le hablaba de esta suerte a un hombre que se lamentaba de no hallar ocupación en la ciudad:

—Fuente de toda riqueza es la tierra, y nunca está mal empleado el tiempo que se dedica a su cultivo. Sólo precisa ir hacia ella con amor, con perseverancia y con espíritu de trabajo para extraer de su seno el fruto apetecido. Labrarla, es una labor noble, un heroísmo santo, un imponderable bien, cuya medida sólo puede igualarse con el inmenso mal que, al cultivarla, se ha evitado. ¿Te has detenido a meditar, buen hombre, en lo que significaría para un pueblo el abandono de sus campos? La miseria, el hambre, el atraso material, la decadencia misma del espíritu, puesto que ni las actividades de éste pueden subsistir sin el alimento del cuerpo, serían la consecuencia inevitable de la falta de producción agrícola; porque de todo puede prescindir el ser humano: de indumentaria, de ilustración, de comodidades, pero, del sustento, nunca. Por eso es que el cultivo de la tierra constituye una de las más loables actividades del hombre. Sin la agricultura, ¿qué pan se llevaría a la boca la humanidad?

Yo era apenas más rico que tú, y eso, por contar con el inestimable tesoro de mi juventud emprendedora. Un día, decepcionado de la vida de ciudad y ansioso de estar más en contacto con la Naturaleza, que enseña tantas cosas y consuela de tantos pesares, como un ermitaño que hace voluntario renunciamiento de los halagos de la urbe, me interné en una apartada tierra baldía. Llevaba conmigo unos pocos animales, algunas herramientas de labranza y unas cuantas libras de cereales. Trabajé con empeño incansable, y, día tras día, vi agrandarse la tierra de labor, lista para la siembra. Transcurrieron los años, y ni el cielo se portó inclemente ni el suelo se mostró avaro de sus dones. Primero, trabajé para vivir yo; luego, para sostener a mi familia. Hoy, que ya soy dueño y señor de estos campos, la producción que obtengo alcanza para ser transportada a la ciudad y satisfacer el hambre de muchos seres. Y heme aquí, feliz, libre de tutelas y directivas extrañas; libre, sobre todo, de la esclavitud económica que tanto deprime el ánimo, apoca la personalidad y le coloca al hombre en la pendiente de la vileza y del delito, cuando su ser moral no descansa sobre firmes bases de honradez y rectitud.

El trabajo no debe ser considerado como un castigo impuesto al hombre por un dios tiránico y cruel. El trabajo es el descubrimiento de la propia capacidad; es el ejercicio armónico de la ap-

titud creadora; es la derrota diaria del ocio y del egoísmo, infligida por la voluntad, que pone a la acción y al ingenio al servicio del provecho humano. Y si el trabajo tiene por finalidad la explotación de la tierra y la provisión del sustento indispensable para la existencia, qué íntimo regocijo, qué ufanía más sana, la del hombre que, con el esfuerzo de su brazo y el sudor de su frente, ha conseguido el mantenimiento y la prolongación de ese prodigio que es la vida humana!

Aconsejaba yo, hace poco, el cumplimiento de la ley natural y la reproducción del hombre; pero mi consejo estaría incompleto, si no añadiera que la formación de la familia implica, forzosamente, el sostenimiento de la misma. Porque, ¿de qué valdría procrear nuevos seres si éstos han de tener en sí todas las taras debidas a la endeblesz física y a la pobreza intelectual que la desnutrición trae consigo? Antes serían ellos parásitos indeseables, carga pesada para la sociedad, que no factores útiles para el desenvolvimiento y progreso de los pueblos.

País que descuida el fomento de su agricultura, es país que marcha a pasos precipitados a su ruina económica, y el hombre que abandona el campo crea uno de los más graves problemas nacionales.

El valor de un patriota no sólo ha de consistir en la defensa de su patria por medio de las armas. Hay otras maneras, no menos efectivas, de defenderla. Y entre ellas está la posesión de su suelo y su aprovechamiento. Es decir que, confirmado el derecho de dominio sobre un territorio, deben hacer en éste inmediato acto de presencia la gente que lo colonice, el hacha que descueje la selva, el arado que remueva la tierra y la simiente que la fecunde.

El pueblo que come y se viste únicamente de lo importado, está apoyando la agricultura y la industria extranjeras, sin pensar en que, de ese modo, abre las puertas de su propia casa para la fuga acelerada de la riqueza nacional y promueve la desocupación de los labradores y obreros de su patria.

Tú, hombre necesitado, que imploras un empleo en la ciudad, lo mismo que si mendigaras una limosna; tú, que huellas con planta inadvertida la oculta mina de la fortuna, mientras levantas los suplicantes ojos al cielo indiferente, codiciando el oro inalcanzable de las estrellas; tú, que relegas a la inacción suicida el juego de tus músculos, ve a las tierras baldías que, para fortuna nuestra, quedan todavía en considerable extensión en el país, mójalas con el jugo de tu frente, y sobre las ruinas de tu cobardía, sobre las cenizas de tu negligencia, sobre el cadáver de tu pesimismo derrotista, levanta la bandera de tu triunfo, haciendo brotar del

suelo removido por tus manos la espiga simbólica del trabajo y la riqueza!

SIEMBRA PAZ...

Mateo, que también era escritor, se maravillaba de ver cómo de los libros, de las diarias hojas de periódico, de las ondas del aire, desde el silencioso retiro del pensador, desde la cátedra sagrada y la tribuna pública, llovía sobre el mundo, incesantemente, el inagotable caudal de las ideas.

—Es el espíritu humano, —se decía—, en su constante elaboración del pensamiento, arrojando sobre las conciencias las semillas del ideal el que hace circular su hálito, el que difunde su luz, el que disipa las tinieblas de la mente, con su mágico poder. De uno a otro confín del universo, allí donde ilumina el sol y se cuele el viento; allí donde hay un ser de inteligencia y corazón capaz de comprender y asimilar el sentido de las palabras, allá llega el divino mensaje de la espiritualidad. Por lo mismo, —pensaba, convencido—, es infinito el bien que se puede hacer, si se difunden las ideas de altruismo, de justicia, de moral. Defensor fervoroso de la libertad de expresión, sólo la limitaba en cuanto ésta dejaba el tono culto y comedido, la posición elevada y razonable, la manera honrada e imparcial de ver las cosas y juzgar los actos humanos, para convertirse, por obra de la pasión mezquina y del interés personal, en arma de combate sistemático, en explosión de términos injuriosos, envenenados de encono, semejantes a flechas disparadas por un arquero diabólico, incapaz de situarse por encima de sus odios y venganzas.

Mateo no admitía que la palabra fuese rayo que fulmine, huracán que devaste, látigo que fustigue. Para él, la palabra sólo podía ser luz que guíe, razón que convenza, consuelo que conforte. El tenía para sí que el deber del hombre de inteligencia, por lo mismo que dispone de los mejores atributos del espíritu, era el de propender a la concordia entre sus semejantes, sembrando en los corazones y en las conciencias gérmenes de bondad, propagando elevados ideales, dirigiendo a los pueblos por los anchos caminos de la comprensión, de la tolerancia, de la solidaridad.

No podía aceptar el predominio de la acción destructora, alentada por la palabra que intriga, que promueve la discordia, que empuja a los hombres a la guerra. La paz en el mundo debería ser la meta perseguida sin descanso por la humanidad.

En su opinión, mientras más inteligente e ilustrado es un hombre, en mayor obligación se halla de ser indulgente, comprensivo,

tolerante. Queden para los seres inferiores, de mentalidad pobre y de corazón mezquino, los arrebatos de ira y las palabras ofensivas, como armas de la debilidad y la ignorancia. Para el hombre superior, para el hombre de pensamiento y de conciencia, la razón serena, el concepto ponderado, la frase digna, por más que en muchos casos vayan vibrantes de energía, han de ser los instrumentos lícitos de defensa y de ataque en el campo de la discusión y la polémica.

Mateo evitaba siempre, que su palabra fuese dardo que lastime, bofetada que afrente, blasfemia que humille. Y desde el fondo de su alma, se prometía a sí mismo: —Yo haré de mi palabra una semilla de concordia, que arrojaré con amor en el surco propicio de la conciencia humana para unir a todos los hombres dentro de una inviolable paz fraterna.

Y ésta era, ante la vida, la filosofía de Mateo, el sembrador.

PAPELES ACERCA DE LA FAMILIA PATERNA DE GABRIEL GARCIA MORENO

VILLAVERDE DEL MONTE EN LA ACTUALIDAD

Las doce del día. De la estación del Norte, en Soria, arranca el lento tren correo que va a Burgos. Sobran plazas en el sucio departamento de tercera donde me instalo. Junto a mí, cuatro obreros que van a Cidones, y una muchacha burgalesa que vuelve a su tierra después de haber servido durante cuatro años en Barcelona. Los obreros se disponen a yantar: con una navaja van cortando rebanadas de pan, de jamón y de tortilla. Irrigan la comida con el largo hilillo de vino de la bota.

Pronto me vuelvo amigo de estos hombres curtidos por el sol de Castilla. Son picapedreros, y su destino final es La Muedra. Tendrán que bajar del tren, lo mismo que yo, en Cidones. Conocen bien todos los pueblos de la comarca; me dicen que no es verdad que Villaverde sea más pobre que Cidones o Herreros; lo que pasa es que en Villaverde la gente es muy atrasada, y no muy aficionada a gastar.

El Duero, en torno a Soria, forma una curva de ballesta, según la feliz expresión de Antonio Machado. El tren lleva "la dirección del venablo". Esta última frase, de Machado también, se lee en la versión en prosa de su poema "La tierra de Alvargonzález". La tierra del trágico poema no está lejos de aquí; para llegar a ella hay que pasar también por Cidones.

El paisaje que el tren recorre está al principio orlado de chopos. Luego se ven bosquecillos de robles jóvenes y campos de trigo ya segado. A la izquierda, el enhiesto y adusto Picofrentes, pegada colina a cuyo pie llegaremos muy presto. A la derecha, muy lejos, los montes de Urbión, azules ahora, pero que se nievan en noviembre.

Ahora dejamos atrás un pueblo, Toledillo. La próxima esta-

ción es Cidones, donde he de dejar el tren, pues Villaverde no tiene estación. Los picapedreros me acompañan y me guían: Cidones es pueblo donde viven algunos "americanos", emigrantes enriquecidos que han vuelto a su tierra. Las viejas casas del pueblo están ocultas a la vista por algunos "chalets" que los "americanos" han construido al borde de la carretera. Mis amigos toman el camino de La Muedra, un pueblo ahora sumergido en un embalse que se llama "Pantano de la Cuerda del Pozo". Cuando el nivel de las aguas está bajo, todavía se puede ver la torre de la iglesia.

Ya estoy solo, y he de andar los tres kilómetros de carretera, recta y asfaltada, que me separan de Villaverde. Es la hora del sol y del calor, de los que me defiende a medias una no muy compacta hilera de chopos. En todos los campos aledaños ya se ha cosechado (es el 17 de agosto). No corre ni un soplo de viento. En torno a mí sólo percibo el ruido de los élitros de diminutos insectos. He de confesar que me siento emocionado al acercarme a Villaverde del Monte, pueblo del padre de García Moreno. Días después sentiré pareja emoción al aproximarme a Cervera del Río Alhama, patria del padre de Eloy Alfaro, y a Bolívar, solar de los antepasados del Libertador.

Media hora de buen andar, y he aquí un letrero de madera en que se lee "Villaverde del Monte". No es la tierra pelada, típicamente castellana. Hay árboles, muchos árboles, que impiden a primera vista hacerse una idea precisa de la extensión del pueblo. Nadie transita por la carretera, que es la calle mayor del pueblo, a menos que contemos como transeúntes varias docenas de gallinas. Alguna ventana se entreabre a mi paso, pero vuelve a cerrarse. Es mi intención buscar al alcalde del pueblo o al cura. Salgo de la carretera y me dirijo a un grupo de casas que tengo a mi derecha. Las casas están cerradas. Felizmente no todas; en el zaguán de una de ellas hay una familia compuesta por varias muchachas y una mujer de edad madura. Pregunto por la casa del cura, pero me dicen que el cura no vive en el pueblo. Entonces trato de ver al alcalde. Una niña me acompaña a casa de ese funcionario. La niña se llama Petra Gómez. ¿Gómez? Sí, y veré otros Gómez y también algunos Garcías.

El alcalde no está en casa. Ha ido —como los otros hombres del pueblo— a trabajar en su campo. No me importa mucho su ausencia, puesto que ya he encontrado a algunos Gómez, que sin duda tienen cosas que contarme. Les digo que he venido a visitar la tierra del padre de un gran presidente de mi patria. Ellos han oído hablar algo de él, aunque a decir verdad no lo saben a punto fijo. Petrita, niña de doce años, es la más despierta, y pronto recuerda

que en la casa del Concejo hay una placa en honor de Gabriel García Gómez, padre de García Moreno.

Me interesa saber si quedan en el pueblo los apellidos de los cuatro abuelos de García Gómez, que son García, Yanguas, Martínez, Gómez y de la Orden. No queda ningún Yanguas. Garcías hay muchos; Gómez también, aunque menos numerosos. Hay algunos Martínez, pero son del vecino pueblo de Herreros. La Orden... "Ya murió el tío Bonifacio La Orden"... "Pero quedan los "pericones", que son Garcías, pero que como segundo apellido son La Orden". Excepto los Martínez, todos son gentes de Villaverde desde tiempos inmemoriales. Si se considera que el pueblo es y ha sido siempre muy pequeño (término medio, ha tenido desde el siglo XVIII cincuenta familias), no creo aventurado descubrir en mis interlocutores a lejanos parientes de don Gabriel García Moreno.

Petrita va a llamar al hombre más viejo del pueblo, que se llama —dejemos que se presente él mismo— Gabriel García García. Es un fornido anciano de boina y zahones. Su bastón le da aire venerable. Es afable y no le importa la ligera llovizna que ha empezado a caer. El pretende ser pariente del presidente cuyo nombre está inscrito en la lápida del Concejo. No se le pueden pedir muchos datos genealógicos, pero afirma rotundamente que todos los Garcías de Villaverde desde siempre han pertenecido a una sola familia. Gabriel García García nació en 1877, pero no conserva recuerdo de algunas tradiciones que cuenta Fernando Márquez de la Plata y Echanique en su "Arqueología Nobiliaria". Algo más me dice este don Gabriel: "El nombre de Gabriel es tradicional en la familia. Una tía mía no quería que me pusiera Gabriel, porque vivía entonces el tío Gabriel, que fue el último que en el pueblo usó montera. Al tío le llamaban "el tío Montera", y mi tía pensaba que, si me ponían Gabriel, me llamarían "Monterilla".

Don Gabriel no se muestra muy satisfecho con el cura del pueblo: dice que debería ver los papeles de la parroquia, pues ahí estará claro el parentesco de los Garcías y los Gómez de ahora con el Presidente del Ecuador.

Ya no me interesan estas expansiones, y prefiero invitar a don Gabriel y a los Gómez a hacerse una fotografía. El traje de trabajo no le parece muy conveniente al anciano, sobre todo los "zahones", pero pronto accede amablemente, no sin antes acomodarse la boina y hacerse abrochar el botón de la camisa. Petrita va a buscar a su hermano Eugenio y al perro, y las otras chicas, Anas-

tasia, Juliana y Severiana, van a ponerse encima algún trapito elegante.

Don Gabriel me acompaña ahora a ver el pueblo. El lector que conozca la biografía de García Moreno por don Luis Robalino Dávila, habrá advertido —y advertirá en adelante— que el resultado de mi observación difiere de algunos datos consignados en ese libro. A veces, más bien que disentir, completo la abundante documentación del señor Robalino Dávila.

El pueblo no tiene más que una calle recta y cuidada, la carretera. El resto, más bien que calles, son caminos medio empedrados o de tierra desnuda, por donde pasan dando tumbos los carros de labor. Las casas tienen casi todas un terrenito adyacente. No hay casas a un lado y a otro de las callejas, y pronto advierto que todas las casas tienen su entrada orientada hacia el mediodía, situación que sin duda trata de evitar el frío del norte, y de aprovechar mejor el sol. Las casas son todas de piedra, y tienen un aire muy peculiar. Son casas típicamente "pinariegas", según se las llama en la provincia de Soria. Las construcciones aisladas se parecen a la casa vasca en la amplia tijera. Todas tienen curiosísimas chimeneas cónicas. Estas chimeneas abrigan la cocina, que al mismo tiempo es cuarto de estar y lugar donde se prepara el pan y se cura la matanza. Para entender la utilidad de este tipo de chimeneas, basta pensar que estas tierras de Soria tienen un invierno largo y crudísimo.

No se puede decir que haya plaza en el pueblo. Apenas si la calle se ensancha frente al ayuntamiento. En la fachada pobre, más que severa, de este edificio, se halla una placa que reza: "Homenaje de Villaverde del Monte a la memoria de su hijo ilustre Don Gabriel García Gómez, padre de García Moreno, Presidente del Ecuador, modelo de Gobernantes. Nació el 2-10-1766".

Me cuenta don Gabriel que en el pueblo se cultiva de todo: trigo, garbanzos, patatas. Hay también pastos para las ovejas, y, a Dios gracias, no hay pobres de solemnidad en el lugar.

El edificio más moderno es la escuela, a la que van todos los niños. Modernamente —sigue informándome don Gabriel— no sale mucha gente de Villaverde al extranjero, pero los Gómez guardan una fotografía de principios de siglo en que figuran parientes emigrados a la Argentina.

Lo más bonito, aunque muy sencillo del pueblo es la iglesia, con su maciza torre cuadrada que remata en forma poligonal. La decoración interior es del mismo gusto barroco de nuestras iglesias pueblerinas antiguas. Está consagrada a San Pedro Apóstol. El sacristán, que se llamaba Romualdo García Gómez, murió hace

muy poco tiempo. Su hijo ha heredado el cargo. Y a fe que es muy celoso guardián, porque muy difícilmente he logrado que me dejara entrar. Parece que el cura le tiene prohibido abrir la iglesia sin su expreso permiso.

Me ha llamado la atención la falta de tiendas de comercio en el pueblo. Para agradecer su gentileza, quiero convidar a don Gabriel a tomar un "chato" de vino. Pero él me dice que sólo hay un tabernuco de mala muerte, y que no vale la pena.

Frente al templo hallo la única casa con escudos que he visto en el pueblo. Está al borde de la carretera, pero nadie sabe decirme a qué familia pertenecen esos escudos.

Creo haber visto lo que se podía ver, y me despido de mis amigos para volver a Cidones. Al salir de Villaverde descubro el pequeño cementerio con humildes cruces de madera o de hierro, donde sin duda yacen los restos de no pocos parientes de Gabriel García Moreno, el hombre cuyo sepulcro es desconocido para casi todos los ecuatorianos.

Cidones. Detrás de los "chalets" de los "americanos" se esconde el pueblo viejo. Brilla por su limpia pobreza la casa del cura, don Justo Hernández. El me va a hablar algo más de Villaverde. El pueblo tiene ahora exactamente 45 familias y 148 habitantes. El apellido más extendido es García. Abundan también los Gómez. Y los otros son Rodrigo, Latorre, Romera, Martínez, Saa, Delgado, Benito, Vera.

El cura se muestra un poco pesimista hablando de Villaverde. "Dió todo de sí dando al padre de García Moreno", me dice. Ahora ningún chico de Villaverde sale a estudiar en un colegio de Soria, y menos a la Universidad. "No son pobres —añade— pero están muy apegados a sus viejas costumbres, y no les interesa progresar". La gente de Cidones no es más acomodada que la de Villaverde, pero —como ejemplo— en Cidones hay 20 aparatos de radio, mientras en Villaverde hay sólo uno, del Alcalde, pero que no funciona.

Ya va cayendo la tarde, y he de volver a Soria. El cura, muy amable, me acompaña a la estación de ferrocarril, y obtiene del jefe de estación que me permita viajar en un tren de mercancías, porque —embebido en esta tierra de historia— he perdido el tren correo de la tarde.

VILLAVERDE DEL MONTE Y LA FAMILIA PATERNA DE GARCIA MORENO A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII

Don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, Marqués de la En-

senada, Ministro de Su Majestad Fernando VI de España, tiene ideas extravagantes, según muchos de sus contemporáneos. Suele reprochársele su afición a construir barcos, a desarrollar el comercio, la irrigación, la ciencia. Lo que menos entienden las gentes del XVIII acerca del Marqués son las ideas económicas y financieras que sustenta. Hay que confesar que tampoco los historiadores —hasta nuestros días— han sabido valorar adecuadamente la obra de este Ministro. Por lo general, la historia —tanto la que se escribe en un pequeño epítome infantil como la que llena gruesos volúmenes— suele ser una historia de los domingos. Muchos historiadores nos marean la cabeza con fechas de nacimientos, bodas y muertes de príncipes, pero olvidan la vida diaria de las gentes, como si la historia fuera la vida de los reyes o los presidentes, y no la vida de los pueblos. El factor económico ha sido uno de los más olvidados por los historiadores de la vieja escuela. Para escribir estas líneas he tenido que hojear gruesas historias de España, pero pocas son las que mencionan o aprecian debidamente una utilísima disposición del Marqués de la Ensenada. En 1748 Fernando VI le nombra Ministro de Hacienda. El flamante Ministro observa que el sistema de recaudación de impuestos es desastroso: hay una barahunda de pequeños impuestos de consumo. El cree que lo mejor es establecer una contribución única, directa, de acuerdo con los ingresos de cada persona. Para ello entre otras medidas, ordena hacer un catastro general en España.

Por entonces la madre patria tiene unos 7'500.000 habitantes. Hay regiones relativamente prósperas, como Cataluña, Levante. Pero el cuadro que ofrece Castilla, según los viajeros de la época, es desolador. En el mismo Madrid se veía a soldados pedir limosna en las calles. Villaverde del Monte, el pueblecito soriano que el lector ha podido visitar conmigo, no es tan desdichado como otros de Castilla. Aun podría decirse que es un pueblo próspero. En toda la Provincia de Soria hay mucha gente que vive de los merinos, ganado que va a pastar de invierno en las tierras meridionales. Hay algunos pueblos sorianos que tienen carros para el transporte de mercancías; los que en ese menester se ocupan suelen también ir a pasar el invierno en Extremadura y Andalucía. Durante muchos años se transportó en esos carros el mercurio de las minas de Almadén con destino a los puertos, para surtir del metal a las minas de plata de América. Los carros —todos tirados por bueyes— se encargaban también del transporte de las mercancías importadas del Nuevo Mundo. El tráfico estaba organizado en lo que entonces se llamaba "la carretería de la Cabaña Real", con sus leyes y privilegios.

En Villaverde se hizo el catastro en el año de 1751. Hay 52 vecinos (cabezas de familias) número en que se incluyen seis viudas, entendiendo que según una curiosa disposición del catastro, dos viudas cuentan por un vecino. Hay sesenta casas, habitables todas. En cuanto a ganados, no anda mal Villaverde del Monte: 1 564 cabezas de ganado lanar, 205 de ganado cabrío, 408 de ganado vacuno. Este último capítulo es importante: "las noventa y seis de la labor, setenta y cuatro cerriles, treinta y cuatro terneras y terneros, y las doscientas y cuatro en el trato de la carretería de la Cabaña Real que pastan en invierno en la Extremadura". Es decir que Villaverde es un pueblo ganadero y dedicado en buena parte a la carretería. Como cerca de Villaverde hay bosques, algunos carreteros se dedican al transporte de leña y carbón en la provincia, sin salir en invierno a otras regiones. Otra profesión bastante frecuente es la de pastor. Pero esto no quiere decir que no haya agricultura: se cultiva trigo (el puro vale 16 reales la fanega, y el común catorce), centeno (once reales la fanega), cebada (ocho reales y medio), linuzo (dieciocho reales). La arroba del lino vale cuarenta y cuatro reales.

Una de las preguntas del cuestionario es si hay pobres de solemnidad en el pueblo. Villaverde puede enorgullecerse de no tener ninguno.

Y ahora sí, busquemos a la familia de García Moreno. El padre, Gabriel García Gómez, no había nacido aún en 1751, año del catastro. Nació quince años después, el 2 de octubre de 1766. Pero ya vivían Diego García Yanguas y María Gómez, que se casaron en 1762. Por lo mismo Diego García no es "vecino" (jefe de familia) en 1751. Hemos de buscar, pues, a Juan García Yanguas y a Juan Gómez, abuelos paterno y materno de Gabriel García Gómez, y bisabuelo de García Moreno.

Según los datos del catastro de 1751, que se conserva en el Archivo de Hacienda de Soria, Juan García Yaguas es propietario de tierras de sembradura de secano. Tiene 25 fincas rústicas, todas relativamente pequeñas, cuidadosamente descritas a partir del folio 182 del mencionado catastro. Posee además una casa y una majada. No es pobre en ganados: cuenta con ochenta y cinco carneros, ciento cinco ovejas, sesenta y dos borregos y borregas, nueve machos de cabrío, sesenta cabras, cuarenta cabritos, dos vacas, una novilla, una pollina con su cría y un cerdo. Y el catastro añade: "en el tiempo que se ocupa con una carreta en la conducción de Leña y Carbón se le han considerado de utilidad cien reales de vellón al año".

Juan Gómez, abuelo materno de Gabriel García Gómez, posee

dieciséis fincas rústicas y una casa. Tiene además en arrendamiento la mitad de las tierras del curato. Sus ganados son los siguientes: treinta ovejas, tres primales, diecisiete borregos y borregas, dos vacas, una novilla, un ternero, un cerdo y cuatro colmenas, "y a más tres bueyes del tráfico de la carretía de la Cabaña Real que pastan de invernadero en la extremadura".

Juan Gómez se dedica también a la carretería: "en el tiempo que se ocupa con una carreta en el tráfico de la Cabaña Real se le han considerado de utilidad trescientos cuarenta reales de vellón al año. En el que se emplea con una carreta en la conducción de leña y carbón se le han considerado de utilidad cien reales de vellón al año".

Con estos datos podemos tener una idea bastante clara acerca de los antepasados paternos de García Moreno a mediados del siglo XVIII. Podemos seguir a Juan Gómez por los duros caminos del sur de España, ocupado en el transporte. Hacia 1749 los caminos españoles son muy malos. El Marqués de la Ensenada se consagra a mejorar las rutas terrestres. En su tiempo se construye la carretera de Reinosa a Santander, y la de Madrid a La Coruña. Reinando Carlos III, años después, se dará gran impulso a la construcción de caminos; el historiador Ballesteros afirma que "hasta 1777 no hubo camino decoroso"; faltaban muchos puentes. En Andalucía había que contar además con la presencia de los bandoleros, numerosos sobre todo en las sierras. Podemos imaginar a Juan Gómez alojado en malas ventas, alimentándose con el típico plato de entonces, el puchero. Alguna vez, en Cádiz o en Sevilla, habrá ido a las corridas de toros. Por ese tiempo están en decadencia las corridas a caballo y está naciendo la profesión del torero a pie (Pedro Romero nace en 1754).

Pero veamos lo que dice el catastro acerca de los otros Garcías y los otros Gómez de Villaverde: Hay un Domingo García Yaguas, natural de Soria, que es pastor. María García de Yaguas, viuda tiene carreta de carbón y leña y ganados de lana. Constan también buen número de Gómez: Andrés, Mateo, Manuel, Vicente. Vicente Gómez tiene cinco carretas de la Cabaña Real, Mateo Gómez una, y Manuel Gómez dos. Otro Mateo Gómez es pastor. Parece, pues, que los Gómez se dedicaban de preferencia al tráfico de la carretería de la Cabaña Real.

Don José Tudela, actualmente Director del Museo de América de Madrid, soriano y competente historiador de las cosas de su tierra, me ha facilitado la consulta del Archivo de Hacienda en Soria. Al enterarse de que Gabriel García Gómez vivió algún tiempo en Cádiz, me proporciona amablemente los siguientes datos:

Muchos sorianos iban a Cádiz en el siglo XVIII. En general, llegaban al sur conduciendo los ganados que iban a pastar de invierno o en el tráfico de la carretería. Cádiz, activa ciudad comercial, tentaba a muchos a quedarse allí. En el siglo XVIII florecieron las sociedades de Amigos del País. En Soria hubo una que se llamó Económica Numantina de Amigos del País. Los sorianos de Cádiz llegaron a formar en ese puerto otra sociedad, hijuela de la Soria, que llegó a ser más rica que la principal.

Según dicen las biografías de García Moreno, su padre, Gabriel García Gómez, "muy joven aún, estudió en Cádiz en casa de sus tíos, Don Juan Simón y Don Melchor Martínez de Aparicio, avencidados en dicha ciudad en la que tenían también una casa comercial donde trabajó su sobrino". (Luis Robalino Dávila, **García Moreno**, página 5).

Gabriel García Gómez era pariente de los Martínez de Aparicio, por Josefa Martínez, su abuela materna. Los Martínez de Aparicio eran de origen hidalgo, aunque algunos de ellos por lo menos habían perdido o dejado perder esa calidad. El catastro de Villaverde menciona a un Pedro Martínez de Aparicio, "del estado general", que trabajaba es esquilando ganados. También era "escribano de factos" en el pueblo, pero su nombre no aparece precedido del "don", prerrogativa de los hidalgos. El único "don" (o sea el único noble reconocido) del catastro de Villaverde del Monte es "Don Juan Morales y Septién", que parece ser también el hombre más rico del pueblo, pues posee en 1751 cincuenta y tres fincas rústicas. Es dueño de la casa que está enfrente de la iglesia, al norte de la calle real.

Los antepasados directos de García Moreno, en Villaverde, no eran, por tanto hidalgos, o al menos no se les consideraba tales. Esto plantea algunos problemas, porque los datos del catastro de Soria difieren de las afirmaciones de algunos historiadores. El lector inteligente no verá en estas líneas ningún empeño de disminuir la figura del gran Presidente García Moreno. El autor de este trabajo no cree en otra hidalguía que la del corazón. Ser "villano" (en el sentido original del vocablo, desprovisto de matiz peyorativo) no es mengua para nadie. Desde el Siglo de Oro los más grandes dramaturgos españoles nos han presentado villanos que eran más nobles en hechos que los hidalgos o los reyes (piénsese en Peribáñez o en el Alcalde de Zalamea).

Quizá no sea ocioso completar este trabajo con un ligero recuerdo del Cádiz del siglo XVIII, en que vivió durante algunos años don Gabriel García Gómez. Ya que faltan datos ciertos sobre la vida de García Gómez en Cádiz, por lo menos puede bos-

quejarse el escenario en que se desarrollieron los años de su juventud. Cádiz era puerto por donde llegaban mercancías americanas, pero tenía también auge extraordinario por el buen número de mercaderes extranjeros que se habían establecido allí. El mercado de telas —que venían desde el puerto francés de St. Malo— era el más próspero. La abundancia de extranjeros debía dar a Cádiz un aire internacional que sin duda no tiene ahora la ciudad. En 1791 había en Cádiz 2.701 franceses, 5.018 italianos, 351 portugueses, 272 ingleses y 277 alemanes y flamencos. En una ciudad así no es extraño que el joven García Gómez —que debía ser muy listo— adquiriera buenos conocimientos en el ramo mercantil. La decadencia de Cádiz sólo comenzó a raíz de la invasión napoleónica, ya en los albores del siglo XIX.

Soria - Madrid, agosto-septiembre de 1953.

A l c a n c e

El trabajo anterior se publicó en el diario quiteño EL COMERCIO, en 1953. Me atrevo a resucitarlo porque quizá hay en él algunos datos de interés. Y además porque quiero añadir ciertas noticias adicionales que logré recoger posteriormente en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. Entre los legajos correspondientes al Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, hay documentos relativos a la "Sala de Hijosdalgo. Catálogo de todos los pleitos, expedientes y probanzas formado directamente de los documentos". En dicho catálogo se ve que no sólo los Martínez de Aparicio eran hidalgos, sino que también podían pretenderlo muchos Garcías y Gómez, algunos de ellos quizá emparentados con la familia paterna de García Moreno. Tanto el apellido García como Gómez son demasiado comunes en España para que estos datos tengan valor probatorio incontestable, pero —para quien tenga interés en estos asuntos— (confieso que el mío es muy reducido), he aquí una lista de Garcías y Gómez que presentaron expedientes y probanzas de hidalguía conservados en el mencionado Archivo:

- García (Gonzalo) natural de Yanguas — Año de 1532
- García (Juan) natural de Yanguas — Año de 1532
- García (Sebastián) natural de Soria — Año de 1638
- García (Toribio) natural de Villaverde (1) — Año de 1567

García (Pedro) natural de Villaverde — Año de 1510

Constan algunos Martínez de Aparicio en el catálogo:

Juan Simón (2) — Cádiz, 1780

Melchor (2) — Cádiz, 1780

Miguel — Abanco, 1715

Pedro — Villaverde, 1780

Pedro Manuel — Abanco, 1715.

Quito, 1956.

-
- (1) En el catálogo no se indica de qué Villaverde se trata; en cambio, en el caso de Pedro Martínez de Aparicio, que se nombra abajo, se dice claramente "Villaverde, provincia de Soria".
- (2) Estos Juan Simón y Melchor Martínez de Aparicio son precisamente aquellos tíos de García Gómez que menciona Luis Robalino Dávila.

HOMENAJE AL SABIO ARQUEOLOGO AMERICANISTA, DOCTOR MAX UHLE

Un elevado sentimiento nos ha reunido hoy en el aula magna de esta ya célebre Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Sentimiento de admiración para un sabio ilustre; sentimiento de gratitud por todo lo que él hizo en favor de la ciencia ecuatoriana. Es de los pueblos nobles y generosos mantener vivo el recuerdo de los grandes valores del espíritu; no dejar que se hunda en las sombras del olvido la memoria de quienes, de una manera u otra contribuyeron al progreso de la humanidad y al bienestar de las sociedades; de los hombres que consagraron su existencia a investigar la verdad, a descubrir los ocultos misterios de la naturaleza, a penetrar en las oscuras épocas del pasado o a procurar embellecer la vida con los encantos del Arte.

Y el Ecuador se ha distinguido por estos sentimientos nobles y generosos de enaltecer y ensalzar, no sólo a héroes y próceres nacionales y extranjeros que nos dieron libertad o impulsaron el progreso de la amada Patria, sino también ha rendido homenaje a sabios, poetas y artistas cuyos geniales destellos han irradiado por el mundo entero. Así el Ecuador recordó en forma espléndida el bimilenario del Príncipe de los Poetas latinos, cantor de la Eneida, las Bucólicas y las Geórgicas. En el Ecuador se ha levantado monumentos a Dante inmortal, a Bouguer, Lacondamine y otros Académicos franceses, a Humboldt, a Pasteur y a Rodó, y nuestras instituciones culturales han conmemorado los centenarios del nacimiento de Lavoisier, de Poincaré, de Franklin y de otros insignes personajes que el Ecuador no considera extranjeros, sino

propias glorias, porque lo son de la humanidad civilizada, de la que forma parte esta Nación pequeña en territorio, pero de espíritu universal grande y elevado.

Hoy nos hemos reunido para rememorar la figura de un hombre de ciencia que vino al mundo hace un siglo, que dedicó su vida entera a investigar los secretos de la Prehistoria y que dió inmenso impulso a la Arqueología ecuatoriana. Este homenaje a la memoria del Profesor Friedrich Max Uhle es tributo de gratitud de esta Patria que él amó con particular afecto, a la que consagró largos años de estudio y en la que derramó las luces de su sabiduría: es acto de reconocimiento de nuestra Universidad que honró desde la Cátedra de Arqueología, creada para abrir nuevos horizontes a nuestra juventud estudiosa.

Al conmemorar el centenario del nacimiento de este eximio americanista no voy a hacer la biografía del eminente etnógrafo que vio la luz en Dresden el 25 de marzo de 1856, del sabio arqueólogo cuya fama se ha difundido por el Viejo y el Nuevo Mundo, del prolífico escritor que nos ha dejado más de doscientos estudios concernientes a las ciencias por él cultivadas con tanto brillo.

La verdadera Biografía de un personaje desaparecido debe ser la resurrección de su figura moral y física; el retrato auténtico que muestre su personalidad íntegra sin desvirtuarla en absoluto; y para ello es preciso un estudio completo de su vida, la indagación psicológica profunda, no sólo del individuo sino de sus antecesores, para explicar los fenómenos de herencia y el influjo de la tradición en su conducta, así como del proceso educativo de su mente.

El biógrafo deberá aplicar el escalpelo de la crítica para descubrir los recónditos secretos del alma, para penetrar en las complejidades del espíritu del biografado, explicar su carácter, su temperamento, las aparentes o reales contradicciones en sus ideas y sentimientos. El biógrafo no sólo seguirá paso a paso la vida del personaje y procurará encontrar las causas psicológicas de sus actos, las huellas que las pasiones han dejado en su obra, la influencia que sobre él ejerció el medio ambiente físico y social; sino que

tratará en cierto modo de adivinar los pensamientos que debieron guiarle en momentos culminantes de su vida.

Sólo un conocimiento cabal del alma del biografiado y del reflejo de su espíritu en las acciones de su vida permitirá hacer el retrato integral del hombre, hacer su verdadera biografía.

No cabe, pues, que pretenda en esta ocasión realizar labor tan árdua que requeriría documentos que no se hallan a mi alcance. Voy simplemente a recordar la obra realizada por Max Uhle en nuestra Patria en el campo de la Arqueología, y expondré lo que a mi juicio significan sus trabajos como aporte para resolver los múltiples problemas de la Prehistoria ecuatoriana y como contribución positiva al adelanto de la Ciencia.

Tuve la fortuna de mantener correspondencia con el Dr. Uhle desde antes de su venida al Ecuador accediendo a la llamada de nuestro ilustre compatriota e insigne Mecenas, Don Jacinto Jijón y Caamaño con quien me unió fraterna amistad. Ya en el país el sabio americanista germano, se estrecharon con él mis relaciones científicas y guardo una valiosa colección de cartas escritas en diversos lugares de las provincias de Loja y del Azuay, en las que me daba cuenta de sus primeros trabajos en aquellas tierras, y me exponía sus ideas sobre las civilizaciones prehispánicas que se desarrollaron en el mediodía ecuatoriano. De estas preciosas cartas me valdré para hacer una breve reseña de sus exploraciones y de los resultados con ellas obtenidos.

El Profesor Max Uhle estaba preparado como pocos para llevar a cabo la investigación sistemática de las diversas civilizaciones llegadas por distintos rumbos al Ecuador o desarrolladas en su territorio:

Nada diré de los brillantes estudios etnológicos de Max Uhle en las Universidades de Gotingen y Leipzig, centros de alta cultura en los que ya se marcó su vocación por las disciplinas históricas, en el afán de adquirir conocimientos de Etnografía y en el estudio especializado de lenguas orientales. En 1880 publicó su tesis para obtener el Doctorado: una contribución al conocimiento de la primitiva Gramática China.

Concluídos los cursos universitarios, cuando contaba sólo 25

años de edad, fue nombrado Director suplente del recién fundado Museo de Etnología de Dresden donde trabajó durante siete años. En este tiempo dio a luz varios interesantes estudios como el publicado en Berlín sobre el dios Batara Gurú de los Malayos; sobre diosas infernales o Proserpinas de ese archipiélago de Oceanía y sobre viajes etnológicos. En colaboración con el Dr. A. B. Meyer publicó un estudio acerca de la lengua Dippil de Australia Occidental y otro que trata de armas raras de Africa, Asia y América. Este es el primer escrito de los que conozco de Uhle, relacionado con cosas de nuestro Continente.

Citaré algunos otros trabajos etnográficos publicados por Uhle mientras desempeñaba sus funciones en el Museo de Dresden y que dan idea de la vasta erudición y de cuán solidamente preparado se hallaba el Profesor alemán para emprender las exploraciones en América: En las Memorias de la Sociedad de Estudios Japoneses escribió sobre algunos tam-tam siameses; y en una revista de Antropología de Berlín, sobre Discos sonoros de Venezuela. En Viena publicó observaciones sobre ciertos raros objetos de California hechos con plumas; y en Leipzig sobre Instrumentos de madera y bambú de Nueva Guinea. La Etnografía de Malaya le ocupó durante varios años, y es notable su estudio acerca de la significación etnológica del tallado de los dientes entre los Malayos; pero cada vez parece que iban interesándole más las cuestiones de nuestro Continente, pues en Viena imprimió un trabajo acerca de jabalinas o dardos del Nuevo Mundo y en Berlín otro sobre una hacha de cobre de Sao Paulo en el Brasil, y dos exposiciones acerca de elefantes prehistóricos de América.

Del Museo de Dresden pasó al Museo Etnológico de Berlín para servir como Asistente del Director que era entonces el célebre Adolf Bastian. Cuatro años permaneció en ese puesto en Berlín, de 1888 a 1891, trabajando muy intensamente. En el VII Congreso Internacional de Americanistas celebrado en dicha Capital, desempeñó el cargo de Asistente Secretario.

En una de sus cartas me decía el Dr. Uhle: que hasta los 32 años de edad se había ocupado sobre todo en estudiar las antiguas civilizaciones del Viejo Mundo; pero las de América, por en-

tonces ejercían atracción para su espíritu investigador. En la vocación por los estudios americanos influyó grandemente su ilustre maestro y amigo el Dr. Alfonso Stübel, el gran vulcanólogo explorador de nuestras montañas, quien procuró que Uhle dedicara su vida a la Antropología andina. La obra publicada por Reiss y Stübel en tres volúmenes, "La Necrópolis de Ancón en el Perú", que llamó extraordinariamente la atención de los círculos científicos de Europa, también contribuyó a acrecentar el interés del joven etnólogo por la Arqueología americana; y así vemos que en el Congreso Internacional de Americanistas leyó un trabajo sobre las relaciones y viajes de los Chibchas y la clasificación de su idioma; y un año más tarde, en 1889, daba a la publicidad una descripción de piezas escogidas del Museo Científico de Etnología, para la Arqueología Americana. Aquel año es de especial recordación porque aparece el nombre de Max Uhle en la monumental obra "Kultur und Industrie Südamerikanischer Voelker" en que se dieron a conocer las magníficas colecciones arqueológicas y etnográficas formadas por los Doctores William Reiss, Alfonso Stübel, en colaboración con B. Koppel. El texto explicativo es de Max Uhle. Otros estudios concernientes a adornos de plumas mexicanos conservados en Viena y ornamentos en oro y cobre provenientes de Costa Rica vieron la luz en diversas revistas científicas alemanas y austríacas en 1891.

En aquel año el Museo de Etnología de Berlín envió al Dr. Uhle a la América del Sur para que estudiara la influencia de la civilización incásica en la parte meridional del Continente e investigara cuál fue la ruta de los conquistadores que salieron de la región del Cuzco y avanzaron hasta el Noroeste argentino.

El primer viaje del distinguido etnógrafo alemán a Sud América produjo completo cambio en la orientación de sus estudios y determinó su especialización en la Arqueología de esta parte del mundo, hasta llegar a ser, más tarde, uno de los más famosos peruanólogos. Este primer viaje lo realizó bajo los auspicios del Gobierno de Prusia y del Museo de Berlín. Recorrió el Dr. Uhle el norte de la Argentina, subió a la elevada meseta de Bolivia, visitó la tribu de los Uros en las orillas del río Desaguadero, las ruinas

de Tiahuanaco y los monumentos arqueológicos de los bordes del lago Titicaca y de sus islas. Sus informes fueron enviados a Bastian. Las primeras excavaciones arqueológicas sistemáticas fueron hechas por Uhle en gran parte de esta importante zona. En Abril de 1893 embarcó para Berlín una colección de objetos recogidos en Medanito Tinogasta, Aimogasta y Aniyaco-Watungasta de enorme valor científico. El valle de Belén y la región del Noroeste de Tucumán así como los valles de Calchaquí habían sido inteligentemente explorados antes de llegar a Bolivia. En esa República visitó muchísimos pueblos indígenas haciendo observaciones etnográficas; escribió un vocabulario Uro de más de 400 palabras y exploró las famosas Chulpas de Bolivia.

En su visita a Tiahuanaco sufrió una impresión muy dolorosa para su espíritu de hombre de ciencia: Halló que un regimiento de guarnición empleaba las estatuas monolíticas como blanco para sus prácticas de tiro. Protestó airadamente, escribió al Ministro de Gobierno en La Paz, envió copia de su carta a los periódicos, en una palabra armó un escándalo; pero esto obligó al Gobierno a prohibir semejante costumbre que estaba arruinando maravillosos monumentos de la antigüedad.

Hallándose en estas exploraciones recibió la propuesta hecha por la Universidad de Pensilvania para que hiciera excavaciones arqueológicas por cuenta de esa institución en el Perú o en Bolivia. El Dr. Uhle aceptó el encargo de la Universidad y resolvió iniciar sus investigaciones en la costa peruana, para lo cual se trasladó a Lima en enero de 1896. Iba ya con mucha experiencia sobre los pueblos de origen Aimara, cuyo idioma aprendió mientras estuvo en La Paz.

Hasta fines de ese año exploró las ruinas de Pachacámac y luego se dirigió a Filadelfia en donde publicó una magnífica monografía sobre ellas. En junio de 1899 volvió al Perú costeado por Mrs. Phoebe Apperson Hearst que se interesaba grandemente por las cuestiones arqueológicas, y emprendió excavaciones en Trujillo, en donde, siguiendo los sistemas de los geólogos, pudo establecer diversos estratos o capas de restos antiguos correspondientes a sucesivas civilizaciones que habían tenido asiento en aquella re-

gión, distinguiendo 1º la civilización llamada Protochimú, caracterizada por los vasos pintados; 2º una civilización relacionada con la de Tiahuanaco, hallada en los sepulcros de la Huaca del Sol; 3º la civilización Post-Chimú y 4º la incásica proveniente de la expansión del Imperio del Cuzco hacia el Noroeste. Las colecciones formadas entre 1899 y 1905 fueron enviadas a la Universidad de California. En la campaña de 1901 visitó Chanchán y Moche y luego Ica, Chincha y Pisco, con el objeto de establecer por los mismos métodos estratigráficos y por el sistema comparativo de las ruinas y de las ornamentaciones en la cerámica, los horizontes arqueológicos de las civilizaciones de Nazca y Protonazca, en las que se encontraba un estilo Maya relacionado con civilizaciones de Yucatán y Centro América. En esta ocasión, para ahondar en las investigaciones hechas antes en el valle de Trujillo las extendió hasta Marca-Huamachuco.

Infatigable en el trabajo, el Dr. Uhle, cuando no estaba haciendo excavaciones, recogía notas etnográficas y lingüísticas o catalogaba las ricas colecciones de objetos extraídos de las tumbas o comprados a particulares. Con todo ese material escribía artículos para revistas científicas de diversos países, daba cuenta a sus corresponsales en cartas interesantísimas de los descubrimientos hechos y preparaba la organización de una cronología relativa de las culturas que se habían sucedido en todo el vasto territorio de América occidental.

Se dirigía nuevamente al Cuzco cuando fue llamado por la Universidad de Berkeley en California para que dictara una cátedra. Permaneció allí dos años y además de dar muchas disertaciones en alemán, hizo varias excavaciones arqueológicas en los alrededores, particularmente en un montículo de conchas en Emeryville. El Dr. Clement W. Meigham considera éste como el primer trabajo de Arqueología científica hecho en California; y las conclusiones a que llegó Uhle, por método estratigráfico, han sido confirmadas por modernos y extensos trabajos en aquella zona.

Volvió al Perú en 1903 y exploró la costa desde el valle de Lima hasta Supe. En Ancón pudo establecer diferencias cronológicas en yacimientos que Reiss y Stübel habían descrito simple-

mente como prehistóricos. En la Capital del Perú emprendió en la organización del Museo Histórico y para enriquecerlo efectuó muchas excavaciones en las Huacas de los alrededores.

En 1912 fue llamado por la Universidad de Santiago de Chile para que se encargara de la formación de un Museo de Antropología y de Arqueología, realizara los estudios necesarios en el país y dictara una cátedra en la Universidad Nacional. Importantes excavaciones hizo en Calama y cerca de Pisagua y posteriormente en los cementerios llamados paleolíticos de Tacna y Arica, en donde trabajó por espacio de tres años. Se compendia la ingente labor del Profesor Uhle durante su estadía en el Perú y en Chile, en unas cuarenta preciosas monografías publicadas en Europa y en América, algunas de las cuales vieron la luz en Quito. Varios de dichos trabajos fueron presentados en los Congresos Internacionales de Americanistas celebrados en Stuttgart, Viena y Buenos Aires. El eminente Profesor John Howland Rowe hizo una crónica de los trabajos científicos del Dr. Uhle. En ella analiza sus métodos, critica algunas de sus teorías, señala los defectos de ciertas doctrinas sentadas por el Profesor sajón con el dogmatismo que le era peculiar; pero le llama Padre de la Arqueología Peruana y reconoce que la ciencia le debe inmensamente, sobre todo en la clasificación de los estilos y en la formación de colecciones arqueológicas, legado precioso para la posteridad.

Por la sucinta reseña que he presentado de los trabajos de Uhle en América puede calcularse el enorme bagaje de conocimientos adquiridos para tratar de descorrer el velo que oculta la Prehistoria ecuatoriana, cuando afortunadamente para nosotros resolvió venir a este país que fue la encrucijada de caminos que siguieron diversas civilizaciones en su desplazamiento y expansión; que fue el centro donde chocaron entre sí oleadas culturales venidas del Norte y del Sur; el foco de civilizaciones autóctonas y acaso el lugar en donde se hallan los orígenes de ótras que culminaron y llegaron a su apogeo en alejadas tierras.

Cuando vino el Dr. Max Uhle al Ecuador se hallaban los estudios arqueológicos muy florecientes. El ínclito ecuatoriano, iniciador entre nosotros de aquellas investigaciones científicas, el ilus-

tre historiador nacional Señor Don Federico González Suárez, había fallecido en 1917 privando al país de las luces de su sabiduría; pero antes de extinguirse esa lumbrera de la ciencia había querido reunir en torno suyo a un pequeño grupo de jóvenes —ocho, entre los cuales tengo el honor de contarme— para fomentar su vocación a las disciplinas de la Historia, orientar sus aficiones científicas y guiar sus pasos en el camino de las investigaciones antropológicas.

En 1906 se fundó bajo la sabia dirección del eminente Arzobispo de Quito la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, que años más tarde había de ser elevada por Decreto Legislativo, a la categoría de Academia Nacional de Historia.

González Suárez venía laborando en el campo de la Arqueología desde 1878, en que dió a luz esa primicia veneranda de nuestra literatura antropológica, el "Estudio Histórico sobre los Cañaris"; libro admirable acerca del cual, en la Introducción que escribí en 1922 para la segunda edición, decía lo siguiente:

"Destino es de toda obra humana sufrir la acción destructora del tiempo; y ni la obra científica se halla fuera de esta ley, pues que también la Ciencia, con su marcha progresiva y el transcurso de los años, va borrando hoy las que ayer fueron sus últimas palabras. Quedan, sin embargo en pie, como piedras miliarias que señalan el camino recorrido por los hombres en pos de la Verdad, ciertos hechos, ciertas obras, verdaderas conquistas de la inteligencia humana, que la historia de la cultura y del progreso de las ciencias no puede echar en olvido. Tampoco pueden olvidarse aquellas obras que marcan el principio de un nuevo movimiento científico o de una nueva orientación del espíritu humano en sus investigaciones para alcanzar la Verdad. Esas obras no perecen, por más que nuevos descubrimientos, métodos nuevos vengan a rectificar las antiguas hipótesis: sus autores pasan con gloria a la inmortalidad—. Tal acontece con el **Estudio Histórico sobre los Cañaris** la primera obra de Historia ecuatoriana escrita por el ilus-

tre fundador de la ciencia arqueológica en nuestra patria"... Es el libro precursor de estudios en un ramo de las ciencias, en el cual penetra con paso firme el ya célebre joven polemista y orador, que después iba a ser uno de los más notables historiógrafos de América; y es, además, como una semilla que andando el tiempo ha germinado y que llegará a dar frutos de ciencia, pues ha dirigido las inteligencias hacia rumbos nuevos, hacia la investigación de los oscuros problemas de la Prehistoria ecuatoriana".

A este primer ensayo del Excelentísimo Señor González Suárez siguieron otros libros de Prehistoria, granado fruto de sus estudios e investigaciones, como el Tomo I de la Historia General titulado "Tiempos Antiguos o el Ecuador antes de la Conquista" y el Atlas Arqueológico publicado en 1892; los Aborígenes de Imbabura y del Carchi, reimpresso varias veces desde 1902 hasta 1910 en que se editó el magnífico Atlas en colores ;la Prehistoria Ecuatoriana de 1904; la Rectificación sobre los Quillacingas y los Pastos y las Notas Arqueológicas publicadas en 1915.

Las obras de George A. Dorsey "Archaeological investigations on the Island of la Plata, Ecuador", impresas en Chicago en 1891 y 1901, y la estupenda contribución a la Arqueología Sudamericana de mi eminente amigo el Prof. Marshall H. Saville titulada "The Antiquities of Manabí" fueron también de singular importancia para el desarrollo de nuestros estudios arqueológicos.

Aporte de incalculable valor fueron los estudios antropológicos y lingüísticos del sabio americanista —mi maestro de Antropología en París— Doctor Paul Rivet, publicados desde 1903; de Beuchat y Rivet de 1907 a 1912 y, sobre todo, la magistral obra de Verneau y Rivet titulada "Ethnographie ancienne de l'Equateur" dada a luz en 1912. Otro alemán ilustre —que también me favoreció con su amistad—, el Dr. Otto von Buchwald, había publicado 15 monografías sobre temas de Lingüística y de Arqueología ecuatoriana entre 1908 y 1919.

El admirable impulsador de los estudios históricos y entusiasta investigador del pasado, Jacinto Jijón y Caamaño había publicado

en Londres y en Madrid sus dos primeras obras de Arqueología: en 1912 "El Tesoro de Itschimbía y en 1914 la importante "Contribución al conocimiento de los Aborígenes de la Provincia de Imbabura"; y en colaboración conmigo, en 1918, la monografía titulada "Un cementerio Incásico en Quito y Notas acerca de los Incas en el Ecuador".

Por aquella misma época se ocupaban también de los problemas arqueológicos ecuatorianos, en Quito el Padre José María Le Gouhir, en Cuenca el Dr. Julio María Matovelle y en Riobamba el Deán Dr. Juan Félix Proaño; mientras en el extranjero el magro joven César Alfonso Pastor estudiaba algunos "Barros precolombianos del Ecuador" y se ocupaban principalmente con cuestiones lingüísticas y filológicas Daniel Brinton, Henri Charencey, Eduardo Seler, Rudolf Virchow y el General Perrier de la Misión Geodésica Francesa.

Nos hallábamos, pues, en un momento de gran actividad investigadora en el campo de las ciencias antropológicas; pero aun en la parte del país que había sido explorada, existían enormes lagunas y las teorías lanzadas por los estudiosos requerían comprobación mediante más extensos y profundos trabajos sobre el terreno, para ser aceptadas o rechazadas.

El joven arqueólogo que ejercía la Subdirección de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos, Don Jacinto Jijón y Caamaño, resolvió llamar al Profesor Max Uhle para que realizara exploraciones sistemáticas en la región meridional de la Sierra ecuatoriana, asiento de los antiguos Paltas y Cañarís. A esta determinación le movió el conocimiento de los vastos estudios realizados por Uhle en el Perú, Bolivia y Chile y la buena voluntad manifestada por el sabio alemán en carta que me dirigió desde Arica, el 15 de marzo de 1919, y que voy a permitirme leer, por ser documento que señala la primera vinculación del Dr. Uhle con nuestra Patria. Dice así:

Señor Secretario de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. — Quito. — Muy distinguido Señor: — La Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos ha dado en pocos años de

vida pruebas tan hermosas de una existencia enérgica y de una actividad dirigida con gran éxito a la solución de los problemas históricos americanos, que considero como un inmerecido y alto honor mi nombramiento como Socio Correspondiente de la misma, que Ud., Señor Secretario, tuvo la deferencia de comunicarme en su carta el 24 de diciembre. — Conociendo la importancia especial de los problemas arqueológicos a resolverse en el suelo ecuatoriano y acordándome de la afición de mi maestro y amigo Alfonso Stübel para ese mismo país en el cual pudo contribuir a la solución de problemas más arduos todavía del volcanismo americano, pondré mi honor, en hacerme también digno de la distinción que la Sociedad Ecuatoriana ha tenido por bien de conferirme, por mi cooperación, en cuanto pueda, con los egregios hombres que están a su frente para alcanzar los fines apetecidos. — Con los más sinceros agradecimientos por el honor conferido, tengo la honra de quedar de Ud. y de la Sociedad respetuoso y obsecuente Servidor. Max Uhle”.

A fines de 1919 llegó el Profesor alemán a la Provincia de Loja y comenzó las investigaciones de los restos dejados por los pueblos prehistóricos que la habitaron. Proponíase conocer hasta qué punto se marcó en aquel territorio la influencia de los conquistadores Incas y escudriñar en las viejas culturas autóctonas, anteriores a la invasión del Sur, los orígenes de civilizaciones antiguas de la costa peruana. Desde el primer momento comprendió la importancia de esa región para ir completando el cuadro de naciones y tribus que formaron el Tahuantinsuyo. En carta fechada en Loja el 29 de diciembre de 1919 me habla del interés de estas exploraciones demostrando su perspicacia para captar lo que revelan unos pocos muros derruidos, restos de edificios abatidos y fragmentos de utensilios domésticos de barro. Dice así:

“Ojalá los restos antiguos hubieran sido más numerosos y extensos en el valle de Loja! Sin embargo quedo con la esperanza de remediar los vacíos en algunos lu-

gares más al Norte. El palacio incaico de la Ciudadela (Tambo Blanco) cerca de San Lucas que tuvo la suerte de excavar de los montones de tierra que lo habían tapado y al mismo tiempo lo abrigaba, da una alta idea tanto de la pureza de la civilización incaica introducida en esta provincia misma, como del estado de la civilización alta de sus habitantes más antiguos, porque sólo en provincias de gran adelanto propio, los Incas solían edificar construcciones de tipo tan perfecto"... "Regreso ahora —añade— a San Lucas para concluir mis estudios en aquel lugar y después de una excursión a la importante región de Santiago, me dirigiré al valle de Jubones (Tomebamba)".

Creía entonces el Dr. Uhle, como varios otros arqueólogos, que la antigua ciudad incásica de Tomebamba se encontraba en ese valle.

De San Lucas se dirigió a Saraguro. Soportando la inclémencia de la estación de lluvias exploró el cerro Acacama y poco satisfecho con los resultados y pensando siempre en hallar en Tomebamba, en el valle del Jubones, restos arqueológicos de importancia, me escribía el 31 de enero de 1920 lo que sigue:

"como la sierra muy cultivada por la agricultura y de superficie muy uniforme, borradas generalmente las huellas de antiguas civilizaciones, no me ha dejado conocer casi ningún cementerio antiguo, tengo enorme deseo, de completar, si es posible los grandes vacíos que ha dejado para la coordinación de las antiguas civilizaciones la sierra de la provincia de mi estudio, por otros estudios emprendidos en mejores condiciones en aquel valle... (Se refiere al de Yunguilla) Preparo por eso con su permiso y el del amigo Sr. Jijón la excursión a Tomebamba".

La coordinación de las antiguas civilizaciones era lo que perseguía primordialmente el Dr. Uhle, para establecer después el orden en que se habían sucedido en un mismo territorio. Una interesante noticia de la extensión de una cultura más septentrional,

me comunicaba en la misma carta: "En Santiago —dice— pude determinar vestigios de una civilización parecida a la conocida de Riobamba y otros puntos, precedente a la incaica, en restos de compoteras y pies altos de ollas conservados en sitios de campamentos antiguos. Nuevos yacimientos de alfarería de pintura "con color perdido" no se encontraron". Como se ve Uhle era un verdadero experto en la distinción de los estilos: Bastábanle fragmentos de cerámica con alguna decoración incisa o pintada, cacharos al parecer insignificantes, para reconocer la civilización a que pertenecían. Este admirable conocimiento que le atribuían casi todos los arqueólogos contemporáneos, principalmente por lo que respecta a las civilizaciones incaica y tiahuanacota, dicen algunos de sus críticos que había perdido un tanto de precisión y exactitud en la avanzada edad de Uhle; pero es un hecho que pudo señalar diversas culturas en la Provincia de Loja, a pesar de la escasez de sepulturas y de monumentos debida a las condiciones del clima y a explotaciones antiguas.

Continuó sus exploraciones en Saraguro y pudo coleccionar muchísimos objetos: se quejaba, sin embargo, de no haber hallado restos que le permitieran hacer excavaciones sistemáticas y aplicar el método stratigráfico. En carta del 8 de marzo me decía:

"En Loja ahora, casi ya no existen restos de la alfarería antigua del tiempo; el valioso cementerio anterior en la estancia de la familia de los Riofríos está ahora exhausto. Los restos de alfarería que estudié allá en Chinguilanchi, pertenecen al período epigonal, como pude determinar por observaciones hechas cerca de Tenta, donde se encuentran fragmentos de alfarería fina, pero de casi ninguna pintura, igual, acompañados de algunos fragmentos pintados que por los colores de su pintura debo vincular a esa época antigua. Sin duda los fragmentos pintados corresponden a un período epigonal de la costa (Tomebamba quizás) mezclados en este caso, por razones de vecindad inmediata con una civilización epigonal serrana".

Trabajaba el Dr. Uhle sin descanso. En San Lucas contrajo

una afección cutánea muy molesta por las condiciones nada higiénicas de las chozas en donde tenía que alojarse algunas veces, para dirigir personalmente las excavaciones. De Saraguro en donde trabajó cosa de tres meses, se dirigió a Oña y a Undushapa.

"Tengo intención —me decía— de ensayar excavaciones en las ruinas de Garcelán (Challasapa, desembocadura del río Oña en el Saraguro) y más adelante, en seguida, en el Tomebamba del río Jubones".

Pero no sólo llenaba su tiempo con los trabajos del campo. Continuaba sus estudios sobre la región de Piura y seguía con infatigable interés todo descubrimiento o nueva teoría sobre las civilizaciones americanas, entablando a veces apasionadas polémicas como la sostenida con el arqueólogo norteamericano Philip Ainsworth Means. Acerca de unas vasijas provenientes del alto Napo de las que le había yo mandado una descripción, me escribió desde Saraguro lo siguiente:

"Mucho me alegro de la identidad de nuestros conceptos con respecto a las preciosas alfarerías del Napo. El nuevo trabajo sobre los principios de las civilizaciones peruanas que he preparado en contestación a varios juicios emitidos por el Señor Felipe Ainsworth Means en su artículo reproducido en el Boletín, me da ocasión de ocuparme más rotundamente, no obstante lo poco que sabemos todavía al respecto, con el carácter y origen general de las civilizaciones del Este".

Y en otra carta de 5 de mayo de 1921, sostenía, de acuerdo también con mis puntos de vista, la identidad de ciertas manifestaciones del arte primitivo en pueblos muy alejados unos de otros y sin ninguna relación mutua:

"Sumamente interesantes han sido —me dice— para mí las explicaciones del amigo Señor Jijón de las impresiones ganadas por él en los museos de Nueva York sobre el origen de las civilizaciones mexicanas y centroamericanas y por eso también de las americanas. Desgraciadamente no conozco todo el material en detalle. Pero aun si lo conociese, yo dudo que aceptara las conclusio-

nes de Spinden sobre el origen nahua de todas las civilizaciones americanas, mientras no se me probara la evolución del estilo protonahua a los orígenes del estilo Maya por un lado, y a los estilos proto-Tarasco y proto-Chibcha por otro. Además la identidad técnica (en cierto sentido!) de los estilos "arcaicos" de Centro y Sud América con las manifestaciones más antiguas de arte en el valle de México no incluye, a mi manera de ver, ningún indicio estilístico de que uno se podría valer para probar con él en parte el sincronismo parcial o relativo de uno y otro estilo. Más bien creo que la relación de los diferentes estilos "arcaicos" de las diferentes regiones es la misma, como entre el supuesto estilo arcaico babilonio, el estilo arcaico egipcio, el estilo arcaico cretense y pelasgo, y el estilo arcaico centro europeo (figura de Midas!) Más o menos se puede decir que el uno del otro de éstos, estaba separado por millares de años. . . En este caso la conexión directa de estilos arcaicos como de Costa Rica, Panamá, etc., como quiere Spinden, con el original del valle de México formaría un camino absolutamente falso para explicar su origen".

Desde Saraguro despachó el Dr. Uhle 18 cajones de objetos arqueológicos recolectados para el Museo del Sr. Jijón y Caamaño. Como acostumbraba hacerlo, todos los objetos estaban numerados y un prolijo catálogo los describía e indicaba la procedencia.

A principios de mayo volvió a la ciudad de Loja, siempre con el proyecto de explorar la región del Jubones, pues no le satisfacían los datos obtenidos hasta ese momento:

"Muchísimo agradezco a Ud. —me decía en carta del 7 de dicho mes— su juicio con respecto del valor relativo de mis estudios en la región lojana. Con respecto al valle del Jubones parto con Ud. la opinión de que descubrimientos de relativa importancia probablemente esperan a cualquier arqueólogo allá. Los estudios hechos en partes de la costa prometen muchas veces más

resultados que los hechos en partes de la sierra adyacente”.

A mediados de junio se hallaba en la hacienda “El Paso” del Sr. Francisco Carrasco y exploraba la región de Nabón, las ruinas de Dumapara, Chunasana, Inca Chungana, dos tambos o depósitos incaicos, cerca del camino de los Incas en la Cordillera Oriental. “Mas difícil se pone ahora la solución de muchos problemas, —me escribía desde El Paso— porque principio a dudar con respecto a la extensión o falta de esa, de influencias cañaris en esta región”.

Observaciones sobre los toponímicos de la provincia lojana, llevábanle a concluir que muchos nombres geográficos tenían origen colorado, como opinaba el Dr. Otto von Buchwald.

En todas partes examinaba objetos arqueológicos guardados por personas curiosas y me enviaba descripción de los mismos, siempre acompañada de eruditas notas. Las exploraciones verificadas por el Prof. Max Uhle en la región de los Paltas, son las más extensas y las más importantes de cuantas se han llevado a cabo en esa Provincia. Supongo que entre sus manuscritos depositados ahora en la Biblioteca Latinoamericana de Berlín o en el Archivo de Jijón en Quito, ha de encontrarse la descripción prolija de las excavaciones y los estudios detallados que permitirían señalar las diversas civilizaciones de aquella región antes de la llegada de los ejércitos cuzqueños. Ojalá, en día no lejano, se publiquen esos manuscritos de inmenso interés para la Prehistoria ecuatoriana.

Después de un corto viaje a Guayaquil para restablecer su salud quebrantada. Volvió el Dr. Uhle a la Sierra por Puerto Bolívar, Machala y Pasaje. En noviembre y diciembre de aquel año trabajó en Chahuarurcu.

“No he concluído todavía el estudio del valle de Yunguilla, el “Cañaribamba” antiguo de muchas ruinas, generalmente del tiempo incaico (bamba) que se extiende por 3 leguas, con interrupciones a lo largo de los ríos Rircay y Jubones, pero estoy acercándome a la conclusión”; —me escribía en carta del 6 de noviembre de

1920; y añadía después: "he hecho el mapa del valle en una extensión de más o menos 4 leguas, y espero que con eso al fin definitivamente desaparecerán las ideas anteriores de una gran ciudad situada en estas regiones o de la ubicación de "Tomebamba" en estas hoyas, pudiéndose comprobar, además, por otras fuertes razones, que la antigua Tomebamba estaba situada en la región de Cuenca".

De este modo, como fruto de sus personales observaciones, rectificó la idea que había tenido respecto de la ubicación de Tomebamba. En esa carta el Dr. Uhle me da cuenta, además, de haber explorado en la hacienda Sulupali un templo del Sol, que aunque muy destruido, pudo trazar el plano de las ruinas "sepultadas bajo piedras, con numerosas galerías etc". Añade:

"Las ruinas de Minas no parecen haber representado otra cosa que un puesto militar con uno que otro cuartel, extensos jardines, y quizá también un depósito, instalados todos por los incas en guardia del puente sobre el Jubones que estaba casi inmediato. Todavía quedan varios detalles que estudiar, con los que espero concluir antes de la entrada de las lluvias invernales".

El 22 de diciembre llegó a Cuenca. Aquí le esperaban los mayores triunfos en su campaña científica por la región meridional del Ecuador.

Desde hacía mucho tiempo era motivo de discusión entre historiadores nacionales y aun extranjeros el lugar en donde había estado la ciudad incásica de Tomebamba. El primero de nuestros historiadores, benemérito autor de la "Historia del Reino de Quito", Padre Juan de Velasco, creyó que la gran ciudad fundada en la tierra Cañari por los conquistadores peruanos había estado situada en el valle de Yunguilla, a orillas del río Jubones. El Dr. Julio María Matovelle, interpretando varios pasajes de los antiguos cronistas, opinó de igual manera; y nuestro Ilustrísimo Historiador González Suárez, aunque aceptaba la existencia de grandes edificios incaicos en las cercanías de la actual capital azuaya, sostenía que existió la antigua Tomebamba, ciudad Cañari, con

anterioridad a la conquista de Túpac-Yupanqui, y que se hallaba situada a orillas del Jubones. Anatole Bamps parece también inclinarse en este sentido. Otros escritores como el Dr. Jesús Arriaga, el Dr. Tomás Vega Toral, el Dr. Octavio Cordero Palacios y los Drs. Verneau y Rivet defendían la tesis de la ubicación de la ciudad en los alrededores de Cuenca. Fue el Profesor Max Uhle, con sus estupendos descubrimientos en Pumapungo, quien concluyó toda discusión y probó de manera terminante que la Tomebamba de los incas estuvo situada al Sudeste, en las inmediaciones de Cuenca. He aquí algunas anotaciones del Dr. Uhle sobre este descubrimiento, tomadas de su carta fechada en Cuenca el 6 de enero de 1921:

"Mucho agradezco a Ud. la indicación de planos de Yunguilla existentes en la obra del Señor Rivet y otros efectuados por el Señor Pankeri. Aunque no podía haber ya duda con respecto a la ubicación de Tomebamba cerca de Cuenca, era muy interesante observar el carácter neto incaico, igual a los mejores restos encontrados en el Cuzco, en todas las reliquias de esta "segunda ciudad del Imperio", como piedras de construcción, restos de alfarería etc., faltando de todo eso aun el menor vestigio adecuado en todo el valle Yunguilla. Casi es de admirar, como era posible la repetición inalterada de todo el estilo, técnica etc., en estas obras tomebambeñas. Es como si uno se encontrase en el Cuzco mismo y no en una ciudad ecuatoriana! Parece que el programa de mi trabajo en esta provincia es largo. Por el momento estoy excavando murallas en el antiguo "Pumapungu", (Quizá antiguo templo del Sol de Tomebamba) presentándose numerosas observaciones interesantes. Los restos de alfarería de poblaciones situadas al este de Cuenca (Azogues, Chordeleg, Quingeo, Sigsig) son incomparablemente más interesantes, según ejemplares vistos en esta ciudad, que todo lo notado desde Loja a Nabón y en el valle Yunguilla. Por la primera vez, me parece será posible determinar en

forma clara un desarrollo de estilo desde el tiempo de Tiahuanaco hasta el presente”.

El ilustre polígrafo Dr. Don. Remigio Crespo Toral, al hacer la presentación del Profesor Uhle en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, donde el eminente arqueólogo sajón dió a conocer sus descubrimientos en una muy aplaudida disertación, dijo:

“Digna es de admiración la destreza del anticuario que ha sorprendido, de una ojeada, los secretos ocultos bajo la tierra labrantía, y ha determinado el sitio del subsuelo en que escondieron sus mortales restos, con utensilios y tesoros, los remotos antepasados”.

En efecto, era sorprendente la especie de intuición con que Uhle designaba los lugares en que habían de hacerse excavaciones. Es que su profundo conocimiento de los Cronistas, la gran experiencia adquirida en tantos años de exploraciones de campo, la perspicacia para encontrar signos de existencia de restos arqueológicos aun en campos cultivados o en tierras cubiertas de maleza, eran guía certera para su talento de sabio. Se le ha criticado como impaciente en sus trabajos de campo y de que no trataba de agotar los yacimientos arqueológicos hallados, contentándose con encontrar los datos suficientes para formular conclusiones: y que luego le agradaba cambiar de sitio para emprender en nuevas excavaciones. Quizás esta modalidad se debía a que en ellas buscaba sobre todo la conexión de las civilizaciones en áreas muy extensas del Continente; y a la tendencia a generalizar los principios fundamentales del desarrollo artístico y de la sucesión de los estilos. Una vez que adquiría una convicción, como fruto de sus observaciones y estudios personales, era tenaz en sostener sus ideas y poco amigo de explicar los fundamentos en que se apoyaban éstas; pero no adoptaba una teoría precipitadamente. Por ejemplo la idea de un común origen de las culturas centro y sudamericanas tuvo un desarrollo gradual y lento: Primero, al examinar colecciones arqueológicas en los museos de Europa, anotó semejanzas entre objetos provenientes de las dos diversas regiones; después, ya en América, en varios escritos admitió como probable el mismo prin-

cipio; luego, con mayor experiencia adquirida en sus exploraciones, le pareció casi segura la comunidad de origen; y, por último, juzgaba tener pruebas plenas que la volvían cierta.

Resultado de la intensa labor del Dr. Uhle en las provincias meridionales son las cuantiosas colecciones de objetos arqueológicos mandados al Museo Jijón y los planos levantados de las ruinas de la antigua ciudad de Tomabamba, del Palacio de Huayna-Cápac, del Templo de Viracocha, de las ruinas incaicas de Vinoyacu y de las de Tambo Blanco, del Palacio en este lugar, de una casa incaica en las ruinas de Dumapara y varios otros mapas y planos de los monumentos prehistóricos descubiertos en aquella zona.

Después de los descubrimientos en Cuenca, excavó en Cerro Narrío cerca de Cañar. Allí encontró una serie de estilos de alfarería, algunos emparentados con el arte Maya y otros con el de Tiahuanaco. Los arqueólogos Collier y Murra que exploraron la región posteriormente niegan estas influencias. Yo creo que más detenidas excavaciones y la coordinación de las culturas de la Sierra con las de la Costa, mediante más extensas exploraciones en ésta, vendrán a confirmar las aseveraciones de Uhle, que habían sido precedidas por los geniales atisbos de González Suárez, en época en que aun no se habían hecho estudios sistemáticos. Para mí el rastro de civilizaciones centroamericanas, sobre todo en la costa de Esmeraldas y Manabí, es evidente; y así opinan también el Profesor Saville y otros arqueólogos.

Los años de 1923 y 24 pasó el Dr. Uhle en Quito. Aquí dio una serie de conferencias tan importantes que han sido traducidas al inglés por el Profesor Rowe e incluidas en las publicaciones de la Universidad de California sobre Arqueología y Etnografía americanas.

En 1924 se dirigió el ilustre arqueólogo alemán a Suecia para concurrir como Delegado Oficial del Gobierno del Ecuador al vigesimoprimer Congreso Internacional de Americanistas efectuado en Göteborg, del cual fue nombrado Vicepresidente.

De vuelta a Quito y creada la Cátedra de Arqueología en la Universidad Central en 1925, el Dr. Uhle dictó sabias lecciones que

fueron publicadas en los Anales de la Institución. Ocupábase al mismo tiempo en organizar el Museo Nacional de Arqueología, el tercero de los que había formado en Sud América, sin abandonar los trabajos de exploración científica en el campo. Realizó excavaciones muy importantes por los resultados etnológicos en Cumbayá y exploró las provincias de Esmeraldas y Manabí en el verano de aquel año. En 1926 hizo excavaciones en Cuasmal, en el Carchi y luego concurrió nuevamente como Delegado Oficial del Ecuador al Congreso de Americanistas reunido en Nueva York. Entre las publicaciones del Congreso llamó mucho la atención de los arqueólogos el informe y estudio de Max Uhle acerca del encuentro en Alangasí de huesos de Mastodonte junto a fragmentos de alfarería pintada.

El desastroso incendio de la Universidad Central de Quito, ocurrido en 1929, que destruyó gran parte de las colecciones hechas por el Prof. Uhle desde 1925 y acrecentadas con obsequios de varias personas, le afectó sobre manera; pero no se descorazonó ni renunció por tan grave calamidad a renovarlo. Hizo viajes a Manabí, a la región de Manta, la antigua Jocay, y a San Gabriel en el Carchi para reunir nuevas colecciones y completar los datos de estudios que tenía en preparación.

Después de haber realizado las excavaciones en las tolas de Cochasquí y los importantes descubrimientos de esas ruinas de edificios enterrados, concluyó sus exploraciones en el Ecuador en 1933 y volvió a su patria cuando contaba ya 76 años de edad. Catorce años había trabajado el Dr. Uhle en nuestro país al que llegó cuando tenía 63 años, pero todavía en plena madurez intelectual.

Mucho tiempo requeriría el analizar toda su inmensa labor científica. He querido sólo reseñar, a grandes rasgos los principales trabajos llevados a cabo en nuestra Patria por este insigne arqueólogo. La Arqueología ecuatoriana le debe mucho y Max Uhle encontró aquí campo de excepcional importancia para estudiar el paso y la extensión de las civilizaciones septentrionales hacia el Sur; la fuente de donde manaron ótras y descubrir la elevada cultura de los pueblos que habitaron en época muy remota nuestro territorio. Signo inequívoco de esto último halló en el es-

tudio prolijo de la cerámica ecuatoriana de la cual se expresa así:

“Los objetos de alfarería, especialmente los vasos, forman en todas las civilizaciones americanas el detalle más importante para la determinación de su carácter y de su parentesco mutuo, por la variación de sus propios caracteres técnicos, formales, ornamentales y otros . . . La calidad técnica es en muchos de los casos de un término medio. Sólo en pocas civilizaciones y en pocos lugares los vasos hallados son muy ordinarios. Por otro lado, muchos de los vasos mayoides más antiguos de Cuenca, delgados frecuentemente como papel, o de un barro cocido, duro como piedra, representan técnicamente el carácter más fino en este respecto, conocido en algunos de los países americanos.— El lustre finísimo de algunos objetos mayoides de barro de Cuenca, o, por ejemplo, de algunas ocarinas de barro en forma de caracoles, encontradas en el Norte, no puede ser sobrepasado por objetos del mismo material en alguno de los otros países, aun de los antiguamente más civilizados americanos”.

Aquí encontró también la prueba del origen centroamericano de las principales culturas de nuestro Continente:

“Una civilización mayoide, —dice— descubierta en la región de Cuenca, como principio de las civilizaciones de aquella comarca, se ha transformado para nosotros en la llave, no sólo del origen de las antiguas civilizaciones ecuatorianas, sino también del de las peruanas, y aún más, en la llave del origen de todas las civilizaciones antiguas americanas.— Ahora sabemos, que, como las civilizaciones europeas tomaron todas su origen en una antigua de la isla de Creta, así mismo, todas las superiores americanas estaban originadas por muy antiguas mayoideas, que en Centroamerica se formaron, co-

mo la consecuencia del alto desarrollo de la civilización de los Mayas en el Este de Honduras, Guatemala, Yucatán y Chiapas”.

Otro gran descubrimiento del eminente peruanólogo Dr. Uhle es el del origen ecuatoriano de la avanzada civilización Chimú “que erigió, como el mismo dice, un imperio en la región de Trujillo, el rival más poderoso del imperio de los Incas”. Pero su obra más importante es la de haber establecido, aplicando quizás por primera vez en América, los métodos estratigráficos de los paleontólogos, una cronología relativa para los estilos y la serie y sucesión de éstos, base preciosa para bosquejar la cronología de la Prehistoria ecuatoriana. Impulsó los estudios de Arqueología en el Ecuador; se preocupó grandemente por la conservación de los restos de monumentos prehispánicos, por la formación de museos y guardó siempre para nuestro país sentimientos de cariño y gratitud.

El Ecuador ha correspondido como debía a estos sentimientos; y cuando en 1936 cumplió 80 años de vida este prominente hombre de ciencia, nuestro país se adhirió entusiasta al homenaje que le tributaron Alemania, su patria, y varias naciones de América. Nuestro Gobierno le otorgó la Condecoración “Al Mérito” en el grado de Comendador de Número y la Academia Nacional de Historia le dirigió un caluroso mensaje de felicitación, que el venerable Maestro y admirado Consocio respondió en términos emocionados. Creo, sin embargo, que todavía tenemos una deuda de reconocimiento por los grandes beneficios que el insigne arqueólogo hizo al Ecuador, con el esclarecimiento de muchos de los difíciles problemas de su Prehistoria, con la valoración de las antiguas culturas que forman el *substractum* de la nacionalidad autóctona y con las bases puestas por él para la cronología de su remoto pasado. Quito y Cuenca, las ciudades más beneficiadas con la ciencia del Profesor Max Uhle, deben erigir un monumento a su memoria o consagrar por lo menos su nombre en alguna de sus avenidas o calles.

El 11 de mayo de 1944, a la edad de 88 años, dejó de existir en Loben de la Alta Silecia el sabio americanista cuyo centenario de nacimiento celebramos. Este recuerdo que le dedican la Universidad y la Academia es prueba de que, en el mundo de la Ciencia, Max Uhle no ha muerto.

Quito, 25 de marzo de 1956.

CARLOS MANUEL LARREA

PROLOGO A LA NOVELA EGLOGA TRAGICA DE GONZALO ZALDUMBIDE

Una amistad de toda la vida, prolongada aún hacia atrás por la amistad de nuestros antecesores, afecto heredado, trato asiduo, íntima comprensión, me unen a Gonzalo Zaldumbide.

¿Cómo negarme a acompañarlo ahora en esta pequeña aventura a que le inducen otros amigos, de reeditar la novela que en sus mocedades publicó, bajo pseudónimo que no engañó a nadie?

Me pide ser yo quien ahora le ponga un prólogo.

Más innecesario después de los "Antecedentes" que vais a leer, y que muestran los senderos por donde se perdió la huella de su antigua erranza juvenil, váyanle estas páginas liminares con mi saludo de bienvenida a su historiado "Regreso".



Raro será el caso del escritor que, joven aún, y como tal, ufano de mostrar sus posibilidades en ciería, rehuyó una solicitada divulgación de páginas suyas primiciales que alcanzaron feliz acogida desde el primer encuentro, dejándolas preteridas u olvidadas, casi como inexistentes, hasta el umbral de la senectud.

Procurara granjearse cierto renombre, y aún hacer acto de presencia temprana, es ambición tan natural y tan lícita, que todo escritor la lleva en sí, sobre todo en los comienzos. Tal aguijón no lo sintió Zaldumbide, según ahora lo vemos; pues, eso de enterrar durante cuarenta años una obra viva, es como remitirla a los azares de la obra póstuma.

Felizmente Gonzalo —como en la intimidad lo llamamos los viejos amigos— vive aún y está sano y entero. Hállase en pleno ejercicio de su intelecto. Muestras nos da de ello a cada paso. Y donde se propusiera, bien pudiera, como el Vizconde de Chateau-

briand o como el viejo Goethe, darnos en el umbral de la senectud su obra maestra.

Por ahora vemos que cediendo al reclamo general, particularmente actualizado, según se narra en los "Antecedentes", ha autorizado esta edición de "Egloga Trágica". Se ha procedido con su venia. El autor ha querido únicamente que su obra juvenil reaparezca tal cual salió a luz hace cuarenta años. Que sea testimonio exacto de cómo alguien escribía entonces, en una atmósfera literaria ya desaparecida de nuestro horizonte. "Que salga intocada y no en forma alguna retocada. Retocar ese testimonio, rehacerlo sería desnaturalizarlo", nos lo ha dicho el autor. Sale así sin añadirle ni quitarle una tilde, (salvo pequeños errores de imprenta que no podían faltar en aquella revista de buena voluntad que lo publicó sin que el autor, ausente entonces, pudiese corregir las pruebas).

La figura de Zaldumbide aparece en esa especie de tránsito de una época de continuación mental de España, cuya lengua sigue rigiendo nuestro destino, y la que, saltando el Pirineo iba a Francia a buscar otro ambiente, otro modo de expresión más sutil. El primer auditorio nacional de Gonzalo lo formaban los lectores de Zorrilla, Núñez de Arce, Campoamor y Pereda, Pérez Galdós y Valera, mientras él ya hablaba, hace tiempos, de extraños: nos presentaba aún en Rodó, desde 1903, un Taine aligerado por el espíritu de un Guyau, y nos dió poco después, un Barbusse, su D'Annunzio, varios estudios sobre el modernismo, sin esnobismo. En cuanto a esta novela, ella inscribió una fecha de iniciación auténtica y de orientación: la del año 1910, en que fue escrita, o 1916 en que apareció publicada. De ahí parte la generación de poetas y escritores que buscaron más allá de España y en España, en América y fuera de ella, sobre todo en Francia, nuevas ideas, nuevas formas, nuevos nombres, nuevos fueros. Quiéralo o no el esquivo autor, su primicia pertenece a la historia contemporánea de nuestra literatura.

Por fortuna el exigente autor, al reeler recientemente estas páginas las ha hallado vivas aún: él mismo confiesa que "no sabría sino empeorarlas si tratara de mejorarlas".

Como en toda la obra posterior de Zaldumbide, ya luce en ésta aquella precisión de términos, por la cual no parece que hubiese ahí ni una palabra de más, ni acaso de menos. En todo caso esta reproducción será valedera, así por exacta como por oportuna.

Los tiempos han cambiado: ya no se escribe así. ¿Se escribe mejor? ... Escríbese de otro modo, porque se piensa y se ama de otro modo. Buscad algo alado, fino y castizo de nuestro clacisismo;

decídes, por ejemplo, a los Pablos y Virginias de nuestro tiempo: "De la florida falda, —que hoy de perlas bordó la alba luciente— tejidas en guirnalda, —traslado estos jazmines a tu frente"— etc., y veréis cómo reciben con un mohín burlón el madrigal de filigrana. Es que el Pablo moderno le dice a su Virginia de pantalones azules, "estás brutal"; y luego, en vez de robarle el "casto furtivo beso" —caído en desuso—, le roba del saco de mano un cigarrillo o un *chewing-gum*.

Pero lo bien escrito, ¿deja de estar bien escrito por el solo hecho de haberse quizá cambiado los gustos y modos, tras las volanderas modas que privan durante un tiempo y pasan sin dejar huella? ¿No hay manera permanente de decir las cosas una vez por todas?... La manera de estas páginas no es fruto de una moda; no tienen el dejo de lo anticuado ni de lo artificioso. Al contrario; parécenos que aquí las palabras surgen tan de la entraña misma de las cosas así expresadas y sentidas, que su primer brote es el insustituible. Apenas sí podría decirse que, aquí, "fondo" y "forma" sean categorías distintas, separables, discriminables. Son una y misma. Y son como tenía que ser para ser lo que son: connaturales, verídicas en su sinceridad de primer agua.

(Y aquí una confesión: se nos ha hecho imposible tratar de la obra de Zaldumbide, trabajar sobre ella, sin sentir su influjo de tal modo persuasivo. En su atmósfera tomamos su color. La clave de su pentagrama domina nuestra diapason. No acertamos a dar con otra clave que pudiera dejar translúcidas sus intenciones).



Ha hecho bien el autor en no querer rehacer estas páginas. Léense como espontáneas en su exactitud de tono y ambiente. Cada época tiene su diapason; y su voz un timbre reconocible. Cuando ha expresado cosas vividas, es la verdad de la emoción, de la sensación —la realidad en suma— lo que sigue vibrando con temblor de vida a través de las épocas muertas. Una descripción viviente comporta los dos elementos simultáneos: verdad objetiva, vista con lucidez, y repercusión interior, de alcance subjetivo. Aún el análisis de estados de alma —sobre todo esta clase de análisis— implica intuición de lo obscuro, y claridad de expresión, que es claridad de visión. Mal podría decirse que los análisis y descripciones que aquí encontramos sean pura inventiva, o fantasía arbitraria. Tienen un son de verdad. Que sean poéticas o poetizadas, en nada altera el punto de partida, a saber: su contacto con una realidad, interior o exterior; o ambas a la vez, que son una sola.

Hoy se escribe en oscuro, en exorbitante, o en extravagante, o en chabacano, o en agresivo, para llamar la atención. La naturalidad, la veracidad han desertado de nuestros lares. Aquí están en su esfera.



Gonzalo escribió esta novela entre fines de 1910 y 1911, metido en su rincón de Pimán. A la sazón proponíase dar a su vida la orientación que don Julio Zaldumbide, su padre, poeta sensible, dió a la suya: el campo y las letras.

Oh vosotros que dais, árboles bellos,
sombra a la tierra, al aire galanura;
aves alegres que moráis en ellos
y a dulces cantos endulzáis las horas;
volubles vientos que mecéis festivos
las copas cimbradoras;
diáfanas fuentes que esparcís frescura
al prado, al aire, a la arboleda oscura;
arroyos fugitivos
que corréis por hallar dulce reposo
dentro del huerto umbroso
o entre las flores plácido remanso . . .
¡árboles, aves, vientos, aguas puras,
llegó por fin el día
que tanto ansié, de haceros compañía!

A ti me acojo, soledad querida,
en busca de la paz que mi alma anhela,
en su ya inquieta y procelosa vida . . .

Quiero vivir contento
en esta dulce estancia campesina:
aquí cavaré tumba a mis dolores;
y ajeno de ambición, de envidia ajeno,
aquí (si tanto diérame la suerte),
como espero la tarde cada día,
esperaré sereno
ésa de la existencia tarde umbría,
anunciadora de la oscura muerte.

Así cantaba don Julio. Y no sin razón, en el bello estudio que

Roberto Morales, Profesor de Literatura, le consagra actualmente en una revista de Ibarra, —reparación tardía pero oportuna del olvido en que se le ha tenido a este poeta que nunca buscó el renombre, bastándole con su nombre—, se lee que, en los eglógicos cantos a la Naturaleza, de este mesurado y sensitivo poeta romántico, se oye redivivo el eco de Garcilaso.

Y este poeta no fue sólo el hombre de Pimán, sino también buscador de aguas, para regadíos, desbrozador de las selvas de Lita y Malbucho, donde escribió a su amigo don Juan León Mera bellas cartas, posteriormente publicadas, sobre arte y poesía nacionales. Esta amalgama de aficiones cultas era corriente entonces. El agricultor no era entonces tan sólo el perseguidor de un lucro, sino el ennoblecedor de la tierra: convertirla en dehesas, engordarla de ganados, ornarla de bosques amenos.

Tal habría sido sin duda la inclinación de su hijo y continuador. Precisamente, fue en esos mismos campos donde escribió esta novela antes de salir a correr el mundo, habiéndose desviado su destino hacia larga carrera diplomática.



En cuanto al indio de nuestros campos, consubstancial a ellos, esta novela lo trae sólo episódicamente, como elemento nativo del paisaje circundante. Lo mira con amor dolido y simpatía, conforme a la arraigada tradición familiar. Detrás de tenues pinceladas de color local, flota melódico el aire plañidero de una raza que en torno se extingue lentamente, y que pervive como tal en sus últimas raigambres, adherida al terruño como a querencia. Gonzalo Zaldumbide deja un sello de originalidad en su manera de tratar al indio, de tratar del indio, sin el prurito del indigenismo actualmente en boga.

El fondo de comprensión que se transparenta en páginas de Zaldumbide, aquí y en otros libros suyos, no hacen del indio instrumento de polémica sino de interrogación meditativa, al paso por los campos; meditación cohibida en el sujeto contemplado, por aquella incomunicabilidad que aparece sin respuesta de su parte.



En lo tocante al indio, tema ahora preferencial de la novela "autóctona", el indio no es ya objeto de íntima comprensión sino arma contundente. El amor al indio se traduce simplemente en odio al blanco. La piedad con que se lo miraba, es ahora una pie-

dad iracunda, bravía. En algunos repercute el antiguo grito: afuera el blanco, abajo el usurpador, el acaparador.

Tienen alguna razón. Pero, es ese el modo de tener razón? ¿Una injusticia no se vuelve así otra injusticia? Desaforados Las Casas tornan a agravar la Leyenda Negra. Y el tránsito de la historia a la literatura, ha ensombrecido el color de la servidumbre ancestral, pintando la actual servidumbre como más atroz que la antigua. "Si mi pluma tuviera don de lágrimas, dijo Montalvo, escribiría una elegía (del indio) que hiciera llorar al mundo". También a los nuevos les falta ese don de lágrimas. Lo que les sobra es rabia.

Del indio nos queda aquí tan sólo la emoción ante su oscuridad impenetrable. Mal se puede discutir lo fidelísimo del trasunto, ni lo patético del problema dejado en suspenso. Pero sería incongruente con la verdad de esta novela armarle discusión a este respecto. En su aspecto de meros toques de color y poesía, no se propone sino entreabrir el intersticio de luz que llega al fondo y pasa a diluirse en el paisaje.

El drama de esta novela reside en otros personajes de ella y se anuda en otras almas, por encima del medio. Se habría idénticamente planteado en cualquier ambiente o clima y latitud, y entre gentes diversas e intercambiables, porque anida en el interior de las almas que se nutren de sí, no del influjo del lugar y tiempo. Trata un tema clásico por su universalidad, y típico únicamente por el escenario. El autor estimaría de mal gusto insinuar aquí disquisiciones ideológicas de plúmbea pesadez, dentro de un marco puramente ornamental de motivos locales, superpuesto en gracia de su brevedad.

Ornamento y sustancia pasan a ser su riqueza de sensaciones y su sentimiento de la naturaleza. Ya se anuncia aquí el pintor insuperable que más tarde, en su "Viaje a Cuenca", nos diera la antológica sensación del páramo de Tipococha. En "Egloga Trágica" la sutura entre el sentimiento de la naturaleza y el drama humano es delicadísima y solidísima. Se compenetran de tal modo que, seres humanos y cosas, se confunden en la misma atmósfera. Planeando en el horizonte sobrevuela taciturno el sentimiento subjetivo de la soledad. Por eso nadie como Zaldumbide para admirar la soledad del páramo. "El páramo es más solemne que el mar", proclama en alguna parte. Y el viajero que vió y vivió tantas cosas y lugares; el viajero erudito que admiró el vestigio de extintas civilizaciones, nunca sintió más conmovida su intimidad que en la soledad de Tipococha, o en el páramo de Mojanda, cuyas lúgubres lagunas prefiguran la Estigia, o en el páramo in-

finito de El Angel, donde los frailejones rezan un responso. Cómo consueñan, el espíritu de los páramos y la desolada conciencia del espectador! Con ellos se entiende; no se entiende con los hombres en los fundamentos interiores. Ni el amor es vínculo. Ni la casual amante india, ni la esencial amada blanca lo entienden, porque quizá nadie se entiende a sí mismo. La caricia sensual acaso satisface, pero no sacia. El hombre es solo, "se es solo", concluye angustiosamente, en otra parte, frente a la barrera infranqueable que divide una intimidad de otra.



Creemos, —y así lo estima también el autor— que, incompletas y todo, entrecortadas de tiempo en tiempo, este aire de sinfonía inconclusa no desfavorece a estas páginas.

El tema y su desarrollo, no pueden aparecer aquí incoherentes: sus partes, aún a trozos, envuelven el todo en la unidad de su atmósfera de presagio.

No de otro modo la escuela literaria de entonces, llamada **simbolismo**, gustaba de dejar evanescentes sus figuras.

Esa escuela no era escuela de hermetismo, y sus escorzos no eran símbolos, en el sentido de alegorías, sino arpegios, preludios, **lied-motifs**. En esta novela, los contornos sirven de **lieds**.

Recuerdo que, precisamente hacia 1910, Zaldumbide disertaba acerca del **simbolismo**, y si no estoy equivocado, apareció por entonces una parte de su estudio en "La Unión Literaria" de Cuenca, que había abierto una encuesta.

Se echa pues de ver, y principalmente en lo musical del estilo, un reflejo de esa estética, de tanto auge en su época. Por encima de las escuelas, "Las Vírgenes de las Rocas", de D'Annunzio, las "Sonatas", de Valle Inclán, eran por entonces y siguen siéndolo, acabadas piezas de plástica y música.

La "Egloga Trágica" se emparenta con ese género de novelas de arte propiamente dichas, sin deber nada al manierismo irónico, tan seductor, del famoso Marqués de Bradomín, ni a la pompa veneciana de Stelio Effrena.



Creo haber dado fin al delicado compromiso. Decir que Gonzalo ha dado mucho más pidiéndome que yo dándole, no es expresión de modestia sino verdad palmaria.

Y quizá la reedición de esta obra juvenil dé paso a igual re-

solución concierne a las otras, todas agotadas, todas confundidas, recordadas sólo por los inciados que han guardado, incólume, en diversos islotes de España y América, la admiración por el crítico y el ensayista, cuya penetración en las sustancias, unida a la euritmia de un estilo perfecto, causó asombro en sus horas. Ojalá no sólo reeditara sino que también editara los trabajos dispersos, los inconclusos y la correspondencia literaria, que debe ser profusa. Quizá nos diera coleccionados sus admirables prólogos, definitivos algunos y casi todos tan generosos que pareciera que el crítico prefiriera abdicar en favor del apologista. El desprendido silencio con que don Gonzalo Zaldumbide ha dejado a la suerte del destino sus obras poco difundidas e inéditas, no ha ayudado hasta aquí a lectores de buena voluntad en su sano deseo de tenerlas. Pero en todo tiempo el desconocimiento y el olvido invaden a modo de silvestre zarza los campos abandonados por sus antiguos cultivadores demasiado desinteresados; y preciso nos es mantener viva en la conciencia nacional, todavía en formación, la confianza, la fe en la perdurabilidad de los valores esenciales del espíritu.

León Bloy dice, en uno de sus dolorosos Diarios, que habiendo ree leído uno de sus libros antiguos, hallo trozos de tal esplendor, que le parecieron de otro. Mucho es que Gonzalo Zaldumbide, al releer después de cuarenta años su "Egloga Trágica" haya hallado en ella, todavía vivientes, sus impresiones de entonces, y haya consentido en dar a la publicidad estas páginas de prosa limpia, que deleitan y emocionan con su inmarcesible verdad.

EL GENERAL MIRANDA DIPLOMATICO

La sombra del General Francisco de Miranda, adquiere ante la evocación colores y volúmenes vitales, hasta triunfar su figura humana sobre la sombra espectral del americano insigne. El Miranda que actualiza su presencia es un hombre que ofrece un aire robusto y vendimial, rico de juventud y grata figura viril. Su estampa es la de un español que respira en su piel tostada musulmanas ancestralias. Sus cuarenta y cuatro años, lucen con su cabellera que ha quemado su ébano en incendios del vivir, dejando pinceladas de ceniza. Sus ojos negros guardan la luminosidad de su mirada como el relámpago en las entrañas de la nube. Todo el aspecto de su persona es de tensión elástica, que imprime a sus gestos y a sus pasos una felina parsimonia de leopardo, como hecha de cautelas. Viste un traje a la moda de la juventud dorada de París que acompañó sus elegancias en el Palais Royal, y destaca por su chaleco afelpado de tonos explosivos. Tiene pendientes de una cinta negra sus anteojos cuadrangulares de vidrios verdes. ¡Qué lejos se ofrece este Miranda de aquel pintado en su calabozo de Cádiz!

Ahí está la figura de un americano de la revolución libertadora, llamado el Precursor, que inviste una jerarquía elevada, sin representación ni credenciales de ninguna Cancillería, pero que ejerce funciones de Embajador Extraordinario provisto de plenipotencias que hubo de conferirse el mismo por derecho propio, sirviendo a su patria ideal de América.

Miranda, notable por la plural versatilidad de su espíritu, verdadero proteo de la inteligencia, es el primer diplomático en la historia de la América hispana. Miranda que fue un escritor de vigorosa pluma. Hombre de estado de amplios mirajes, guerrillero de animosos combates, director y vencedor de batallas memorables, es el visionario de la independencia de América que tuvo por sobre todas sus expresiones de dinamismo operante la irrisis-

tible vocación del diplomático en el sentido de ser un hábil negociador y un artista del "savoir faire", inspirado en el anhelo permanente de crear los destinos de América, para el servicio de la independencia. Su designio básico fue despertar la simpatía y el interés por la causa de América en las principales cortes de Europa. Amigo de la Emperatriz de Rusia, por considerar que en torno de esta mujer existía uno de los centros de irradiación cultural de Europa, donde llegaban los libros, afluían las ideas y se hacían presentes las figuras cumbres de la enciclopedia y de la ilustración. Visita como Embajador las cortes de Holanda, Dinamarca, Suecia, y en todas el Quijote de la libertad busca y consigue amigos para la causa de la independencia de Hispano-américa. Donde ofrece Miranda como el diplomático en toda su altura es en Londres, cuando para servir a la causa de la emancipación, tiene que actuar frente a los grandes hombres de la política británica como Pitt el joven, el Duque de Wellington, Cochrane, Canning. Miranda que ha conseguido trasladar a Londres los estremecimientos de la revolución americana, para luego proyectarla a los mismos centros de rebelión del Continente, ofrece la polaridad del imán. Conspirador e intrigante para sus enemigos. Orientado hacia el norte de la libertad, es un negociador extraordinario, a pesar de sus fracasos. Porque la dificultad y lo admirable de la obra de Miranda, reside al haber actuado, frente a la diplomacia británica, sin tener más representación que a sí mismo y a sus estados hipotéticos, que se organizarían como consecuencia de la cooperación inglesa al gran levantamiento americano. La extraordinaria intervención diplomática de Miranda consistió en conocer profundamente la situación europea, y sobre todo haber penetrado en los secretos de la política internacional de Down Steet 10, para ofrecer elementos prácticos y útiles a sus planes. Con un realismo de químico, Miranda pesa los ingredientes que interesan a Inglaterra y calcula todas aquellas combinaciones que pueden surgir de su manejo en provecho de la causa libertadora de América. Fomenta la táctica de la diplomacia británica, frente a la política de Francia. América forma parte del impacto hacia España. Miranda sabe que la acción inglesa en América, traerá como consecuencia la independencia de las colonias hispanas. Miranda utiliza en Londres una novedad: el juego de colaboración entre la gestión diplomática y la prensa. Como los grandes periódicos no brindarían amplio espacio para su propaganda, para dar color a sus negociaciones en Down Steet, Miranda fundó El Colombiano, que sirvió para llevar la emoción fervorosa de sus ideales al gobierno y al público inglés. Luego, escribe cartas en un estilo digno y apa-

sionado, que acrisola insinuaciones, algunas veces erizadas de saetas, siempre agitado de inquietud y vibrando de anhelos y de sueños.

En París instala un salón, frecuentado por personajes eminentes y por la eminencia de bellas damas. Aquí es el General victorioso, cuyo nombre habría de ser inmortalizado en el Arco de Triunfo de París. Miranda servidor de la revolución, es sobre todo servidor de los ideales americanos. Había calibrado el golpe maestro, para comprometer a los girondinos, defendiendo la revolución y obtener así la ayuda de Francia, para la libertad de su patria continental.

Miranda, realiza su obra estimulado por sus ideales. Es un soñador audaz que tiene su mente y su corazón, poblado de visiones futuras.

Quito, Julio 5 de 1953.

POEMAS DE FLOR DE TE

MIS HIJOS

Señor, son para mí los hijos que me diste,
mi mayor alegría, mi mejor ilusión.
Un lucero, una estrella, varón y hembra pusiste
en la cesta mosaica del Nilo de mi amor.

Son mi Edén, son mi ensueño, también mi Paraíso.
Tiernos brotes que enfloran el jardín de mi hogar,
mis Caléndulas de oro, mis profundas raíces,
las Anémonas blancas que aspiro en mi cantar.

Son mis joyas preciadas, mi collar de diamantes,
mis perfumes de Sándalo, mis dos perlas de Ormuz.
De mis cadenas de oro, eslabones radiantes,
mis azules zafiros, mis escalas de luz.

Son, Señor, los panales de la miel de mi vida.
Son, Señor, los fanales de mi fe más vivaz.
Son las dulces murallas donde me hallo cautiva
y en mis blancas almenas, mis palomas de paz.

Son mis Escarabajos, mis Esfinges, Pirámides,
del Egipto de gloria que vive en mi interior.
Son mis dos rubios príncipes que se arropan con clámides
de la inmensa ternura del Faraón de mi amor.

Son doradas columnas del templo de mi orgullo
donde descansa ufano el gran rey Salomón,
el gran rey de mi anhelo, porque son el capullo
de donde hilo la seda de mi tierna canción.

Son, en fin, para mí, Señor, los mismos cielos.
Los cristales más puros donde se quiebra el sol.
El tributo más grande con el que contribuyo,
ante Tí y ante el mundo, como prueba de amor.

INTENTO

Romperé la carrera de tus sandalias
para que así te quedes junto a mi puerta.
Esparciré fragancias en los umbrales
y avivaré la lumbre, que te caliente.

Yo seré el alimento de tus eriales
y el descanso amoroso de tus jornadas.
Cubriré de macetas los barandales,
prenderé enredaderas en los cercados.

Grandes y buenas cosas haré a tu lado,
bordaré tus manteles, haré tu asado.
Coseré tus vestidos, veré tus pieles
y tejeré bufandas en las veladas.

Cosas maravillosas de mis visiones
saldrán a descifrarte tus jeroglíficos
y velando tu sueño haré canciones
que al despertar, te digan mis sueños íntimos.

Ideas ingeniosas de mis sentidos
tendré para adornarte toda tu casa,
en cornisas de cedro, roble o encina,
colgaré cortinajes color topacio.

La llenaré de adornos de toda clase.
Tapices con dragones, blancos marfiles,
jarrones de alabastro, mesas de jaspe,
la alfombraré de pieles de cocodrilo.

Sacaré de la cítara tiernos sonidos
y tomaré del céfiro sus suavidades,
para ofrecerte, amado, con mis suspiros
la amorosa cadencia de mis cantares.

POEMAS DE MARIA NATALIA VACA DE FLOR

SIN HIJOS

Mis senos son dos pomas
hechas de rosa y de candeal moreno;
parecen dos palomas
bajo el dombo carnal de un friso heleno.

Veneros de pasión y de ternura
jamás tuvieron el licor de vida
que da a otro ser dulzura,
savia y calor de rama florecida.

¡Señor!, el hijo de mi amor no vino,
quedóse entre las flores como nota
de algún cantar divino:

quedóse en mi sendero
como el hilo brillante de una gota
que refleja en mis penas un lucero.

¡Hijo: las puertas de mi hogar abiertas
te esperan cada día,
te busco en veces en las cosas muertas,
en mi misma te busco todavía!

No vi nunca sus ojos, dos estrellas
en la noche de mi alma suspendidas;
sus manecitas bellas,
¿en qué regazo vivirán dormidas?...

¡Amado mío, amado, este delirio
de mi pasión y mi alma atormentadas
también de tu alma es perennal martirio:

¡Nunca dejamos en su frente un beso,
nuestras horas de angustia, ¡qué calladas!
y en ellas mustio el corazón y opreso!

Y torna lo de siempre: en los oteros
se renuevan los vástagos floridos,
se entretejen de rosas los senderos,
se oyen otros cantares en los nidos!

Y yo busco llorando esos luceros
en la noche de mi alma suspendidos,
que en mis sueños de amor son mensajeros
de otros ojos de sombra... adormecidos...
¡El!, cómo espero en el hogar que ría
que se estremezca en mis rodillas puro
como un sereno reflejar del día!...

—¡Los dos besamos nuestros labios quedo,
nuestras sombras proyéctanse en el muro...
quizás tenemos al besarnos miedo!...

ANGUSTIA

Hay noches que no duermo
y se extiende el insomnio en mis ojeras;
entonces, soy un lirio
mis alas son ligeras
y al mirarme en tus ojos me parece
que olvidada y sin nombre, no existiera.

Tu ves en mí la angustia
de mi cuerpo delgado en que la anemia
su blancura de pétalos ha puesto
y ha tornado mi frente de azucena.

Tomas callado entre tus manos fuertes
mi mano tan pequeña.

Te estremeces: yo se cómo querías
inyectar en mis venas sangre nueva;
¡yo se cómo querías
darme la vida que en tu sangre llevas...

Amor unió en secreto
nuestras vidas lejanas, ¿lo recuerdas?
puso al alcance de los dos sus flores,
llenó la copa de su farsa añeja,
y, Amor, ¡oh dueño!, ahora
nuestras almas fatídico atormenta.

Yo quisiera como antes que en mis ojos
lucieran bellas dos pupilas negras,
sin los estigmas trágicos del llanto,
sin las tinieblas que me dió la pena:
quisiera que en mi frente
no hubieran blancas hebras,
ni que fueran mis besos ¡ay!, tan tristes
que me parece que tus labios queman.

Y tú, mi vida, tú, ¿qué más querías?
siempre fui dolorida como estrella
de los amaneceres pálidos de invierno,
sencilla como hiedra,
sin color y sin savia
arrimada en silencio entre las piedras.

Y tú, la aurora en mi sendero fuiste,
la aurora dulce y buena
para ambos fue el secreto
de los días con Sol de primavera.

Frescura, sombra, claridad me diste:
ahora entre mis venas
corre el frío del tiempo, y es en vano
que tu alma henchida de dolor pretenda,
así como querías
inyectar en mis venas sangre nueva,
darme la vida que en tu sangre llevas.

MIS MANOS

Antes . . . muy antes . . . pétalos de seda,
tenues capullos por el Sol besados:
en las cuencas del río,
o en las ondas sinfónicas del lago,
nenúferes con alas,
pequeños lirios blancos,
para el amor y la caricia unidas,
¡Señor! . . . fueron mis manos.

Tejieron llenas de piedad el lino
de la noche callada en el espacio;
candorosas y puras como el leve
pasar de los arcanos,
pasaron por la vida lentamente
con sus dedos románticos y largos.

Y en el amplio telar en el que urdieron
hora tras hora su esplendor los años,
con sol de primavera,
con aromas de azahar, y con el blando
cantar de la esperanza a la alborada,
senderos y alas para tí bordaron.

Un día entre las sombras
de tus cabellos de ébano, mis manos
oyeron temblorosas
cómo tus labios me dijeron: "¡te amo!"

Unidas a las tuyas, desde entonces
el nido suave del hogar formaron,
y juntos por la vida—
la cruz a cuestras—, en silencio vamos:
tú, la fuente callada que retrata
al mirarme en sus linfas un ocaso:
yo, la planta silvestre que ha nacido
como un brote de anemia entre los cardos.

Hoy, al correr del tiempo
mis manos han cambiado:
macilentas y exangües se estremecen,

y en sus dedos románticos y largos
no existe ya la albura
de los lirios fragantes con que antaño
sincera y castamente
las hube comparado.

Apenas si en la ruta
pequeñas como un nardo,
que ya ha dejado su existencia tenue
en el fondo caótico de un vaso,
macilentas y enfermas
no son sino ... ¡mis manos!

Las miro con afán; con qué tristeza
con qué dolor tan largo
asidas a las tuyas, ¡dueño mío!
mis manos han llorado ...
bésalas: pronto llegará a la tierra
la noche que hunde en la penumbra el lago,
la que es melancolía
en los lirios en flor del camposanto;
y en las tuyas amantes guarecidas,
para esconderse de la sombra acaso,
querrían como niños
que tú las beses con ternura: ¡Amado!

RAIZ AMARGA

Busco en mi vida silenciosa el ritmo
de algo muy triste que escuché, quién sabe
en la infancia, en la sombra, dónde fuera,
tal vez en el secreto
del humilde cordaje enmohecido
de una harpa melancólica:
tal vez en el arrullo
de algún nido lejano en el que sola,
mecida por el viento
murió enferma de amor la tugadora ...

No sé! dentro del alma
las hondas quejas del recuerdo gimen:
en veces son las hojas,
las pobres hojas que en el árbol fueron
las que entonan calladas la elegía

que el aura triste del otoño envuelve
 con su manto de sombras, sin que nadie
 conozca de esos ritmos,
 ni sepa nadie por qué senda huyeron
 a extinguirse calladas . . . dónde fueron?

Otras veces el alma ha despertado
 con el suave tañer de una campana:
 es la aldea lejana la que vuelve
 con sus toques de misa a la alborada.
 Otras? . . . el río cadencioso entona
 sus canciones de antaño: es el folklore
 que en las alas del tiempo leve y puro
 llegara a las riberas y entreabriera
 la flor en el otero,
 en el campo las mieses, y en los pinos
 —poesía de Dios— la Poesía,
 el íntimo concierto que en los nidos
 entre arrullos y cánticos dijera:
 bendita el agua para siempre, el agua
 que corre pura, fecundiza y canta.

Obstinada mi pena busca en vano . . .
 fue en la lluvia al caer? . . . fue en el torrente
 con jirones de plata y con arpegios
 que en la selva resuenen largamente? . . .
 fue en el trueno gigante?
 No!, lo grande, lo inmenso, nunca tuvo
 la enigmática angustia, el rictus melancólico
 que sólo tiene para mí la Vida.

De nuevo torno a preguntarme: en dónde?
 ¡quién sabe!, fue en la cuna;
 mi madre acaso, al sollozar dejara
 en el blanco cendal de mis recuerdos
 ese ritmo doliente y angustiado
 que en las cadencias de mi canto vibra? . . .
 Es ella, la nota melancólica,
 punzante como espina
 de una zarza de antaño florecida,
 la nota que, al oírla,
 trémula digo y con ternura: ¡MADRE!

22 de Abril de 1954.

POEMAS DE EDUARDO SAMANIEGO Y ALVAREZ

MADRIGAL

En el indefinible color de tus cabellos
se adurmió mi vida dolorosamente triste.

Quise hallar mi sendero
en la sedosa cuenca
de tu nuca...

 Mi destino se hudió en la maraña
de tu alma inexplorada...

Vacilo y voy a tientas;
pero, me guía, sabia, tu mano inmaculada:
me conduce hacia el amor cálido de tus senos
y hasta la flor salvaje,
temblante, de tu vientre...

Y la hora del misterio acuna mis pupilas
para que no me ciegue la luz del gran milagro...!

EVASION

Cuando la vida ya no es una promesa,
ni es amanecer, ni aurora, sino ocaso,
y en la pira del desastre arde dispersa
la inconsútil hojarasca del destino
porque, de tanto soñar, es el fracaso
norma y finalidad, límite y camino.

Cuando en el cerebro danza la tragedia
y piruetea el caos, porque una llama
azulada y engañosa y abrasante
desgarra el pecho, cautivo en la prisión
mediocre del ambiente...

Si en la laceria
de un gran dolor ha sangrado el corazón
gota a gota, lentamente, como el alma
en el cristal irisado de la pena.

Y si por los vericuetos de la farsa
nos acecha el hombre con bozal de lobo
y en vulgar trastienda de comparsa
cosecha bienes y retribuye odios.

Ah! Cuando el amor en aventura tórnase
y el entregamiento en contorsión de sierpe,
la mujer en hembra codiciosa y lúbrica,
cimbreada entre parábolas de engaño.

Y si un manto tiende la bruma del tedio
en el horizonte claro del anhelo;
si es inútil pensar y en vano sentir
porque un signo adverso de cansancio trágico
preside la fiesta triunfal del ensueño,
ya que hemos perdido meta y derroteros
en el laberinto del bien y del mal...

Entonces, llegada esa hora, con calma,
serenos, tranquilos, cual si navegáramos
hacia el mar ignoto de la eternidad,
dejemos que el alma se acune sumisa
al regazo yermo de la soledad.

Ahí, bajo el dombo plumizo de un cielo
sin estrellas ni luz, pleno de silencio,
perderán las cosas sus formas informes,
los seres su máscara sucia y procaz,
sentido la idea, razón la pasión...

No pensar y no sentir y no creer;
ser y no ser, como un Hamlet redivivo,

y en el nirvana de un letargo místico
fugar la vida en evasión de odio
hasta que el mandato de la muerte llegue
como un mensaje de paz definitiva!

PRESENTIMIENTO

Presiento a la muerte acercarse
en un bajel de ocasos, de cirros y de estrellas,
la proa hacia el caos de mi alma,
el viento propicio, henchido de alarde el velamen
y tensas las jarcias al mástil.

Presiento a la muerte venir.
Turban mis noches insomnios de hielo y angustia,
lascitud y nostalgia, pesadez y cansancio
y un indescifrable y hondo anhelo de evasión.

Descenderé a la brumosa playa del olvido
para verla llegar.

Ah! La he esperado tanto
que todo mi ser se estremece
porque es la sola prometida
que jamás se retardó a la cita fatal.

Vendrá airosa gobernando el timón de su barco,
saltará a la orilla en alas de niebla y silencio;
como quien protege a su amado
cubrirá con su manto mi carne atormentada
—velará mis ojos al iniciar la partida—
y furtivamente me arrancará de la tierra
como se desarraiga un árbol,
como quien degüella una flor.

Que nada tema. Ni cobardía ni dolor.
No me debo a la vida porque yo le he dado
lo mejor que tenía.

Ni me debo al amor
porque entre sus zarzales, inhábil, he dejado
girones de mi corazón.
Ni me debo a las cosas, si las he desechado...

—limosnas de felicidad—
Ni al bien ni al mal: escancié la gloria del pecado
y la resignada derrota de la humildad.
Ni a la creación ni a la idea:
versos, mis hijos, son, y mi espíritu simiente
para los campos de Dios y el yermo de los hombres.

Será un viaje estelar aluscinante de ensueños...
Cruzaremos mares procelosos, altas olas
informes, ágiles y cúmblicas,
cielos colmados de tormentas
y horizontes nimbados de eternas lejanías.

De mis pecados, los ángeles rebeldes, en trance de perdón,
violarán el éter rumbo a la morada lúcida
y descenderán mis recuerdos hasta la tierra
como bólidos de desprecio!

¿Llegaremos al límite del tiempo sin tiempo?
¿Es la muerte un tránsito o es una solución?

Sobre el bajel enhiesto, quizá, piadosamente,
al anhelado puerto mi guía me conduzca
y en el álgido cosmos, de la duda confluyente,
en átomos sutiles disgregue mi existencia,
transmutada y múltiple en la única Verdad.

Entonces, por el lóbrego abismo de la nada,
como al pasar, un meteoro
borra en los espacios su propio halo de luz,
timonel de la nave sembrará en las estelas
de lo desconocido la esencia de mi ser...

POEMA DE MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

LIBERTAD!

DOS HEROES

Del Pichincha en la grandiosa cumbre
donde vibró de Libertad el grito
cual fúlgida vislumbre
del espíritu patriótico de Quito,
rompe el alba la niebla que oscurece
al pálido celaje
y entre nubes de nácar aparece
con divinal ropaje,
la augusta Libertad por Dios bendita...
y allí está un genio que con voz tonante
enardecido grita:
—Libertad! Ecuador, la paz levanta
y jura defender la Independencia,
conforme a tu promesa noble y santa,
de luchar con valor y con acierto,
hasta quedar, al fin de los combates,
vencedor o muerto!...
Es Sucre que habla en pro de nuestra Patria
y sostiene su espada triunfadora,
para entregar al pueblo redimido
la luz de libertad, luz bienhechora.



Entre el humo de pólvora flamea
el patrio pabellón que el viento azota,
pabellónregonero del derecho,

a cuya sombra vierte gota a gota
la sangre de su pecho
y que perece con altiva frente,
aquel mártir de nítidos blasones:
"el Héroe que murió gloriosamente,
pero que vive en nuestros corazones!"
Oh, Calderón! los rayos que fulguran
en la histórica cima del Pichincha,
son un destello, apenas,
de tu indecible gloria;
por eso, el pueblo ante tu claro nombre,
al aclamarte ufano,
bendice tu memoria
y el bien de Libertad, bien soberano.



Dos Genios velan desde las alturas
del Pichincha soberbio y majestuoso,
templo eterno y glorioso
donde surgió la Libertad sagrada:
Calderón, el Altar de la Bandera,
y Sucre, el astro luminoso y puro
que brilla más que el sol de primavera!

SOR JUANA INES DE LA CRUZ CASTALIA DE AMOR

I

BRUJULA DE UNA VIDA

I

En pos de su propio encuentro

El ritmo social de los dominios españoles en América, desde los albores de la colonia, se caracteriza por el influjo de dos fuerzas convergentes: la tradición importada de la Metrópoli y el orden de cosas derivado de la conquista. Por tradición se reconoce una nobleza que ocupa la cúspide de una escala de castas y clases sociales, y por "derecho de conquista" se adquieren privilegios que significan nobleza y riqueza al mismo tiempo. Por tradición se establece un filtro de sangre que desecha la mezcla hispana con el extraño y aborrecido linaje de moros y judíos, y por "derecho de conquista y colonización" se purifica la sangre plebeya o mediocre, a cambio de oro y sudor de los indios. Por tradición heráldica se desestima al nativo conquistado, y por "derechos adquiridos" se ennoblece al mestizo surgido del choque espasmódico del español con la aborígen.

Como consecuencia del afianzamiento colonial de España, surge en el Nuevo Mundo una era de feudalismo criollo. Y de la misma manera que se demarcan fronteras formulistas entre ricos y pobres, nobles y plebeyos, blancos e indios, libres y esclavos, se arraiga la tradicional distancia entre niños y adultos, y entre va-

rones y mujeres. Los niños serán hombres en gestación y deberán cerrar los ojos al mundo de los mayores. Las hembras de la menor edad se verán desde la parvulez en el espejo del obligado recogimiento, sin opción al colegio, la universidad ni la lectura libre. Y desde la infancia, por toda la vida, las mujeres ocuparán un plano inferior al de los hombres. Serán una especie de propiedad de los padres o de los esposos, cuando no se entregan al servicio de la religión en un encierro monjil. En todo caso tendrán un "señor" a quien obedecer y una ajena voluntad a quien entregarse en holocausto de una fatalidad impuesta.

Ante este tétrico panorama social, tiene mucha razón Juan León Mera para asegurar que en aquellos tiempos más que en los nuestros, "el hombre se ha llevado para sí toda fuerza y todo poder en la sociedad, relegando a la mujer a una región inferior"; pero "no ha podido en ningún tiempo hacer que se eclipse del todo en el alma femenina el destello de luz que, junto con la existencia, recibiera de la mano de Dios" o de la naturaleza que lo creó.

De estas mujeres que vencieron a la tradición y al prejuicio masculino, hogareño y social, hay numerosos casos en la historia humana. Y precisamente una de ellas es la célebre Monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz, llamada en justicia la "Décima Musa"

Esta benemérita de las letras americanas y de la liberación de su sexo, fue para su tiempo y es para el nuestro también, una perfecta revolucionaria. Nació inteligente y dueña de una voluntad inquebrantable, digna de las heroínas de las causas grandes. Por esta rara conjunción que trajo en sí, no quiso desperdiciar la precocidad de su talento. Venció la resistencia negativa de su medio circundante. Amó el estudio y los libros, y en éstos sació su sed de sabiduría, al par que abrió los ojos a la plenitud de los mundos infinitos que no caían en la censura del Tribunal Inquisidor. Aun es de presumir que burló al Santo Oficio para decifrar en los impresos, los secretos del amor que se despertaban en su corazón, asimismo precoces, desde los albores de su pubertad.



En una carta que Sor Juana dirigió a Sor Filotea de la Cruz, en 1691, están patentes las vallas que tuvo que vencer la preclara Monja de México para seguir sus naturales inclinaciones al estudio libre y la expresión de sus pujantes emociones en el verso de las armonías predilectas.

Sor Filotea le decía en misiva anterior que la "Carta ate-

nagórica", publicada por Sor Juana, aclarando los errores teológicos en que incurrió el P. Antonio Vieira, al pronunciar un sermón sobre la vida de Jesús, era una obra por demás sabia y pia, honra del sexo de la mujer que la escribió, tanto por "la viveza de los conceptos", como por "la discreción de sus pruebas y la enérgica claridad con que convence el asunto". Pero tras este merecido elogio, la hermana de claustro la induce a renunciar el estro profano, para empeñar la lira en el amor de Dios.

Sor Juana Inés, con la sensibilidad y sutileza de su talento ilustrado, vierte a la luz de las confidencias su confesión autobiográfica que no se la puede prescindir para el análisis de su personalidad extraordinaria y ejemplar.

En relación con sus estudios, le dice a Sor Filotea: (1) "Es verdad que desde que me rayó la luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas) ni propias reflexas (que he tenido no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí; su Majestad sabe por qué y para qué, y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo la que me basta para guardar su ley, pues lo demás sobra (según algunos) en una mujer; y aun hay quien diga que daña..."

Retrocediendo un poco más en la cronología de su vida, agrega que aprender las primeras letras le costó también mucho trabajo, porque en casa y fuera de ella, creían que la mujer no tenía acceso a lo que sólo era derecho de los varones. "Acuérdome —dice— que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí que hacía ruidos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo yo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que deprenen las mujeres, oí decir que había Universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias, en México; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a México, en casa de unos deudos que tenía para estudiar y cursar la Universidad. Ella no lo quiso hacer; pero yo despiqué el deseo de leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a México se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía

(1) Seudónimo de Manuel Hernández de la Cruz, Obispo de Puebla.

que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar. Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo cortaba de él cuatro y seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa, que me había propuesto deprender en tanto crecía, me lo había de volver a cortar, en pena de rudeza. Sucedió así que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía a priesa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba desnuda de noticias, que era más apetecible adorno."

Cuando ingresó en la orden monástica, no pudo tampoco privarse de tan incontenible impulso. Continuando su relación y refiriéndose a esta época, expresa: "Proseguí en la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestros que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo gustosa por amor a las letras..."

En otra parte, ubicándose en el discipulado de San Agustín, explica: "Yo no estudio para escribir ni menos para enseñar, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos". Pero añade: "La fuerza de mi inclinación quiso que fuese hacia las letras, y no hacia otro vicio, que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuan contra la corriente han navegado (o por mejor decir, han naufragado) mis pobres estudios. Pues aun faltan por referir lo más arduo de las dificultades, que las que hasta aquí sólo han sido estorbos obligatorios y casuales, que indirectamente lo son; y faltan los positivos que directamente han tirado a estorbar y prohibir el ejercicio. ¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así; porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar; y los que más nocivos y sensibles me han sido, no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien me han mortificado y atormentado más que los otros con aquél: **No conviene a la santa ignorancia, que deben, deste estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspi-**

caxia y agudeza. ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio, donde yo era el mártir y me era el verdugo!"

La inclinación de Sor Juana al juego con las Musas, sus hermanas mayores, fue el tema de mayor combate contra la invicta Monja; más ella resistió a los embates, no sólo para vencer sino más para triunfar por sobre la incuria social de su tiempo en marcha hacia la liberación de la mujer. Sus razonamientos tan eruditos y tan lógicos, justificaban su conducta de tal manera que ni hombres, ni mujeres suicidas y ni el mismo Tribunal del Santo Oficio, tuvieron armas para vencer y condenar a esa inocente del Olimpo.



Juana Inés de la Cruz era hermosa y de muy despejada inteligencia. Por hermosa se vió presa, tempranamente, de las miradas de sus admiradores, sin duda adolescentes como ella. Por noble e inteligente lució su juvenil belleza en la corte virreinal de los marqueses de Mancera. Y por todas estas cualidades juntas, creyó que su corazón no era para entregar al mejor postor, sino solamente al ungido por el flechazo de Cupido. Mas como el elegido se marchó al reino de los imposibles, ella optó por el monjío, para amar a varones simbólicos y a un hombre que era su propio Dios.

Es evidente que Sor Juana no tuvo vocación monástica. Tampoco buscó el claustro por imposición familiar o para "huir del mundanal rüido", en entregamiento absoluto a las letras. Lo que se descubre a través de sus mismas confesiones, aporta la clave de la pérdida de su primero y máximo amor. Murió el joven asegurado para las nupcias, dejando en su pecho la desesperanza tras de un caos de dolor.

Apagada su única luz emotiva, Juana Inés no pudo olvidarse de tan vivo resplandor que al fin era su compañero inseparable. ¿Qué camino le quedaba entonces? Desechar el matrimonio y vivir del dulce recuerdo. Huir de los pretendientes y encerrarse entre las paredes de un convento. Hacerse monja para encarar la vida sin esquivarse de las mundanas tentaciones...

En esta parte, su confesión es terminante. "Entré religiosa —dice— porque aunque conocía que tenía el estado de cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba a mi salvación; a

cuyo primer respeto, como el más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros."

Por la circunstancia de vestir hábito, Juana Inés de la Cruz no podía traicionar a sus mandatos propios de mujer talentosa, nutrida de lecturas y dueña de una pasión ardiente para amar el recuerdo y amar las dulces fantasías en los más subidos tonos del sentimiento humano. "Juana —expresa su biógrafo ecuatoriano— abrigaba una pasión de esas vehementes, violentas, consumidoras pasiones que prenden sólo en el pecho de las poetisas formadas por el amor y para el amor. La sensibilidad con que nacen constituye su tormento y su gloria. Aman con delirio, padecen sin tregua, se sacrifican con heroísmo; la expresión de su cariño, sus quejas, suspiros, gritos de angustia, todos son melodías; y embebecidas en los afectos o en los dolores que las dominan, no advierten que el mundo las escucha; y absortas en su historia íntima actual, no tienden las miradas a lo porvenir donde brilla ya la seductora estrella de su fama. El poeta es un templo vivo consagrado a los afectos y a las ilusiones; mas la poetisa añade tanta ternura, tanto atractivo y misterio a este culto sublime, que casi siempre lo hace superior, por este respeto, a su hermano de sentimiento y de armonía."

Fiel a su sensibilidad de mujer nueva, la ilustre Monja de México comprendió que parte de su amor, elevado a la categoría de social feminista, debía dedicar a la mujer caída que necesitaba su voz de aliento y de defensa. Y comprendió, por lo mismo, que su lira debía legislar en favor de su sexo, como un reproche a las ponderadas Leyes de Indias y como un recado a la legislación de los siglos sucesivos. Quizá previó que la justicia de los derechos humanos debía comenzar tocando las fibras sensibles de los hombres por medio de la razón y de los buenos sentimientos que corren con efecto en las estrofas de la poesía.

2

En la mansión de la inmortalidad

Sor Juana Inés de la Cruz, sin dejar de ser monja para los oficios religiosos, tuvo la suficiente energía para alzarse de hombros ante los prejuicios de la tradición. Enriqueció su biblioteca

en el claustro y junto a los libros discurrió con amigos que celebraban su talento y respetaban su estado monacal. Escribió más de tópicos profanos que de religiosos. Desplegó libremente las alas de su musa erótica, sin negarse a la publicación de esos versos que le salían sin frenos ni temores al "qué dirán". Cambió cartas con caballeros galantes y habló sin ambages en cuanto su franqueza no tocaba la hoguera de la Inquisición. Desechó honores como los de abadesa y se vió feliz mientras le cupo el papel de enfermera en el Monasterio de San Gerónimo, animada por un nuevo amor cual era el de salvar hermanas castigadas por la peste de 1695. Y precisamente en esta peligrosa faena entregó su existencia al sacrificio de los bienhechores de la humanidad. "¡Dios había dispuesto —dice Mera— apagar ese brillante lucero en la tierra para encenderlo en el cielo!"

En suma, la Monja de México no quiso ser la hembra del señorito que le sumaría a las terratenencias, las encomiendas o los batanes y doblones. Tampoco aceptó pasar por ignorante, sometida al régimen de un hogar o de una familia de las que fincan la suerte de la mujer en el papel de hija o esposa, cuando no le sale al encuentro algún desvío ensartado en la red de los hombres. Fue mujer de santas rebeldías y gloriosos blasones. Se propuso ser útil a la Patria y el género humano, y lo fue en la extensión de su talento prodigioso, de su sensibilidad exquisita, de su sinceridad sin asomos de hipocresía, de su voluntad inquebrantable, de sus esfuerzos constantes y de su destino de morar en la inmortalidad.

3

Disyuntiva de un dilema

En torno a la vida y la obra de Sor Juana Inés de la Cruz, se ha planteado un dilema: si ella fue más notable como mujer o como poeta.

En 1845 decía el "Semanario Pintoresco" de México que la Décima Musa es sobre todo lo primero. Juan León Mera admite el mismo criterio, porque cree que con ella el sexo sirvió a las letras áureas, lo que equivale a aceptar que la lira de Sor Juana fue sólo un medio para reivindicar el naciente prestigio de la mujer hispanoamericana.

Este discrimen es, a nuestro modo de ver, semejante al acertijo sofisticado de si primero existió el huevo o la gallina. Es cierto

que la persona antecede a la obra; mas es obvio admitir que "el poeta nace", porque "lo que da natura non da Salamanca", por más que se diga que "de poeta y loco todos tenemos un poco".

Si el poeta viene en la persona como un regalo de los dioses del Olimpo, uno y otra no disputan la primacía. Juntos nacen, juntos crecen y juntos llegan a la gloria.

Fuera de su tesoro de honda raigambre espiritual, la invicta Monja se debe al ejercicio de su propia voluntad, al deseo incesante de superarse, al afán de romper por alguna parte la injustificada postergación de la mujer, al imperativo de una igualdad por conquistarse, al desagravio de un amor perdido y al grito feminista de una voz redentora. Todo este caudal de anhelos, esfuerzos y plasmaciones se suman a una mujer que es mujer y poeta al mismo tiempo. Empero, vale decir, empujando la corriente más allá del equilibrio y más allá de la afirmación del "Semenario Pintoresco", que sin la coexistencia de la Décima Musa, Sor Juana sería una unidad de las miríadas de religiosas que se sepultaron en la obra común, sin más huella que haber sido un ente en el servicio de la religión o de la parcial beneficencia.

Lo que salvó a Sor Juana de su anonimato o de la precaria nombradía, fue su don extraversivo. Todo su yo interior, desbordante hacia afuera, lo tradujo en sus felices partos literarios que al fin la hicieron madre de verdad. Y si algo tuvo de introversión, no pudo pasar de lo que estaba obligada a ingerir como una pesadilla o una fatalidad de las que hasta ahora no han podido vencer las mujeres de los claustros.

Bástenos ya lo que podríamos llamar el "largo preámbulo"; pues ya le encontraremos a la magnífica Monja de México, extravertida en el torrente de su poesía como en sus propias memorias, orando ante el altar del amor mundano o de rodillas ante el amor divino. Y le veremos, asimismo, como un Prometeo entre el hombre amado y la mujer caída en las redes de la perversión social.

4

Los vehículos de la Décima Musa

La Monja de México estuvo llamada a perdurar en la historia y a fecundar su simiente generosa en los vastos dominios de la espiritualidad americana y universal. Para tan ubérrimo destino necesitó de instrumentos y medios, y éstos los halló en la lengua de Santa Teresa, Quevedo y Góngora; en las literaturas clásicas

de griegos y latinos, medioevos y renacentistas; en el verso que tiene el don de expresar ideas y cantar emociones, y en la prosa que corre como un torrente sobre los escollos del arte.

En las aguas de su lírica y en la savia de su doctrina se percibe el aliento de una disciplinada erudición, de un acertado conjunto de asociaciones y de una profunda penetración en el corazón humano.

Sor Juana, hija ilustre de una época, no pudo prescindir de las renovaciones de ella, por más que no faltaban adversarios y mandones que exigían el canon de la clásica tradición. Mas tal imposición no era alimento nutritivo para un espíritu revolucionario que había saciado su sed en los cántaros más frescos y que sabía que "no sólo de pan vive el hombre", en cuyo precepto se incluía la poetisa como parte integrante del género racional.

En los versos de Juana Inés se ve claro la influencia de Santa Teresa, maestra del buen decir, que mantiene su presencia en la Monja de México con el tono y la filosofía de esa letrilla de "vivo sin vivir en mí" y con otras composiciones que son dechados de paradojas, retruécanos, antítesis y cuantas figuras más ofrece la preceptiva literaria a los ingenios letrados.

Asentando sus plantas sobre la tierra firme de los clásicos de su lengua, la Décima Musa encontró su vehículo lírico principal en la escuela conceptista, señora de los jugos ingeniosos de palabras, giros e ideas, y más en la escuela culterana que erigió un trono a la metáfora nueva bajo el reinado del gran poeta cordobés, Luis de Góngora.

Ecléctica para expresar los estallidos del amor y ecléctica para manejar la técnica de las escuelas literarias de sus dominios, la más alta poeta mexicana de la colonia, saca a flote las potencias naturales de la mujer y el discipulado gongorista. ¡Que nadie más se atreva a empañar su reputación decorosamente adquirida a campo abierto y en generosa lid!

II-

EXTRAVERSION DEL AMOR DE SOR JUANA

1

El complejo afectivo

Para acercarnos a la poesía amorosa de Sor Juana Inés de la Cruz, nada más aconsejado que hacer un buceo de esa compleja psicología femenina, expresión fiel de la psicología de su sexo. Y no se puede proceder de otra manera si se quiere interpretar el móvil y la exteriorización del sentimiento que la Monja volcó en estrofas líricas, golpeando las diversas fronteras del espíritu, pulsando las voces de su corazón, obedeciendo a los arrestos de la especie y limitándose a los requerimientos de su claustro interior.

Un filósofo del amor, M. Mantegazza, en un intento de medir las cimas y simas del amor, expresa que éste es "astro que brilla en el infinito del ideal; raíz que deshace las piedras en lo infinito de lo profundo; alcanza todas las alturas y toca todas las profundidades; es la más humana de las pasiones, y fue siempre colocada entre las divinas; es la más íntima, y es la más etérea; es pensamiento sobre la cima del monte, es nervio allí abajo, en el valle; guía al poeta cuando escala el paraíso, acompaña al hombre (y también a la mujer) cuando se sumerge en la calurosa onda de la sensualidad."

De nuestra parte diremos algo más como fuerza biológica: el amor es la atracción de los sexos; es el grito de la vida que desea perpetuarse por los siglos de los siglos; es la lucha entre un deseo recóndito y las zarzas de la moral convencional; es el apetito imperioso que vibra las cuerdas del sentimiento, que batalla contra las decisiones e indecisiones de la voluntad, que procura burlar la hipocresía de la sociedad y que obedece a un llamado de felicidad sensual y afectiva.

Por amor el hombre busca a la hembra y ésta se entrega en cuanto se ve presa del mismo afecto y vence la censura de sus cálculos o los ojos ajenos. En ayuda de esta conjunción espontánea, la naturaleza crea atractivos de aproximación: pone hermosura y perfume en la una parte y galanura viril en la otra, de tal manera que todos esos atributos concurren al fin supremo, como arroyos cantarinos que se enlazan en un río para endulzar el cristal común, en ansiedad creadora de vida.

Desde luego, siguiendo otros órdenes de la concepción integral del problema, el amor se ha diluído en una serie de deberes, obligaciones y derechos de carácter social, que concuerdan con la previsión social y que aspiran el equilibrio de la convivencia de los sexos; pues si el amor sexual afianza la perpetuación de la especie, la lucha común y equitativa por la existencia asegura la conservación de la misma.

Precisamente por este cauce se admite el amor como "la posibilidad máxima y mejor para realizar la gran empresa de la vida"; como "la libre y responsable concurrencia de dos almas afines, de dos vidas que vienen con similar propósito y equipadas de unos mismos propósitos". (Humberto Mata M.: "Feminismo").

Para nuestro objeto no creemos dable extendernos en semejantes consideraciones ético-sociológicas; mas si nos parece de oportunidad explorar brevemente las fronteras principales del amor en cuanto colindan con los temperamentos. Pues según éstos, hay un amor sensual que suma los afectos del corazón con los apetitos del sexo; otro, el amor tierno, que frena los impulsos biológicos con súplicas, galanterías, promesas y lloriqueos, "en un mar de leche y miel"; y un tercero, el amor contemplativo que se remonta a las alturas del ideal, con una porción "de místico y de sobrenatural", porque "coloca su ídolo muy alto y se postra reverentemente ante él, prodigándole toda clase de adoraciones y de inciensos". Empero, en ningún caso este amor deja de responder al fondo común de los sexos, puesto que las delicias eróticas se transfiguran en sublimaciones de carácter divino.

¿En cuál de estas corrientes se mece la musa extravertida de Sor Juana? No hay para qué decir que en todas, como en los brazos de un estuario que desembocan en el océano de una alma agitada por los vientos de las más caras pasiones. Pero antes de sumergirnos en su lírica exuberante, no cabe todavía decir por qué cauces corren más los agitados sentimientos de la lirida, aunque es obvio afirmar que ella se siente más mujer que monja y más comunicativa que egocéntrica. De su castalia emotiva fluyen afectos y desdenes, celos y enojos, alegrías y tristezas, satisfacciones y dolores; todo, a merced de un denominador común: el amor...

Voto a Eros

El primer amor, el primer beso y aun el primer desengaño, dejan en el espíritu una huella imborrable y constituyen temas del eterno canto del corazón.

Juana Inés de la Cruz pasó por todas esas inevitables y naturales experiencias. Amó apasionadamente al joven que le fue despojado por la intrusa. Más tarde lo recuerda con amargura:

Yo me acuerdo (¡oh nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo,
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo.

Pero el amante que partió a morar en la lejanía sin retorno, siempre estuvo presente en su memoria, cual amado inseparable de paradójal existencia. La emoción que él dejó en su alma constituyó una invitación permanente a conservar el lazo que otro tiempo floreció entre los dos como una promesa de felicidad. Ella misma lo dirá sin temor y con absoluta franqueza:

Tan precisa es la apetencia
que a ser amada tenemos,
que aun sabiendo que es inútil
nunca dejarla sabemos.

Si es delito, ya lo digo;
si es culpa, ya lo confieso;
mas no puedo arrepentirme
por más que hacerlo pretendo.

Mas he aquí el voto sagrado que se sobrepondrá al otro ofrecido en el altar de su profesión religiosa:

Pero valor, corazón,
porque tan dulce tormento,
en medio de cualquier suerte.
no dejar de amar protesto.

La esposa imaginaria

La novia que perdió al amante por una fuerza negativa del destino y que después se acoge al desposorio monástico, no puede apagar la pasión que embargó su pasado de ilusiones y deseos, por más que sea poderosa su voluntad y se vea sumida en los misterios de la fe. Generalmente trasladada, en función psicológica, la representación de las bodas inlogradas al teatro de las nupcias simbólicas, para amar al amado en la imagen del "divino esposo". Muchas veces desecha el consciente reemplazo, mas el camino del subconsciente lo llena por sustitución.

En Sor Juana Inés de la Cruz debió operar este fenómeno del amor al profesar de monja. Pues en su psiquismo vivía latente esa inversión de papeles, como en pasado propio, si juzgamos por la intención y el significado de estas ágiles redondillas compuestas "en la profesión de una religiosa":

Hoy una niña, que abrasa
un amoroso volcán,
sin mirar el qué dirán
por el vicario se casa.

Su recato comedido
paró en empeño amoroso,
porque dice que su esposo
entre puertas la ha cogido.

Hoy logra su fino intento,
que ha sido tan deseado,
pues un año há que le ha dado
palabra de casamiento.

Pero causa novedad,
aunque es tan santo el intento,
ver que pare en casamiento
su voto de castidad.

De su esposo los primores
su corazón abrasaron,
y por más que la encerraron,
se nos casa por amores.

¿En qué se diferencia esta explicación del matrimonio monjil del que la niña pudo celebrarlo con un amante del mundo? El amor es uno mismo en ambos casos, y la Monja de México logró de esta manera plasmar en sus versos el pasado propio de caracteres vivos.

Otra vez, cuando el fuego del amor de su castalia se introvertía en el misticismo, interpretó otro casamiento con Jesús de esta nueva manera:

Soy esclava humilde
del Señor que adoro,
y por esto ostento
serviles despojos.

Con su santo sello
señaló mi rostro,
para que no admita
más que su amor solo.

Del que ángeles sirven
esposa me nombro,
y a quien sol y luna
admiran hermoso.

Desprecia por Cristo
mi pecho amoroso
el reino del mundo
con su fausto todo.

Sigue a la comunicación de esta divina conquista, la descripción de una escena culminante del sagrado desposorio, la misma que concurre a un binomio de felicidad.

Dióme en fé su anillo
de su desposorio,
y de ricas joyas
compuso mi adorno.

Vistióme con ropas
tejidas de oro,
y con su corona
me honró como esposo.

Lo que he deseado
ya lo ven mis ojos,
y lo que esperaba
ya felice gozo.

Sor Juana, más del mundo que del claustro, no permaneció extraña a los sucesos del matrimonio en sociedad. Vivió sus sueños nupciales en las bodas de amigas, y lloró con las viudas cual si en ellas contemplara una tragedia propia.

En una canción sentida interpreta los "sentimientos de una esposa en la muerte de su esposo":

!Quién en ajenos brazos
viera a su dueño, y con dolor rabioso
se arrancara a pedazos
del pecho ardiente el corazón celoso!
Pues fuera menos mal que mis desvelos
el infierno terrible de los celos.
Pues todos estos males
tienen consuelo o tienen esperanza...

Esta resignación que hace soportables los celos por el precio de la vida amada del esposo, le arranca esta sacrilega protesta contra el daño irreparable:

...¿a quién sino al cielo
que me robó mi dulce prenda amada,
podrá mi desconsuelo
dar sacrilega queja destemplada?
Y él con sordas rectísimas orejas
a cuenta de blasfemias pondrá quejas!

Hace presumir que esa viuda por quien habla Sor Juana es ella misma, fingiéndose tal ante la muerte de Fabio, el esposo simbólico. No otra cosa cabe pensar a la luz de esta declaración que raya en altanera queja:

Ni Fabio fue grosero,
ni ingrato ni traidor; antes amante
con pecho verdadero,
nadie fue más leal ni más constante;
nadie más fino en sus acciones
finezas añadir a obligaciones.

Sólo el cielo envidioso
 mi esposo me quitó; la parca dura
 con ceño temeroso
 fue solo autor de tanta desventura.
 ¡Oh cielo riguroso! oh triste suerte
 que tantas muertes das con muerte!

¡Ay dulce esposo amado!
 ¿Para qué te ví yo? ¿por qué te quise?
 Y ¿por qué tu cuidado
 me hizo con las venturas infelice?
 ¡Oh dicha fementida y lisonjera,
 quién tus amargos fines conociera?

La fiel esposa que así deshojó su elegía, luego se vió empujada hacia la resignación. Mas semejante mandato del destino no era para remediar su lealtad y su dolor. Un sentimiento tan refinado como el suyo tenía que pronunciarse de este modo:

¡En fin, murió mi esposo!
 Pues ¿cómo indiferente
 yo la suya pronuncio
 sin pronunciar mi muerte?

El sin vida, ¿y yo animo
 este compuesto débil?
 Yo con voz ¿y él difunto?
 ¿No muero cuando él muere?

¡No es posible! Sin duda
 que, con mi amor aleves,
 o la pena me engaña,
 o la vida me miente.

Si él era mi alma y vida,
 ¿cómo podrá creerse
 que sin alma me anime,
 que sin vida me aliente?

Así, pues, su existencia líricamente se ha vuelto insopportable. Y como tantas esposas en la frescura del dolor, ella se embarca en la execración: clama por su muerte, pidiendo a natura que caiga sobre sí "la esfera transparente" después de "desplo-

mados del polo los diamantinos ejes"; o que el centro de la tierra le "preste oscuro albergue" para cubrir sus desdichas con "la máquina terrestre"; o que "el mar en sus entrañas sepultada" le entregue "por mísero alimento a sus voraces peces!"; o que el sol le niegue "sus rayos refulgentes" y el aire, "el necesario ambiente".

Esto y más quiere en holocausto, a fin de eternizar el siguiente cenotafio:

"Aquí acabó una vida
porque un amor viviese!"

4

Amantes simbólicos

Cuentan los contemporáneos de Petrarca y entre ellos Boccaccio, que la amada que vibró constantemente las cuerdas de la lira de aquel poeta no existió en la realidad tangible. Laura no fue más que la representación abstracta de una amante imaginaria.

Cervantes también acarició el ideal afectivo de Don Quijote, ofreciéndole al manchego el amor de la utópica y hermosa Dulcinea del Toboso.

En la antigüedad los clásicos griegos y latinos y en la época moderna los neoclásicos, siguieron la misma senda para cantar los más vivos afectos del corazón. Entre los ecuatorianos, Olmedo regó flores a las plantas de la dulce Nise y Juan León Mera compuso madrigales en loanza de la amorosa Cemila.

Al tenor de esta costumbre poética y en presencia de una mujer en plenitud bajo los hábitos de la vida monástica, nada de extraño hay en las estrofas de Sor Juana Inés de la Cruz, consagradas a transmitir las emociones que despertaron en ella amantes y pretendientes imaginarios. Empero, es digno de alabanza aquello de haber escogido un temario de la entraña sensible para legarnos un tesoro que singularmente honra al parnaso femenino americano.

Este gesto de valor adquiere mayores quilates a los ojos de un balance circunstancial, si a los arrestos de esa voluntad firme e inquebrantable de la Monja, unimos la fortaleza de la inspiración, la destreza de la técnica y la multiplicidad de resortes afectivos que ella dispuso para adquirir el derecho de "Décima Musa".

Entre los amantes imaginarios de Sor Juana, Fabio es el pre-

dilecto, por más que golpean las puertas de su feminidad atractiva también Feliciano, Lisardo, Alcino, Silvio y otros.

Se puede creer que Fabio es el primero en el tiempo y el espacio de esa alma sedienta de amor. A él van estas desnudas redondillas:

Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé
la causa por qué lo siento.

Siento una grave agonía
por lograr un devaneo
que empieza con el deseo
y para en melancolía.

Y cuando con más ternera
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste, e ignoro
la causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano
por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro
yo mismo aparto la mano;

porque si acaso se ofrece
después de tanto desvelo,
la desazona el recelo
o el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto
consigo tal posesión,
cualquiera leve ocasión
me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien
con receloso temor,
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén.

Cualquier leve ocasión labra
en mi pecho de manera,

que el que imposibles venciera
se irrita de una palabra.

Con corta causa ofendida
suelo, en mitad de mi amor,
negar un leve favor
a quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada,
con contrarias pena lucho,
que por él sufriré mucho,
y con él sufriré nada.

Bogando a merced de las aguas de su pasión ardiente, Sor Juana pone suspensivos a su abierta extraversion del sentimiento y el deseo, para terminar con una fina y contundente ironía, similar a la que lanzara Jesús en defensa de la adúltera: "¡Quien no haya pecado que lance la primera piedra!"

Esto de mi pena dura
es algo de dolor fiero,
y mucho más no refiero
porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
en este confuso error,
aquel que tuviera amor
entenderá lo que digo.

En amor es frecuente sazonar el placer con dosis de dolor. De este dualismo en conjunción, Sor Juana lo acusa a Cupido. Pero es tarea de sensibilidades acrisoladas sumergirse en las ninfas del sacrificio para extraer el zumo del consuelo en beneficio propio o de su propiedad. Tal fenómeno psicológico exprime la benemérita Monja en esta glosa:

Si de mis mayores gustos
mis disgustos han nacido,
gustos al cielo pido
aunque me cuesten disgustos.

¡Oh qué mal, Fabio, resiste
mi amor mi suerte penosa!

Pues la estrella que me asiste,
de una causa muy gustosa
produce un efecto triste . . .

Y aun han hecho efectos tales
de mi estrella los desdenes
con efectos desiguales,
que aborrezco ya los bienes
como a causas de mis males.

Y así no llora el sentido
al ver que carezco aquí
de las dichas que he tenido,
porque sólo para tí
gustos al cielo le pido.

Pues te quiero de manera
y el bien a mí me limito,
que al cielo le agradeciera,
si el gusto que a mí me quito
a tí, Fabio te lo diera.

Este entregamiento sacrificado al ídolo del amor le ofrece de múltiples maneras, siempre trocando sus torturas en delicias de satisfacción cumplida. He aquí una prueba más:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te convencía,
que el corazón me vieses deseaba;

y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía,
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te aromen más celos tiranos,
ni vil sospecha tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón desecho entre tus manos.

La sensitiva y delicada amante no quiere herir la susceptibilidad de Fabio ni con la más leve sospecha de infidelidad. Ella es exclusivamente para él, y los celos, intrusos infaltables entre dos almas que se aman, deben desvanecerse a toda costa, aunque sea al precio de una vida. Así lo cree Sor Juana en otra promesa al dueño de su cariño.

Pues estoy condenada,
Fabio, a la muerte por decreto tuyo,
y la sentencia airada
ni apelo, resisto, ni la huyo,
óyeme, que no hay reo tan culpado
a quien el confesar le sea negado.

Porque te han informado,
dices, de que mi pecho te ha ofendido,
me has fiero condenado;
y ¿pueden en tu pecho endurecido
más la noticia incierta, que no es ciencia,
que de tantas verdades la experiencia?

Si a otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,
y el sentido trocado
de la ley, al cordel de mi cuello entregas?
Pues liberal me amplías los rigores,
y avaro me restringes los favores.

Si otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asístanme implacables tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú que me has dado vida me des muerte.

Semejante romanticismo platoniano, semejante amor tan tierno, están lejos del fingimiento de Petrarca por la viveza del sentimiento y por el realismo de una alma atormentada que, en una situación dada, no encuentra más elixir que la unidad amada. Semejante pasión nada tiene que ver con la pasión angélica del Dante, ni con la inalcanzable de Don Quijote y ni siquiera con la paradisiaca de Mera en su "drama entre las selvas". Ese amor, es el

grito de un corazón desesperado, de una ansia insatisfecha, de una alma aprisionada por hábito de honor.



La mayor parte de la lírica erótica de Sor Juana fecunda los eriales del idolatrado Fabio. En esa parte está también la mejor cosecha de su estro, descubriéndose la poetisa como la dueña o adoradora de una sola deidad. Sin duda Fabio en la imagen viviente del amado que se fue al comenzar el día de la suprema ilusión, para vivir en su recuerdo o en la reencarnación de un doble imaginario.

Pero la mujer, en verdad, ¿está destinada a amar un solo hombre en toda su existencia? Hay quienes se inclinan a experiencias afirmativas, mas nunca niegan el tonificante de los sustitutos. Pues ¡cuántas mujeres hay que perdieron la posesión del "amor único", para entregarse a otro hombre por la vía del casamiento o de las necesidades primordiales.

Sor Juana tuvo su ídolo predilecto y hondamente acariciado por su psiquismo de poetisa; pero en el jardín de sus amoríos abstractos o simbólicos, olvidó del que ocupaba el ancho fondo de sus recursos, como la viuda que reinicia por derecho el curso de idilios nuevos.

En uno de sus sonetos trae a dos amadores suyos, en la antítesis de su afectividad.

Feliciano me adora, y le aborrezco;
Lisardo me aborrece, y yo le adoro;
por quien no me apetece, ingrata, lloro;
y al que tierno me llora, no apetezco.

A quien más me desdora el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro,
y al que le hace desprecios, enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvegno,
me reconviene el otro a mi ofendido,
y a padecer de entreambos modos vengo;

pues ambos atormentan mi sentido,
aquese con pedir lo que no tengo,
y aqueste en no tener lo que le pido.

Tales zanjas infranqueables, a veces se vencen con alas de mariposa, volando de flor en flor, unas veces con afectos pasajeros y otras con desdenes, aunque no esté propicio el néctar en el cáliz del dulzor.

Sor Juana mariposea en otra ocasión. Ama también a Alcino, y a ese amor está esclavizada por falta de libertad.

¿Vesme, Alcino, que atada a la cadena
de amor, sufro en sus hierros aherrojada
mísera esclavitud, desesperada
de libertad, y de consuelo ajena?

¿Por qué soporta este tormento? ¿Por qué derrama sangre en el camino de su existencia, "siguiendo los vestigios de un engaño" que Alcino no lo oculta preponderantemente? ¡Ah, no! En este caso si estalla el casquillo de sus celos. Ella ha comprobado el delito del pérfido por medio de la policía secreta de sus mismos ojos. Entonces no le queda más que renunciar al romanticismo sentimental de antes, en un reto de ironía: "Mira, Alcino, más merece la causa de mi daño".



Excursionando por los dominios de los amores clásicos y resucitando a aquellos galanes de la bucólica antigua, Sor Juana regala un desdén a Celio.

Dices que yo te olvido, Celio, y mientes
en decir que me acuerdo de olvidarte,
pues no hay en mi memoria alguna parte
en que, aun como olvidado, te presentes.

Quiere decir Sor Juana que para olvidar al amante es necesario primero haber amado. Ello es una verdad irrefutable. En ayuda de su lógica vienen estos tercetos:

Si tú fueras capaz de ser querido,
fueras capaz de olvido, y ya era gloria
al menos la potencia de haber sido;

mas tan lejos estás de esa victoria,
que aqueste no acordarme, no es olvido,
sino una negación de la memoria.

A Silvio, en cambio, sí lo quiso; pues sin antes amarlo con la pujanza de una locura, no podía volcarse su pasión en este odio:

Silvio, yo te aborrezco, y aun condeno
el que estés de esta suerte en mi sentido,
que infama el hierro el escorpión herido,
y mancha, a quien lo huella, inmundo el cieno.

Eres como el mortífero veneno
que daña a quien lo vierte inadvertido;
y, en fin, eres tan malo y fermentado
que aun para aborrecido no eres bueno.

Tu aspecto vil a mi memoria ofrezco,
aunque con susto me lo contradice,
por darme yo la pena que merezco;

pues cuando considero lo que hice,
no sólo a tí, corrida, te aborrezco,
pero a mí, por el tiempo que te quise.

El odio concebido de esta manera tan injuriosa y cruel, en la plenitud de una epístola panfletaria de incicatrizables mordeduras, da para sospechar que la Monja de México rebasó la abstracción de sus amores, para sentir en carne viva el golpe multiforme de los desengaños. Mas sea cualquiera el misterio de su vida o de su mundo interior, en ese espíritu de enclaustrada navega la barca de una mujer impetuosa, al empuje de los más recios y variados vientos del erotismo.

5

Otras voces del mismo amor

En el Ecuador tenemos un libro que se aproxima a las quinientas páginas y que constituye ya una rareza bibliográfica. Se intitula "Obras Selectas de la Célebre Monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz". Su copilador, Juan León Mera, lo publicó en 1873, con un largo prólogo que abarca la biografía de la poetisa y un "juicio crítico sobre sus producciones".

No obstante su arraigado y casi intransigente espíritu católico el ilustre copilador reúne en el libro el mayor número de

las composiciones eróticas de la Décima Musa, a la vez que el juicio que acerca de ellas vierte es justamente elogioso y de indiscutibles aciertos en el aspecto general.

"Sólo falta que digamos, porque nos cumple decirlo, expresa el crítico, que en aquellas poesías tan apasionadas, tan fogosas, tan **sáficas** por el espíritu que las anima, no obstante que desdicen del estado religioso de su autora, no hay desenvoltura repugnante, no hay aquel sensualismo pagano que, por ejemplo, se ha censurado en la monja portuguesa, Violante de Ceo, coetánea de Sor Juana Inés. Si ésta poetizó movida por un sentimiento puramente humano, nunca consintió que llegasen a su lira los dedos de la inmunda lascivia. Fue monja contra la naturaleza de su genio, y escribió para fuera del convento. Su espíritu se escurrió al mundo por entre las rejas del locutorio; mas el espíritu del mundo no la extravió ni manchó jamás. Sus virtudes de monja, aunque en todo caso virtudes, fueron adquiridas por fuerza; sus virtudes seculares, excelentes para la vida social y activa, fueron espontáneas; en éstas tuvo el mérito de la docilidad para seguirlas y de la sinceridad de demostrarlas sin ofender la modestia; en aquellas tuvo el mérito del valor y del sacrificio, pues que tuvo que luchar consigo misma: las poseyó por derecho de conquista. De esta manera se explica por qué su musa, mal avenida con la toca, prescindió con frecuencia de las virtudes ascéticas y respetó las sociales. Las primeras la obligaban a contradecir, a condenar sus afectos, y esto era imposible; las segundas podían satisfacer esos afectos quitándoles todo veneno corruptor, y a esa causa las dió preferencia."

Sea cualquiera el marco de la proyección de la Musa mexicana, ésta no dejó de escudriñar los más sensibles rincones de las amorosas pasiones femeninas, como que las llevaba en sí, en ansiedad comunicativa, en agujoneo extraversivo. Para ella no le son ajenas, en sutil exploración, ni los amores quemantes, ni los celos torturantes, ni los deseos de la carne, ni nada que natura trae implacable en los fueros de la mujer. Ella sabe de los cálices abiertos en el jardín de ensueños, anhelos y esperanzas; de la dulce satisfacción que brinda la asegurada conquista; de los reproches que merecen los amantes que juegan con el amor; de los desdenes que aguzan el sentimiento de la coquetería, y de la impregnación que cae como dardo mortal sobre la cabeza de los infieles.



Las voces del amor en la lira de Sor Juana corren por todos los dominios de Eros. Algunas quedan ya expuestas en la revista

que pasamos de los amantes abstractos o imaginarios de la invicta revolucionaria del monjío. Ahora nos queda escuchar otras voces del mismo amor, siquiera en un breve recorrido de curiosidad sensitiva.

Para ratificar que Sor Juana Inés no pudo callar sus antojos cercanos de mujer, sírvanos de ejemplo, esta invitación a Fabio para celebrar su ardorosa extinción:

Oye en tristes endechas
las tiernas consonancias
que al moribundo cisne
sirven de exequias blancas.

Dame el postrer abrazo
cuyas tiernas lazadas,
siendo unión de los cuerpos,
identifican almas.

Oiga tus dulces ecos,
y en cadencias turbadas
no permitan el ahogo
enteras las palabras.

De tu rostro en el mío
haz amorosa estampa
y mis mejillas frías
en ardiente llanto baña.

Recibe de mis labios
el que mortales ansias
el exámene pecho
el último aliento exala...

En otra canción le dice a Fabio que ella disparó su Cupido y "logró el mejor acierto", hiriendo al codiciado blanco. Otra vez le comunica a Fabio que su alma está "rendida por el amor". Y en los cuartetos de un romance revela las potencias de ese fuego abrasador que la consume.

Muero ¡quién creyera! a manos
del objeto que más quiero,
y el motivo de matarme
es el amor que le tengo.

Este morir por la insatisfacción de "la apetencia", lo explica en una paradoja de tipo santateresino:

Así alimentando triste
la vida con el veneno,
la misma muerte que vivo
es la vida con que muero.

De repente la pasión erótica de Sor Juana invade el campo de los complejos que los psicoanalistas llaman sadismo y masoquismo. Veamos al respecto qué nos dicen estos dos cuartetos de las antítesis estremecidas:

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata;
triumfante quiero ver al que me mata,
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Semejante pasión ciega y caprichosa llega alguna vez a encararse con el poder de la razón. Entonces se desencadena la "guerra civil" en el psiquismo de la Décima Musa:

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión,
una esclava a la pasión,
y otra a la razón medida.
Guerra civil encendida
aflige al pecho importuna;
quiere vencer cada una,
y entre fortunas tan varias
morirán ambas contrarias,
mas no vencerá ninguna.

Los "peligros de la belleza"

La belleza es un dios de la sensibilidad humana. Es el don con que la naturaleza cósmica deleita y eleva al hombre hacia las regiones de lo sublime. Por tanto no puede ser nunca un mal para las criaturas de la esfera consciente.

Si madre natura colma de belleza al sexo femenino, no es para exponerle a peligros; éstos provienen de la sociedad que no respeta sus leyes o que establece códigos de moral sin antes normar los dictámenes de la especie en el camino de su perpetuación racional.

Dentro del orden social corriente se puede aceptar la hermosura de la mujer como un peligro para sí, en cuanto sus atractivos acarrearán la tentación masculina y hasta, en algunos casos, la conducen a los descarríos sexuales, como la prostitución verbigracia. Pero tal achaque proviene más de la falta de educación adecuada o de los trastornos de la crisis económica que es causa de grandes males en la humanidad.

En Sor Juana Inés de la Cruz se juntaron, en armonía singular, la hermosura espiritual y la belleza física. Sin duda estas cualidades nada frecuentes en la mujer común, le sometieron a la persecución de los ojos mundanos, despertándose en ella los estímulos de la pasión.

En la pauta de sus propias experiencias debió componer esa sin par alegoría "A una rosa":

Cuida tu candor, que apura
al alba el primer albor:
pues tanto el riesgo es mayor,
cuanto es mayor la hermosura.
No vivas de ella segura,
que si consientes errada
que te corte mano osada
por gozar beldad y olor,
en perdiéndose el color
también serás desdichada.

¿Ves a aquel que más indicia
de seguro su fineza?
Pues no estima la belleza
más que en cuanto la codicia.

Huye su astuta caricia,
que si necia y confiada
te aseguras en lo amada,
te hallarás después corrida;
que en llegando a poseída
también serás desdichada.

A ninguno tu beldad
entregues, que es sinrazón
que sirva tu perfección
de triunfo a su vanidad;
goza la celebridad
común, sin verte empleada
en quien, después de lograda
no te acierte a venerar;
que siendo particular,
también serás desdichada.

En otra alegoría que tiene el sabor de una parábola, Sor Juana discurre en campo contrario. Ahora la belleza ya no es un atributo de cuidado, sino algo que hay que disfrutar en la vida, porque la hermosura como el ser que la posee, nace, crece, se envejece y muere.

Este soneto cambia el paisaje y la acción hacia un nuevo simbolismo epifonémico:

Miró Celia una rosa que en el prado
ostentaba feliz su pompa vana,
y con afeite de carmín y grana
bañaba alegre el rostro delicado;

y dijo: Goza sin temor del hado
el curso breve de tu edad lozana,
pues no podrá la muerte de mañana
quitarte lo que hubieres hoy gozado.

Y aunque llega la muerte presurosa
y tu fragante vida se te aleja,
no sientas el morir tan bella y moza;

mira que la experiencia te aconseja
que es fortuna morir siendo hermosa,
y no ver el ultraje de ser vieja.

La didascalía de esta composición algo egolátrica se nimba de narcisismo psicológico. Se diría que fluye livianamente bajo la influencia de Epicuro o de Tito Lucrecio Caro que poetizó "la naturaleza de las cosas" en su contenido sensorial y esencial. Igualmente es notorio el influjo de ese maestro del amor, Ovidio, a quien lo recuerda la poetisa en una evocación melancólica:

Sé que nací poeta,
que, azotada como Ovidio
suenan en metro mis quejas.

Entre aquella composición que encara al peligro del amor por el disfrute del engaño y la otra que induce a gozar de la edad florida, no existe contradicción alguna, sino que la poetisa quiere y aconseja que los bienes naturales son para usarlos provechosamente, fuera de las encrucijadas o de las redes de la perversión social.

Por otro lado se advierte que la autora es partidaria de la muerte en plenitud de vida, quizá por la codicia de ser señtada y llorada por amantes y admiradores, o para no sufrir el desengaño de la indiferencia de los labradores del dulzor juvenil. Empero, tan caprichoso anhelo se cumplió en ella porque murió cuando sus tesoros espirituales habían dominado la cumbre de su gloria y cuando los atractivos físicos empezaban a despedirse más allá de los cuarenta años de su fructífera existencia.

7

¿Aberración?

La psicología y el psicoanálisis han llegado a comprobar la existencia de aberraciones de origen sexual que concurren al vasto océano del amor. Uno de esos desvíos de la naturaleza es el homosexualismo psicológico, el mismo que por falta de frenamiento consciente puede trocarse en vicio de detestables proporciones.

Sin entrar en consideraciones sobre la desviación que arranca su nombre de Sodoma, obvio es decir que la literatura universal nos ofrece una serie de casos en que la lírica erótica juega con esa voluptuosidad invertida, tras cortina de seda y color generalmente.

En las letras áureas de la antigüedad clásica, Virgilio constituye un ejemplo. En su segunda égloga, Coridón es enamorado de

Alexis, llegando a suponerse que el primero es el mismo autor y el otro, un esclavo del Polión.

"Coridón amaba ardientemente al hermoso Alexis, delicia de su dueño", expresa Virgilio, y pone en labios de ese amante, este reproche: "¡Oh cruel Alexis! ¿nada te cuidas de mis canciones?... Me obligarás al fin a morir..."

Tras esta senda abierta por el príncipe de los poetas latinos, veamos ahora cómo Sor Juana comunica su amor a Celia, en una de sus glosas.

Luego que te ví te amé,
 porque amarte y ver tu cielo,
 bien pudieran ser dos cosas,
 pero ninguna primero.

De mi vida la conquista
 tuvo término en quererte,
 y porque jamás resista,
 Celia, hasta llegar a verte
 solamente tuve vista...

A la condesa de Galve también le entrega un recado **sobre el amor que le debe**, como Laura a Petrarca. Otro lo envía a la "adorada Filis" cuya deidad reverencia, cuyo desdén idolatra y cuyo rigor venera.

Si tales modos afectivos de Sor Juana se admiten como una aberración psicológica de lirismo, el papel de conquistadora le corresponde a ella misma. Y no es erróneo creerlo así cuando la encontramos fingiéndose varón para transmitir a Lizarda los "desahogos de un celoso".

Yo no dudó, Lizarda, que te quiero,
 aunque sé que me tienes agraviado;
 mas estoy tan amante y tan airado,
 que afectos que distingo no prefiero.

De ver que odio y amor te tengo, infiero
 que ninguno estar puede en sumo grado;
 pues no me puede el odio haber ganado,
 sin haberme perdido amor primero.

Destellos de amor místico

Teólogos y filósofos escolásticos pretenden deslindar el alien-to místico del amor puramente humano, como si aquél fuera un privilegio emanado del cielo para santificar a determinadas criaturas en olor de santidad. Los psicoanalistas, en cambio, fijan las raíces del misticismo en las profundidades de la parcela de Eros. Al respecto, sin ser psicoanalista, P. Mantegazza define: "Para nosotros el amor es una sola función, que para ser comprendida no debe ser bárbaramente mutilada y dividida, de manera que una parte de sus miembros sea mandada al laboratorio del fisiólogo, y la otra permanezca en el escritorio del filósofo. El amor es una energía tal, que de los ínfimos grados del instinto más automático, sube a las más excelsas regiones de lo sublime, y tal vez ningún otro elemento fisiológico tiene polos más lejanos. Comparad el amor del australiano, que apalea de muerte a la primera mujer que encuentra en el bosque y la hace suya, con los amores místicos de Santa Teresa por un Hombre-Dios."

El misticismo de por sí es amor al ente divino; mejor dicho, entre Dios y la criatura. Esta se vierte en aquél, olvidándose del mundo, como si en él no existieran más que los dos.

Sor Juana Inés de la Cruz que adoró al ídolo de su amor profano en todas las direcciones del corazón, no se vió ajena a la sublimación de ese impulso sensible que por lapsos fijos lo desposaba con Dios o con el Hombre que lo representaba en su religión.

El amor de Sor Juana a la divinidad se patentiza en este romance "A Cristo sacramentado, en el día de la comunión":

Amante dulce del alma,
bien soberano a que aspiro,
Tú que sabes las ofensas
castigar a beneficios;

Divino imán en que adoro,
hoy que propicio te miro,
que me influyes la osadía
de poder llamarte mío;

hoy que en unión amorosa
imagino tu cariño

que si no estabas en mí,
era por no estar conmigo;

hoy que para examinar
el amor con que te sirvo,
al corazón en persona
has penetrado tú mismo:

pregunto ¿es amor a celos
tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo,
da de sospechas indicios.

Este divino amor que ha penetrado celoso en el fondo del alma de la amorosa Monja, otra vez llega a hablarle con la lamentosa voz de la ausencia.

¡Ay, dura ley de ausencia!
Quién podrá derogarte,
si a donde yo no quiero
me llevas, sin llevarme,
con alma, muerta, vivo cadáver.

Y puesto que me ausento
por el último valle
te prometo rendida
mi amor y fe constante,
siempre quererte, nunca olvidarte.

Acercándose más al misticismo, Sor Juana se siente poseída por el amor de Dios en un solo todo con su amor.

Llegad, pues en su favor
todos los bienes se ven;
que el amor del Sumo Bien
es sumo bien del amor.

III

SOR JUSTICIA

1

Fases del amor altruista de Juana Inés de la Cruz

Amor no es solamente la satisfacción voluptuosa de los amantes; es más: el pacto entre dos seres que están obligados a responsabilizarse del nacimiento y perpetuación de una familia, en un proceso de solícitos cuidados que norman la trayectoria social. De esta manera, de un plano típicamente egoísta se proyecta en altruismo, en multiplicación y conservación de la prole para fines iguales que culminan en la armónica convivencia nacional, internacional y humana.

Así, pues, en la fisiología y la psiquis del hombre o la mujer hay un egoísmo afectivo que se multiplica en amor altruista, lo que cristianamente se compendia en el "amaos los unos a los otros" y patrióticamente en el amor al suelo nativo con sus habitantes, su historia, su tradición, sus glorias y sus dolores comunes también.

Este amor altruista existió en proporciones apreciables en los fueros íntimos de la sensibilidad de la Monja de México. Un caso se aprecia en esas décimas en que pide a la Virreina de su patria "la libertad para un inglés" caído en el cautiverio de la esclavitud, sin duda como presa de esa guerra a muerte que se libró disputando hegemonías, entre el imperialismo inglés y el poderío español, en aquellos tiempos de la piratería "heroica".

La abogada de la libertad, en el tono que permitía la época, encamina de este modo su demanda:

Hoy que a vuestras plantas llego,
con el debido decoro,
como a deidad os adoro,
y como a deidad os ruego:
no diréis que el culto os niego
pretendiendo el beneficio
de vuestro amparo propicio;
pues a la deidad mayor
le es invocar su favor
el más grato sacrificio.

Samuel a vuestra piedad
recurre por varios modos,
pues donde la pierden todos
quiere hallar la libertad:
su esclavitud rescatad,
Señora, que los motivos
son justos y compasivos
de tan adversa fortuna,
y haced libres vez alguna
de tantas que hacéis cautivos.

Dos cosas pretende aquí
contraria mi voluntad:
para el inglés libertad
y esclavitud para mí;
pues aunque indigna naci
de que este nombre me déis,
en vano resisteréis
de mi esclavitud la muestra,
que yo tengo de ser vuestra,
aunque vos no me aceptéis.

Contraria es la petición
de uno y otro, si se apura,
que él la libertad procura,
y yo busco la prisión;
pero vuestra discreción,
a quien nunca duda impide,
podrá, si los fines mide,
hacernos dichosos hoy,
con admitir lo que os doy
y conceder lo que él pide.

He aquí a Eros transformado en Prometeo por amor al fuego sagrado de la libertad. El afecto a la unidad voluptuosa se ha sublimado en afecto a la unidad que tiene la categoría de símbolo en la demanda del derecho natural y del derecho de gentes, en cuanto concuerdan con los derechos del hombre.

He aquí la oración manumisora de una devota de las sagradas causas humanas que se ofrece en holocausto, como en el Gólgota de un corazón crucificado por amor al prójimo. Un sentimiento así puesto al servicio de la justicia social, nos dice a toda luz que

Sor Juana volvió del tálamo divino para consagrarse a la abogacía del mundo consciente y atormentado.



Variando el área de la emoción redentora, la lira de Sor Juana se dispone a la liberación de la mujer, esclava no por presión de la piratería imperialista, sino por obra de esa otra que marca el sexo débil para satisfacer sus apetitos carnales. Esta nueva posición, aunque lírica en su contenido esencial, hace de la Monja de México la amazona de clase y la titana avanzada de la justicia social.

Aproximándose a la compañera de la común tragedia, Sor Juana adopta dos actitudes directrices: 1º aconseja a la mujer para que evite los engaños del hombre que se encaminan a explotar su belleza y a gozar de su persona, para abandonarla luego en la desgracia y el desprecio social; y 2º, ante el daño irreparable de la mujer caída, increpa lógicamente y valientemente a los necios e injustos que denigran a quien se les entregó como vencida.

Vale decir que Sor Juana de México es la imagen de la Themis griega, "hija del Cielo y de la Tierra" y gestora de "la Equidad, la Ley y la Paz". Se la puede representar también pulsando la lira con una espada y alzando en alto la balanza de la Justicia.

2

Razón de ser del feminismo literario

¿Existe feminismo en la vida y la obra de Sor Juana Inés de la Cruz? A esta pregunta concurren otras: ¿Qué se entiende hoy por feminismo? ¿Quiénes son o deben ser sus pioneros?

"El feminismo —dice Humberto Mata— no debe entenderse como un movimiento superficial o intrascendente, o como un gesto de filantropía y caridad pública para con la mujer... No se trata de una actitud lírica y snobista; se trata de un imperativo de conciencia social y una necesidad vital por excelencia: una necesidad humana, en la amplitud de la palabra.

"La histórica hegemonía del hombre hace que la vida y trayectoria ulterior de éste no adquiera el carácter de un problema nuevo; pero en cuanto a la mujer sí; porque ella ha vivido postergada, inferiorizada, subestimada en forma injusta.

"De allí que el movimiento feminista, vale decir el movimien-

to de reivindicación social de la mujer, la reconquista del sitio que le corresponde a la mujer en la vida, no sea tarea de ella únicamente sino del hombre, y tal vez, es paradójicamente así, al que más le corresponde.

"Es el hombre el que tiene que legislar para ella, es el hombre el que tiene que establecer las primeras bases que garanticen su independencia moral, su preparación cultural apropiada y profunda, su capacitación para el trabajo, y quien debe velar por su respeto, hasta que ella, cuando ya haya adquirido toda su formación cultural y su adiestramiento y capacitación se sienta con energías suficientes para conducirse y defender sus nuevas posiciones alcanzadas.

"Claro que habiendo como hay mujeres de extraordinario valor, que se han anticipado, por autoeducación, a romper los tradicionales prejuicios, son éstas las que desde la cátedra, la prensa, los cargos públicos, la tribuna, etc., tienen que influir directamente en sus compañeras, contribuyendo así a la constitución de nuevos grupos independizados y vigorizados por una moderna cultura que las capacite a servir de guías de las nuevas generaciones femeninas.

"Una mujer con fuerte y sólida cultura, con una orientación realista de la vida, con moderna capacitación técnica, está en posibilidad de actuar productivamente; y quien está en esa posibilidad y la realiza es quien mejor y mayormente tiene derecho a intervenir en la dirección de los destinos sociales."

Si admitimos que los hombres libres libertaron a los esclavos donde fracasó la cruzada de un Espartaco, es innegable que al hombre le compete luchar denodadamente por la liberación de la mujer, no para que sea su competidora en los destinos colectivos, sino para que cumpla ampliamente su misión femenina en el plano de sus capacidades, de su condición biológica y de su misión intrínseca. Ya ella, en su reducido núcleo liberado, aspira a gozar en plenitud de todos los derechos humanos que le competen, y su aspiración es muy justa; pero para que alcance la meta mayoritaria o total, no será suficiente la generosidad masculina; necesita empeñar su propia lucha en la medida de sus propios esfuerzos. Pues no le falta razón a ella para admitir ese rezago de egoísmo que sobreexiste hasta en el hombre de más arraigado feminismo.

En cuanto a aquello de que la campaña en favor de los derechos de la mujer es de sentido puramente social, no hay para qué apuntarla reparos. Mas es cierto que todas las grandes empresas de la humanidad, primero fueron parto de sus precursores, esto es,

de individuos que gestaron el ideal altruista en el aislamiento de sus meditaciones o al grito de su personal dolor. Sin embargo, para lanzar su clamor o disparar la chispa de su Prometeo, tuvieron por delante el anhelo de justicia social.

Lo que no es del todo cierto en las afirmaciones de Mata es su negación al recurso lírico feminista. Hoy mismo es el poeta quien más conciencia hace en el ánimo de los amantes de la dignidad humana que son aptos y listos para derrocar las injusticias mantenidas mañosamente por los tradicionalistas fuertes. Empero, con la lírica colaboran eficazmente en la sensibilidad reivindicadora, la novela, el cuento, la historia, la sociología y cuanto más aporta la literatura para el servicio de las causas nobles de los pueblos. Los mismos libertadores y legisladores de las buenas conquistas colectivas se vieron empujados por los arrestos épicos de las epopeyas precursoras o por la voz imperativa de una parábola recabadora de los derechos del hombre.

Los americanos, principalmente los descendientes de la España trovadora y juglaresca, no debemos olvidar que nuestra libertad política primero la proclamamos en la copla andariega, al son de las notas de una guitarra y al compás de una danza ritmada de afectos. Y los afroeuroasiáticos del viejo mercado de esclavos, deben recordar que éstos condenaron su oprobio primero en los apólogos, a fin de llevar su demanda a la conciencia de los hombres y los pueblos, en sentido de razón al principio y de derecho después. La misma mujer, para dejar de ser cosa del marido o esclava del hogar y la costumbre, puso —en cuanto le fue posible— ingenio y arte al servicio de su liberación. Esos cuentos de Andersen, Perrault y los hermanos Grimm, son a la vez que poderío del amor y el sufrimiento, en muchos casos, símbolos de las victorias libradas por la mujer en premio de un principado o de un reino. En esto es paradigma patético el caso de la Scherezada que conmovió al feroz Sultán en una cruzada lírico-novelesca de mil y una noches.

Vista de esta manera la lucha de la mujer por sus parcelas reivindicatorias, plausible es hallar en la Monja de México un vigoroso equipo de feminismo tanto en su actitud de burladora de los prejuicios de su época, como en su obra lírica que rompió los velos de la hipocresía social, ya como castalia de amor erótico, ya como consejera experta de su sexo y ya también como fustigadora de los "necios".

El feminismo lírico de Sor Juana

Buen poeta es el que interpreta bien los secretos del universo y del corazón humano. A sus ojos no se esconden los ayes del pueblo, las injusticias de los potentados, la filosofía de la vida ni el destino que compete a los seres de la creación, en la suprema armonía de la existencia.

Sor Juana, en su categoría de Décima Musa, no pudo cerrar sus labios ante el doloso sitio en que se había colocado a la mujer de su época y de las épocas sucesivas también. Pues hasta hoy la media parte del organismo social no ha alcanzado su liberación completa, por más que sociólogos, estadistas, legisladores y feministas vienen preocupándose de ella, al perecer, con loable intención de equidad.

Lo que verdaderamente le indignó a la Musa Mexicana fue la carga de injurias de los hombres contra las mujeres, siendo ellos mismos los factores de la deshonra femenina. Y su santa cólera estalló contra aquéllos, por medio de sus celebradas redondillas que colocan a su autora más arriba de Santa Teresa, si juzgamos por el vigor de la filosofía y por la repercusión de esa doctrina en la conciencia de los pueblos.

Aquí exhibimos algunas de esas preciosas semillas que la Sembradora entregó al surco de la redención de su sexo:

Hombres necios, que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego con gravedad
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis

para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede haber más raro
que el que falta de consejo,
él mismo empañe el espejo
y sienta que no está claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejandoos si os tratan mal,
burlandoos si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Pues ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada,
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

O ¿cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las habéis
o hacedlas cual las buscáis...

El último verso de esta transcripción es la clave del hombre para liberar a la mujer de las manchas que le hacen indigna de su aprecio. ¡Cuán grandes y profundas verdades puede decir el poeta en ocho sílabas! Y en efecto, quién busca criaturas perfectas debe hacerlas primero, de la misma manera que los hombres figuran a sus dioses a su propia imagen y semejanza.

4

Sor Juana, Protagonista de su Parábola

La acción feminista de Sor Juana Inés de la Cruz está más que en su lírica, en los atributos y extraversiones de su espíritu. La mujer que rompe la argolla de su opresión y obra altivamente, sin quebrantar las leyes naturales, de por sí se proclama redentora de las víctimas de su sexo, porque abre los cauces del ejemplo liberador.

Pero un significado más próximo de esa personalidad del Olimpo americano, tal vez acierte esta parábola protagonizada por la Décima Musa.

Cantaba la alondra sobre el mástil erguido de un corpulento maguey. Sus notas subían al cielo en espirales de luz, y después de besarse con los astros sedientos, descendían a la tierra nueva en lluvia de corazones.

Los rubíes de música, al posar sobre la tierra azteca, reventaron el milagro del huerto, del jardín y de los pájaros cantores, hermanos de la alondra en un mundo de amor.

Así alcanzó la dulce cantora la satisfacción de su dicha, el "crisol del tormento" y el "fuego de la perfección".

Cuando volvió a cantar la hija de la armonía, una serpiente enroscada a la base del mástil de campánulas áureas, lanzó su silbido al aire. Luego, usando su lenguaje venenoso, interrogó al ave de las notas celestiales:

—¿Por qué envías tus cantos al cielo y no silbas como yo, para que oigan las criaturas que se arrastran por el suelo? ¿No sabes que las hijas del barro somos lodo cuando se rompen las cataratas del cielo, y que en el lodo vivimos y en el lodo nos sepultamos, como tributo a nuestro terrígeno origen?

—Tú y los de tu especie que apenas moduláis un silbo, un grito o un rugido, nacisteis para hablar por lo bajo. El destino mío, regalo de los dioses del Olimpo, es para entonar alabanzas a los dones del cielo. Yo canto el amor, porque por amor y para amar

nacen y viven las criaturas humanas. Yo canto el amor, porque Dios es amor, y porque por amor mis cantos hacen el milagro de florecer las más tiernas ilusiones, los más dulces afectos, las acariciadas esperanzas y las femeninas virtudes.

—¿Qué? ¿No sabes que yo también soy la diosa del amor? ¿No sabes que por mí se fundó el amor en el Paraíso? ¿Y no sabes tampoco que soy Quetzalcoatl o la serpiente emplumada, a quien los toltecas le rindieron culto por muchos siglos? Durante largo tiempo fui el dios del viento y con mis alas derribé los castillos de los magueyes. Y fui la estrella de la tarde para desafiar al huídizo sol. Empero, cuando me revestí de sacerdote sabio, los hombres se postraron a mis plantas para adorarme como al Mesías.

—Si fuiste la diosa del amor, tu poderío se derrumbó al caer de la tarde de tu reinado. Mi Dios Eros vive por los siglos de los siglos, y vivirá eternamente mientras hayan corazones amantes sobre la tierra. Y si antes con tus alas huracanadas pudiste derribar los mástiles de los magueyes, en cambio no pudiste jamás derribar el pensamiento, derribar los sagrados afectos ni derrocar el gobierno de las voluntades fuertes. Yo soy la abogada entre el Cielo y la Tierra, y para doblar la rodilla tengo un Dios que está sobre todas las criaturas y todas las cosas. ¡Ese Dios es Jesús!

—Tú me hablas como pagana y como cristiana. ¡Así no podremos entendernos!

—¡Ni hace falta! Pero es preciso que aclares el origen de tus pretensiones! ¡Que pruebes que alguna vez alzaste tu silbido a las alturas del sublime cosmos!

—Ya te he dicho que yo silbo para los de abajo, porque abajo nací. Mas cabe decir que tú eres erótica, y para los de mi mundo, el erotismo es abominable, ya que procreamos por instinto. Además tú eres cristiana, y precisamente los cristianos que conquistaron a mis siervos aztecas, toltecas y mayas, adoraron a Cristo y se arrastraron como yo, no por amor al suelo que hollaban con sus plantas impúdicas, sino por ambición del vellocino de oro, por desprecio al trabajo, por falta de caridad para con sus prójimos nativos y por eso que llamas tú "el infierno de la Inquisición".

—Mi dios Eros no es abominable, puesto que él sólo manda amar. Y se aman con lo mejor del sentimiento las criaturas que nacieron en la tierra humedecida por la lluvia de corazones, al igual que el fruto del beso de mis notas de luz con los astros sedientos de la comba infinita. Y si soy cristiana, a mucho honor lo tengo, porque no fueron cristianos los desatinos de los conquistadores y colonizadores de México ni de ninguna parte del Mundo, y porque la misma Inquisición no fue cristiana, por más que

se invocó el nombre sagrado de Jesús. Cabalmente yo canto para enseñar a mis hermanos y hermanas en Cristo, que la alondra detesta el despotismo de la esclavitud, al par quel a Inquisición y las hipocresías que disfrazan de diablo al amor. Yo nací para legislar la humana sociedad por medio de las notas libres que liberarán a las mujeres de México, de América y del Orbe en general, sea en el hogar o el claustro, para lograr el edén de las supremas venturas, al fuego de la perfección, sobre el crisol de la voluntad y los más puros sentimientos.

Impotente para entender y resistir un discurso guiado por la estrella del amor, la serpiente emplumada se quedó dormida. Fue ése el efecto de las palabras mágicas de la alondra, la que volvió a cantar sobre el mástil erguido del corpulento maguey, enviando sus notas a las astros sedientos que fructificaban el milagro de la lluvia de corazones.

Los rubíes de música, al posar sobre la tierra azteca, tolteca y maya, germinaron y florecieron el jardín de los amantes humanos y divinos, entonando el Himno de la Justicia y el Canto de Gloria de la mujer del porvenir.

CORDERO

(Fragmento del libro en prensa "Marginales para un Estudio de la Literatura Morlaca")

Así: CORDERO, en liso tratamiento de grandeza, igual como se pronuncia Dios o Bolívar, tal me place pronunciar el nombre de este poeta del que parte, taxativamente, la Literatura Morlaca. Cordero es, antes que ningún morlaco, de todos los tiempos, el qua da hontanar y cauce, singladura y meta a la actividad literaria de su comarca de las provincias del Azuay —como aleccionaba él que se denominara a las del Cañar y del Azuay, sin duda intentando se englobase como morlaca a su aldehuela nativa: Déleg, perteneciente a Azogues. Todo abarcó en literatura Cordero, hasta el periodismo . . . Y quiero recordarme estas frases de Luis Alberto Sánchez en su estudio LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA en el cual alecciona que "no se puede descartar el periodismo, por extraliterario, cuando existen los "Comentarios" de César, anticipo del periodismo de guerra, o la "Ciropedia" de Xenofonte (. . .) Bernard Shaw afirma que toda literatura es en el fondo, periodismo (. . .) No se puede descartar la oratoria por extraliteratura (. . .) Idéntica observación es válida respecto del ensayo (. . .) Sin embargo, a menudo se suprime de los textos la oratoria, la historia, el periodismo, y el ensayo, tildándolos de "literatura aplicada" o "anciliar" (. . .) No es verdad que toda poesía lírica sea una expresión puramente literaria: la hay también anciliar (. . .) Dejando de lado estas delimitaciones de Sánchez y sus suspicacias de expresiones literarias, deseo hacer mis apuntes sobre la obra poética de Cordero, en prosa y verso, sin tocar en el periodista. Para ello forzoso es comenzar por el hombre, por el emisor de esa cascada vertical con sino y crisma de altura.

Egregio fue Cordero, en la acepción del latín antiguo que con ello significaba el hombre rico en rebaños, el que tiene muchas

GREYES... Patriarca egregio sustentador de la raíz de su apellido fundando casta de talentos. Patriarca, con su autoridad indiscutible sobre las mentes de la comunidad espiritual, fue también la cabeza tutelar por la cual la Morlaquíá hallaba el sentido cabal de las palabras más nobles; en Cordero desembocan las dignidades de la Vida y la honra mayor de la Patria en trance de Inmortalidad. Debía ser de esta manera: Cordero fue la tierra misma transformada en excelencia y en sublimación de luminar. Cabe el monte Surampalti sus ojos se acostumbraron al altor inmedible de los cielos y a la racha de vientos fríos y cumbranos. Medía las cimas y afianzaba más sus plantas en la tierra, al par que sus pulmones estaban expeditos para todas las atmósferas. Apuñando la greda del Bayandel fecundo comenzó a leer en las mismas letras que sus manos modelaban con suspiro y con saliva. Aritmética aprendió sumando las estrellas; orografía en el terrón que levantaban con la azada; armonía en el trino de las aves y en el terrizo silencio sonoro de las noches oliéndose a tiniebla y a jugos vegetales. Los ríos y los regadíos prestábanle tutelar hidrografía, mientras el Sol, por su frente, iba insinuando aurora, mediodía, anochecer. Hombre de la tierra fue Cordero. Hombre para sentir la tierra en su carnadura de Poeta. Hombre para rebosar de tierra su corazón cocido en rescoldo de Luz con tuétano de eras y vértebras de flores. Hombre de la tierra matriz para honradez de la Patria, Luis Cordero se trajo del campo la potencia tonal de las montañas vibrando en su cerebro. De ahí lo cimero de su pensamiento y la augusta potestad de su límpido camino. Hombre a tono condigno con la tierra, hombre sincronizado al inmenso y magno latido de la entraña terrenal, fue fuerza centrífuga en la ciudad pequeña para sus ansias de subir. Fue un hombre, todo un hombre de la tierra para el resplandor del barro perenne del espíritu: en Ternura, en Letra y en Palabra. **TERRA, MATER UBERRIMA**, plegariaría Calle ensalzando la transfiguración exacta de la tierra hecha hombre, lujo de hombre.

Desde el repliegue de su monte casero "viene solo, desconocido, paupérrimo, de allá, de la lejanía campestre y casi selvática donde vió la luz, a la conquista de la ciudad; si puede, a la conquista del mundo. Es un bello y bravo adolescente, pero aun trasciende a bosque primitivo... ¿Quién le ayuda? Nadie: no tiene seguro el pan de cada día, y es para él un rudo problema la adquisición del libro, y del dinero para comprar el candil que alumbraba la velada. Un grano de mijo: casi nada (...)" **MANUEL J. CALLE**: "Luis Cordero. Así fue. Industriándose para el aceite o el sebo y la torcida para el candil que le alumbrase "leía los ver-

sos y las prosas en volúmenes prestados, a hurto de la necesidad". Y cuando le faltaba lo necesario para producir luz en su utensilio, tal como lo había en su campo las noches que la luna le negara su candil, prendía haces de paja y, de bruces sobre el pecho de la nodriza tierra, estudiaba la ciencia y la belleza que los hombres aprisionaran en el libro y que a él ya le bullía en germen en cada poro de su cuerpo receptor de luces para antorcha y propaganda. Cuéntase que en Déleg había dos hermanos, igualmente inteligentes, e idénticamente estrechos de dineros. Necesidad imprescindible de saber poesía a cada cual, pero no tenían medios para conseguirlo. Con centavo de prestado echaron su arte; el que quedara en el campo mantendría, con su trabajo, al que viniere a estudiar en la ciudad. Vino Luis Cordero y el hermano alzó en hombros los frutos de la tierra para que triunfase el ganador. Cuentan, así mismo, que Luis Cordero tallaba el coco y vendía preciosos anillos y MATES para costearse los estudios. Sino de Luis Cordero fue llegar a Cuenca para asombrar en los cenites de la Patria.

¿Que nadie le ayudó? Falso. "Cordero tuvo por maestro afortunadamente a D. Rafael Villagómez Borja, representante aquí de la cultura clásica", así lo sustenta Crespo Toral. De gran visión y severa y fraternal rectitud el Maestro Quiteño, haría cuanto en él dependiera para levantar, como su obra, al chicuelo delegño que no desperdiciaba miga de la cultura humanística de Villagómez. Libros daríale el maestro y, quizás, alimento para el estómago nutridor de ese talento de Cordero. Así pudo el terrigena genial, "estudiando, trabajando y batiéndose como un héroe en los caminos de la vida", llegar "a donde pocos hombres han llegado, y es todo cuanto se puede ser en esta sociedad, —desde Teniente Parroquial hasta Presidente de la República—; desde maestro de escuela hasta Rector de la Universidad y académico de la lengua; —desde juez civil de barrio hasta Presidente de la Corte de Justicia; desde mísero pendolista hasta inspiración y alma de los Parlamentarios, de los Municipios de su tierra; y consejero; militar, diplomático, tribuno, director espiritual de la juventud azuaya; comerciante, explorador de la selva, agricultor; abogado, diputado, senador, pentaviro, consultor político, maestro, de maestros; y literario, académico, botánico, moralista, filósofo, lexicógrafo, jurisperito, erudito, crítico, periodista, poeta lírico y epigramático, polemista, foliculario, filósofo, contabilista, escribiendo de todo en alto estilo y profundo pensamiento".

Ante esta andanada encomiástica de Calle bien puede aplicársele aquello que él mismo, tratando de su defensa a Muñoz Vernaza, denuncia que el vulgo nos achaca el antiguo aforismo:

PRIMERO PAISANO QUE DIOS... Pero ello fuera válido en hombre que no se llamara Luis Cordero. Todo lo que se diga en elogio de este hombre, aun lo más exagerado que pudiera presumirse, no es sino medida justa para la apreciación de su persona, síntesis de lo mejor que recogiera la vida a todo lo largo de los caminos transitados con hidalguía y timbrando sobre ellos su huella de grandeza, de montañés civilizado. Civilizado: de Civilización, siendo ésta como esencia, suma y compendio y reunión del conjunto de artes y ciencias que prestigian los órdenes y las esferas de un pueblo, de una Raza, de una Patria y de una Vida. Qué pocos hombres en el mundo pueden optar a ser civilizados! Acaso Goethe, Bolívar, Bello —y de nadie más quiero acordarme, por ahora. Civilizado y civilizador fue Luis Cordero. "Alimentado por aire y luz de la montaña, tuvo la robustez agraria, la fuerza sin las languideses del refinamiento, la sinceridad sin sombra del artificio. Formado en plena naturaleza, muy cerca de la tierra, por la necesidad del sustento, se nutrió en la disciplina de la obediencia. Conforme a su contextura, fue la orientación de su genio, espontáneo, libre, rebelde a la pedantería, con la sanidad del campo y la limpieza del agua". Asombroso es cómo Remigio Crespo Toral coincide con Calle en las apreciaciones sobre Cordero! Parece que uno hubiera enseñado al otro su biografía del Poeta y alguno hubiese imitado lo que el otro expresara. Pero, ¿cómo? Los trabajos fueron hechos simultáneamente, estando Calle en Guayaquil y el Dr. Crespo en Cuenca. Nada: coincidencia de dos hombres de talentos que hablaban de un tercero. Los dos, con su poderosa visión y certeza para filiar lo bueno, tuvieron que enfocar sus faroles para hallar los mismos ángulos, los mismos relieves e idénticas tasaciones en el hombre evaluado.

EL LIRIO MANCHADO

La noche arrebuja base en su dilatado velo de tinieblas, sacudiendo las cenizas del ocaso. Las lenguas de las bujías, que agujereaban la cortina de la sombra, dejando ligeras manchas de oro, comenzaron a debilitarse, como si la noche, con su neblina viajera, quisiera engullirlas en su hambre de silencio. Las voces humanas tenían cierto acento de quejumbre, y cual mariposas derriñíanse en la fauce gigantesca de la obscuridad.

María Piedad, una forma grácil, fuego de brasa en consunción, al moverse de un punto a otro de la habitación, parecía una brasa gris en porfiada lucha con la llama turbia de la noche. Miró el reloj de mesa. Y apresuróse a cobijar al mayor de sus hijos, observando su voz tenue:

—Mira, Carlos. Tus hermanos duermen. Tienes que madrugar.

Carlos, un colegial adolescente, apretó entre sus manos el pálido lirio de la diestra de su madre e imprimiendo en ella un tibio beso, contestó:

—Despertaré antes de las cinco, mamacita. No olvide de pedir a papá cinco suces para el paseo.

—No, Carlos. Duerme, mi bien.

Y el alma de la madre se volcó en un beso que para el manco era el lucero vigilante de su sueño.

El ojo blanquecino del reloj avisó a María Piedad la hora avanzada de la noche. Eran las once y Pedro, su marido, no llegaba. Un suspiro contenido acuchilló los labios descoloridos de la mujer. Luego, pensó en los motivos que tendría Pedro para vivir en los aleros de la ciudad. Ella le había observado, tímidamente, las dificultades que tenían sus hijos. La escuela y el colegio estaban distantes. Pero ella no mandaba. Tenía que callar y cumplir cualquier mandato. Si alguna vez hubo un reparo leve, medroso, por algún asunto casero, María Piedad tuvo que sufrir el insulto procaz de su marido bárbaro.

El ruido de unos pasos acelerados resistieron el metal vigilante de sus oídos. El corazón, dando un salto, acurrucóse más adentro del pecho. Recogiéndose angustiada, las energías perdidas de su ánimo, levantóse y acercóse a la puerta.

—¿Pedro?

—¡Quién puede ser, María Piedad!...

El pálido rostro de la mujer encendióse de júbilo al oír su nombre. Pedro había dejado de llamarla por su nombre. No faltaron, en cambio, las palabras grotescas. Animada por este súbito acontecimiento, pudo observar quedamente:

—Qué tarde vienes, Pedro. La comida está fría.

Pedro la miró largamente. Y pudo disimular el relámpago de cólera que asomó en sus ojos.

—¿Merendaste?

—No. Quería acompañarte.

—¿Y los muchachos?

—Duermen. Carlitos te esperó hasta después de las nueve. Me encargó pedirte cinco sures para el paseo que tienen los muchachos de su curso.

—Tómalos, María Piedad.

El calor tonificante del regocijo, apagado a los pocos meses del matrimonio, iluminó ligeramente la penumbra del alma entumecida de María Piedad. El destello de un pensamiento tierno pasó por su mente, dejándole una estela fragante de esperanza. Pedro habíase transformado. Qué fuerza desconocida había arrancado de sus entrañas la sierpe de su crueldad, preguntábase María Piedad.

—Pedro, voy a servirte la comida.

—No, mujer. He merendado con amigos. Merienda tú.

—No tengo apetito.

—Cómo se ve que anda repleto tu estómago...

—¡Por Dios, Pedro! ¡No podía comer antes!

—Debías comer junto con los muchachos. Andas muy pálida, extenuada... Las gentes se preocupan. Quiero verte como antes...

La fugitiva estrella de una lágrima brilló en los ojos de María Piedad. Las mejillas descoloridas aclaráronse de carmín. El alma salió corriendo a los ojos que brillaron como aquellas mananas en que el sol, repentinamente, rasga nubarrones oscuros y derrama torrentes de fulgores. El corazón salió de su escondite, igual al pájaro que saca la cabeza fuera de la jaula, y le crecía tanto que sus manos temblaban de emoción. No había duda. Pedro estaba transformado. Las palabras pronunciadas eran de un ca-

riñoso esposo. Dios le ha puesto la mano en su pecho duro como una piedra ennegrecida. El bien tenía que estar con él. Si era cristiano, apostólico romano. Conservador de cepa. Luchaba por la perduración de la Iglesia. Hablaba de Jesucristo que se sacrificó por los hombres, aunque sus siervos no podían imitarlo, y eran más propensos a la maldad. Los días perversos que había pasado, no fueron sino sueños turbadores de su felicidad. Los agravios, los golpes, los latigazos que martirizaban su cuerpo y su alma, no eran otra cosa que sombras malignas de una noche de insomnio. Cómo podía ser tan cruel, injusto su marido, si comulgaba los primeros viernes de cada mes; si oía misa con los brazos en cruz, besando el suelo; si pertenecía a muchas congregaciones místicas; si estaba dispuesto a quebrar sus huesos por el Partido Conservador? . . . María Piedad estaba salvada. Ya podía ser otra vez la mujer alegre, confiada, optimista. Los catorce años de matrimonio fueron solamente catorce segundos de una pesadilla tremebunda; de una noche cruenta que pensó arrancar del búcaro de su espíritu las flores radiantes de sus virtudes. Ya podía sonreírse sin temor; ya podía ser como una niña dispuesta a divertirse con sus hijos: cinco niños que crecían tal vez ignorando el martirio y el dolor de su madre.

—¡Pedro! ¡Qué bueno eres!

—¿Y cuándo no lo he sido?

—¡Sí! ¡Pero esta noche me siento más feliz!

Pedro calló. La idea salvaje que escondía volvió a enturbiarle los ojos. María Piedad no pudo observar el relámpago siniestro.

—Debes merendar —insistió Pedro.

—Estoy tan contenta.

—Vámonos, entonces, al cuarto de cosas viejas.

—Voy corriendo. Hay que encender la luz.

Pedro la observó iracundo. Recordó a la muchacha de otro tiempo. Cómo la veía correr, desde la ventana de su casa vecina a la de los padres de María Piedad. Esta le había fascinado, embrujado con su belleza. Un día que perseguía a una mariposa, María Piedad, con los cabellos flotando por el aire, era una llamarada rubia en incendio oloroso del jardín. Cuando ella le sorprendió, huyó a esconderse detrás de unos arbustos.

Entraron al cuarto apenas alumbrado. María Piedad soltó el pájaro armonioso de su voz, oculto en su garganta desde que supo que Pedro era un marido cruel, sanguinario:

—Y ¿qué hacemos aquí, Pedro?

—Siéntate, bestia . . .

María Piedad se estremeció y tambaleó un instante. Esa voz, golpe de iracundia, derrumbó definitivamente el arbusto bello de su vida. Habría rodado su cuerpo si a tiempo no se sostenía en una silla.

—Otra vez me insultó tu madre.

María Piedad estaba enajenada. Le faltaron las fuerzas y no pudo contestar.

—He prohibido que esa vieja bruja entre a casa.

—No ha venido —balbuceó.

—¿Y cómo supo de la última cueriza?

—Te juro, Pedro. No ha venido. Ni he contado a nadie. Quizá algún vecino se dió cuenta.

—El juramento es pecado, perra... Ahora ya no hay vecinos con oídos, ni boca con palabras.

María Piedad comprendió, entonces, la razón del cambio de vivienda, y comenzó a temblar.

—Desvístete, gran...

Como se resistiera, gritó furibundo:

—¡Te mato a palos si no te sacas los trapos!

El cuarto no era aparente para que María Piedad se desnudara. El viento gritaba, asustado, en la puerta. Las hojas de la ventana se mecían. Pero tenía que cumplir el mandato brutal.

Sacóse la bata con dificultad.

—¡Animal! Tienes que quedarte en cueros.

—¡Por Dios, Pedro!...

Un golpe brutal la tendió en el suelo.

—Pronto, grandísima...

La orden del verdugo tenía que cumplirse. María Piedad quedóse completamente desnuda. Era una flor blanca, temblorosa que se tronchaba ante la mirada lasciva e iracunda de Pedro. El pudor le obligó a cubrirse el sexo con una de sus ropas. Mas, el hombre, profiriendo palabras tremendas, la arrancó de sus manos.

Una carcajada siniestra, aguardentosa hizo temblar a la noche aterrida y perpleja. Con sus dedos de garfio, Pedro, estrujó las formas tibias de María Piedad. La ató a un pilar del centro del cuarto. Y armándose de un látigo que sacó de un cajón, comenzó el flagelamiento.

Los azotes gritaban en las carnes. Empero, María Piedad, ahogaba los gritos de dolor. Sus hijos no debían darse cuenta de esta tortura. Ellos no debían saber los instintos brutales de su padre. Le faltaron las fuerzas y desmayóse. El nardo níveo, manchado de sangre y de señales oscuras, dejó caer el tronco de su cuerpo sobre las cuerdas que le impedían caer al suelo.

—¡Anda!... ¡Cuenta a la vieja!...

Los latigazos continuaban como machetazos quebrando la noche que se arrugaba en quejidos. El cuerpo de María Piedad se apagaba, se oscurecía y pronto sería un pedazo de noche palpitante.

Una forma adolescente deslizóse entre los objetos del cuarto. Pedro vociferaba enloquecido de furor diabólico. Y la forma que llegó hasta detrás del vampiro, alzóse corpulenta; creció con los brazos levantados y descargó un garotazo en la cabeza del bárbaro...

—¡Mamá! ¡Mamá!...

Los gritos desesperados, enloquecidos de Carlos despertaron a María Piedad.

—¡Hijo!...

—¡Mamá!...

Pedro recobró el sentido. Levantóse mascullando frases satánicas. Cogió el garrote que le dejara inconsciente y salió precipitado en busca de su mujer y de sus hijos...

Un silencio cárdeno y una tiniebla temblorosa le hablaron de una fuga. María Piedad y sus cinco hijos habían abandonado la casa para no volver nunca más.

Quito, Agosto de 1951.

EL VATICINIO DE FRAY VICENTE SOLANO

Valor indiscutible de las letras ecuatorianas en el siglo pasado fue, indudablemente, fray Vicente Solano. Valor sin oropeles, valor natural y modesto. Nacido en la provincia del Azuay, vástago querido de un honorable hogar, ingresa en la comunidad franciscana a las 9 años de edad. Trasladado a Quito en 1809, forma filas en la Recoleta de San Diego para seguir estudios superiores y, cinco años después, recibe las órdenes sagradas.

Lingüista de primera fila por afición natural, habla y escribe con dominio el español, latín, italiano y francés. Amigo de la soledad y el campo, se dedica al estudio de las ciencias naturales y, al decir de uno de sus biógrafos, "es el primer ecuatoriano que dió a conocer la constitución de las mesetas interandinas, la estructura de sus gigantes cordilleras, la variedad, clases y riquezas de nuestras plantas y flores".

Periodista de gran envergadura, satírico y picante, fogoso por temperamento, se destaca como formidable polemista en "La Escoba", fundada "para barrer las basuras que amontona "La Libertad" (1) y tremendo fustigador de la actitud de su paisano general Lamar, desde "La Alforja" y "El Telescopio". No obstante, es el fundador de ese gran periódico azuayo que se llamó "El Eco del Azuay", periódico serio, lleno de ideas que tendían a orientar la marcha de la causa republicana por senderos responsables en 1828 y que mereciera el encomio de Bolívar, al decir que "él contiene la más útil y amena lectura".

Hombre de estudio, hombre de escritorio fue fray Vicente Solano desde su infancia hasta la muerte. Sus biógrafos ya han dicho

(1) Periódico ocasional que publicaba un grupo de jóvenes en Quito, secundando la nueva corriente ideológica que naciera al calor de los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad de la revolución francesa.

—más en el exterior que aquí, en su propia patria— lo que representa Solano para las letras ecuatorianas; ellos han desmenuzado la calidad de sus obras con ventaja para este alto valor de la literatura del siglo XIX. Por eso nuestra finalidad en estas líneas es sólo la de analizar el vaticinio suyo constante en "Bosquejo de la Europa y de la América en 1900"; estudio que algunas personas juzgan que para nuestros días está cumpliéndose plenamente: Europa será absorbida por Rusia y América por los Estados Unidos.



Los hechos producidos a raíz de la revolución francesa del año 1789 —abuso de la libertad, atolondramiento y venganza sanguinaria de la plebe— no dejaron en el ánimo de fray Vicente Solano la menor simpatía; por el contrario, las injusticias cometidas por los líderes criollos y analfabetos que tuvieron en movimiento constante a la guillotina, le provocaron sólo anatemas y censuras en epítetos fulminantes que se deslizan en las páginas de su "Bosquejo". Y eso que fue escrito en el año 1839...

De los hechos de 1789 arranca Fray Vicente Solano el tremendo concepto de estar contemplando una Europa corrompida y venal, señalando dos causas esenciales: la falta absoluta de ideas religiosas en tales países; y el desenfreno materialista de los mismos. "Revolución francesa del 89, abandono de la Religión, origen de todos los crímenes y desastres. Obra de iniquidad comenzada desde el siglo XVI con Lutero y Calvino, hombres salidos de las tinieblas que atacaron a la Iglesia con tanto ardor que, dentro de poco tiempo, abismaron la mayor parte de Europa"... Tal es el criterio del padre Solano para el enjuiciamiento del futuro de Europa.

Cuando Napoleón niega a Voltaire la reimpresión de sus obras durante el consulado y el imperio, prefiriendo a Racine, lo que Walter Scott calificó como "despotismo de Bonaparte", nuestro fray Vicente Solano queda intrigado con Scott y suelta que Voltaire dijo alguna vez: "no me gusta el gobierno de la canalla", hablando de las repúblicas, concepto que ya apunta su aberración al movimiento republicano de Francia.

Para nuestro compatriota franciscano la palabra libertad, nacida del movimiento popular de la toma de la Bastilla, no le viene como anillo al dedo. Ni siquiera cuando se trata de la libertad de imprenta. "No sé si tengan razón —dice Solano— los que afirman que el género humano nada ha adelantado con esta inven-

ción". "Lo que hay de cierto es que, como dice un escritor, "la imprenta ha producido efectos admirables, pero de un modo superficial; enseña a saber, pero no a pensar; no se sabe más de lo que se lee, y aun eso se olvida luego, porque no ha costado trabajo el aprenderlo; ha aumentado el número de libros, pero no el de autores; esto es de autores originales, porque de cien hombres al frente de cien libros, los noventa y nueve son compiladores, redactores, pero no plagiarios, porque, a la verdad, no hay a quien robar, no habiendo alguno con propiedad original; en fin, se ha aumentado el número de los que leen; hay bastantes eruditos, pero muy pocos sabios..."

Fray Vicente Solano estudia a Europa en su aspecto social después de la revolución francesa del 89 y la ve desquiciada. Está de acuerdo con Blackwod cuando dice: "Nos hallamos en un estado de transición de la sociedad, en el que se están estableciendo cosas nuevas y en el que los antiguos noveles se han elevado o discolado por una fuerza expansiva que viene de abajo, son cosas universalmente admitidas; pero el mundo está todavía a ciegas para distinguir si pasarán en bien o en mal estos vastos cambios orgánicos. En tanto que los adictos al popularismo los miran como principio de una nueva era en la existencia de las necesidades, como data de un período de ilustración, libertad y felicidad general, en que la especie humana, libre del yugo de la tiranía feudal, está para alcanzar un estado sin igual de prosperidad social; el partido conservador en todas partes los considera como causa de lo que puede sobrevenir a todas las clases sociales; especialmente a las que con ceguedad se empeñan en llevarlos con precipitación adelante: como que ellos conducen a la destrucción de todos los baluartes de la libertad y de la prosperidad..."

El desquiciamiento social europeo es evidente con el cambio de costumbres y de procedimientos políticos y sociales. Solano que estudia el fenómeno cree ver próximo el cumplimiento de la profecía de Ezequiel: "El Señor me habló diciendo: Hijo del hombre, fija tu vista en Gog, tierra de Magog, príncipe de la capital de Mosoch y Tubal, y profetiza de él y dile: esto dice el Señor Dios: aquí estoy contigo, Gog, príncipe de la capital de Mosoch y Tubal..." Solano argumenta que esta profecía ha sufrido, más que ninguno de los pasajes de la Santa Escritura, interpretaciones variadas. Una de ellas, la del advenimiento del Anticristo, fundada en el cap. XX del Apocalipsis, en que se habla de Gog y Magog, "cuya relación mira sin duda al Nuevo Testamento y no al antiguo; otros ven la invasión de Cambyse; la de los bárbaros del Norte de Europa, etc." Y luego da la interpretación rotunda del

concepto bíblico, así: "2º Digo que la historia de Gog y Magog es más conforme a la invasión de la Rusia en el siglo presente. En verdad, el profeta habla del poder de Gog, que sólo se puede verificar en una nación tan numerosa como aquella..."

La política rusa, esencialmente absorcionista a través de los años, va deslizándose en la autorizada rememoración del vaticinador religioso. El materialismo, esencia de la ambición de riquezas y poderío de las naciones, tiene un apoyo inequívoco en el derecho de conquista. Y ese derecho, constituye la gran razón del atropello del fuerte contra el débil. Por eso, el padre Solano, juzga que los países pequeños de Europa tienen que, tarde o temprano, ser abatidos por la invasión rusa. "Las masas que se aumentan incesantemente con un gobierno que se ilustra —apunta el Conde de Segur— permanecerán pacientes por su clima... y la invasión del Mediodía por el Norte, empezada por Catalina II, continuará. ¡Ah!, ¿quién podrá creer terminada esta lucha tan grande del Norte contra el Mediodía? ¿No es, en toda su extensión la guerra de la privación contra el goce, la eterna guerra del pobre contra el rico, la que devora lo interior de cada imperio? Y el padre Solano está de acuerdo con tal concepto, cuando ve a Europa constantemente amenazada por Rusia, esperando sólo la menor discordia entre las grandes potencias.

Así finaliza el padre Solano su concepto sobre Europa: "En suma: la Europa está muy trabajada por sus doctrinas revolucionarias. Los demagogos no se acomodan con ningún gobierno actual; los soberanos cada día pierden su prestigio o ellos mismos, por sostenerse en sus tronos, se degradan. ¿Cuál es la fuerza que pueda contener tanto desorden? Los hombres de Estado se hallan como Arquímedes, que tenía su palanca, pero no un punto de apoyo para mover el globo terráqueo. Para unos, el punto de apoyo es la Religión. Pero la opinión de la mayoría tiende a una especie de paganismo, no con Júpiter y Marte, sino divinizando el yo. Para otros, el punto de apoyo es la libertad en todo: libertad de cultos, libertad de conciencia, libertad de imprenta, etc., que se puede reducir a tres: libertad civil, libertad moral y libertad religiosa. Entre tanto la Rusia, con su fe ortodoxa, con su despotismo, con su orgullo nacional y su incansable deseo de conquistas, se halla observando que el fruto del liberalismo llegue a su estado de perfecta madurez, para saborearlo a su gusto".

Fray Vicente Solano dice que América está casi en la misma situación que Europa: las mismas doctrinas, las mismas tendencias a un porvenir funesto. Ve a México destrozado por la anarquía, "sin la integridad de su territorio". Y se pregunta: "¿qué

será de México en adelante? Una parte de Estados Unidos: esto es un hecho". Observa a Centro América y dice que sus Estados forman un todo tan ridículo como los bonetes del sastre de Sancho Panza... Cuba y todas las Antillas tienen una tendencia a los Estados de la Unión, como el fruto que no espera más que su madurez para descender al pie del árbol: esta es una cuestión de tiempo y nada más..." Y luego sigue analizando las condiciones generales de cada uno de los países americanos, para concluir: "... la América española se halla casi en la misma posición que Europa. Esta teme los conatos de la Rusia; la América española, los de los Estados Unidos. La tendencia de éstos no es un misterio; se habla y se escribe con toda claridad. Hay una oposición marcada entre la raza latina y la raza anglosajona..."

El padre Solano apunta que Estados Unidos en 1783 apenas contaba con dos millones de habitantes y en 1839 pasan de 14 millones. Tocqueville calculó que para 1900 la población del gran país del norte sería de 100 millones. La gran población de un país, trae como consecuencia el espíritu de conquista. Y esto tiene que desvirtuarlo el tiempo. O afirmarlo también. Pero lo evidente, a juicio de Solano, es que "la gran población de la América está reservada para el tiempo de la expedición del Norte sobre el Mediodía de Europa. Entonces emigrarán los sabios, los literatos, los artistas, los hombres industrioses, en una palabra, innumerables familias a estos países, que serán los únicos que se sustraerán del influjo de la Rusia. La América será para los europeos lo que fue Cartago para los de Tyro en la invasión de Nabucodonosor. He aquí el tiempo que ella debe esperar. Su comercio, su industria agrícola, su ciencia, la elevarán a un grado quizás superior a lo que hasta ahora se ha visto en el otro hemisferio".



Desde cuando Fray Vicente Solano escribiera los conceptos que anteceden han pasado algunos años. Y en el análisis uno se pregunta, ¿en verdad hay un vaticinio en todo ello? La respuesta tiene que darse con el detalle de los hechos de entonces acá.

Juzgada la política rusa con los antecedentes de país conquistador, siempre constituyó un serio peligro para las naciones pequeñas cercanas a sus dominios. En los años del zarismo, los países limítrofes no vivieron años de tranquilidad, especialmente Polonia que fue víctima de invasiones y ultrajes periódicos, de actos de terrorismo y de escándalos que dejaron huella en la historia. Caído el zarismo, surge la tiranía comunista de los bolcheviques; pero el

llamado gobierno del pueblo, levanta la bandera de la redención de los débiles, pero ataca justamente a los países débiles que no cuentan con medios para defenderse. La autocracia militarista se impone y a estas horas, en pleno siglo XX, el mapa de Europa ha cambiado radicalmente, porque los gobiernos de esos países pequeños, obedecen las consignas de Moscú y siguen ciegamente su política expansionista.

Rusia, la Rusia comunista de nuestros días, es el mayor peligro que tiene la civilización y la cultura occidental. Es la fuerza de un país que ha conquistado la ciencia para fines de expansión militarista. La fuerza que ha cambiado los sistemas y las armas de guerra, perfeccionando elementos para la eliminación de hombres y de naciones en masa. Nadie sabe cómo terminará este gran duelo entre la poderosa Rusia bolchevique y las potencias occidentales.

Las consideraciones que hace el padre Solano en su "Bosquejo de la Europa y de la América en 1900" dejan, en verdad, algo así como un vaticinio de lo que será Europa frente a la Rusia absorcionista. Consideraciones de historia y estudio psicológico de las muchedumbres de cada nación, no son para echarlas en saco roto cuando esas consideraciones son hechas por un psicólogo como lo fue Solano. Porque prescindiendo del aspecto religioso con que juzga algunos hechos, deja relieves de consideración en los análisis de aspecto social. Si viviese Fray Vicente Solano, ¿qué diría al ver cómo andan hoy las cosas entre Rusia y el resto de Europa y los demás continentes?...

Para la época en que Solano escribió su opúsculo, Estados Unidos tuvo su grave incidente sobre Texas con la nación mexicana. Su condenación fue dura y los conceptos que vertiera para el futuro no le favorecen tampoco a la gran nación americana. Por eso Solano habla del peligro de Estados Unidos para América Latina por su afán absorcionista. El vaticinador murió en 1865 y no pudo ver el caso de Panamá ni otros casos que vinieron luego a perturbar la armonía de las dos Américas...

Europa será absorbida por Rusia y América por Estados Unidos!... Ha acertado Solano en su gran concepción del futuro? En los últimos años se ha producido un cambio en la política de la Unión. Ya no hay absorcionismo territorial, ni se han producido acechanzas de dominio territorial. Pero en lo económico, en la marcha de la política internacional, la influencia de Estados Unidos sobre nuestros países indoamericanos es evidente y esto no lo puede negar nadie que hable con amor a la verdad.

J U L I O C. T R O N C O S O

SOCIOLOGIA RURAL

Ponencia presentada en el IV Congreso de Sociología verificado en la ciudad de Morelia, capital del Estado de Michoacan, República de México, del 28 de noviembre al 5 de diciembre, capital del Estado de Michoacán, Re-

TEMA VI

Grupos y Cuasi-grupos Sociales de la Comunidad Rural

A.—La Familia Campesina

- a) La familia campesina como grupo satisfactor de necesidades económicas;
- b) La familia campesina como medio de protección, aseguramiento y pertenencia para sus miembros;
- c) Cohesión y desintegración de la familia campesina.

B.—Las clases sociales en el campo

C.—El campesinado como masa. Su importancia política y social.

D.—Los sindicatos y cooperativas en el medio rural;

E.—Los partidos políticos de agricultores y las formas de participación del agricultor en la vida política;

F.—Participación de la población rural en la formación de la conciencia nacional.

GRUPOS Y CUASI-GRUPOS SOCIALES DE LA COMUNIDAD RURAL

Es de rigor consignar que la gran comunidad rural comprende, dentro de las características comunes y generales de esta clase

de unidades sociológicas, estratos claramente identificables que conforman grupos y cuasi-grupos sociales.

El grupo, bien se nos viene colegir, es lo definido y arraigado, con calidades de permanencia y de valor sustantivo mensurable. Se trata de un estrato social en plena madurez y con calor palpable de evolución.

El cuasi-grupo en cambio, asoma tan sólo potencial y en camino de adquirir consistencia duradera y perceptible, siendo capaz de ello sí, constituir una fuente de movimiento, de acción y de reacción concienical que cumple necesidades perentorias.

Obvio es deducir que para los fines de la investigación científica y para el objeto del análisis de la realidad social, preocupen el primero y no el segundo, por razones claras y sencillas; tanto más que éste, las más veces, por circunstancias de diversa índole, no llega a consolidar.

Debemos dejar establecido también, que entre las grandes concentraciones humanas, toma posición de relieve por su fisonomía peculiar, su estructura inconfundible, su origen histórico y sus derivaciones polifacéticas, la **comunidad rural**, la misma que siempre ofrece ángulos nuevos de estudio y proporciona un caudal magnífico de información, apto para la especulación inductiva y para la observación provechosa.

Cómo y de qué manera se desenvuelve la comunidad rural, y además de qué lineamientos? He allí los aspectos que asume el problema y la necesidad de presentarlos en sus propios contornos y extensión.

Adelantaremos a este propósito, que si bien podemos ajustar el marco de nuestro examen, como tesis general, a los principios y doctrinas científicas ya conocidos, y que por su índole de autoridad consagran una anuencia que sin ser dogmática es admitida como norma tangible, en lo particular, relativo a **nuestro medio geopolítico ecuatoriano**, tenemos que ceñir aquéllas, categóricamente, a la verdad real y efectiva, sin mixtificaciones inoperantes que, en definitiva, nos alejarían mucho de ésta con grave e irreparable perjuicio.

Para los fines que persigue la ciencia y el incentivo que anima nuestro estudio, lo que interesa justamente es la sustantividad de nuestra condensación rural, libre de apreciaciones que no sean las de su ambiente, de su historia y de su suelo.

Es bien conocido, a este respecto, que de ningún modo cabe juzgar los hechos sociales con un solo patrón; o encerrarlos, si se quiere, en su solo caudal; pues ello, a más de ilógico e inconveniente, es inocuo y pueril.

Si tales hechos varían de una localidad a otra, en una gama sucesiva, en el espacio y en el tiempo, lo racional y prudente es concluir que son las deducciones respectivas las que deberían acomodarse a esas variaciones y matices inevitables, sin pretender que sean éstas las precedentes fijas e inmutables.

Es por ello que no todas las comunidades rurales sean similares, o peor, idénticas. En radios cercanos de separación, es distinta la comunidad rural de la sierra que la del litoral; y dentro de estas circunscripciones, existen gradaciones sensibles que determinan características específicas.

Ahora, que muchos de los factores esenciales comunes a las unidades rurales, sean estables y permanentes, no cabe duda; pues sin ellos no cabría la existencia de aquéstras, o devendrían en otra clase de concreciones sociales.

Expusimos ya que la comunidad rural, en el círculo de su desarrollo vital, abarca segregaciones sociales verdaderas que tipifican grupos y cuasi-grupos, últimos éstos de consistencia variable.

Si tal acontece, resulta indudable que aquélla está ligada, por otra parte, a los elementos impuestos por el lugar o factor geográfico.

Las actividades de la comunidad rural, por tanto, se desenvuelven de conformidad con tales elementos, los cuales determinan su peculiar naturaleza e influyen en su estructura y proyecciones inmediatas, sin perjuicio, desde luego, de los otros factores que, por su valor y trascendencia, como lo histórico, tradicional, biológico, síquico, económico y religioso, concurren también a esa determinación.

Puédese establecer, entonces, que la conjunción rural admite dos primeras segmentaciones de faz definida: la costa y la sierra, en cuanto cada una, en atención al clima, calidad del suelo, corrientes de agua, humedad, formas de cultivo, productos, costumbres y hábitos; índice de cultura y estándar de vida, etc., se singulariza y diferencia de modo palpable.

Empero cada zona, por el elemento humano que la puebla, adopta también sus propias modalidades las mismas que demuestran la influencia decisiva que ejerce el patrón telúrico.

Para explicar mejor estas afirmaciones, apelemos un tanto a la ecología social, en la medida que mejor se avenga con la cuestión que nos ocupa.

Tenemos en el Ecuador dos demarcaciones geográficas bien conocidas: el litoral y la sierra.

Una provincia del litoral, cualquiera que fuese, comprende cantones y parroquias, con la notable secuencia, esto sí, de que

fuera de la cabecera cantonal, los otros, de segundo y tercer orden, son ya rurales; siéndolo en mayor escala, lógicamente, las parroquias, las mismas que en la cabecera de provincia, por ser la ciudad principal, componen el núcleo de las urbanas.

Aledaños a las parroquias rurales, desde luego, vegetan los ranchos y bohíos. De igual manera, una provincia de la sierra subdivídese en cantones y parroquias.

La cabecera provincial que generalmente es la ciudad, es la única que cuenta con parroquias urbanas y rurales. Los demás cantones, por muchos motivos, son rurales.

A la vera de lo rural, con paso cansino y gesto larvado, aparecen los caseríos, aldehuelas y anejos.

Así en la sierra como en el litoral, los cuasi-grupos confinan en las formaciones sociales más simples e inconsistentes; la vida eventual y episódica dijéramos, en las incidencias del oleaje humano.

Estereotipados los grupos rurales en la forma que antecede, deviene entonces la familia campesina.

A.—La familia campesina.

Comenzaremos por advertir, a este respecto, que no todo lo rural es campesino, por mucho que los vocablos sean sinónimos y tengan un mismo origen.

Admítase como denominador del hombre del campo la expresión rural, y aún el concepto mismo corriente responde a esa acepción. Sin embargo, en rigor lógico, podemos concluir que si bien lo rural pertenece y es propio del campo, siendo esta particularidad lo genérico y etimológico, lo específico sería, con mucho acierto, lo campesino.

Y en esto debemos convenir porque la investigación a ese punto nos conduce, y porque razones y motivos valederos, nos llevan a pensar de ese modo.

Síguese de aquí que hay y pueden haber familias rurales; pero las hay también familias campesinas, con su propia morfología y su propia matriz social.

Si la familia, célula social, es el precinto elemental y primario de la humanidad, una forma de su propia esencia inconfundible y fecunda, es la concreción campesina.

No queremos enunciar con esto, por cierto, que haya diferencia entre lo rural y campesino en cuanto a su naturaleza, mas, en lo que se refiere a la textura, revestimiento y color, existe aquella en grado notable.

Cierto que la familia rural como la campesina pertenecen al campo, más innegable es que sólo ésta es la que nace, crece y desarrolla en su suelo, arraigándose a él y formando parte constitutiva y necesaria de su naturaleza, como si fuese parte indiferenciada de su fauna y de su flora.

Una de las marcadas tendencias de la comunidad rural, entendida así, con mensura restringida, es aquella orientada a la formación incipiente de clases, tendencias que debemos atribuirles a esa especie de sombra que se proyecta desde la ciudad y que viene prendida muchas veces al pañuelo del paisano, pañuelo que al sacarlo en su parroquia se convierte en señuelo de los suyos y del vecindario.

Característica fundamental de la familia campesina, en cambio, es la relativa a su aglutinamiento en un sólo estrato perfectamente identificable por su fondo y por su forma, si hemos de acudir a estas locuciones.

Con el fin de demostrar la ecuación social que podría encontrarse en las premisas que preceden, juzgamos necesario verificar un examen de los hechos históricos, pues de otra manera podría darse a nuestra opinión estimativa una interpretación diversa y hasta alejada del teorismo científico.

Establezcamos, a nuestro desautorizado juicio, que a la Sociología, de habersele dotado desde ángulos foráneos, de grávida influencia en múltiples planos de las actividades sociales y de la cultura, de modo forzoso se la hubiese creado en América, en cuyo ambiente, verdadero laboratorio de ideas y fragua de potentes energías, se está ensayando una serie gradual y metódica de experiencias y una suma cada vez más honda y frecuente de estudios de la más variada índole y marcada importancia.

Hase exclamado en múltiples oportunidades, son sobra de cordura, que los problemas de Europa, o los de otro continente, no son los de América, y esta verdad, siempre actual y siempre alerta, debemos repetirla con justificado énfasis.

Pongamos el caso, a este propósito, de la cuestión que motiva este trabajo. La familia campesina europea tiene un origen histórico que arranca de la edad media, a principios del siglo X, y su etiología guarda conformidad con los factores determinantes de la época.

No ignórase que en este siglo desaparecen las leyes particulares de los diferentes pueblos bárbaros y los habitantes de toda Europa adoptan poco a poco las mismas costumbres. En adelante se diferencian unos de otros no por su nación sino por su riqueza y sus ocupaciones; ya nadie habla de francos, de romanos o de

burgundas, sino de caballeros, señores, clérigos y campesinos. La casa de Dios, dicese por aquellos tiempos, es triple: unos combaten, otros oran y los demás trabajan, dando a entender con este régimen, que no quedaban establecidas otras castas que las de los señores, clérigos y campesinos.

Los campesinos, al ocupar como de hecho ocuparon el último de los estratos sociales, por un motivo u otro, entre ellos el no poder equiparse para guerreros, se entregaron a las faenas agrícolas.

Durante las guerras del indicado siglo, todos los propietarios fueron convirtiéndose en caballeros gracias a la obligación que tenían de figurar en el ejército. La tierra, entonces, debido a esta compleja incidencia, enteramente del dominio de la iglesia, de los señores y caballeros, para evitar que permaneciese incultivada, fue dividida o seccionada en grandes porciones que luego llamáronse **villas**.

Estas villas o propiedades que constituyeron más tarde una aldea y el conjunto de algunas de aquellas devino en distrito municipal.

Demás está consignar que en su mayor parte las villas y aldeas europeas, proceden de una de esas haciendas de la edad media.

Las familias campesinas que vivían en tales distritos tomaron el nombre de villanos, y sin ser propietarios, entendíanse tan sólo en el cultivo de la tierra.

Empero, quiénes conformaron estas familias y cuál fue el motivo inmediato? He aquí las causas que fijaron su arraigo al agro.

Unas procedieron de antiguos hombres de armas que por ser pobres y no tener los medios para proveerse de un equipo, entraron al servicio del dueño en calidad de colonos, o sea como arrendatarios y hombres libres; otros descendían de esclavos y siguieron en su condición de siervos, tan sólo que éstos, diferentemente de aquéllos, fueron adscritos a la gleba con el derecho de tener familia, una casa y un campo, sin que el amo pudiese venderlos o privarlos de su familia y de su hogar, el mismo que pasaba de generación en generación por norma consuetudinaria. En esta posición, fácil es comprender que el villano siervo no era de condición muy inferior a la del colono libre.

Unos u otros, desde luego, en el orden del sometimiento feudal, estuvieron condenados a satisfacer iguales deberes y obligaciones, y a soportar una considerable suma de cargas, cada cual más odiosa y deprimente.

Citemos algunas de entre éstas que aún se conservan sólo modificadas, en nuestros lares:

a) Diezmos y primicias;

- b) Prestaciones, o sea, trabajar la tierra del señor: sembrarla, cuidarla, recoger las mieses y llevar leña;
- c) Servicios domésticos en la casa del amo;
- d) Pesas y medidas del señor; su molino, su horno y su lagar, obligatoriamente ocupados por el campesino mediante pago prefijado;
- e) La **justicia** mediante la cual el señor la administraba a su tante y sabor.

En el decurso de las edades, por fuerza de las ideas de reivindicación y defensa de la dignidad humana, que encarnaron en el renacimiento, y luego, cristalizaron en los principios de la revolución francesa, cambió radicalmente el régimen en cuanto a la emancipación política del campesino europeo; aún cuando no en lo relativo a ciertas costumbres y hábitos y a la naturaleza misma del hombre del agro.

La familia campesina, naturalmente, dejó de servir al dueño en las condiciones impuestas por la época y a las cuales sometiese sin renuencia alguna.

Pasó, ello sí, por algunas etapas políticas, comenzando por las **cédulas de emancipación** que dieron lugar a la conversión de las aldeas en municipios, organización de carácter embrionario que infundió verdadera libertad en las poblaciones, en tal medida, que llegaron a obtener el gobierno de sí mismas.

Posteriormente, el campesino constituye una sola clase y es el labriego un hombre del campo. Empero, bien a las claras échase de ver que el mismo fenómeno relacionado, no aconteció en América Latina en que el problema tiene diverso antecedente histórico y ofrece distintas conclusiones que van aparejadas al proceso sucesivo de su desarrollo político, social y religioso.

A fin de precisar los conceptos y aclarar todo cuanto fuese menester en orden al enunciado problema, correspondenos señalar los tres grandes ciclos de la historia indoamericana: Los imperios, la conquista y la emancipación.

Lo haremos, por cierto, en forma breve y sumaria, en sus lineamientos básicos.

Fincados en América, antes de la conquista, aparecen dos espléndidos imperios: El del norte, con sus ramas de singular relieve, mayas, yucatecas y aztecas; y el del sur, con sus magníficas civilizaciones nazca, chimú, aymará, chibcha, caribe, copadas y absorbidas por la conquista quechua o incásica.

Si hemos de referirnos únicamente a esta última, se comprende en términos generales la **cultura incásica andina del Tahuantinsuyo**, formándose al término de una conquista obstinada, en plan

permanente de guerra y de sometimiento de los *ayllus* asentados en los puntos más remotos del norte, del sur, del oriente y occidente americano meridional.

Interesa a nuestra reflexión el procedimiento y los medios empleados para el triunfo y consolidación de la conquista incásica.

Es de tenerse en cuenta que debido a la previsión y genio político del inca, los "ayllus" no fueron arrasados, aunque es verdad que tuvieron que ser inexorables cercenados y hasta proscritos mediante la intransigente institución geo-política de los "mitimaes".

De conformidad con los principios y exigencias del conquistador, las consecuencias sociales y económicas para los avasallados se traducían en estas posiciones, las mismas que fueron ley del imperio:

- a) La tierra pasaba a dominio del Inca;
- b) La producción, por ello, no correspondía al ayllu solamente, sino también al Inca, al culto y al ejército;
- c) Los activos sociales del ayllu quedaban subordinados a una clasificación decimal, dado que la nueva organización administrativa y la disciplina militar así lo requerían, para el recuento fácil y presto de los contingentes humanos y económicos.

De esta manera, al intensificarse la tarea señalada al ayllu, la producción debía alcanzar sobradamente para las demandas y necesidades del Inca, con su corte y sus huestes; para el culto religioso y su cohorte, ritos y consagraciones; para la comunidad del ayllu, con sus ancianos, niños, inválidos; y para la reserva estimada en una cuarta parte del total de las cosechas, reserva que al guardarse en espaciosas edificaciones llamadas "tambos" servía para atender los años de escasez y de penuria, y además, para cubrir las demandas de la guerra en un momento dado;

- d) Consecuencia de las determinaciones precedentes, fue la mensura y fijación de las tierras destinadas al cultivo y al pastoreo; la regularización de las fuentes de producción y la forma de trabajo, sujeto éste a una férrea disciplina y a la vigilancia estricta y cercana del cacique; y por fin, la especialización técnica del obrero y del artesano en muchos ramos ligados a la metalurgia, industria fabril y coloración de tejidos, cerámica y confección de utensilios domésticos.

A este punto había llegado la civilización quechua con todas sus derivaciones y organización, cuando se produjo la conquista española.

Debemos expresar, a este respecto, con sobrado fundamento y

con el espíritu inflamado de emoción, que América India aún soporta el yugo de la conquista, tan sólo devenida en forma rumbosa y tolerable, por aquello de haber roto las cadenas que impuso bárbara suerte del dominio español. Y decimos así, muy a las claras, por la obvia razón de que la civilización aborígen, si todavía podemos denominarla de este modo, aún permanece intocada, y si más bien en estado regresivo, junto a la civilización moderna, de adelanto notorio y permeable, por ello, a todas las demandas de la cultura.

Semejante cuadro, bastante extraño y de sobra pintoresco y resible a la vez, invítanos, naturalmente, a meditar, con recia hondura; y más aún, para los efectos del presente estudio. Porque es inconcluso que para llegar a situar el problema del gran conglomerado indígena en América, en sus verdaderos contornos, imperioso es el análisis de sus características y de la forma y modo cómo operó la conquista, y mucho después, la independencia.

Por adelantado podemos afirmar, con visible fundamento, que la historia dejó al indígena americano en el mismo punto y situación en que le encontró, salvo ciertos aspectos que, como el de su calculada liberación, ha tomado nuevos matices de imposición y de esclavitud feudal, siendo de observarse que en planos fundamentales como la actividad de la inteligencia y disciplina afines, existe más bien menoscabo y regresión, que no se compadecen con la proximidad a una civilización muy evolucionada, ni encuentran explicación satisfactoria, sobre todo justa y apodítica.

Lo palpable y permanente ha sido el que se le mire al indio con desdén y menosprecio, y se le tenga como destinado a sufrir todo vejamen, como ser humilde y sumiso, sin personalidad y sin derechos.

Que en la actualidad haya variado esta regla de conducta, en rigor de las circunstancias, no podemos negarlo; pero este cambio no reviste un remedio, ni peor, una solución aproximada de situación indígena. Queda ésta en pie con sus taras, defectos y miserias ancestrales, y con sus hábitos y costumbres primitivos.

Y es que nuestra civilización, paradójicamente y con estudio beneplácito, ha obrado siempre con voluntad adversa al indio, esclavizándolo, desestimándolo y rechazándolo con abierta dureza y con tenacidad inconcebible.

¿Qué hizo la conquista española?

La espada fue el hierro candente que marcó el sometimiento y vasallaje del aborígen; y la religión fue el cerco irrompible que apretó a las almas en un campo férreo y canijo de desesperanza y fanatismo.

Las huestes conquistadoras encontraron al indio dando los toques finales al ciclo cultural de los grandes Estados, ciclo que se extendía a lo largo del continente, desde México a la Argentina, y que, con su organización política, su contenido jurídico, su religión y su arte, asumía una situación de pujanza y de estabilidad institucional nada despreciable.

Lógico es deducir, por tanto, que las nuevas modalidades impuestas por la conquista, al arrebatarse como arrebataron al nativo la facultad de pensar y de hacer con propio y libre albedrío; al destruir como destruyeron su estructura estatal; y al confinar como confinaron su religión, su arte y su cultura, paralizaron de hecho su desarrollo ontológico y humano.

Diríamos con Fustel de Coulanges que el hombre no piensa lo que pensaba hace veinte siglos, desde luego con las indispensables reservas; pero la verdad es que, por un fatal designio, tenemos indómita la excepción, dado que, podemos contemplar, sin extrañeza ni espejismo, inmensas agrupaciones indígenas tal cual si estuviesen en la época colonial, y aún precolombina, o quizá peor, por ley implacable de regresión.

Y por ventura, cuándo se le ha prestado atención al indio, acercándolo a nuestra vida y haciéndole partícipe de nuestras inquietudes y de nuestros anhelos; llegado a su refugio con mano sincera y corazón abierto, en función fraterna, orientada a deslavar su alma y devolver a su inteligencia y sentimientos el sagrado acicate de la libertad, del ejercicio pleno de los derechos, y de la facultad de desenvolverse con decoro y dignidad? . . .

Cuando en América proclamamos, dice Valcárcel, nuestro credo democrático y brotan las palabras mágicas de libertad, justicia e igualdad, estamos olvidando a un sector considerable para quienes estas admirables palabras no han sido traducidas a hechos. Y así es efectivamente. El indio, durante la colonia, a todo lo largo de tan fuliginosa época histórica, fue objeto de la más sórdida esclavitud, y después de ésta, con sólo un pueril cambio en la denominación, pasó al concertaje; y de allí, a la deriva, sin otras emociones ni pruritos que no sean los del diario y cotidiano yantar.

Los conglomerados indígenas, por consiguiente, desprovistos de todo elemento de cultura, ayunos de educación y de acicates espirituales, son masas embrionarias que se agitan y trashuman al ritmo de un haz de hábitos y costumbres permanentemente isócronas y sin atisbo alguno de mutación.

Para comprender, por ello, la forma y el alcance del desarrollo de la cultura en América, y sus diversas etapas subsiguientes, precisa referirnos al acontecimiento de la conquista y a las vicisi-

tudes de la independencia, sin que esto demande, por cierto, una transcripción histórica que, por muy conocida, resulta innecesaria. Inquiétanos más bien el discrimen geopolítico y el análisis sociológico, que son, sin duda, de mayor vehemencia y contenido.

Tenemos así que consumada la conquista, todo quedó bajo el dominio de la metrópoli, extinguiéndose de suyo cualquier señorío aborígen con sus derechos, costumbres e instituciones inherentes. La posesión del suelo, a nombre de la Corona y de la religión, fincóse a lo largo y a lo ancho del inmenso territorio americano, de norte a sur, desde México hasta la Argentina.

Las necesidades inmediatas impusieron luego la ubicación más apropiada, en centros de población que, habiendo captado funciones políticas y administrativas, cumplieron después idénticas actividades, como asentamientos o cabeceras de futuras nacionalidades. Los conquistados, por cierto, hubieron de desplazarse hacia fuera, a la periferia, y más aún, hacia los páramos, los peñascales o las selvas, en busca de libertad y de protección señera.

La civilización española, por tanto, desde su fase inicial, hubo de prevalecer sola y aislada; o mejor dicho, en una concentración apretada de sus exclusivos elementos y destinos, sin prohijar de ningún modo, o amparar, con sabia medida, la autóctona.

El español, soberbio y orgulloso, plantó su tienda y edificó su hogar; pero a sabiendas de mantener cerca de su mando y de sus violencias a un crecido número de esclavos.

Implantóse de hecho, por tanto, una rígida administración feudal, absolutista e intolerante, con una férula plena de señorío y exigencias.

Conforme fue avanzando el proceso político e institucional, con su respectivo cuerpo de funcionarios y autoridades, especialmente el municipio, célula angular de organismos superiores, había de regularse, también, la vida vecinal de invasores y conquistados, emergiendo, entonces, como consecuencia inmediata, la implantación de clases, con todas sus derivaciones y atributos.

Bien pronto, además, hubo de aumentar el número de poblaciones por la inmigración un tanto frecuente de peninsulares, atraídos por la riqueza del suelo americano, la bondad del clima, la facilidad de enriquecimiento a corto plazo; las gangas y sinecuras acopladas a una buena recomendación; y en fin, múltiples circunstancias favorables, inclusive la curiosidad ávida y la aventura.

Dióse a esta gente la denominación de chapetones, para diferenciarla del criollo y el mestizo.

El medio, por ello, como fácilmente puede colegirse, había de estar compuesto por españoles —chapetones y criollos—, señores

y dueños; empleados y artesanos; y siervos o esclavos indios, división ésta, desde luego, muy artificial, fundada más propiamente en el dinero y en la acumulación de riquezas, lo cual, en definitiva, ha seguido manteniéndose a través del tiempo, no obstante la independencia y toda la literatura conducida con el objeto de entronizar la verdadera y auténtica democracia.

Defectos de aquella división superviven, naturalmente, hasta ahora, y no son sino el fiel reflejo de esa acomodaticia estructura feudal vacía de cultura y que únicamente ha podido subsistir en razón directa de la ignorancia y del fanatismo religioso que son, sin duda, las mejores armas que sirven al despotismo revestido de teocracia, desde que se confabulan y se muestran afines entre sí las clases privilegiadas, siendo una de ellas, justamente, la clerical y de cogulla.

Es de observarse que aún la misma lengua castellana no tuvo la debida propagación entre la múltiple e inmensa población indígena, la cual, si bien hubo de componérselas como pudo para entender al invasor y someterse a su real gana y arbitrio, ello no fue un óbice, ni poco ni mucho, para seguir la ruta consuetudinaria de sus antepasados, aunque ya no en un sentido ascencional, sino de estabilidad y regresión, en detrimento y menoscabo de sus atributos anímicos y humanos.

Explícate de este modo la enorme desproporción que existe entre la vida del indio y la del blanco y el mestizo; e igualmente, entre los procesos de desenvolvimiento de uno y otros, en líneas divergentes y cada vez más alejadas y extrañas. Explícate, también, el irremediable porcentaje de analfabetismo y superstición, dos farallones infranqueables que cierran el paso a la evolución de la política, de un lado, en su contenido de libertad y democracia, y de la perfección del hombre, de otro, en sus nobles y elevados atributos de dignidad y de integración de la personalidad.

Debemos recordar que la conquista de América tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVI, cuando la edad de oro de las letras españolas estuvo en pleno zenit. Sin embargo de esta favorable coyuntura, por azar del destino, sabemos bien que los conquistadores no fueron hombres de ciencia y de letras, sino soldados y aventureros segundones, o sea gente de coraje y de empuje, mitad asaeteados por la desnudez y pobreza de sus lares, mitad corroídos por despechos y decepciones, y por ello, ávidos de una suerte de fuga voluntaria y de desquite que luego devendría en ambición desorbitada de poder y de riqueza.

Y lógicamente, son estos factores y móviles éticos los que han de influir y resolver a poco, el destino y futuro de todas las es-

estructuras regionales que más tarde se constituirían en Repúblicas independientes y soberanas.

La separación arbitraria y rumbosa de clases; la codicia empujada por resortes vacíos de escrúpulo; la indolencia y el mínimo esfuerzo para obtener posiciones y rentas; la falta de iniciativa, de cooperación y de empresa para las grandes obras e industrias; la astucia y la superficialidad, más que hondura y estudio, han encarnado la peor y la más estéril herencia de la conquista española.

Es de observarse que la propia civilización que vino aparejada con la conquista hubo de permanecer como aletargada y atarida; en una especie de suspensión y deslumbramiento, como entregada al hartazgo y al pleno disfrute de la tierra y el hombre.

Síguese de aquí que hecho el estudio y el análisis más sereno y desapasionado de la colonia, llégase a concluir que bien poco se hizo por el adelanto y progreso de las ciudades y de la cultura en general, obedeciendo esta crisis a muchos factores, entre éstos, el peor, a las luchas intestinas que hubieron de proliferar entre los propios conquistadores ante la codicia del oro y la influencia del poder.

Surgió desde los primeros instantes, la pugna y la beligerancia acentuada y terca entre mestizos, criollos y chapetones, así como un marcado sentimiento de personal resistencia de éstos a la corona y a las cédulas, decretos y leyes que venían de ultramar.

Encomiendas, obrajes, reducciones y mitas no fueron sino formas execrables de explotación y expoliación del aborígen, aún cuando en principio hayan respondido a un noble afán de protegerlo y hacer menos desgraciada su mísera suerte. Fuera, pues, de las prédicas regulares de carácter religioso encaminadas a catequizar y difundir la fe cristiana, no hubo fomento de educación y de aprendizaje, el cual hubo apenas de limitarse a lo primario y elemental, incluyendo trabajos manuales y artesanales.

No obstante, pues, la magnífica y ponderada situación de la península en los siglos XVI y XVII, su acción fecunda y fertilizadora no llegó a las colonias americanas sino después de más de un siglo; y por cierto, no en una forma selecta y escogida, ya que para esta época, la del siglo XVIII, hubo de producirse una suerte de confusión o entrevero literario, como efecto de la influencia ejercitada por la filosofía francesa que cristalizó en la Revolución y determinó la caída de la monarquía.

Y aún dejando aparte el elemento aborígen, bien podemos afirmar que las colonias americanas nutriéronse, sólo en cierto modo, mediante el cordón umbilical que unía a la madre patria,

y decimos en cierto modo, por la obvia razón de que ni la metrópoli concedió mucho tiempo a los hombres, los hechos y las cosas de aquéllas, hasta por la lejanía y el profundo estupor que provocaba la distancia, ni éstas preocupáronse, con abnegación y reiterado interés, por la formación de una auténtica y vigorosa nacionalidad, apta para el conocimiento y ejercicio de los derechos y libertades.

Igual que el hombre que es animal de hábitos, y ciertamente por este motivo virtual, los pueblos se acostumbran también a la rutina, a la quietud beatífica, y al rodar automático del tiempo. Y las colonias, amedrantadas por una férrea disciplina, acosadas por un severo temor místico, que para ello la religión estuvo siempre alerta y vigilante, escudriñando hasta el último rincón de los hogares y el más recóndito pliegue del corazón humano, no regatearon sumisión a su **católica majestad**, y de esta manera, yantaron mano sobre mano. Y qué le iban a hacer si de lunes a lunes, salvo gente privilegiada, no había más instrucción que el catecismo, ni otro aleccionamiento que admoniciones y sermones en serie, conducidos a justificar y exaltar la sumisión, dando al César lo que es del César?...

Educación, cultura en general, exenta de inflexible dogmatismo, libros, ah! libros!, éstos y aquéllas, en alguna medida, sólo habían de asomar en los albores de la emancipación, o sea cuando el rigor y el imperio mismo de la civilización y de la supervivencia humana, infundieron la necesidad inaplazable de fomentar las unas de modo estable, aunque incipiente, y de adquirir y espercir los otros, así fuera subrepticamente, burlando la pertinaz censura.

Las colonias hispanoamericanas, por ello, se caracterizan por su matiz monacal inconfundible, distinguiéndose en todo y en todos una suerte de hipocresía malsana y soterrada, entre instintiva y consciente, por aquel marcado recelo y desconfianza propios de una mente embebida de superstición y de terror. La religión, la vigilancia y el castigo, lo eran todo, y el mismo ambiente, por tales razones, estuvo saturado de angustia y de miedo, como en la penumbrosa época medioeval.

Los pueblos, naturalmente, no adquirieron personalidad propia, como resultado consecuencial de iniciativas y de anhelos forjados al calor de la sangre y de incentivos creadores. Los hombres, faltos de estímulo fortalecedor, deprimidos y medrosos, habían de echar, forzosamente, por el atajo del adulo y del servilismo, los mismos que a la postre, en su obra destructiva y de ciega moral, determinaron su corrupción y su complejo negativo.

En tan penosas circunstancias, la inteligencia había de estar

frenada y en estado de somnolencia, apta quizá para los trabajos incolores e insípidos, propios de la repetición memorística y de la imitación servil.

En este trance, los individuos habían de acostumbrarse a la tutela y a la obediencia incondicional, sin reserva alguna, debiendo hacer y pensar sólo de conformidad con los cánones inflexibles del poder temporal, o los ilimitados del eclesiástico. Todo había de seguir, por tanto, por ese rumbo, en canal cerrado, sin posible salida o desahogo momentáneo. Las instituciones, en general, desde luego, habían de reflejar iguales atributos e idénticas derivaciones, a excepción, en cierto modo y volumen, de los Cabildos, los cuales pretendían servir los intereses del pueblo y de la ciudad.

Con tales antecedentes, forzoso es deducir que las colonias hispanoamericanas no pudieron prosperar en ningún sentido y en la medida del largo tiempo transcurrido. La población había de mantenerse a la vera de los acontecimientos, fría y escurridiza, tan sólo a la zaga de los grandes privilegiados de la fortuna, la casta y el poder.

Claro está que de acuerdo con el régimen absolutista y teocrático imperante en las colonias, la mística de la catequización clerical mantuvo la conquista española a plenitud, e indudablemente a raya a los conquistados, los mismos que en sus costumbres y hábitos tradicionales, y en sus prácticas fetichistas e idolátricas, no hicieron sino cambiar de ídolo y variar un tanto la escenificación de contorno.

Bien échase de ver, por ello, que en la conquista española se reprodujo en todo su contenido y extensión el concepto teológico de la edad media, concepto que en ésta como en América, se sobrepone al principio filosófico y científico, o sea que la interpretación bíblica domina en lo absoluto la filosofía y la ciencia. "Todos los fenómenos se explican, fácilmente, en una y otra, dice acertadamente un sociólogo, por la voluntad de Dios, sin cuyo permiso no se mueve la hoja del árbol. La vida es una prueba; el mundo, un valle de lágrimas; la única esperanza, llegar a la ciudad eterna, entrevista por San Agustín, como un arquetipo de Platón. Como doctrina, la idea que de la sociedad tuvo la Edad Media es inferior a los mismos ciclos de la India. En consonancia con ella, lo más lógico era esperar dentro de los conventos la suprema liberación de la muerte".

BODAS DE PLATA DEL GRUPO AMERICA

PALABRAS DE LA SRA. DÑA. BLANCA MARTINEZ DE TINAJERO, DIRECTORA DE LA CASA DE MONTALVO

Permitidme señores, que al tapiz del GRUPO AMERICA, tejido con fibras de corazón y de talento, lo extienda a través del tiempo y lo afirme en tierras del TUNGURAHUA... Allí yace el origen de vuestro caudal, abundante y límpido, con el que habéis hecho reverdecer más de un laurel.

La CASA DE MONTALVO que ha observado vuestrós afanes, os presenta su cordial y muy sincero homenaje, sin olvidar a los primeros gestores de esta noble organización: Alfredo Martínez y Antonio Montalvo, sentimentales romeros que luego de reunir sus más ricos dones anclaron en playas de la espiritualidad quiteña...

Es grato rememorar estos hechos que hablan de esfuerzos, de luchas y de triunfos.

Siga sembrando el GRUPO AMERICA que ha conquistado el afectuoso aplauso de mi tierra, cuyo corazón estará siempre midiendo vuestra obra.

A nombre de la CASA DE MONTALVO, os entrego, Señor Secretario General, esta medalla como simbólico recuerdo del 13 de Abril de 1931. Fecha célebre para el historial del GRUPO. ¡Un cuarto de Siglo!... La Patria ha recogido la abundante mies sazonada de sus fundadores y en haz magnífico la ofrenda a la siempre luminosa tradición hispánica. Es con su lengua que habéis demostrado el inapreciable tesoro de vuestra mente.

Abril 13 de 1956.

Blanca Martínez de Tinajero.



Entrega del óleo de Montalvo al Grupo América, en sus Bodas de Plata, por el Cabildo ambateño, la Casa de la Cultura y la Casa de Montalvo. Figuran en la fotografía: Gonzalo Zaldumbide, Armando Lanas, Blanca Martínez de Tinajero, Benjamín Carrión, Jorge Isaac Robayo, Luis Bossano, Rodrigo Pachano, Miguel Angel Albornoz, Augusto Arias y otros.

ACUERDOS EXPEDIDOS CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DE LAS BODAS DEL GRUPO AMERICA

LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Considerando:

Que el **Grupo América** acaba de celebrar el 25º aniversario de su fundación;

Que durante aquel tiempo ha realizado una fecunda labor de acercamiento entre los diferentes países del Continente Americano;

Que la obra cumplida por tan prestigiosa Entidad representa una valiosa contribución para el conocimiento de los valores ecuatorianos y, por lo mismo, merece el aplauso de las instituciones que persiguen idénticas finalidades de cultura;

Acuerda:

Enviar un cordial saludo de felicitación al **Grupo América** y formular los más cálidos votos porque alcance el mejor de los éxitos en su fecunda labor de realizaciones, que elevan el prestigio cultural ecuatoriano;

Remitir el presente Acuerdo, original, al señor Secretario General del **Grupo América**; y

Publicarlo en la Revista "Letras del Ecuador".

Dado en la Sala de Sesiones de la Institución, el 20 de Abril de 1956.

Julio Endara,
Vicepresidente Encargado de
la Presidencia.

Enrique Garcés,
Secretario General.



**EL PERSONAL DOCENTE DE LICEO MUNICIPAL
"EUGENIA MERA"**

Considerando:

Que el **Grupo América**, residente en la ciudad de Quito, cumple hoy veinte y cinco años de proficua y abnegada labor en el campo de la Cultura Nacional;

Que esta noble Agrupación ha venido desarrollando una verdadera cruzada de Luz y Progreso, en su corta vida;

Que esta distinguida Entidad fue fundada por los eximios y preclaros hijos de esta Ciudad, señor don Antonio Montalvo y señor don Alfredo Martínez;

Que es deber de las Instituciones rendir su homenaje de admiración y simpatía a los centros que, como este Grupo, hacen honor a la Patria;

Acuerda:

Adherirse sinceramente al justo homenaje, que con motivo de sus Bodas de Plata, le ofrece hoy el Muy I. Concejo Cantonal de este lugar;

Presentarle su cálido y respetuoso saludo;

Hacer votos porque esta noble Corporación, continúe siempre por el sendero de la gloria, y

Enviar el original del presente Acuerdo al Sr. Dr. Dn. Luis Bossano, su digno Secretario General.

Dado en la Sala de Sesiones del Liceo Municipal Eugenia Mera, a los trece días del mes de Abril del año mil novecientos cincuenta y seis.

Carmela Moya Sánchez,
Directora.

Piedad Montúfar Flores,
Secretaria.

Las Profesoras

Eugenia de Carrillo
Yolanda de Ulloa
Alicia Velasco
Emma Puga de Clavijo
Laura Sánchez
Beatriz Nieto de Barrera
Fabiola Vega

Clarisa Vásconez M.
Alicia Nieto
Blanca S. de Silva
Blanca de Martínez
Jorge Martínez
S. Elina de Meléndez
Alina López H.

María de Velasco



LOS CUERPO DOCENTE, ADMINISTRATIVO Y EDUCANDO DEL COLEGIO NACIONAL "BOLIVAR"

Considerando:

Que el Grupo América cumple veinticinco años de existencia plena de difusión cultural y de acercamiento americanista;

Que en su fundación y en su vida han intervenido, con su inteligencia, fervor y cariño, preclaros y queridos tungurahueses como los señores don Antonio Montalvo, don Alfredo Martínez, don Miguel Angel Albornoz y don Oscar Efrén Reyes;

Acuerdan:

Tributar el presente homenaje, de sincero aplauso, a tan eximia Sociedad que se ha inspirado siempre en el amor a la cultura y en la comprensión a la humanidad.

Ambato, a 13 de Abril de 1956.

El Rector,
Alonso Castillo V.

El Secretario,
E. A. Andrade.



EL NUCLEO DE TUNGURAHUA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Considerando:

Que el día de hoy celebra sus Bodas de Plata el Grupo América, de la Capital;

Que en su larga trayectoria, ha mantenido el prestigio de las letras y del pensamiento ecuatorianos, agrupando en su seno a lo más selecto de los pensadores y literatos del país;

Que la obra que ha venido realizando el Grupo América es digna de todo encomio por su profundo contenido nacional y americanista;

Acuerda:

Tributarle el más alto homenaje de admiración;
 Hacer votos porque continúe en su proficua labor sin desmayos, para bien de la Patria y prestigio de las Letras ecuatorianas; y,
 Consagrar su testimonio de admiración rendida, por medio del presente Pergamino.

Dado en la Sala de Sesiones del Núcleo de Tungurahua de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a los trece días del mes de Abril de mil novecientos cincuenta y seis.

Rodrigo Pachano L.,
 Presidente.

Blanca Martínez de Tinajero
 Ligia de Caicedo Ross
 Aurelio Soto Valdivieso
 Alonso Castillo V.
 Carlos Toro Navas

J. I. Rovayo
 Gerardo Nicola
 Edmundo Martínez
 Homero Soria
 Jorge Almeida

Dr. Gonzalo Grijalva

**EL H. CONSEJO PROVINCIAL DE TUNGURAHUA****Considerando:**

Que el Grupo América cumple el 13 del presente las Bodas de Plata de su fundación;

Que tan respetable Institución como la Revista de su nombre, fueron fundadas por los prestigiosos intelectuales ambateños señores Alfredo Martínez y Antonio Montalvo —ya fallecido—, perteneciendo destacados intelectuales, como: Augusto Arias, César E. Arroyo, Gonzalo Zaldumbide, Gonzalo Escudero, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Hugo Moncayo, Isaac J. Barrera, J. M. Velasco Ibarra, Luis Bossano, Manuel María Sánchez, Miguel A. Alborno, Oscar Efrén Reyes y otros;

Que el Grupo América y su Revista han alcanzado un prestigio que ha sobrepasado los lindes del Continente por el ponderado valor de sus producciones literarias;

Que, además, el **Grupo América** ha llegado a formar una de las mejores bibliotecas del País, constituyendo una fuente del saber para los ecuatorianos; y,

Que es deber de los Poderes Públicos exaltar los merecimientos de las Instituciones que han hecho una verdadera labor de difusión cultural,

Acuerda:

Felicitar al **Grupo América** en esta fecha en que conmemora las Bodas de Plata de su fundación;

Adherirse al justo homenaje que, con este motivo, le rinde Ambato con plausible admiración y justicia;

Entregar original, este Acuerdo, al **Grupo América**; y
Publicarlo por la Prensa.

Dado en Ambato, a 2 de Abril de 1956.

El Presidente,
J. A. Carrasco Miño.

El Secretario,
César A. Lalama G.



LA JUNTA GENERAL DE SUPERIORES Y PROFESORES DEL COLEGIO TECNICO PROFESIONAL "HISPANOAMERICA"

Considerando:

Que el **Grupo América**, fundador de la Revista de su nombre, cumple en este día veinte y cinco años de proficua y asidua labor;

Que entre los fundadores constan dos egregios ambateños, Srs. Alfredo Martínez y Antonio Montalvo;

Que el aparecimiento en el horizonte nacional de la mencionada Revista marcó una era de progreso y cultura en el País;

Que "América", se ha caracterizado siempre por lo sesudo de sus artículos, su amplio espíritu democrático y su amor a la más estricta verdad; y,

Que es un deber de las Instituciones Culturales del Ecuador hacer ostensible el reconocimiento de las virtudes de sus congéneres;

Acuerda:

Rendir su más cálida pleitesía a todos los colaboradores y socios del mencionado Grupo;

Adherirse al homenaje que, con este motivo, le rinden las Instituciones y Fuerzas vivas de Tungurahua en la Capital de la República;

Hacer votos porque la labor emprendida continúe en su ritmo de progreso y cultura;

Entregar en la Sesión Solemne, que se celebrará en Quito, un Banderín con los colores Nacionales de Tungurahua, que será como la clarinada del Plantel para el **Grupo América**, en unión del presente Acuerdo.

Dado en la Sala de Sesiones del Colegio, a los 14 días del mes de Abril de mil novecientos cincuenta y seis.

La Directora-Presidente,
Maruja Fierro S.

El Secretario Profesor Agr.
Segundo R. Cisneros C.



**LA UNION PROVINCIAL DE EDUCADORES DEL
TUNGURAHUA
U. P. E. T.**

Considerando:

Que en el presente mes de Abril el **Grupo América**, Entidad de Cultura Nacional e Internacional, cumple las Bodas de Plata de su Fundación, luego de haber desarrollado, durante estos veinte y cinco años, con el concurso de los más distinguidos escritores ecuatorianos, una infatigable labor intelectual, nacionalista, en primer lugar, y luego americanista, en cumplimiento fiel de los postulados de que estuvieron animados sus propugnadores; y que por lo tanto, ha difundido, después de fomentarlos, los valores artísticos, científicos y literarios de la Patria en los ámbitos del Ecuador, del Continente y del Mundo, mediante el intercambio con centro intelectuales, así del País como internacionales;

Que el M. I. Concejo Municipal de Ambato, con motivo tan laudable que constituye un hito en los anales de la Cultura Na-

cional, ha decidido rendir un homenaje de admiración y reconocimiento al **Grupo América**, por su prolífica labor de difusión del Pensamiento de la Patria, habida cuenta de que fueron dos ambateños perillustres, Don Antonio Montalvo y Don Alfredo Martínez, los propulsores del espíritu y la obra de la Institución.

Acuerda:

Adherirse fervorosamente al justísimo homenaje que el I. Cabildo de la cuna de Montalvo rinde al **Grupo América**, en sus Bodas de Plata de su fundación, y en particular a sus meritísimos fundadores, Don Antonio Montalvo y Don Alfredo Martínez, quienes con denodados esfuerzos y quijotesca visión, dieron vida y encauzaron la obra de su Entidad;

Presentar al **Grupo América** la más cálida voz congratulatoria en tan fausta conmemoración, haciendo votos profundamente sinceros porque esta Entidad, propagadora de la Belleza y la Ciencia, siga iluminando y fortaleciendo el Espíritu Ecuatoriano y afianzando de este modo la evolución de la Libertad y la Cultura que son la predisposición del alma de nuestra Nación, al mismo tiempo que fomentando la Amistad y comunidad de ideales de los Pueblos de América.

Dado en Ambato, a los trece días del mes de Abril de mil novecientos cincuenta y seis.

El Presidente,
Ricardo F. Vinueza S.

El Secretario,
Rafael A. Rivera B.



EL LICEO MUNICIPAL "CEVALLOS"

Considerando:

Que el **Grupo América**, cumple el 14 del presente 25 años de fructífera existencia;

Que sus fundadores fueron los preclaros ambateños, señores Alfredo Martínez y Antonio Montalvo;

Que el **Grupo América**, gloria de las letras ecuatorianas ha desarrollado una incansable labor de mejoramiento cultural y es-

piritual dejando la luz del saber con la frase que alienta y la idea que enseña;

Resuelve:

Dejar constancia por medio de este Acuerdo la admiración del Liceo Municipal Cevallos para el Grupo que lleva el sello de las ideas constructoras y del pensamiento que guía e ilumina.

Dado en Ambato, a los trece días del mes de Abril de 1956.

La Directora,
Beatriz F. Benítez.

La Secretaria,
Laura E. Pérez.



LA CAMARA DE INDUSTRIAS

Considerando:

Que el **Grupo América** de Quito, fundado por los destacados intelectuales ambateños Antonio Montalvo, ya fallecido, y Alfredo Martínez, cumple en el presente mes sus Bodas de Plata de fundación;

Que durante los veinte y cinco años transcurridos ha realizado una magnífica labor cultural en beneficio de nuestra Patria;

Acuerda:

Expresar su efusiva y cálida felicitación al **Grupo América** al celebrar sus Bodas de Plata;

Rendir el más sincero homenaje al haber alcanzado una larga jornada de acción cultural;

Entregar el presente Acuerdo en la Sesión Solemne a celebrarse el 14 de los corrientes.

Ambato, Abril 10 de 1956.

El Presidente,
J. Filomentor Cuesta.

El Secretario,
Estuardo G. Albuja C.



EL CLUB DE LEONES DE AMBATO

Considerando:

Que el día de hoy cumple sus veinticinco años de fructífera vida el **Grupo América**, fundado en la ciudad Capital;

Que durante este lapso de tiempo, ha propendido por todos los medios a enaltecer la personalidad del Ilustre Cosmopolita y de todos los valores intelectuales de la Nación, dentro y fuera del territorio ecuatoriano;

Acuerda:

Presentar el más cordial saludo al distinguido **Grupo América**, y a todos los destacados caballeros que lo integran, a la par que su sincera felicitación, porque durante su vida, haya sabido cumplir con la noble misión que se impuso al fundarse;

Adherirse al justo homenaje que la I. Municipalidad, su Alcalde y la Casa de Montalvo de esta Ciudad, han preparado en su honor con motivo de tan fausto acontecimiento; y,

Enviar original del presente Acuerdo.

Dado en Ambato, en la Sala de Sesiones del Club de Leones, el día trece de Abril de mil novecientos cincuenta y seis.

El Presidente,
Cristóbal Herdoiza V.

El Secretario,
Nazario Naranjo M.



LA DIRECCION PROVINCIAL DE EDUCACION Y EL PROFESORADO DE TUNGURAHUA

Considerando:

QUE el "Grupo América" de la Capital de la República, cumple hoy cinco lustros de vida como representante y forjador de la cultura de la Patria, habiéndose constituido, desde su fundación, como el más destacado cenáculo de la literatura nacional y continental;

QUE, en las nutridas páginas de su Revista "AMERICA", órgano de divulgación del arte y del pensamiento de esa inteligente juventud asidua cultivadora de las letras, se pusieron de relieve los más auténticos valores éticos, intelectuales y creadores de nuestra nacionalidad, consiguiendo para el Ecuador el respeto y la admiración de otras naciones;

QUE los formadores de esa Revista han sido principalmente fecundos y ágiles escritores ambateños, como Antonio Montalvo Viteri y Alfredo Martínez, los mismos que, unidos a ese otro gran estilista de raigambre también nuestra, Augusto Arias Robalino, han mantenido permanentemente esplendorosa la insignia y el prestigio intelectual y poético de esta ilustre cuna de Montalvos, Meras, Martínez y otros perinclinitos casticistas;

QUE la Revista "AMERICA", a más de educar y fortalecer la civilización de nuestro pueblo desde su excelsa tribuna filosófica, figura como el crisol donde han surgido las más robustas mentalidades y las escuelas literarias que hoy conforman la Historia de la Literatura Ecuatoriana y forman otro succulento andamiaje de su antología;

Acuerdan:

Adherirse con profunda admiración y simpatía al homenaje que, con motivo de sus BODAS DE PLATA, le rinden el Municipio de Ambato y los Círculos intelectuales de esta ciudad, reconociendo al "GRUPO AMERICA" y a su Revista como símbolos de nuestros valores ambateñistas y como factores preponderantes del progreso cultural del País.

Dado en la Sala de Sesiones de la Dirección de Educación de Tungurahua, en Ambato a 14 de Abril de 1956.

El Director de Educación,
Manuel Zurita Manzano.

El Secretario de la Dirección,
Abelardo Naranjo Montalvo.



EL CIRCULO DE PERIODISTAS DE TUNGURAHUA

Considerando:

Que el día de hoy, consagrado a la recordación del Maestro, cumple VEINTICINCO AÑOS DE VIDA dedicada a la más amplia y fuctífera labor cultural el Grupo AMERICA de Quito;

Que es deber de las Instituciones culturales estimular la acción esforzada y creadora por elevar el nivel de cultura del pueblo;

Acuerda:

Presentar el más cordial y cálido saludo de felicitación a todos y cada uno de los integrantes del Grupo AMERICA, formulando los mejores votos porque su labor continúe por la misma trayectoria que hasta hoy la ha tenido;

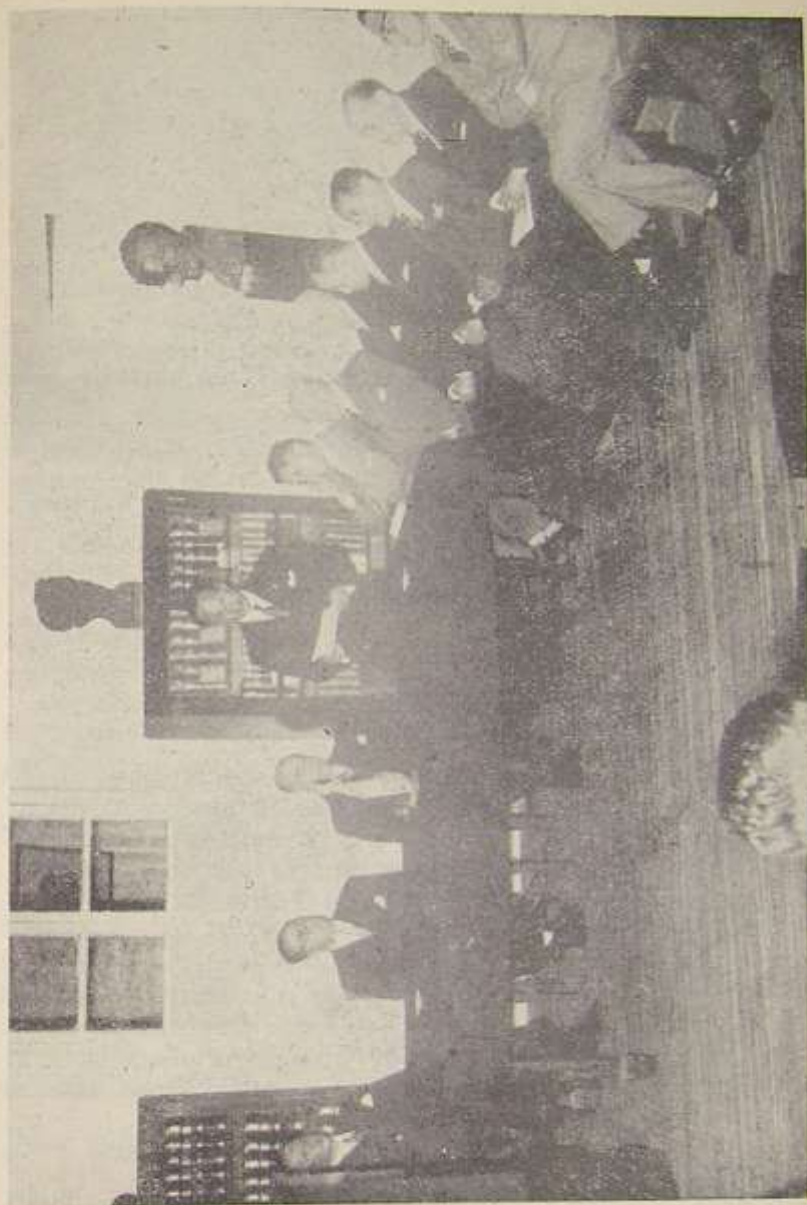
Adherirse al homenaje que la Casa de Montalvo rinde, en el día de hoy al Grupo AMERICA;

Entregar original de este Acuerdo al Grupo AMERICA, en la Sesión Solemne que tendrá el Círculo de Periodistas de Tungurahua el día de hoy, celebrando el Día del Maestro y la posesión de su nueva Directiva.

Dado en la Sala de Sesiones del Círculo de Periodistas de Tungurahua, en Ambato, a 13 de Abril de 1956.

El Presidente,
Juan S. Jaramillo G.

El Secretario,
Jorge Calero O.



Sesión Solemne celebrada por el Grupo América, para recibir un óleo de Cervantes enviado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

COMUNICACIONES

Quito, a 17 de abril de 1956.

Señor doctor don

Luis Bossano,

Secretario General del "Grupo América",

Presente.

Señor Secretario General:

El 14 de abril constituye para el "Ateneo Ecuatoriano" fecha memorable y grata, pues es la fecha en que el "Grupo América", prestigiosa entidad de cultura, altamente reconocida no sólo en el Ecuador sino por todo el Continente, cumple sus veinte y cinco años de constantes labores en bien de la Patria.

A las innúmeras voces de aplauso que el "Grupo América" ha recibido con este motivo, rogamos a usted se sirva aceptar, en nombre del "Ateneo Ecuatoriano", nuestra más cordial y sincera felicitación, junto con los fervientes votos que formulamos por la creciente prosperidad de la institución de su digna presidencia, siguiendo el rumbo trazado durante estos veinte y cinco años de patriótico trabajo.

Somos del señor Secretario General sus más atentos y seguros servidores.

Dr. Guillermo Bosano,
Presidente.

Dr. Luis Valencia R.,
Prosecretario.

Ambato, Abril 13 de 1956.

Señor Don
ALFREDO MARTINEZ,
Grupo América,
Quito.

Muy distinguido señor y amigo:

Al amparo de entusiasmos juveniles, de cabal dedicación a la cultura y a las letras nacionales y en guarda del creciente prestigio de la literatura ecuatoriana, un grupo de distinguidos intelectuales fundó, hacen veinticinco años, el Círculo Literario que, paso a paso, ha alcanzado la admiración y el respeto generales por la meritísima e inigualable labor desplegada en el culto permanente a las Letras Ecuatorianas, a la Literatura y al Arte: El "GRUPO AMERICA".

Día tras día, el "Grupo América" ha avanzado por la senda de prestigio, hasta alcanzar merecido respeto, altísima consideración en el concierto nacional, y justa fama ante las demás naciones de habla castellana.

Para el Club Rotario de Ambato, decidido admirador de toda obra que signifique progreso moral e intelectual de nuestro medio, la marcha ascendente del distinguido "Grupo América" dentro del campo intelectual, tiene hondo y sincero significado, tanto más que el origen de su fundación emana de la aportación vigorosa del entusiasmo de jóvenes ambateños, como Usted, y el recordado Antonio Montalvo, que contribuyeron a ello con el tesón que les ha distinguido, con el culto a las letras y el permanente anhelo por brindar al país el concurso de sus nobles ideales para su bienestar y su grandeza.

En esta ocasión, que Ambato recuerda a su mayor gloria, el Club Rotario ha querido hacer llegar a Usted, y por su dignísimo intermedio a todos los integrantes del "Grupo América", su voz de adhesión, su cálida admiración y su sincera simpatía, anhelando el mejor bienestar para el futuro, y que su marcha hacia la fama y la gloria sea ininterrumpida.

A nombre de la Entidad que dirijo, sírvase Ud. aceptar el testimonio de sincero aprecio que le guarda su affmo. amigo.

Dr. Cristóbal Holguín C.
Presidente

Quito, Abril 18 de 1956.

Sr. Presidente
del GRUPO AMERICA
Presente

Señor Presidente:

EL DIRECTORIO DEL CLUB FEMENINO DE CULTURA en su última sesión del día 16 de Abril del presente año, resolvió presentar a Ud. una calurosa felicitación por las BODAS DE PLATA de esa Institución Cultural que Ud. tan dignamente preside.

Hacemos votos por la prosperidad y ventura del GRUPO AMERICA, una de las Instituciones más prestigiosas del País. Aprovechamos esta oportunidad para reiterar al Señor Presidente y miembros los sentimientos de consideración y estima.

De Ud. muy atentamente,

Por el CLUB FEMENINO DE CULTURA

Piedad Larrea Borja,
Presidenta.

María Pinto Rubianes,
Secretaria.

Mercedes Acosta Velasco,
Secretaria.

EL OLEO DE CERVANTES EN EL GRUPO AMERICA

El 11 de Octubre del presente año, vísperas de la celebración del Día de la Raza, realizóse la Sesión Solemne organizada por el Grupo América para la recepción del óleo de Cervantes enviado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, por intermedio del distinguido consocio Dn. Guillermo Bustamante, que concurriría al Congreso de Academias de la Lengua, organizado en la Península por la Real Academia Española.

El severo acto de alto valor cultural fue honrado con la presencia del señor Ministro de Educación, Dr. Enrique Arroyo Delgado; del señor Embajador de España, Dn. Luis Soler y Puchol, así como de valiosos exponentes de la intelectualidad del país y de representantes de la prensa.

En breves y conceptuosas palabras, el señor Secretario General del Grupo, Dr. Antonio Santiana, expresó el valor y contenido que para la Institución tenía la significativa ofrenda enviada por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, animado por el espíritu dilecto de Alfredo Sánchez Bella, cuya labor de acercamiento entre España y los pueblos de América merece admiración y encomio, por su tenacidad y obsesión fructíferas.

Inmediatamente, Dn. Guillermo Bustamante, en castizo discurso hizo la entrega del óleo de Cervantes, rememorando lo que significó el Congreso al que llevó dignamente la representación ecuatoriana, en compañía de valiosos cultores del Idioma, como el P. Aurelio Espinosa Pólit y Dn. Isaac J. Barrera. Y desde ese momento el retrato de Cervantes quedó junto al de nuestro Montalvo, en el Salón de Honor del Grupo América, donde en diálogo silente hablarán de las excelencias y de los altos destinos del Idioma que supieron cultivar con genialidad, traducida en obras que ha recogido la Historia, como paradigmas del hablar castizo y clásico.

El Embajador de España, Dn. Luis Soler y Puchol, con pala-

bra emocionada exaltó, luego, las glorias de la Raza, cuya lengua enaltecieron y dignificaron por igual, Cervantes y Montalvo. Al concluir su oración, descubrió el óleo cervantino en medio de los cálidos aplausos de la selecta concurrencia, que así daba la bienvenida al máximo exponente de la Lengua, que enaltece tanto a españoles como a americanos, pues unos y otros sienten el orgullo de expresarse en ese Castellano que él habló y escribió.

Y para terminar, el atildado escritor y fundador del Grupo América, Dn. Augusto Arias, cuya admiración por la imperecedera obra de cultura que España realizó en América, ha sabido plasmarla en páginas saturadas de amor filial, como las de "España Eterna" y las de "España en los Andes", en fácil y conmovida alocución clausuró el acto, rememorando, con esta oportunidad, documentos histórico-literarios con los que informó a los oyentes, que el andariego Manco de Lepanto, perurgido por la necesidad, acaso, o por la fiebre de la aventura que embargaba a los peninsulares del siglo XVI, estuvo en trance de cruzar el Atlántico y de venir a estas tierras de América, que tal vez le hubieran deparado nuevas glorias o algún otro imprevisto destino.

En síntesis, este nuevo acto de elevada categoría cultural organizado por el Grupo América no hizo sino ratificar, una vez más, el merecido prestigio intelectual alcanzado por la Institución en sus 25 años de vida, puestos exclusivamente al servicio de los intereses de la Patria y de la Cultura.

F. T.

Quito, Octubre de 1956.

CONTENIDO

	<u>Págs.</u>
Una meta	5
25 años del Grupo América, por Augusto Arias	7
Inauguración de la Biblioteca de Autores Americanos, por Carlos Manuel Larrea	11
Antonio Montalvo por Alfredo Martínez	17
Ante la tumba de Antonio Montalvo, por Jorge Isaac Rovayo	20
Discurso de Gonzalo Zaldumbide en el homenaje que le tributó la ciudad de Ambato	25
Juan Montalvo y González Suárez, por Blanca Martínez de Tinajero	36
Martí, su Americanismo y el Ecuador, por Eduardo Salazar Gómez	48
Los mandamientos de Mateo, el Sembrador, por Guillermo Bustamante	73
Papeles acerca de la familia paterna de Gabriel García Moreno, por Humberto Toscano	80
Homenaje al sabio arqueólogo americanista, Dr. Max Uhle, por Carlos Manuel Larrea	91
Prólogo a la novela "Egloga Trágica" de Gonzalo Zaldumbide, por Francisco Guarderas	116
El General Miranda, Diplomático, por Gustavo Adolfo Otero	124
Poemas de Flor de Té: Mis hijos. Intento	127
Poemas de María Natalia Vaca de Flor: Sin hijos. Angustia. Mis manos. Raíz amarga	129
Poemas de Eduardo Samaniego y Alvarez: Madrigal. Evasión. Presentimiento	135
Poema de Miguel Angel Albornoz: Libertad	139
Sor Juana Inés de la Cruz, Castalia de amor, por Darío Guevara	141
Cordero, por G. Humberto Mata	184
El Lirio manchado, por Alfredo Martínez	188

CONTENIDO

	Págs.
El vaticinio de Fray Vicente Solano, por Julio C. Troncoso	193
Sociología rural, por Juan Yépez del Pozo	199
Bodas de Plata del Grupo América, por Blanca Martínez de Tinajero ..	214
Acuerdos expedidos con motivo de la celebración de las Bodas de Plata del Grupo América	216
Comunicaciones relacionadas con las Bodas de Plata	228
Crónica	231

AGRADECIMIENTO

El Grupo América se complace en agradecer al Sr. Dr. Dn. Benjamín Carrión, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y, por su intermedio, a la noble Institución que representa, por la publicación de este volumen extraordinario de la Revista "América", con ocasión de las Bodas de Plata del mentado Grupo, celebradas en Abril del presente año.